

PAULA SOFÍA VÁSQUEZ SÁNCHEZ
JUAN JESÚS GARZA ONOFRE



LA MAFIA VERDE

TRAICIÓN, POLÍTICA Y ESCÁNDALOS
DEL PARTIDO VERDE ECOLOGISTA

Ariel

PAULA SOFÍA VÁSQUEZ SÁNCHEZ
JUAN JESÚS GARZA ONOFRE

LA MAFIA VERDE

TRAICIÓN, POLÍTICA Y ESCÁNDALOS
DEL PARTIDO VERDE ECOLOGISTA

Ariel

Índice

Introducción

1. Los orígenes

2. Una boda verdiazul.

El breve y explosivo matrimonio entre el PVEM y el PAN

3. Kidzania verde, donde los niños juegan a ser políticos

4. Verdes hasta la madurez

5. Pena de muerte al que no gane votos. Atropellos en el legislativo

6. Años (supuestamente) calmos

7. El sexenio de la delicia

8. El cinismo como estrategia electoral y la bala que pasó cerca del
Tucán

9. Las ratas son las primeras que abandonan el barco. El verde se
vuelve guinda

Epílogo

Fuentes consultadas

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

*Everybody knows that the dice are loaded
Everybody rolls with their fingers crossed
Everybody knows that the war is over
Everybody knows the good guys lost
Everybody knows the fight was fixed
The poor stay poor, the rich get rich
That's how it goes
Everybody knows*

LEONARD COHEN

INTRODUCCIÓN

El devenir de la democracia en México ha provocado fenómenos muy peculiares. Uno de ellos es el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), «el Verde» para los amigos, que no son pocos. Producto de la conjunción de un abigarrado sistema electoral, de una élite a la que unen más los pactos históricos, los vínculos familiares, las trayectorias compartidas y los beneficios secretos que su ideología o su filiación política actual, y de un matrimonio sólido entre el poder político y el económico, la historia de este partido — que tiene capítulos en cada una de las estaciones de nuestra transición y consolidación democrática— da cuenta clara de las fallas del sistema electoral nacional y de los grandes problemas de nuestro régimen jurídico-político.

En silencio, el Verde Ecologista ha sido el único partido en México que ha ganado en cada sexenio de forma ininterrumpida, incluso cuando no consigue la victoria en las urnas. De manera paulatina y constante, ha crecido de una organización civil testimonial a ser el único partido que, al día de hoy, ha logrado que el partido más poderoso actualmente decline una candidatura a gobernador en su favor. En lo que va de este siglo, ha obtenido sendos triunfos en el plano local

en todo el territorio nacional y ha crecido en su intención de voto y sus escaños de forma constante. En un contexto de crisis mundial para todos los partidos políticos —crisis que, en nuestro país, se manifiesta en la desconfianza de la ciudadanía respecto a las grandes fuerzas políticas de la actualidad y a la mala fama con la que estas cuentan—, los del tucán se consolidan como una organización que, pese a su dudosa reputación, tiene cada vez mayor poder. ¿Cuál es, entonces, su secreto?

El PVEM, originalmente Partido Verde Mexicano, se fundó en 1986 bajo el patrocinio de Jorge González Torres, un expriista que tuvo la suficiente visión de crear un modelo de negocio a partir de la democracia. Y es que, en más de 35 años de vida, el PVEM ha participado en solitario únicamente en un proceso electoral presidencial. En los comicios, dicha agrupación siempre se ha caracterizado por hacer alianzas electorales, ya sea con el PAN, el PRI (su aliado político por más de 12 años) o, recientemente, con Morena. Sin embargo, sus pactos, tal parece, le han permitido ganar importantes negocios, pese a sostener un discurso oportunista y contradictorio donde caben tanto el apoyo a los proyectos extractivos del gobierno en curso como las iniciativas para la protección de los humedales en México.

Con todo y sus escándalos, que van desde la expulsión de Global Greens —la asociación mundial de partidos ecologistas

—, pasando por asesinatos, drogas y tráfico de dinero, hasta sanciones electorales históricas e intentonas por perder el registro, hoy más que nunca resulta indispensable analizar a este partido político —mantenido, no sobra decirlo, a costa de recursos públicos—, poner el lente en quienes integran y conforman al PVEM, levantar acta de este peculiar fenómeno y, sobre todo y de una vez por todas, dejar en claro que no estamos ante otro inofensivo partido minoritario o satelital, ni siquiera ya parasitario, como muchos dicen, sino frente a una organización corrupta y mercenaria que, ante nuestros ojos, ha aprendido a vivir no solo en, sino *gracias* a la democracia mexicana.

Frente a su éxito, quedan muchas interrogantes: ¿Quién es su electorado? ¿En qué fundan su ideología? ¿Cómo se les ocurrió hacer negocio de la política a través de la causa medioambientalista y terminar convirtiéndose en un partido franquicia? ¿Cuál es su relación con los medios de comunicación, especialmente con la farándula? ¿Quiénes son sus cabezas visibles, sus máximos operadores? ¿Por qué resultan tan exitosas sus estrategias electorales? ¿Qué futuro les espera? ¿A quién le es redituable que exista el Partido Verde? ¿Por qué no se ha documentado sistemáticamente el fiasco que su existencia implica para la democracia? ¿Por qué es importante denunciar los múltiples abusos, trampas y tergiversaciones a la ley? ¿Por qué las demandas de la

sociedad hacia la democracia no han apuntado nunca hacia el Verde?

Más allá de la aversión que provoca el PVEM en ciertos círculos de poder y espacios mediáticos, de su menosprecio ante su inocua e inocente fachada, lo cierto es que en lo sustantivo los verdes siguen consiguiendo votos de un sector importante de la población y se han mantenido, casi de forma ininterrumpida, en la plenitud —y la impunidad— del poder.

De manera histórica en México, el estudio de la vida organizativa de los institutos políticos se ha enfocado en análisis coyunturales que no permiten observar las trayectorias y los cambios que han atravesado los partidos minoritarios, no obstante, el Partido Verde, si bien ha jugado un rol como aliado de los mayoritarios, convirtiéndose en un factor clave para conformar mayorías legislativas, también parece ir conquistando una base electoral mayor que las de otros partidos otrora medianos e, incluso, ha obtenido distintas gubernaturas.

Este libro nace, primero, de una deformación profesional de quienes lo escribimos, dos personas que hemos estado desde hace más de una década en el análisis de los fenómenos político-electorales del país, y, segundo, de la necesidad de realizar un registro de la historia, más oscura que clara, de un partido que, a pesar de los escándalos, de las violaciones a la ley, del cinismo más transparente, de la *impresentabilidad* de

sus personajes, campañas y propuestas, hoy es la cuarta fuerza política en el país y cuya existencia nos confronta con la visión más deformada de la pluralidad democrática.

Cabe aclarar que esta primera biografía —segunda, si contamos algunos de los textos que consultamos para la elaboración de este libro— no tiene por objeto develar una investigación novedosa sobre el partido. No lo consideramos necesario cuando existe ya, a plena luz y sin necesidad de sumergirse en las páginas escondidas en un sótano, un listado tan vasto, variado y bien documentado de anomalías que, en otras latitudes, creemos, hubieran puesto fin a una institución como el Verde muchos años atrás. Si acaso fue esta una de las grandes incógnitas que nos movieron a escribir dichas páginas: tratar de encontrar la fórmula que le permite al PVEM no solo subsistir, sino triunfar a pesar de lo que nos dicen los teóricos de la democracia y el sentido común.

Así pues, el capitulado sigue un orden cronológico que inicia en la década de los ochenta para analizar los orígenes fundacionales de la agrupación, con la estrafalaria figura de Jorge González Torres, y sus primeras incursiones en la política partidista de aquellos años bajo el estandarte del antipriismo, para luego transitar hacia el estudio de su primer gran matrimonio electoral en el año 2000 de la mano del Partido Acción Nacional y Vicente Fox, con su respectivo desencuentro y posterior divorcio. Asimismo, resulta

fundamental abordar el cambio generacional que se impulsó en el partido en torno al hijo del fundador; la incursión en primera plana de la política nacional de Jorge Emilio González Martínez, el célebre «Niño Verde», merece todo un apartado para poder dimensionar al personaje, así como a su círculo más cercano.

El segundo matrimonio del PVEM no solo minó la sensatez y la congruencia por las que se decía luchar, sino que también reveló la cara más perversa del partido, pues de la mano del Partido Revolucionario Institucional (PRI), se pensó en toda una estrategia que fuera redituable ante la crisis política que desató la elección federal del 2006 entre Felipe Calderón y Andrés Manuel López Obrador. A partir de ese momento conviene revisar las extravagantes y, muchas veces, absurdas propuestas e iniciativas legislativas que los verdes desplegaron para abrirse espacio durante dicho periodo de la vida democrática del país, acciones como la pena de muerte, sus incipientes vínculos y relaciones con el mundo de la farándula, o el impulso involuntario a la paridad de género a través de las célebres *Juanitas*.

Antes del regreso del PRI a Los Pinos, existe un lapso en la vida del Verde que, aunque suele pasar desapercibido, y más bien se intenta obviar, sus implicaciones resultan fundamentales para ir forjando su identidad: la aparición de ciertos personajes turbios, así como el impulso que tuvo el

PVEM en la discusión de la denominada Ley Simi, son prácticamente una nota al margen frente a la magnitud que cobró el escándalo del caso Galina Chankova, la extranjera que perdió la vida al caer de la terraza de un departamento en el piso 19 de un edificio en Cancún durante una fiesta en donde se vio involucrado el Niño Verde y demás militantes del Verde Ecologista. Sin embargo, como la memoria y la impunidad en México resultan un combo bastante redituable en el ámbito político, en el momento en que Enrique Peña Nieto llegó al Ejecutivo no solo se olvidaron muchos de los escándalos y corrupciones del partido del tucán, sino que estos volaron más alto que nunca, convirtiendo tales años en el sexenio de la delicia.

El final del libro empieza a vislumbrarse con el análisis de un fenómeno cultural que surge una vez que el Verde se encuentra en la cúspide del poder —donde lo burdo y lo indecente, simple y sencillamente, ya eran palabras sin ningún tipo de significado para sus dirigentes—: las célebres «mochilas verdes», una estrategia política y electoral enteramente efectiva, pero de corte asistencial y tóxica que, de manera paradójica, fue generando también lo que podría ser el mayor intento por que el partido del tucán perdiera de una vez por todas el registro gracias a un grupo de ciudadanos que decidieron poner manos a la obra. El último capítulo es ya prácticamente un lúgubre epitafio respecto a lo que ha

sucedido con el PVEM en los últimos años y su nueva alianza electoral con el Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) y Andrés Manuel López Obrador (AMLO).

Sin que los escándalos, la corrupción y las trampas cesen en algún momento, nos parece más que importante resaltar que la historia negra del Partido Verde no parece ver final. Que a pesar de las violaciones sistemáticas a la ley, de su indeterminación ideológica y sus múltiples traiciones, además de su propia constitución como un medio para alcanzar fines económicos, tristemente, el PVEM existe y está dispuesto a seguir consiguiendo votos a costa de lo que sea, con el aval de su compañero o compañeros en turno y, también, aunque nos cueste reconocerlo, con el de una ciudadanía que dejó de exigirle la más mínima decencia y lo ha dejado vivir, tal y como es, del presupuesto público.

Ojalá este modesto esfuerzo por recopilar y tratar de analizar su trayectoria en la política mexicana de las últimas décadas, más allá del morbo, el escándalo y los chismes que entraña su historia, sirva para hacer una mayor reflexión respecto al modelo de democracia que tenemos, de la forma tan vil y tan grosera en que algunos lucran con los derechos de las personas en aras de sus propios beneficios y de los verdaderos cambios que necesita la democracia mexicana para subsistir sin terminar por completo vaciada de sus principios y objetivos.

Claramente el Verde no va a desaparecer por la publicación de este libro, ni tampoco es probable que baje su porcentaje de votos en las próximas elecciones. Su desarticulación implica un trabajo muchísimo más arduo, complejo y colectivo. Un trabajo que, sin el respaldo —que se antoja complejo, dado el lugar que tiene hoy el PVEM— de los propios partidos mayoritarios, como lo han sido el PAN, el PRI y Morena, será bastante difícil completar. Por eso, precisamente, el título de nuestra obra, porque antes que los políticos se comporten civilizadamente como parte de una agrupación con fines electorales que anhela el bien común y lo mejor para México, se revelan como integrantes de una organización de criminales, es decir, como una mafia... Eso es lo que son. Ni más ni menos: La mafia verde.

LOS ORÍGENES

¿Cómo surge un partido verde en México en la década de 1980? ¿De quién fue esa grandiosa idea? ¿Cómo emerge en ese contexto una combinación tan progresista como visionaria que supo hermanar las cuestiones ecológicas con las electorales? ¿Acaso en aquellos tiempos ya existía una sólida organización ciudadana que llevara las inquietudes ambientales a las urnas y los parlamentos? ¿Qué persona comprometida con el cuidado y conservación de la naturaleza se atrevió a liderar este movimiento? Sin demeritar el valioso trabajo que desde hace décadas realizan miles de activistas por el medio ambiente a lo largo y ancho de la República, lo cierto es que las cuestiones ecologistas difícilmente importaban en la agenda pública en aquella época.

El adelgazamiento de la capa de ozono y las especies en peligro de extinción eran hechos tan ajenos a las preocupaciones nacionales que en México, simple y sencillamente, resultaba fácil usar productos tóxicos y cazar jaguares a destajo en la selva Lacandona. Esta despreocupación por la ecología no era por inconsciencia

social (como triste y lamentablemente sucede ahora), sino debido a una mera cuestión coyuntural, o más bien, de ignorancia colectiva.

La supuesta abundancia de recursos naturales, la falta de evidencia científica sobre la crisis climática y, sobre todo, los años previos al auge de la globalización, del capitalismo y de una desaforada producción en masa dispusieron el escenario para que el futuro del planeta no fuera un tema que causara angustia o ansiedad. En todo caso, se pensaba que era tarea propia de algunos cuantos *hippies* despistados, pero no de la ciudadanía ni mucho menos del Gobierno o los partidos políticos.

En ese entonces, las inquietudes en un país gobernado desde hacía décadas por la hegemonía de un solo partido eran otras, unas que, tal vez hoy, en el siglo *xxi* y 35 años después, sigan vigentes: la democracia y la garantía de los derechos, la economía, el empleo y la seguridad. Pero, como se dijo, el medio ambiente no era parte de la agenda. Y es que parece broma cuando se dice que los pioneros en popularizar este tema en el país fueron nada más y nada menos que unos antropomórficos, pintorescos y estrafalarios personajes liderados por un profesor de apellido Memelovsky.

El famoso programa infantil de la televisión mexicana, *Odisea Burbujas* (S. Roche *et al.*, 1979-1984), planteaba una situación simple, pero con gran potencial didáctico: en su

viaje por el tiempo y el espacio, los protagonistas de esta serie tenían que sortear las amenazas del Ecoloco, un villano que, bajo el lema «Mugre, basura y esmog» y cuya especialidad era contaminar el medio ambiente, boicoteaba sus aventuras.

Estas peculiares botargas impulsaron una mayor conciencia ecológica en la sociedad mexicana de ese entonces, incluso antes de la creación de un partido verde. Y es que, ¿cuáles eran las posibilidades de triunfo para una opción política marginal, cuya principal preocupación les interesaba a muy pocas personas? ¿Cómo hacerle frente al poder absoluto del PRI? ¿Para qué intentar competir teniendo como bandera el ecologismo, sabiendo de antemano que, ante un sistema tan controlado y corrompido, incluso obtener un triunfo sería una batalla perdida?

De ahí que las preguntas que surgen en torno a los orígenes del primer partido ecologista en México se vuelven tan interesantes como sospechosas, por no decir turbias y contaminadas como el medio ambiente que desde hace décadas esta organización juró defender.

En su declaración de principios, cuando se relata la gloriosa historia oficial del Partido Verde Ecologista, se menciona que tuvo su origen en una modesta «brigada de vecinos de una colonia, como hay tantas en México, que sufrió la pérdida de sus espacios verdes», la cual representó la semilla «para el cambio pacífico de México» frente a los setenta años de

gobierno de un mismo partido, el tan repudiado PRI que, paradójicamente, sería después su principal aliado. Sin embargo, aunque se encuentra edulcorada, es minimalista (censurada en sus aspectos más problemáticos) y, sobre todo, se encumbra hasta el peldaño más noble de la historia de la democracia mexicana; la versión oficial de los orígenes del Partido Verde —a diferencia de sus principios y fundamentos— no está repleta de mentiras.

Y es que, en efecto, en 1979, cuando un grupo de habitantes de varias colonias populares del sur del entonces Distrito Federal decidió organizarse para colaborar en la mejora de su comunidad, inconscientemente también se comenzó a incidir en la política de manera distinta a la acostumbrada en México, pues esas pequeñas acciones marcaron el incipiente florecimiento de un nuevo tipo de sociedad civil organizada, menos violenta que los movimientos estudiantiles y de izquierda que representaban una piedra en el zapato al poder desde antes de 1968, conformada por propietarios —irregulares, pero propietarios al fin— que demandaban de forma pacífica, ordenada y respetuosa con el Gobierno, la resolución de algunos asuntos puntuales.

Dichas actuaciones vecinales, que hoy en día parecen de lo más normales y que incluso los propios Gobiernos se encargan de organizar y promover, en aquellas épocas resultaban extraordinarias y sus implicaciones no eran

menores. Y es que, acostumbrada la ciudadanía a un Estado autoritario en donde el abandono de sus necesidades básicas era algo habitual, llamaba mucho la atención que personas de barrios como los de Pedregales de Coyoacán, Santa Úrsula, Ajusco y Santo Domingo, cuyo único vínculo era pertenecer a un mismo comité de colonos, intentaran solucionar problemas cotidianos, como el establecimiento de mejores redes de drenaje y agua potable o la falta de áreas verdes y espacios deportivos. De esta primigenia unión entre vecinos surge una fuerte crítica a un gobierno que sostenía que los espacios de participación ciudadana debían limitarse a las urnas (las cuales, curiosamente, controlaban ellos); que, más allá de la falta de interés y de respuesta de las autoridades a sus exigencias, las personas no debían entrometerse en cuestiones públicas. El único que podía controlar y determinar lo importante para la sociedad mexicana era el Estado; cualquier presión externa se consideraba una amenaza o afrenta.

Por eso mismo resulta novedoso e importante el trabajo de estos grupos, pues, con el paso de los años, fueron mutando hasta convertirse en organizaciones de la sociedad civil con una gran capacidad de movilización. Colectivos como las Brigadas de Trabajo de los Pedregales o Democracia y Justicia Social llegaron a incidir directamente en decisiones como, por ejemplo, la anulación de un programa gubernamental que

intentaba convertir un terreno anexo a una escuela en un depósito de basura. En retrospectiva, podemos decir que el primer acierto del futuro Partido Verde fue, precisamente, comenzar su andar en este tipo de organizaciones, que por su conformación, sus demandas y sus formas, no representaron para el poder una amenaza real, sino más bien, una oportunidad de lavarse la cara y construir una narrativa de apertura, tolerancia y cercanía con las expresiones ciudadanas.

Aun así, demandas de este tipo, aunadas a los altos niveles de contaminación y a los múltiples riesgos ambientales en los asentamientos humanos, se convirtieron en campo de cultivo para una creciente toma de conciencia por la preservación del medio ambiente en el entonces Distrito Federal, que desembocaría en la creación de organizaciones ecologistas de mayor tamaño. En dicho contexto surgió el Movimiento Ecologista Mexicano (MEM), una especie de organización vecinal ampliada y, también, un grupo de presión política que se autodefinía como una asociación no gubernamental que buscaba incidir en cuestiones relacionadas con la protección de las especies en peligro de extinción y los ecosistemas amenazados de México; esto sin ayuda de organizaciones religiosas, partidos políticos o corporaciones multinacionales.

Dos personajes fueron cruciales no solo por ser los

fundadores y líderes del movimiento, sino también porque sus visiones opuestas sobre las labores que este debería desplegar resultaron en la creación del Partido Verde: Alfonso Ciprés Villarreal y Jorge González Torres. El primero, pensando más bien desde una lógica apolítica, aseguraba que se debía evitar a toda costa transitar hacia una organización electoral, pues ello, además de traicionar la confianza de miles de mexicanos que habían elegido el camino del activismo y la acción social para transformar su entorno, sería contraproducente al restar votos a una asociación simpatizante de las causas ambientalistas. El segundo creía que el único camino para influir en esos temas era aprovechando la oportunidad de ocupar espacios en la administración pública; entonces, ambos coincidieron en que la creación de un partido sería la manera más eficaz para superar los obstáculos que se encontraban al tratar de proteger el medio ambiente.

El contraste entre una visión ajena a las grillas del sistema político mexicano y una mucho más arriesgada y activa respecto al rumbo que debería tomar la causa ecologista se explica en gran medida desde el pasado y la peculiar historia familiar de González Torres, en cuya figura resulta necesario centrarse para comprender esta atípica simbiosis. Por ello, antes de seguir con la trompicada historia del PVEM, detengámonos unos momentos en este actor que en los años

ochenta solo ocupaba un lugar marginal en la política nacional y que, con el paso del tiempo, y gracias a oscuras negociaciones, terminó siendo protagonista al jugar un rol definitivo en la famosa transición hacia la democracia.

Jorge y los González Torres

Jorge González Torres, nacido en Michoacán en 1946, es uno de los ocho hijos (cinco hombres y tres mujeres) de Roberto González Terán y Margarita Torres de la Parra, un acaudalado matrimonio que amasó una fortuna siendo dueño, durante varias generaciones, de las farmacias El Fénix —una de las más antiguas de México y cuyo fundador, Felipe González Garza, es considerado un pionero en la producción de medicamentos—. Gracias a dicha herencia y a su trabajo incesante, esta familia diversificó las ganancias farmacéuticas ampliando el mercado en otros comercios, como los Laboratorios Best, una empresa constructora y una firma inmobiliaria.

Distinguido por sus habilidades para negociar y su carisma selectivo, Jorge estudió la carrera de Relaciones Industriales en la Universidad Iberoamericana y la maestría en administración pública en la Universidad Nacional Autónoma de México. Manteniendo un equilibrio entre la fama y la vergüenza, este personaje, al tiempo que se ostentaba como un «constructor exitoso» gracias a su empresa La Huasteca

(mediante la cual tenía numerosos contratos con distintos gobiernos del entonces Departamento del Distrito Federal, desde Ernesto P. Uruchurtu hasta Manuel Camacho Solís), presumía ser la oveja negra de la familia, ya que su verdadero sueño era llegar a ocupar un puesto de representación popular, así, sería el único miembro que, por sus aspiraciones políticas, no habría de continuar con los negocios familiares ni, en una labor un poquito más noble, consagraría su vida a Dios, como lo hizo uno de sus hermanos mayores, quien llegaría a ser rector de la Universidad Iberoamericana.

Y es que, en definitiva, no es que los demás González Torres hayan elegido un típico plan de vida para desarrollarse, pero claramente tampoco llegaron al extremo de ser tan extravagantes en sus carreras profesionales como para organizar la fundación de un partido ecologista en el México de entonces. Enrique decidió ser sacerdote con los jesuitas; Roberto se enfocó en el ramo inmobiliario para convertirse en un discreto empresario; tanto Javier como Víctor, aunque cada uno a su estilo, continuaron en el giro farmacéutico: uno de manera más tradicional como administrador de diversas empresas, y el otro desafiando el mercado y aprovechando vacíos legales para inventar y comercializar en México la categoría de medicinas similares y desplegar una impresionante campaña de mercadotecnia para la promoción de su *alter ego*, el célebre Dr. Simi; por su parte, sus hermanas

Margarita, Virginia y María fueron profesionistas en áreas un poco menos álgidas y mercantilizadas que la religión y la medicina, es decir, la psicología y la educación.

De hecho, como se comenta en un reportaje publicado por la revista *Expansión*, Roberto González Terán

formó a sus cinco hijos varones en un ambiente de competencia y rivalidad. Siempre tenían que demostrar sus habilidades en todos los ámbitos familiares. Es más, llegado el momento no los heredó, sino que les vendió las empresas que había creado y manejado. El dinero sirvió para su retiro y para ayudar a las otras tres hijas mujeres.

Al asumirse un hombre de negocios de aquella época, y diferenciando las posibilidades de éxito económico tanto de sus hijas como de sus hijos, los valores familiares que primaron en el padre de los González Torres se orientaban hacia la generación de negocios privados.

La familia buscaba estar en un segundo plano para pasar desapercibida, alejada de los reflectores, pero siempre con muy buenas relaciones con el Gobierno, pues resulta obvio que desde entonces, triste y lamentablemente, en México solo se podía ser millonario con el beneplácito y la anuencia del poder en turno. Por eso llamaba la atención que uno de los vástagos de Roberto González hubiera decidido involucrarse de lleno en cuestiones públicas, dar un paso al frente e intentar lucrar con la política para llenar las arcas familiares.

En definitiva, se trataba de una idea tan absurda como fantástica que solo podía verse realizada en este país.

Para tratar de entender las aspiraciones políticas y económicas de Jorge González Torres, resulta indispensable hablar también de su suegro, Emilio Martínez Manautou, uno de los principales latifundistas de Tamaulipas y un hombre con muchísimo poder; se enriqueció de manera obscena al amparo de los diferentes gobiernos priistas; fue diputado, senador, secretario de la Presidencia de la República, secretario de Salubridad y Asistencia e, incluso, gobernador de su propio estado. Esta turbia figura ejercerá una influencia determinante en el futuro ecologista y dirigente político, pues su actuar hacía parecer muy sencillo el ejercicio del poder público; su testimonio era prueba clara de cómo la combinación de dinero y paciencia bastaban para obtener un cargo de relevancia en el México del partido hegemónico.

En ese sentido, la estrategia para alcanzar dichas metas no era muy compleja. Lo único que se tenía que hacer era formar parte del PRI, tener recursos económicos, agradarles a quienes tomaban las decisiones y, por supuesto, contar con un padrino poderoso que le heredara su poder. En resumidas cuentas, se debía entender que, con un poco de suerte y de estar en el momento indicado con las personas indicadas, las cosas se acomodarán.

Así, Jorge González Torres no solo tuvo la magnífica idea de

afiliarse al partido en el poder para ir construyendo su éxito político, sino también la de contraer nupcias con Leticia Martínez Cárdenas, hija del cacique priista antes referido, buscando consolidar una millonaria alianza entre los negocios privados de la familia y los asuntos públicos de los tamaulipecos.

Sin embargo, a pesar de la amistad de Martínez Manautou con los presidentes Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría y José López Portillo, lo cierto es que cuando su yerno aspiraba a seguir sus pasos a inicios de la década de 1980, ya era demasiado tarde. El exgobernador de Tamaulipas perdió todo su poder ante un panorama que se empezaba a vislumbrar incierto para el régimen y, simplemente, ya no pudo impulsar la carrera política de Jorge. De hecho, el periodista y escritor José Martínez M. relata que

Emilio Martínez Manautou terminó sus últimos días en su rancho El Mezquite, localizado en las inmediaciones de San Fernando y Matamoros, sumido en la soledad, con la compañía de un empleado doméstico y rodeado de cientos de gatos finos. Murió prácticamente abandonado por su familia, así como de cientos de políticos que bajo su amparo amasaron fortunas y usufructuaron poder.

Consciente de que sin un padrinazgo político de peso sus oportunidades se verían ampliamente reducidas, González Torres buscó ayudar a Horacio Labastida en el Instituto de

Estudios Políticos, Económicos y Sociales, así como también buscó el apoyo de su compañero de generación, Patricio Chirinos Calero; ambos destacados priistas de abolengo que, con el paso del tiempo, y a diferencia de Jorge, alcanzarían la cumbre en la administración pública. A pesar de estos esfuerzos, el declive de la carrera política de su suegro ya había marcado su futuro en el partido tricolor. Aunque el dicho rece: «al que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija», una vez marchito el árbol difícilmente dará cobijo.

Por esos años, entonces, nuestro protagonista no pudo más que ocupar el cargo de jefe del Departamento de Tierras Comunales, un puesto de quinta en la Secretaría de la Reforma Agraria, por decir lo menos, intrascendente para sus ambiciosas aspiraciones, sin ninguna posibilidad de crecimiento ni proyección en el panorama político nacional. Al tiempo que ocupaba dicha posición en la administración pública, se le ocurrió separarse del MEM, con la excusa de que ese colectivo no había podido generar todavía una buena estrategia de incidencia política.

Fue entonces que, entre 1983 y 1984, fundó la llamada Alianza Ecológica Nacional (AEN), una asociación similar a la que había liderado anteriormente, aunque con la particularidad de tener como principal propósito convertirse en la agrupación que contagiara los ideales ambientalistas en el difícil mundo de la política, con el fin de que sus acciones se

extendieran por todo México. En ese sentido, se llevaron a cabo protestas ecologistas en diferentes zonas del país, que iban desde alertar sobre los peligros de la Central Nuclear de Laguna Verde, hasta advertir sobre la destrucción de la selva Lacandona, en Chiapas. Pero, aun cuando obtuvo algunos logros discretos y comenzó a posicionarse, poco a poco, la causa medioambientalista en algunos círculos del poder, desde los orígenes de esta nueva organización, distintos grupos ecologistas independientes la criticaron por develarse como un proyecto oportunista y politiquero para capitalizar un tema tan importante para el porvenir de la ciudadanía. Era la perversión del ecologismo en aras de la obtención de algún beneficio político.

Tras la escisión del MEM, su excompañero Alfonso Ciprés incluso llegó a decir que González Torres no era un ecologista y que, por el contrario, había traicionado las luchas de esta corriente, aun cuando se amarrara a un árbol para impedir que lo tirasen o que dijera que era capaz de proteger a una hormiga si veía que alguien la iba a matar. De hecho, algunos testimonios afirmaron que este personaje

siempre lucía chamarras de piel de distintas especies animales, por eso, a quienes lo conocíamos nos sorprendió que un buen día se presentara como un «ecologista». Cierta ocasión me llamó la atención que Jorge González Torres se apersonara en una plaza de San Ángel encabezando

una marcha de *juniors*, todos vestidos de blanco impecable, de huaraches y con un paliacate. Un movimiento de ecologistas *light* que no sabían siquiera qué era hacer una composta.

Sin embargo, el *performance* ecologista de Jorge González Torres empezaba a ser redituable. En definitiva, supo aprovechar la coyuntura en temas que cada vez cobraban más importancia en el país —la mala calidad del aire en el Distrito Federal o la movilización contra el proyecto nuclear en Veracruz— para combinarlos con un sinfín de demandas sociales en distintas zonas populares que exigían mejores servicios básicos.

De tal manera que, luego de la relevancia que cobraron los problemas ambientales en la agenda pública a partir de esos años, y en gran medida, gracias a la habilidad de González Torres para canalizar toda la energía que aparentemente esa nueva ideología ofrecía al turbio ámbito de la política, el AEN finalmente empezó a constituirse como una agrupación política nacional, que no es otra cosa que la génesis del primer partido político ecologista en la historia de México.

Aunque resulta algo extraño que un partido ecologista se haya formado sin el apoyo unánime de la comunidad ambientalista del país y cuyos principales miembros acusaron a sus líderes de «pervertir la causa con fines meramente personales», la verdad es que el logro no era menor ni mucho

menos un acontecimiento casual, pues ante un escenario en el que el partido hegemónico empezaba a fisurarse desde dentro, la novedosa opción del Partido Verde Mexicano (PVM) resultaba fascinante.

Como ha señalado Claudio Lomnitz, ante un periodo caracterizado por la crisis financiera, la corrupción, la privatización y la decadencia del régimen corporativista, de repente existieron condiciones para que sucediera una repolitización de la ciudadanía. Al momento en que los partidos opositores cobraban fuerza, las organizaciones no gubernamentales proliferaron de la mano de un movimiento en favor de la democracia, de permitir verdaderas elecciones en igualdad de circunstancias, con árbitros independientes e imparciales que brindaran certeza. Tal proceso de cambio coincidió con la intención del PVM de participar en las elecciones federales de 1988 que, por demás paradigmáticas, en retrospectiva, terminaron definiendo el futuro de la democracia, además de haber marcado un punto de inflexión en el sistema político.

Así, mientras que el PRI buscaba postular a la presidencia a un joven tecnócrata con ideas neoliberales para continuar esa ruta que idílicamente esperaba sacar al país del tercer mundo, al mismo tiempo las élites del partido lanzaban un contundente mensaje que relegaba a cualquier militante de izquierda que pretendiera ocupar algún puesto importante en

la próxima administración. De tal forma que un experimentado Cuauhtémoc Cárdenas, acompañado de personajes como Porfirio Muñoz Ledo y Rodolfo González Guevara, se encargó de formar al interior del partido una alternativa que, con el paso de los meses, derivaría en el Frente Democrático Nacional, una coalición de diferentes fuerzas políticas que, denunciando la traición del priismo a los fundamentos ideológicos de la Revolución mexicana, competiría en el proceso electoral por venir.

El movimiento que encabezaba el hijo del general Lázaro Cárdenas cimbró el panorama político nacional a finales de los ochenta, pues los múltiples problemas sociales de los últimos años habían abierto la posibilidad para que el oficialismo perdiera por primera vez las elecciones. De ahí que el ambiente se tornaba tan antagónico, ya que, por un lado, se presentaba un PRI supuestamente renovado en la figura modernizadora de Carlos Salinas de Gortari y, por el otro, la nostalgia revolucionaria encarnada en Cuauhtémoc Cárdenas se revelaba como opción plausible para expulsar el autoritarismo. No cabían medias tintas, eran tiempos de definiciones. O se le daba continuidad al proyecto hegemónico o se buscaba articular un fuerte respaldo al Frente mediante una amplia gama de organizaciones de línea ideológica muy heterogénea.

En ese momento, de nueva cuenta, el oportunismo de

González Torres resultaba casi deslumbrante, ya que, ante la imposibilidad de obtener el registro legal con el Partido Verde Mexicano, decide integrarse, a finales de 1987, al Frente Democrático Nacional a cambio de que Cuauhtémoc Cárdenas asumiera el compromiso esencial de incluir un programa ecologista dentro de su visión de gobierno. Exigencia que, a inicios de 1998, sorprendentemente se cristalizó en la plataforma política que suscribieron todos los candidatos comunes del FDN a los diversos puestos de elección popular y que invitaba a:

Emprender un combate a fondo contra la contaminación y proceder a la reconstrucción del medio físico procurando el aprovechamiento racional y la debida protección al suelo, el subsuelo, los bosques, las selvas tropicales, los mares, las aguas internas y demás riquezas naturales. Proscribir toda conducta atentatoria contra el ambiente, fomentar una cultura de respeto a la naturaleza y promover tanto la investigación tecnológica como la cooperación del individuo y la comunidad a favor del mejoramiento del entorno.

¿Cómo una causa tan noble como la defensa del medio ambiente no iba a ser abrazada por la única vía política que intentaba transitar a la anhelada democracia? No cabía la menor duda, era una jugada maestra.

Para cualquier persona que no estuviera involucrada a fondo en el ecologismo, dar la espalda a González Torres y a

su inofensivo Partido Verde resultaba casi una afrenta, un crimen ambiental, pues había sido él y nadie más quien había popularizado la necesidad de cuidar el agua y pensar en soluciones para el esmog; era el elegido por la madre naturaleza para llevar a buen puerto este tema tan ignorado por los políticos.

Sin embargo, por más cuentos que relate el supuesto prócer del ecologismo en México y pese al empeño de la historia oficial por tergiversar lo sucedido, la verdad es que Jorge González Torres concretó sus alianzas partidistas debido a un vil desplante del PRI, ya que, aparentemente, renunció a dicho partido porque deseaba una diputación que no le habían concedido. Incluso tiempo después diría: «Fui un priista de pocos años, abandoné las filas del tricolor cuando confirmé en la práctica que no había democracia ni justicia social». Una afirmación un tanto ingenua, pues el partido al que había pertenecido ya llevaba en el poder casi sesenta años y funcionaba de manera absolutamente jerárquica.

Así fue como tristemente el PVM inauguró una práctica sistemática que iría consolidando elección tras elección, un modo de obrar consistente en aquella célebre frase atribuida a Groucho Marx que menciona: «estos son mis principios, y si no le gustan, tengo otros».

El pragmatismo de González Torres se convirtió en un sello de la casa que inspiraría a muchos otros partidos que, sin

poder consolidarse, terminarían viviendo de las fuerzas políticas más grandes sin importar su ideología; de lo que se trataba, al final de cuentas, era de hacer rentable la tan esperada democracia. Y es que no hay que olvidar que, si bien, en un inicio, no cabía duda de que la alianza de los verdes con el Frente Democrático Nacional era algo natural —no solo por su declarado antipriismo, sino también por ser alternativas de causas progresistas afines—, con el paso de los años, estos mismos personajes harían coaliciones con el PAN, de la mano de Vicente Fox en el año 2000, regresarían a ver al PRI con buenos ojos en los tres periodos electorales federales siguientes (con Roberto Madrazo en 2006, con Enrique Peña Nieto en 2012 y con José Antonio Meade en 2018), y, para 2021, o más bien, a las primeras de cambio en el 2018, prefirieron cubrirse bajo el manto de un poderoso Andrés Manuel López Obrador al ir en alianza con su Movimiento de Regeneración Nacional (Morena).

La lección es clara y contundente: da igual lo que pase una vez sucedida la elección, aquí lo único que importa es ganar y evitar que el partido desaparezca, continuar actuando como zánganos de la democracia, llevar el verbo *reciclar* hasta las últimas consecuencias —y no precisamente en términos ambientales—, sometiendo materiales usados o desperdicios a un proceso de transformación para que puedan ser utilizados una y otra vez por cualquier político interesado.

Justo eso fue lo que sucedió.

Terminadas las trágicas elecciones del 88, en donde se cayó el sistema y el fantasma del fraude electoral se incubó para siempre en la cabeza de millones de mexicanos, mientras que el Frente Democrático Nacional se desintegraba con la esperanza de que Cuauhtémoc Cárdenas supiera aglutinar todos los esfuerzos heterogéneos en un nuevo partido que apelaría al carácter democrático de la Revolución —el hoy moribundo y pervertido PRD—, Salinas de Gortari comenzaría la concertación con la oposición, y los ecologistas liderados por González Torres, de manera bastante astuta y traicionera, prefirieron discretamente no formar parte de esa nueva fuerza política, intentando no hacer ruido y, leyendo bien el momento que les correspondía, optaron por volver a intentar su registro.

Si bien, los verdes se jactan de que una vez pasada la convulsión social de las elecciones de 1988, ellos continuaron trabajando en las principales causas ambientales y apelaron ante las autoridades electorales para obtener su registro político nacional, la verdad es que el factor determinante fue la anuencia y el apoyo del propio Gobierno que los hizo conseguir su objetivo.

En ese sentido, Jorge Alcocer, en una entrevista al semanario *Proceso*, recordó que el PVEM nació en 1989 por una decisión de Salinas de Gortari para apuntalar al PRI; le encargó

a Manuel Camacho Solís que ayudara a Jorge González Torres a formar ese nuevo partido que llenaría el hueco del tema ecológico, que hasta entonces no había sido tomado en cuenta.

Esta hipótesis no resulta descabellada si se considera que en la primera lista de diputados que presentaron los verdes en la elección de 1991 había personajes que antes de ser defensores medioambientales, activistas o personas identificadas con la causa tenían como mayor y única virtud su cercanía al poder en turno o al propio González Torres.

De hecho, años después, el mismo Camacho Solís diría: «En lo personal, vi con simpatía que pudiera haber un partido verde». Y a la pregunta expresa sobre hasta dónde llegó esa simpatía, respondió sin medias tintas:

Dando facilidades... Tenía una buena relación, y la he tenido a lo largo del tiempo con Jorge González Torres, pero nunca tuve el control del partido... Y, bueno, sí, en alguna ocasión, y lo he seguido haciendo, platico con ciertas gentes, pero mi capacidad de influencia, pues, habrá llegado al punto de sugerir algunas candidaturas.

La fachada era perfecta: un partido antipriista, fundado bajo las órdenes del mismo priismo. Verde por fuera, tricolor por dentro.

Lo anterior, en gran medida, explica por qué, el 9 de febrero de 1991, la Sala Central del Tribunal Federal Electoral (una

institución cuya autonomía, a fin de cuentas, dependía enteramente del Gobierno) fincó un importante precedente al resolver por unanimidad que «las labores realizadas por el Partido Verde Mexicano en defensa de la ecología estaban orientadas a una participación activa y pública en la vida político-social del país, por tanto, pueden considerarse actividades de naturaleza política» y se condicionó el registro del partido a que se cambiara el nombre y el emblema con los que se había presentado, ya que el único partido con derecho de usar el color verde era el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

De tal forma, ese mismo año, tras cumplir con todos los requisitos legales, los verdes obtuvieron su registro condicionado y cambiaron su nombre de Partido Verde Mexicano a Partido Ecologista de México (PEM), donde —no podía ser de otra manera— Jorge González Torres volvería a ser ungido como presidente y principal operador.

1991. El primer *sparring*

La participación inaugural del Partido Ecologista de México en las elecciones federales de 1991 implicó un gran esfuerzo, pues todavía carecía de recursos y tenía un escaso apoyo de los medios de comunicación masivos. Sin embargo, a pesar de la enorme disparidad con los otros partidos políticos, los

ecologistas lograron una votación de 1.48%, dejándolos a solo dos centésimas de mantener el registro.

Los verdes siguieron luchando y haciendo, con mucha pasión, todo lo necesario para obtener el registro oficial. Después de 167 asambleas constitutivas y la constancia de 86 000 afiliados, finalmente, el 13 de enero de 1993 se recuperó el registro para poder participar en las elecciones federales de 1994 bajo un nuevo nombre: Partido Verde Ecologista de México (PVEM).

Respecto a este hecho, el periodista Ramón Alberto Garza dijo:

Su debut político en las elecciones de 1991, a mitad del sexenio de Carlos Salinas, fue muy pobre. Perdieron el registro con menos del uno por ciento de los votos. Pero relanzado en 1993 su fundador Jorge González Torres se convirtió en 1994 en su primer candidato a la presidencia. Apuntalados por la creciente conciencia ecológica de las nuevas generaciones, el Verde se fue posicionando frente a viejas alternativas políticas anquilosadas, como el PRI o el PAN.

1994. El PVEM sale al país

La campaña federal de 1994 fue la primera gran prueba del partido renacido. Aunque a finales de año se develaría el grado de irrealidad en el que nos encontrábamos, enero arrancó con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el ingreso a la Organización para la

Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), la música de los Pet Shops Boys y Ace of Base. Nos sentíamos, finalmente, tal como el presidente Carlos Salinas de Gortari señalaba, con un pie en el primer mundo.

Políticamente, el año se convirtió en uno de los más convulsos, con el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, el primero de enero; con tres asesinatos que hasta hoy no han visto parangón: el del candidato presidencial del PRI, Luis Donaldo Colosio, en pleno acto de campaña el 23 de marzo en Lomas Taurinas, Tijuana (en un contexto que aún no ha sido esclarecido del todo), el del cardenal Posadas Ocampo, apenas dos meses después, y el de José Francisco Ruiz Massieu, entonces presidente del PRI, en septiembre; y, finalmente, el llamado «error de diciembre», que detonó la última de las peores crisis económicas del siglo xx en México.

Para el Partido Verde, en cambio, 1994 representó el año de su primera oportunidad de participación en *la grande* y, como sabemos, su única presentación en solitario. El candidato no podía ser otro que su líder, presidente y fundador, Jorge González Torres, quien realizó una campaña atípica que mezclaba, dentro de su marco ecologista, el indigenismo, el neochamanismo y el sentimiento antipriista.

Ya desde este primer turno, el Partido Verde demostró lo que sería —y es— su gran fuerte: las estrategias de *marketing*,

adelantándose unos años al sentimiento de hartazgo hacia el sistema de partidos (que en esos momentos se encontraba en ciernes) con el eslogan «no votes por un político, vota por un ecologista».

Esta propuesta le granjeó la simpatía de muchos jóvenes, nuevos electores, por partida doble: por abrazar causas que comenzaban a estar en boga, como el cuidado del ambiente — apenas ese año, en seguimiento a los compromisos internacionales adquiridos por el TLCAN, habíamos estrenado la primera Secretaría del Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca (Semarnap)—, y por su presentación como un hombre alejado de los partidos políticos tradicionales y sus prácticas corruptas. Para ello, Jorge González realizó un magnífico trabajo, únicamente posible en la era antes de Google, para borrar, al menos del imaginario colectivo de sus objetivos políticos, su paso por el PRI y sus relaciones personalísimas con miembros destacados de dicha organización.

La elección de 1994 todavía se realizó con reglas electorales que no tomaban en consideración principios como la equidad en la contienda y donde el Instituto Electoral aún no gozaba de plena autonomía. No es de extrañar, pues, que el financiamiento y la cobertura televisiva estuvieran decididamente inclinados hacia el partido en el poder y que una candidatura de los partidos minoritarios —de *la*

Chiquillada—, como la de González Torres, tuviera una cobertura marginal. No fue invitado al primer gran debate televisado de los candidatos principales, donde únicamente participaron los tres partidos políticos más grandes, y aunque gozó de cobertura en el canal Eco a lo largo de toda su campaña (que en ese entonces duraba alrededor de seis meses), se realizaban pocas transmisiones.

Sin embargo, los recursos personales de González Torres le permitieron financiar un testimonio escrito, una especie de diario de campaña, elaborado por el escritor mexicano Eloy Urroz —compañero de generación de Jorge Volpi e Ignacio Padilla, con quienes en ese año publicaría el libro *Tres bosquejos del mal*— que describe una semana de la campaña presidencial del PVEM en Oaxaca, donde, a través de entrevistas que el propio autor realiza, se conocen los rasgos generales de la ideología y de la operación del partido que gravitaba, casi de forma exclusiva, alrededor de los designios del Hombre Tucán. En la crónica con el mismo nombre y con el subtítulo «un llamado a preservar la vida transformando la acción política», Urroz hace explícito el *modus operandi* de la campaña de González Torres. Sin orden establecido y confiando en los vínculos e interés que pudiesen captar sus allegados, algunas horas antes realizaba mítines poco concurridos que combinaban la participación en rituales tradicionales sincréticos —lo mismo visitaba la iglesia del

pueblo que nadaba en el río sagrado de la comunidad en turno, con la entrega de una correspondiente ofrenda de por medio— con un poco, bastante poco, de discurso político. En sus propias palabras: «Cada acto de nuestro partido se convierte, pues, en un ritual. Vamos al templo, saludamos al patrón o la patrona, se recibe la bendición de los ancianos y las ancianas. Es así como debe ser».

Al hablar de su candidatura, González Torres se adjudicaba el papel místico de haber sido enviado por una fuerza superior: «yo recibo instrucciones y estas han sido muy claras», le comentó a Urroz en algún momento; en otra ocasión, expresó: «Cuando yo pedí permiso para realizar esta campaña, las instrucciones fueron: “Sí, es el momento, hazlo bien. Lo único que debes mantener es el corazón abierto y la cabeza sencilla”». Asimismo, se equiparó al Subcomandante Marcos —en ese entonces, el líder más visible del EZLN— al considerar que tenían un papel semejante en la vida pública del país, pero desde distintos miradores. Ambos —consideraba— estaban destinados a cambiar el rumbo de México.

La campaña presidencial de González Torres discurrió, entonces, entre limpias realizadas diariamente por una de sus colaboradoras de campaña, ofrendas a deidades mayores y menores, pláticas con tucanes (con los que el candidato aseguraba poder comunicarse) y algunas propuestas muy

generales sobre el ecologismo y la economía del país.

El resultado electoral del PVEM es, al igual que su campaña, meramente anecdótico. De acuerdo con los resultados oficiales del Instituto Nacional Electoral, el PVEM obtuvo 327 313 votos en la elección presidencial, correspondientes al 0.93% del electorado de entonces, lo que lo situó como una muy lejana quinta fuerza política. Más allá de haber realizado una campaña principalmente en municipios rurales y alejados, su electorado se concentró en la Ciudad de México y el Estado de México. Para el Senado, los candidatos del PVEM alcanzaron el 1.28% de los votos, y en la elección para diputados, el 1.38%. Al no alcanzar el 2% mínimo que se exigía entonces para ser incluido en el reparto de escaños plurinominales, el Partido Verde no obtuvo representación en ninguna de las Cámaras.

A pesar de estos magrísimos resultados, este primer *round* electoral constituyó, para la estrategia del partido en ciernes, un éxito rotundo. Primero, porque le dio a González Torres visibilidad nacional, necesaria para una organización de tan marcada raigambre citadina. Segundo, y más importante, porque permitió la primera campaña masiva de difusión de una marca perfectamente cuidada. No nos engañemos, detrás de la supuesta candidez e improvisación operaba una estrategia bien planeada.

Gracias a esa genial campaña, el Verde pudo identificar con

su emblema no solo al ecologismo, sino a muchas reivindicaciones sociales del momento que, de hecho, tardaron varios años en permear las estructuras y prácticas de los principales partidos políticos del país.

Más de una década antes que Andrés Manuel López Obrador, el candidato González Torres buscó visitar los municipios y comunidades más alejados del país, siendo, en algunos casos, el primero en llegar. Del mismo modo —en parte como resultado de un preciso cálculo político y en parte porque se trataba de un partido pequeño, con una mínima operación fuera de la Ciudad de México y zonas conurbadas—, fue el primer partido en incorporar de forma masiva candidaturas indígenas: mixes, otomíes, nahuas, zapotecas (en su libro, González Torres señala el 20% del total y el 80% de los primeros lugares de las listas de representación proporcional). Asimismo, los jóvenes de entre 21 y 29 años ocuparon el 35% de los espacios disputados. En ese entonces, el Niño Verde, quien, por cierto, fue el único candidato del PVEM en obtener un escaño plurinominal en la primera legislatura de la Asamblea del Distrito Federal, contaba con tiernos 22 años.

Lo mismo sucedió con la paridad de género, donde presentaron el 50% de candidaturas femeninas. Al respecto, González Torres da, de nueva cuenta, una explicación metafísica:

Aquí es la igualdad. El 50% de los candidatos a senadores, diputados y asambleístas son mujeres. Esto es muy importante por cuestión de la energía, digamos, puesto que la energía en el universo está equilibrada por un más y un menos, es decir, un positivo y negativo. Así es como se conforma toda la armonía. En nuestra especie humana es [sic] la mujer y el hombre. En la política ambos deben estar en igualdad de circunstancias para que se equilibren las características positivas y negativas.

Al ver los resultados, y desde el punto de vista tradicional de la política, es decir, la obtención del mayor número de votos y escaños posibles, sabiendo lo que sabemos hoy de los verdes, uno podría preguntarse: ¿por qué, si ya habían perdido el registro en una ocasión, no jugaron a la segura y eligieron irse en una alianza con otro partido, más aún si uno de los candidatos era Cuauhtémoc Cárdenas, a quien ya habían apoyado en la elección de 1988 de forma testimonial? Al preguntarle Urroz sobre las coaliciones, la respuesta de González Torres, con la que nos devela, tan temprano como 1994, el plan maestro que tenía para su partido, fue:

no, porque esto es algo muy digerido, nada improvisado. Es una experiencia mundial, única. Esta es una candidatura completamente libre, independiente de coaliciones y de fuerzas superfluas electoreras de apoyo. Este es un movimiento Verde Ecologista en el mundo y... parece ser, no hay ningún antecedente a nivel presidencia de la

República. [...] Lo echaríamos a perder con coaliciones y alianzas. Pudiera ser que ya después del 21 de agosto, teniendo la primera prueba de la dimensión real de la fuerza Verde, entonces sí... ya veremos.

Haciendo una lectura comprehensiva de esta campaña, hay que reconocerle al PVEM la capacidad para *leer el cuarto*, medir sus posibilidades y realizar una apuesta paciente que, como veremos más adelante, ha seguido rindiendo frutos hasta la actualidad. Más que electores, buscó posicionarse como una marca nueva, atractiva y que parecía una alternativa verdadera a las opciones políticas tradicionales. Desde su eslogan hasta sus rituales de campaña, que incluso hoy convencerían a más de un *Tuluminati* y que resonaban fuerte en el 1994 del Zapatismo, el Verde implantó con éxito una idea simple: no somos políticos, somos otra cosa. ¿Qué eran, en verdad? Se descubrirá tiempo después.

1997. Nuevas reglas, nuevas mañas

La elección intermedia de 1997 representó un parteaguas para la historia político electoral del país y el inicio de la que se convertiría, millones más, millones menos, en la relación del Verde con las reglas del juego electoral. Este proceso estrenó una nueva autoridad, finalmente independiente del Poder Ejecutivo, y con nuevas figuras: los consejeros ciudadanos, académicos, miembros reconocidos de la sociedad civil y

electos por la Cámara de Diputados; un nuevo esquema de financiamiento —70% proporcional al voto obtenido en la elección inmediata anterior y 30% igualitario—, una mejora del sistema de acceso a medios de comunicación, una nueva redistribución que se ajustara adecuadamente a la realidad del país y un novedoso esquema de transparencia para el acceso y el ejercicio de los recursos públicos y privados.

El nuevo sistema electoral pasó la prueba de fuego con resultados muy alentadores. Como se esperaba, las nuevas condiciones cambiaron por primera vez en la historia la configuración de la Cámara de Diputados, y el PRI perdió la mayoría absoluta. Del mismo modo, tres de sus partidos satélite, el Partido Cardenista (PC), el Partido Popular Socialista (PPS) y el Partido Demócrata Mexicano (PDM), perdieron su registro y desaparecieron de la vida pública del país.

Aunado a estos cambios a nivel federal, el Distrito Federal viviría su primer proceso electoral. El año de 1997 marcó el fin de la Regencia e inauguró la Jefatura de Gobierno; el PRI iba a medir su verdadera fuerza en una ciudad que estaba acostumbrado a gobernar sin elecciones democráticas. El resultado fue sorprendente: Cuauhtémoc Cárdenas, el dos veces excandidato presidencial, obtuvo una victoria contundente.

Al PVEM, las nuevas reglas del juego le sentaron bien,

demasiado bien. Fiel a su pragmatismo, el Verde recicló su eslogan presidencial y buscó reafirmar su identidad apolítica a través de la selección de candidatos jóvenes, con poca o nula trayectoria en este ámbito, o bien, aprovechando la popularidad de los nuevos consejeros «ciudadanos» del Instituto Federal Electoral (IFE) y nombrando candidatos con el mismo perfil, esto es, personalidades de los entornos académicos, diplomáticos, de organizaciones sociales, etc., para que incursionaran en la política partidista.

Esta movida inauguró otro de los movimientos característicos del PVEM y que luego sería imitado y asimilado por los demás partidos políticos: la invitación a celebridades que, a cambio de una posibilidad en la política, darían publicidad y renombre a la organización. Se trataba —y se trata, como diría en su momento Miguel Ángel Granados Chapa— de «una legítima operación de trueque político, no de un acto de benevolencia». Los alcances de esta maniobra, y de la definición de *celebridad*, eran insospechados en ese momento. Con esto quedaba inaugurada una vertiente del negocio verde: el partido franquicia.

Además de estas maniobras, el Verde Ecologista mantuvo sus políticas de inclusión: jóvenes, indígenas y mujeres, muchos de ellos compañeros, colaboradores y empleados de los González Torres, quienes ayudaron a cubrir las candidaturas a diputados y senadores en todo el país. Entre

estos personajes no políticos se encontraba, a petición del todavía poderoso Manuel Camacho Solís, un colaborador suyo: Marcelo Ebrard, con quien la familia González Torres había tenido relación en los albores de la formación del partido, allá por 1993.

Se dice que fue Ebrard, por instrucciones del propio Camacho, quien realizó la operación de la Asamblea Fundacional del PVEM. Esta postulación, además de iniciar una historia con muchos capítulos entre el partido y el entonces desconocido Ebrard, representa también el inicio de una de las vertientes de negocios más importante para el Verde, es decir, el uso de candidaturas como moneda de cambio para favores políticos.

En los comicios federales del 97, el Verde recibió medio millón de votos más que en la elección de 1994, obteniendo el 3.8% para diputados y el 4% para senadores. Con estos resultados, obtuvo la nada despreciable cantidad de ocho diputados, entre ellos, Ebrard, quien «renunció» al PVEM en 1998, a pesar de no pertenecer a él de forma oficial, y el Niño Verde, que celebraba su primer cuarto de siglo, así como un senador, el renombrado académico y diplomático Adolfo Aguilar Zínser, todos por la vía plurinominal. Ya tenían bancada. En este proceso, Jorge González Torres no se mantuvo al margen. Aprovechó la nueva oportunidad, y a su electorado mayoritario, y lanzó su candidatura al Gobierno de

la Ciudad de México. En su campaña, refriteó las propuestas de 1994.

Camaleónico como David Bowie, en esta ocasión dejó en segundo plano su faceta neochamánica (probablemente porque el indigenismo ya no estaba tan de moda) y buscó presentarse como un hombre con ideales. Vistiendo trajes sastres y chamarras Members Only, recorrió las plazas de la ciudad, acompañado de mascotas y haciendo mítines de corte tradicional, nunca muy concurridos.

De nueva cuenta, cabe preguntarse: ¿por qué González Torres se postuló solo si hubiese podido integrarse a la candidatura de Cárdenas y hacerse de muchas más posiciones políticas a su lado? Al respecto, existen varias hipótesis: la primera, porque mantenía el objetivo de consolidar al PVEM como una entidad rentable por sí misma antes de explorar capitalizarla a través de alianzas, en ese sentido, una elección local nueva en su lugar de origen representaba una excelente oportunidad; la segunda, un poco más turbia, se basaba en que la decisión de contender solo no fue, digamos, propia, sino sugerida por Camacho Solís para restarle votos a la oposición, especialmente al PAN que venía de una racha ganadora en otras entidades de la República, pues se perfilaba como ganador de dicha primera elección y con el que el PVEM compartía algunos principios y valores de la derecha.

No es descabellado pensar que González Torres haya visto

en esta candidatura la posibilidad de ganar por partida doble: mejorando su propio negocio, el PVEM, y quedando bien con Camacho. El 6% obtenido en el proceso, que implicó obtener cuatro diputados plurinominales en la asamblea local y que lo colocó como la cuarta fuerza política en la capital del país, demostró que su apuesta había sido la correcta.

En general, 1997 resultaría un buen año para toda la familia González Torres. Desde la trinchera abiertamente empresarial, Víctor, el hermano del Hombre Tucán, arrancaría un pequeño negocio: las farmacias Similares. Asimismo, a la par de su primera bancada legislativa, el Verde tendría también su primer escándalo relacionado con el financiamiento del partido.

En función del nuevo esquema de distribución del financiamiento público, el PVEM recibió 37 592 934 pesos del IFE. Las nuevas reglas, que buscaban transparentar el destino de los recursos públicos y, sobre todo, inhibir que ese dinero se destinara a la compra y coacción del voto, contemplaban la obligación de los partidos políticos de comprobar, por medio de la entrega de facturas, sus gastos de campaña. De acuerdo con varias fuentes, la institución electoral detectó que el 60% de las facturas entregadas por el PVEM eran falsas. El monto de esa estafa ascendía a un millón de dólares, entre los que se incluían 150 000 supuestamente gastados en gasolina en un solo establecimiento perteneciente a un amigo de los

González Torres. El IFE presentó una denuncia ante la procuraduría, que nunca fue perseguida.

De igual forma, se hicieron denuncias de gastos personales, realizados con dinero público, que buscaron disfrazar como de campaña: dentistas, viajes y restaurantes, así como probables inversiones en centros turísticos en playas al norte de México. Los verdes habían aprendido velozmente que la mejor parte de tener un partido familiar era poder utilizarlo a su antojo y en sus antojos. Sin embargo, a pesar de que las vías penales no funcionaron, tanto el IFE como el Tribunal Electoral tenían ya facultades para sancionar las irregularidades en este ámbito, y ese año, el Verde comenzó el larguísimo conteo de sanciones que crece día con día hasta la fecha, al quedar en un honroso segundo lugar —solo después del PRD— con un monto de 1 097 365.10 pesos.

En su desempeño en el legislativo, el PVEM tuvo un arranque desaseado. En el Senado, Aguilar Zínser, su único representante, se desmarcó rápido del partido, se denominó independiente y sus iniciativas siempre estuvieron relacionadas con temas ecológicos, pero sin obtener nunca mucho eco ni de su trabajo como tribuno ni del partido que lo había postulado. Con los diputados, sus mayores logros fueron incluir en la Constitución el derecho a un medio ambiente sano y, para sorpresa de... nadie, la reducción del mínimo de edad necesario para ser senador, cuya iniciativa

servía para apoyar la carrera ascendente del Niño Verde, que hasta entonces ya llevaba dos curules al hilo. Con esta iniciativa, y la operación durante esos años, el PVEM mostraba su verdadero interés del momento: la elección del año 2000. Y mientras otros especulaban, Jorge González Torres y los suyos tenían desde 1997 su estrategia y perfilaban un nuevo capítulo en la vida del PVEM y una nueva mutación.

Ese año, Jorge González Torres, junto con académicos, intelectuales y miembros de la sociedad civil, firmaron la *Alianza a Favor de la República*. El signante más destacado fue el gobernador panista del estado de Guanajuato. Aunque los azules aún no lo supieran, el Verde se alistaba para su primer matrimonio. Estaba listo para dar ese paso.

UNA BODA VERDIAZUL.
EL BREVE Y EXPLOSIVO MATRIMONIO
ENTRE EL PVEM Y EL PAN

Como Sylvia Fine, la madre de la protagonista de la serie *La Niñera*, cuya principal ocupación era buscar un marido para su hija, González Torres se dio cuenta de que el Verde necesitaba un matrimonio para sobrevivir a los años venideros. Aunque el partido había venido creciendo de forma paulatina durante su primera década de existencia, los resultados electorales de 1997 evidenciaban dos cosas: la hegemonía del PRI estaba llegando a su fin y, en consecuencia, la competencia electoral para el fin de siglo se configuraría como una lucha entre dos bandos: los tricolores y la alianza con mayores posibilidades de vencerlos.

Es así que, desde 1997, González Torres ya había dado indicios de querer buscar un aliado para los futuros procesos electorales y, sin que nadie lo tomara en consideración en su momento, había delineado el papel del PVEM en la nueva configuración política del país. Entendiendo bien el sentimiento antipriista que primaba en el ambiente y del que

también habían sido precursores, afirmaba que era momento de dejar de lado las ambiciones políticas personales para construir en conjunto a un gladiador que pudiera darle la estocada final al PRI en la elección presidencial del año 2000.

Como siempre ha sucedido con el Partido Verde, detrás de ese supuesto y edulcorado discurso de sacrificio, democracia y unidad se escondía un cálculo maquiavélico de dimensiones oscuras. Jorge González Torres había invertido tiempo, dinero y esfuerzo en identificar las fortalezas y debilidades de su organización. Sabía perfectamente que, en el contexto antes descrito, los partidos chicos como el suyo tenderían a desaparecer si contendían en solitario, ya que era muy probable que el voto se orientara al partido o alianza con mayores posibilidades de ganar, sin importar la identificación ideológica, congruencia o programa de gobierno.

Si bien no hay que olvidar que los verdes eran ya la cuarta fuerza política en el país —lugar nada despreciable si tomamos en consideración que partidos de mucho más larga data y tradición, como el Partido del Trabajo o el Popular Socialista, llevaban ya varios lustros luchando, elección tras elección, por resultados que les permitieran mantener sus registros—, la diferencia porcentual entre ellos y los tres grandes rebasaba las dos cifras. Pero, así como Jorge González Torres conocía ese punto débil, también sabía que los resultados del Verde a nivel federal y local, su distinción como

el partido con mayor potencial de crecimiento y la segunda opción de voto en el Distrito Federal, así como el simple peso que tenía la marca ambientalista (que, de acuerdo con Jorge Zepeda Patterson, le otorgaba automáticamente al que lo tenía entre tres y cinco puntos porcentuales a su favor) eran excelentes productos para poner a la venta en el mercado de la partidocracia mexicana.

Más aún, el Hombre Tucán leyó la teoría política mejor que muchos viejos lobos de mar de aquellas junglas. El empresario supo hacer lo que un montón de políticos de mayor kilometraje no habían logrado: comprendió mejor que nadie que en los tiempos venideros, donde todo indicaba que las mayorías absolutas y hasta las relativas en el Congreso dentro de un sistema federalista serían cada vez más difíciles de conseguir por una sola fuerza, los partidos medianos y pequeños tendrían un papel nada despreciable, el del ser los fieles de la balanza. Ser el punto determinante tendría un valor político, y probablemente económico, altísimo.

Esta sería la primera vez que González Torres buscaba consolidar una magna alianza para la grande; cabe mencionar que entre 1997 y el año 2000 el Partido Verde se fue entrenando con varias uniones políticas en un par de entidades federativas, aunque con distintos grados de éxito. En 1998, materializó una de sus primeras alianzas con los partidos grandes de la mano de la izquierda; bajo el cobijo del

PRD en el estado de Sinaloa, postuló como candidato a la gubernatura a Rubén Rocha Moya (quien solo tuvo que esperar ¡24 años! para que, en 2022, se alzara finalmente con el triunfo en dicha entidad, pero ahora postulado por Morena y sin alianza con su otrora patrocinador). En 1999, de nuevo en unión con el PRD y *la Chiquillada*, los verdes decidieron que un expriista, Alfonso Sánchez Anaya, fuera su abanderado para la gubernatura en Tlaxcala, donde lograron una victoria efímera. Su candidato ganó, pero, al ser dejados de lado para la integración del gabinete y, se dice, la negativa a poder realizar ciertos negocios dentro de la entidad, la alianza no vivió mucho más allá del día de la jornada electoral.

Así, comenzó la temporada de debutante. Muy probablemente influido por el triunfo en la capital del país, González Torres buscó primero reavivar la llama del amor con el entonces Jefe de Gobierno, Cuauhtémoc Cárdenas, quien había sido su primer aliado político aún como asociación civil en el no muy lejano 1988. No obstante, al entrar en el terreno de los acuerdos y las negociaciones, cuando el Hombre Tucán llegó a insinuar que la selección del candidato de una eventual alianza debería ser producto de una encuesta —que, afirmaba, él tenía todas las posibilidades de ganar— el hijo de Lázaro dejó claro que no existía ninguna posibilidad de considerar a algún otro candidato a la presidencia que no fuera él mismo.

A pesar de que nunca había ganado un solo puesto de representación popular, y sin importarle en el cálculo que Cárdenas acababa de vencer al PRI en la entidad más importante de la República, González Torres estaba envalentonado y sintió que su novel partido sería mejor valorado en otro lado; por ello, no estuvo de acuerdo con lo que consideró una imposición por parte del perredista y, parafraseando la canción de Perales, salió a la calle a buscar amor.

Como todo buen ligue, comenzó con un guiño sutil, pero contundente. La firma de González Torres en el referido documento *Alianza por la República* sirvió como una primera declaración de intenciones al entonces gobernador del estado de Guanajuato: un extravagante ranchero, tan campechano como despistado, de casi dos metros de altura, salido del ámbito empresarial y cuyo trabajo más relevante, antes de inmiscuirse en la política, había sido de gerente en una célebre refresquera. Su nombre era Vicente Fox Quezada. Al tiempo que este peculiar personaje comenzaba a descollar en titulares y noticias fuera del ámbito local, también libraba una intensa batalla al interior de su propio partido y, como González Torres en el suyo, lo hacía inaugurando nuevas formas de hacer política con la creación de una asociación civil de apoyo a su candidatura, una estructura paralela: los célebres Amigos de Fox, cuyo infame desenlace veremos más

adelante.

La decisión final, es justo decirlo, no fue del PVEM, aunque tampoco enteramente del PAN. De 1997 a 1999, Vicente Fox y sus aliados orientaron sus esfuerzos a construir una candidatura de unidad con todos los partidos de oposición. Para ello, crearon mesas de negociación que tenían como objetivo identificar los intereses comunes de todas las fuerzas políticas que querían unírseles. Sin embargo, el PRD fue el eslabón de la discordia. Después de varios meses de intenso trabajo, fue evidente que ni Cuauhtémoc Cárdenas dejaría de perseguir la candidatura presidencial ni los partidos de izquierda de respaldarlo. Quedaron, entonces, solo dos: el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM), encabezado por el otrora priista y político de larga data, Porfirio Muñoz Ledo, y el Verde Ecologista, que, como en la popular serie *The Bachelor*, esperaba con ansias que le tocara su rosa. Tanto las dirigencias del PAN como las del PVEM vieron con buenos ojos la alianza. Era claro que sus coincidencias eran muchísimas más que sus desacuerdos o, en todo caso, el antipriismo era motivo suficiente para la unión.

De ahí que, en 1999, en eventos simultáneos, uno en el Lienzo Charro y otro en el Polyforum Cultural Siqueiros, las respectivas Asambleas Nacionales de los partidos interesados se dieron el sí, respaldado por una rotunda mayoría de votos de quienes asistieron al inicio del matrimonio. En aquellos

rituales amorosos, a diferencia de lo ocurrido con Cárdenas, González Torres no estaba dispuesto a pelear la candidatura de la alianza y declinó en favor de Fox de forma inmediata (esto, hay que decirlo, sucedió de manera informal, al no haber sido nunca registrado oficialmente como candidato de su partido); tal vez esta decisión ocurrió porque, para ese momento, era clarísimo que, en contraste con el hijo de Lázaro, el guanajuatense era ya por sí mismo un fenómeno, mejor dicho, era *el* fenómeno político que no solo México estaba esperando desde hacía años, sino que —y quizá sobre todo— los verdes, pues finalmente alguien los llevaría hasta la presidencia. En la vida, como en el amor, los fracasos enseñan.

Con honestidad, ambos partidos (o al menos eso dijeron sus representantes) conocían sus diferencias ideológicas y con aún mayor sinceridad, pero mucho menos estridencia, sabían que tenían más en común de lo que admitían públicamente. Las entrevistas con González Torres a lo largo de estos años evidencian que, a diferencia de otros partidos verdes, alineados a la tradición liberal que incluye dentro de sus luchas los feminismos, la ampliación de los derechos y el trabajo con minorías, el Ecologista de México tenía el corazón a la derecha: estaban en contra del aborto, en favor del punitivismo y contemplaban el sistema capitalista como un mal necesario; ¡faltaba menos!, si sus fundadores venían de

hacer su patrimonio a través del comercio y la empresa.

En el papel, el convenio de coalición entre ambos partidos fue bastante jugoso para el PVEM. Por su participación recibiría el 4.5% de la votación válida emitida para la elección presidencial (en esos momentos, la ley electoral estipulaba que, para las alianzas, serían los propios participantes quienes determinarían cuántos votos le corresponderían a cada quien), 17 diputados y seis senadurías y, de ganar, obtendrían un porcentaje adicional. Un dato importante, importantísimo, sería lo que dejó fuera: la eventual negociación de posiciones en el gabinete en caso de obtener la victoria. El nombre de la alianza —que después de más de setenta años sacaría al PRI de Los Pinos— dejó clarísimas sus intenciones: Alianza por el Cambio. Y fue, para bien y para mal, estrictamente eso.

Durante la campaña, el Verde se desdibujó por completo y fue una comparsa relativamente tranquila para los panistas. Su presencia más significativa radicó en ser parte de un pintoresco logotipo que tras un fondo que difuminaba el azul con el verde enmarcaba el emblema del tucán abajo del de Acción Nacional, inaugurando, así, una etapa en donde los partidos políticos no tienen pudor en combinar la gama cromática y obtener cualquier tipo de colores psicodélicos.

Pero, más allá de la estética, lo cierto es que la personalidad avasalladora y el lenguaje desenfadado de Vicente Fox, la

maquinaria echada a andar hacía años con su asociación civil y la visión empresarial del candidato (que había invertido desde un inicio en estrategias de publicidad para ser vendido, a decir suyo, «como si fuera una Coca-Cola»), no solo le permitieron a Jorge González Torres acomodarse tranquilamente en el asiento de atrás durante los seis meses de trayecto que duró la campaña, sino también aprender algunos trucos y trampas que su partido llevaría a otro nivel en próximas elecciones. No cabe duda, el tucán es un animal con alta capacidad de aprendizaje.

El 2 de julio del año 2000, con un porcentaje de votación del 38.24%, la Alianza por el Cambio le arrebató, por primera vez en la historia de México, la Presidencia de la República al Revolucionario Institucional. Felipe Bravo Mena, Jorge González Torres y Porfirio Muñoz Ledo, presidentes del PAN, PVEM y PARM, respectivamente, aparecieron jubilosos esa noche en la explanada del IFE y más tarde en el festejo del Ángel de la Independencia haciendo la “v” de la victoria.

Los resultados materiales le dieron al PVEM nada más y nada menos que el 8% de la votación emitida, ¡casi el doble de lo acordado en el Convenio y la mención de haber jugado un papel «fundamental» en la esperadísima transición mexicana! En el Congreso, obtuvo un total de 17 escaños, seis diputaciones de mayoría relativa y 11 de representación proporcional, mientras que en el Senado, los verdes

conformaron una bancada de cinco integrantes. En ese preciso momento, aparecen en la Cámara Baja, y por primera vez en la vida pública de México, personajes de la talla de Arturo Escobar y Bernardo de la Garza, quienes, con escasos 30 años, jugarían un papel fundamental en la historia del Verde en las elecciones venideras.

De la camada de senadores destacan dos nombres: Jorge Emilio González Martínez, quien a sus 28 años estrenaba su tercer cargo parlamentario, y una mujer joven, casi desconocida en el ámbito político, mas no en los círculos televisivos: Verónica Velasco, corresponsal del programa sensacionalista *Primer Impacto* y cofundadora, junto con su esposo Epigmenio Ibarra, de Argos Comunicación (este último, director de dicha empresa) y quien, en ese momento, había conducido en Televisión Azteca programas como *Expediente 13:22:30*, *Se vale soñar* y *Momento de decisión*. A través de estas candidaturas «ciudadanas» del Verde, y casi imperceptiblemente, el cuarto poder mexicano había encontrado la puerta de entrada al Congreso.

Sin embargo, más allá de lo ganado en el legislativo, la «boda» no culminó en luna de miel. Casi de inmediato, ya desde el periodo de transición, el PAN relegó al PVEM de los equipos (ni siquiera le otorgó los temas tocantes a la ecología). Siguiendo lo estrictamente pactado en el convenio de alianza, el primer círculo del ahora presidente electo no se

sintió en la obligación legal, política o moral de formar un gobierno de coalición con su par en la Alianza por el Cambio. Para añadir un insulto al agravio, Fox anunció que su Gobierno contaría con una amplia participación de la sociedad civil y la academia, donde se encontraban algunos de los antiguos correligionarios de González Torres, muchos de los cuales no solo no tenían una opinión favorable del Hombre Tucán, sino que estaban dispuestos a solicitar activamente que no participara en el nuevo Gobierno. Durante los meses que duró la transición, más de cincuenta organizaciones de la sociedad civil y cientos de ambientalistas y académicos se pronunciaron en contra de que González Torres ocupara un cargo público.

Por ello, el despecho de González Torres era patente. No se cansaba de afirmar que desde que Vicente Fox había ganado la elección, se había olvidado por completo de los verdes:

Ya no tuvimos participación en el grupo de transición; no nos invitaron al trabajo de aportar ideas. Él se empezó a desligar de los compromisos y se acercó a otros grupos y a otra gente que no había tenido la responsabilidad política del triunfo [...]. Tenía su grupo de gente cercana, como Jorge Castañeda, Adolfo Aguilar Zinser y todos esos, pero a nosotros Fox nos cerró la puerta y se acabó nuestra alianza.

Fox escuchó las peticiones y, de nuevo, sin sorprender a nadie, excepto al propio González Torres (quien creía

firmemente que el papel del PVEM había sido definitorio en los resultados del 2000), el «gobierno del cambio» no le otorgó la Secretaría del Medio Ambiente al Hombre Tucán (en un primer momento, fue asignada a Víctor Lichtinger, quien después sería sustituido por el exgobernador de Jalisco, Alberto Cárdenas). Probablemente después de una conversación con uno de sus tucanes, y en medio de la euforia democrática, el decepcionado Jorge Emilio González Torres, patriarca del PVEM, comenzó a pavimentar su salida del Partido Verde y, de paso, de la vida pública.

El vuelo de Jorge Gonzáles Torres y el relevo del Niño Verde. Nace un nuevo líder

Cuando en el país se empezaba a palpar la democracia y se hablaba por primera vez de transparencia, acceso a la información y rendición de cuentas, al Hombre Tucán le pareció oportuno dejar de ser un jugador visible y relevante. Al respecto, este personaje declararía tiempo después, ante la posibilidad, por primera vez en su historia, de que alguien más encabezara el PVEM, lo siguiente:

Los cargos nunca han sido para mí algo fundamental, los he llevado, soportado y cumplido, pero no estoy atenido a esto [...]. Nunca había soñado con ser secretario del Medio Ambiente, aunque lo que sí esperaba, y con todo el derecho político y moral, es que nos hubieran

tomado en cuenta a la hora de opinar sobre los programas ecológicos y, si no, que se hubieran cumplido los compromisos hechos conjuntamente en la campaña.

La decisión no era menor, pues desde 1988, González Torres había sido reelecto en la dirigencia nacional de su partido, convirtiendo a la organización prácticamente en su juguete, en una especie de franquicia al servicio del mejor postor, donde cualquier decisión importante, indefectiblemente, tenía que contar con su autorización.

En ese sentido, vale la pena recordar lo que Daniela Pastrana calificó «una joya del México moderno», una de las grandes contradicciones donde un partido antidemocrático supuestamente luchaba por la democracia, y es que en los estatutos del PVEM se podía descubrir su talante autoritario, la verdadera cara priista de los ecologistas. El clásico ejemplo de comportarse como candil de la calle y oscuridad en la casa. En un artículo publicado en *La Jornada*, la periodista antes citada, al enumerar algunos de los principales escándalos y chantajes del Verde, ponía como ejemplo las siguientes normas: Art. 12, fracción I: «La Asamblea Nacional será convocada por el presidente del Partido Verde Ecologista de México»; fracción II: «Para que la Asamblea se considere legalmente instalada deberán estar presentes, por lo menos: El presidente Nacional del Partido Verde Ecologista de México»; fracción III: «Para

que las resoluciones de la Asamblea Nacional sean válidas, deberá estar presente el presidente de la Comisión Ejecutiva Nacional»; fracción v: «Las resoluciones de la Asamblea podrán ser vetadas por el presidente del Partido Verde Ecologista de México»; Art. 13: «El presidente Nacional del Partido podrá establecer las Secretarías que resulten necesarias para la adecuada administración del Partido Verde Ecologista de México».

Para terminar, Pastrana afirmó que: «Los militantes del Partido Verde, por su parte, pueden recurrir a una instancia distinta de la asamblea para expresar sus inconformidades. Se trata de la Comisión de Honor y Justicia, presidida a su vez por... el presidente nacional del partido. Faltaba más».

En ese mismo orden de ideas, en aquel entonces, Sergio Aguayo escribió:

Los estatutos del PVEM son los más antidemocráticos de los partidos que tienen registro porque le conceden un poder casi absoluto a su presidente. Durante los últimos 15 años lo ha dirigido Jorge González Torres, quien durante ese tiempo actuó sin miramientos en contra de quienes se le oponen y manejó con desenfado los millonarios presupuestos que le entrega el Instituto Federal Electoral, IFE.

También, en aquellos años, este hecho lo documentaron Ernesto Núñez y Guadalupe Irizar mediante distintos reportajes del periódico *Reforma*: «El PVEM tiene estatutos que

no solo concentran las decisiones en el presidente nacional, sino que hace prácticamente imposible la disidencia». Lo cierto es que no era muy difícil intuirlo, el PVEM era Jorge González Torres. De hecho, la defensa que esgrimía de esos estatutos tan autoritarios era que: «cuando un partido nace, requiere cierto cuidado [...] es como un bebito que cuando está chiquito requiere atención. Mientras va creciendo, se va fortaleciendo». Por eso mismo, la persona ideal para ocupar el cargo que estaba por dejar vacante era a quien había cuidado desde su nacimiento, su mismísimo hijo, natural y predilecto: Jorge Emilio González Martínez, el memorable Niño Verde — mote que desde aquellas mocedades asumía, aseverando (como buen hijo de político) que no le molestaba y actualmente afirma que le sigue gustando—.

Cabe mencionar que la aparición de este problemático personaje no se dio con el relevo en la presidencia de González Torres, sino desde antes, en 1994, cuando llegó a ocupar una curul en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, ¡con tan solo 22 años! De hecho, la anécdota cuenta que sus experimentados, traviesos, maliciosos y priistas compañeros de bancada de aquellos años, cada que Jorge Emilio pasaba a tribuna a pronunciar algún discurso, entonaban un coro al unísono que vociferaba: «quiere llorar, quiere llorar».

A pesar del incesante *bullying*, la carrera política de aquel

despistado muchacho fue ascendiendo de forma meteórica, aunque nunca aspiró a ser político, pues, como dijo: «pensaba dedicarme a negocios familiares y participar en la política hasta que cumpliera 40 años»; lo cierto es que la vida lo fue llevando a esos espacios «porque las metas se fueron logrando antes de lo previsto» y, en definitiva, porque contó con el empuje de su padre y siempre estuvo bajo su amparo.

En 1997, fue electo diputado federal y coordinador de los seis diputados de su partido. En dicha época, cabe mencionar, se codeó con viejos lobos de mar que encabezaban las fracciones de otras organizaciones, como Porfirio Muñoz Ledo, Arturo Núñez y Carlos Medina Plascencia. Como se señaló anteriormente, cuenta la historia que al desempeñarse por primera vez como legislador, cuando se discutía la eventual aprobación de la lista de funcionarios que encabezarían el Instituto para la Protección al Ahorro Bancario (IPAB), en la Cámara de Diputados y la de Senadores se apresuraron para aprobar una iniciativa de reforma a la Constitución, presentada por tres diputados de las bancadas del PVEM, del PAN y del PRI, para reducir la edad en la que se podía ser senador, de 30 a 25 años. En aquel tiempo, se difundió ampliamente la versión de que este cambio tenía nombre y apellido, que dicha modificación fue negociada por el PVEM para que beneficiara de manera directa a González Martínez y, de esa manera, pudiera alcanzar un escaño como

senador de la República, pues en la elección del 2000 tendría 28 años y sería imposible que llegara a la Cámara Alta por la vía de la representación proporcional.

Después de lo sucedido —cuenta Jorge Arturo Hidalgo—, el Partido Verde terminó votando en favor de la lista que negociaron hasta el último momento el PRI y el PAN respecto a quiénes serían los nuevos titulares del IPAB para, de esa manera, conseguir la mayoría requerida. Como un favor con otro se paga, el PVEM comenzó a explotar el potencial de ser un *partido bisagra*, es decir, ser el factor crucial que pudiera inclinar la balanza hacia el mejor postor ante la resistencia de la izquierda.

Los grandes partidos consolidados en aquellos tiempos nunca imaginaron el poder que, con el paso de las elecciones, adquiriría una organización minoritaria como la de los verdes para perpetuarse en el papel de negociadores por antonomasia ante cualquier coyuntura política que se presentara, sin que la obstruyera una determinada ideología. Muestra de ello fue dicha transacción disfrazada de negociación entre diferentes partidos políticos que buscaban reducir la edad para ocupar un escaño en el Senado. Cabe mencionar lo que escribieron, años después, Julio Téllez y Sergio Bárcena en un artículo publicado en la revista *Nexos* sobre este tema:

a partir de entonces, el Niño Verde ha sido legislador federal de manera ininterrumpida, salvo en una legislatura, desde hace más de veinte años: diputado de 1997 al 2000; senador de 2000 a 2006; diputado de 2006 a 2009; senador de 2012 a 2018, y; diputado, de nueva cuenta, de 2018 a 2021.

Al final, esta nimia y aparentemente inofensiva modificación constitucional permitió no solo que el Niño Verde se perpetuara en el Poder Legislativo por varias décadas, sino que, también, más tarde, en 2006, Manuel Velasco Coello — otro de los personajes que este libro aborda más adelante— se convirtiera en senador a sus angelicales 26 años, cuando el PVEM lo postuló y ganó la elección de mayoría en Chiapas.

La incursión de Jorge Emilio González Martínez en la primera plana de la política mexicana marcó un antes y un después en la forma de concebir a los políticos en México. Tantos años de *dinosaurios*, de *cabecitas de algodón* y señores enfundados en trajes grises con corbatas de seda, en definitiva, contrastaban con la imagen juvenil, fresca, vigorosa y —vamos— hasta bien parecida, dirían algunos, de alguien que daba la impresión de haber salido de un comercial de televisión, portando camisetas polo, o bien, mostrando su pecho bajo la camisa desabotonada; la imagen que aspiraba a presentarse trazó la ruta para establecer una novedosa estrategia electoral que, con el paso de los años, no solo le

resultaría redituable al Ecologista, sino a todos los demás partidos. El Niño Verde se convirtió en un precursor de los mirreyes y de los *juniors*, autodefinido «soñador, idealista enamorado y —sobre todo— un joven político que causa incomodidades».

La idea de un partido nuevo, crítico, incómodo y rebelde, que fuera dirigido, por primera vez en la historia, por y para jóvenes era tan disruptiva como prometedora. Pero el escenario no era fácil: González Martínez tenía claro que una cosa era la teoría, la estética y la narrativa que, dicho sea de paso, a su padre simple y sencillamente ya no le eran suficientes, y otra, muy distinta, la práctica y la manera de obtener votos. De ahí que este mismo joven, en los primeros días de su llegada a la dirigencia, afirmó que el PVEM había «entrado en una nueva etapa para integrarse en su mayoría por jóvenes, aunque también tendrán cabida los adultos hombres y mujeres que lleven a un niño o una niña en su interior». Por eso, vale la pena recordar cómo fue su elección como dirigente nacional y cuáles fueron las condiciones para recibir el partido heredado.

Todo comenzó cuando, a la par de que se supo que González Torres daría un paso al lado en la búsqueda por reelegirse en la dirigencia de su partido, se emplazó a una asamblea nacional conforme a los célebres y poco democráticos estatutos del Verde. De acuerdo con ellos, bastaba que este

personaje firmara la convocatoria y se diera a conocer por los miembros de la Comisión Ejecutiva Nacional y los presidentes de las Comisiones Ejecutivas Estatales, quienes, a fin de cuentas, serían los únicos que podrían votar y participar en ella.

Los endebles requisitos de validez para la elección del nuevo presidente del PVEM claramente dejaban ver una especie de selección. Cabe recordar que, conforme al artículo 12, inciso v, del ordenamiento recién citado, González Torres contaba con el derecho de veto sobre cualquier decisión que se tomara por mayoría en el seno del partido. Pero, a pesar de los cuestionamientos, en los días posteriores a la publicación de la convocatoria, diversos diarios de circulación nacional informaban que dos aspirantes se habían registrado para ocupar el lugar del Hombre Tucán: Guadalupe García Noriega, militante desde 1996 y quien fungió como coordinadora de los diputados del PVEM en la Asamblea Legislativa del DF, y Jorge Emilio González Martínez, quien no solo no necesitaba presentación, sino que claramente había sido preparado para heredar el cargo desde que era un recién nacido, todo un *nepobaby* para los parámetros actuales. Y es que el propio candidato afirmaría que «el derecho de ser hijo de González Torres influyó en que yo tuve oportunidad de nacer en este instituto, a los 8, 9 años empecé actividades en la Alianza Ecologista».

Por su parte, en defensa de su hijo, el padre argumentó: «No es nepotismo, él es militante del PVEM desde los 11 años». Era claro que su descendiente contaba con la experiencia necesaria por haber ocupado la mayoría de las secretarías y cargos de la Comisión Ejecutiva Nacional de su partido; sin embargo, resultaba bastante cuestionable la simulación para cumplir con las formalidades que exige la ley. Eran otros tiempos, la alternancia había finalmente llegado a México, pero la democracia todavía tardaría en arribar a los partidos políticos mexicanos, algunos siguen esperando. De ahí que, al Verde Ecologista, en su afán por disfrazar su talante autoritario y corrupto, le pareció sensato viajar a la ciudad de Palenque, en Chiapas, como si el solo hecho de enmarcar su asamblea entre árboles tropicales, animales exóticos y rituales de purificación bastara para poner fin a una lúgubre historia que mezcló los negocios familiares y la política para erradicar cualquier disidencia interna que molestara a los González Torres.

En la antesala del magno evento no se sabía a ciencia cierta cómo sería el procedimiento de elección y, entre rumores y chismes, el ambiente místico que anhelaban los verdes para su sucesión cada día se tornaba más cuestionable. De aquellos momentos se recogen varias entrevistas de algunos asistentes, entre las que sobresalen las declaraciones del entonces diputado por el DF, Arnold Ricalde, quien reconocía

que «una vez que se inicie una nueva etapa en el PVEM, el dirigente nacional deberá revisar la estructura actual del partido, así como los estatutos, que concentran un gran número de decisiones en el presidente y fueron hechos al gusto de la gestión de González Torres».

Guadalupe Irizar relató, en el periódico *Reforma*, que él, como otros militantes,

prefieren hablar solo en privado, pues aseguran que el sentido de la votación en la asamblea podría variar si se hace en secreto o es pública. Opinan que si los dirigentes estatales votan en secreto podrían hacerlo en contra de la familia, pero todo parece indicar que la elección se hará ante notario público y la prensa, en aras de la transparencia.

Con muchas menos dudas y un poco más de entusiasmo, llegaba a la supuesta elección la candidata que enfrentaba al hijo del patriarca, quien, hay que destacar, tenía como principal mérito no ser del primer círculo de los González Torres. Guadalupe García Noriega, licenciada en Letras Hispanoamericanas y activista de distintas asociaciones contra la violencia hacia las mujeres, aseguraba que daría la pelea en serio, que todo ese proceso en el que había decidido participar para nada era una mentira:

En esta contienda no solo va a votar el licenciado González Torres y el comité nacional, sino todos y cada uno de los presidentes estatales; si permito el adjetivo de farsa, esto me pondría a mí en calidad de algo que

no soy, estoy totalmente convencida de mi candidatura, de que tengo amplias posibilidades de ganar.

No obstante, las certezas de algunos asistentes a la asamblea sobre el futuro del partido se tornaban inciertas cuando el Hombre Tucán respondía de esta forma respecto a la democratización de sus estructuras internas: «¿Cómo vas a democratizar un partido si no amarras sus raíces?». Esta frase de González Torres resonaba antes de dar inicio a las votaciones.

Finalmente, después de que, en palabras de Sergio Aguayo, «Jorge González Torres demostró con hechos su vocación ecologista liberando a diez periquitos», cada uno de los 39 electores autorizados por el propio líder del partido votó en una urna transparente colocada justo enfrente de él, de tal forma que el voto no solo no era secreto, sino que, además, ¡lindaba en lo público!, pues se tenía que poner el nombre de quien emitió el sufragio en cada una de las papeletas. El montaje era tan grosero que rayaba en lo absurdo; y es que, «confirmando su vocación dinosáurica organizando elecciones que violan los principios más elementales de libertad y confiabilidad», González Torres no tuvo pudor alguno al consumir su último montaje público como presidente de un partido familiar que dejaría encargado a su vástago.

Así, cuando llegó la hora de la despedida y los discursos finales, en la antesala de conocer los resultados de la votación, González Torres dijo que dejaba un partido que

se declara en rebeldía contra la destrucción del ambiente, comprometido y corresponsable de llevar al Gobierno actual al poder, pero que está en completo desacuerdo de cómo se están llevando a cabo las cosas [...]. Es un Gobierno destructor de la naturaleza, cuando hubo un compromiso firme de ser un Gobierno ecologista y respetuoso de la naturaleza.

Mientras terminaba de pronunciar su discurso, González Martínez no pudo contener las lágrimas, pues sabía que, aunque estaba por iniciarse una nueva etapa en el Verde, lo cierto era que no sería fácil olvidar todo lo construido por su padre.

Una vez pasado el momento cursi de la elección, así como la refrendada crítica y el distanciamiento respecto a Vicente Fox y su equipo —entreviendo la posibilidad de contar con otros aliados—, quienes organizaron las elecciones dieron a conocer que, de los 39 electores, dos votaron por Guadalupe García Noriega, se registró una abstención y 36 sufragios fueron para que el Niño Verde, de tan solo 29 años, se desempeñara como el nuevo líder partidista.

Al conocer los resultados, Jorge Emilio González Martínez, de nueva cuenta, no pudo contener las lágrimas, como

recordando a sus antiguos colegas en la Asamblea del DF que le gritaban «quiere llorar, quiere llorar» y, entre sollozos, afirmó que él había nacido y crecido en esto, «que la decisión de ser el nuevo presidente del partido no había sido suya, ni de su padre, sino de todos quienes conforman la Asamblea del PVEM». De hecho, meses después, a la pregunta expresa de Marco Antonio Martínez, del *Reforma*, respecto a los motivos que lo hicieron llorar aquel día, el Niño insistió:

Los políticos convencionales nunca lo van a entender, porque, para ellos, es un trabajo, una forma de tener éxito y se acabó. Para mí, no. Fue una lucha desde niño, que traigo muy adentro de mi corazón. Pocos de ellos empezaron tan niños como yo y tuvieron la fortuna de compartir con su padre la lucha.

La historia resultaba conmovedora, solo hacía falta el relevo formal del liderazgo, o, en otras palabras, la sucesión de la herencia ecologista, que se sintetizó entre los aplausos de los asistentes con un intenso abrazo en donde el Niño Verde recargó su cabeza en el hombro de su papá. Era un momento enternecedor para la biografía de los González, pero profundamente perturbador y nepotista para la historia política del país. «Recibo un partido sin deudas, lo recibo 100% limpio, no tenemos ninguna deuda ni con el IFE ni con el PAN ni con el PRI ni con el PRD ni con ningún partido», señaló

melancólico, y con los ojos aún llorosos, el recién nombrado presidente del Partido Verde.

Así describieron Ernesto Núñez y Guadalupe Irizar a Jorge González Torres en la antesala de abandonar la dirigencia del PVEM: «Polémico, excéntrico, oportunista, usurpador de la causa ecológica, dueño absoluto de su partido». Y es que la magnanimidad del Hombre Tucán, entre sus allegados, rozaba el delirio, incluso al grado de que su hijo afirmó que «así como los panistas tienen a Gómez Morín y los perredistas a Cuauhtémoc Cárdenas, nosotros tenemos a Jorge González Torres».

Exageraciones y delirios aparte, nadie podía imaginar el rumbo que tomaría dicha organización sin la presencia de su patriarca, por eso precisamente, él comentaría respecto a la elección de su hijo: «Le dije que lo apoyaba mucho, que lo sentía mucho, en el buen sentido de la palabra; que le deseaba mucha suerte y mucha fuerza para lo que le tocaba [...]. Sé que no es fácil ponerse enfrente de las cosas». Por lo anterior, se comentaba en aquellas épocas que lo ocurrido, simple y sencillamente, había sido un trueque, una estrategia entre ventrílocuo y títere, es decir, el viejo por el niño, un cambio formal, pero de ninguna manera una transformación sustancial. El PVEM seguiría siendo operado en la sombra por su fundador, mientras que el novel y notorio joven sería un vocero.

Con su inigualable ironía, Miguel Ángel Granados Chapa escribió al respecto:

se ha producido una mudanza trascendental en el Partido Verde Ecologista de México. Su presidente se llamaba Jorge González y quien lo reemplaza es Jorge González. Pero no se crea que es la misma persona, porque de serlo no habría cambio alguno. El apelativo completo del primero es González Torres, mientras que el segundo es González Martínez. Solo son padre e hijo.

El problema aquí, más allá de la normalización de la corrupción y del tráfico de influencias dentro del primer círculo de los verdes, radica en que Jorge Emilio González Martínez no era ninguna blanca palomita, ni mucho menos un demócrata convencido de la necesidad de democratizar las estructuras internas del partido. Prueba de ello es lo que afirmó en torno al porvenir del proyecto político que encabezaba: «Así como me piden que delegue, que comparta las decisiones en el partido, así le pedimos al presidente de la República que cumpla con las reformas de Estado, que comparta también con los otros poderes, con el legislativo, con el judicial».

El mensaje era profundamente desalentador: no se movería un ápice lo construido por González Torres; el Partido Verde no se refundaría, por el contrario, seguiría siendo el mismo, manteniendo los esquemas que le habían resultado

redituables a partir de una amplia estructura clientelar y antidemocrática que aparentaba ser una organización política preocupada por el medio ambiente. Nada cambiaba, todo pretendía ser idéntico, con la particularidad ornamental de que ahora el liderazgo del partido se presentaba con el rostro fresco de Jorge Emilio, quien, por su corta edad, en definitiva, todavía no contaba con tanto descrédito como su padre.

Entonces, el Niño Verde, al renunciar a ser ese líder que llevara la democracia al interior del PVEM o, acaso, fungir como el joven político de nuevas propuestas para un viejo sistema, simple y sencillamente se enfocó en criticar al gobierno foxista. Arremetiendo cada vez con más fuerza contra el partido que años atrás había sido aliado para sacar al PRI de Los Pinos, González Martínez no se cansó de advertir que la historia recordaría a Fox «como un hombre de palabras, no de palabra», que la incapacidad del PAN por no haber podido avanzar en sus propuestas se debía a un cúmulo de decisiones egoístas jamás consensuadas. Y así, con esa tónica, el nuevo presidente del Verde comenzó a cobrarle factura al Gobierno en turno no solo por haber supuestamente traicionado la causa ambiental sino, y quizá sobre todo, por la decepción que le había provocado a su papá.

Tiempo después, el Niño Verde confesaría, respecto a si fue un compromiso de Fox darle a González Torres la Secretaría de Medio Ambiente, lo siguiente:

Yo no estuve con Fox en reuniones tan concretas, pero sí estuve en reuniones con Bravo Mena y Aguilar negociando la alianza, y hubo el compromiso formal, firme, de que esa secretaría, como es lógico, iba a estar a cargo del Verde Ecologista. No nos cumplió y en ese momento no nos importó porque creímos en el interés supremo, en el interés grande que es México, y como vemos que no ha cumplido en eso y ya no nos cumplió a nosotros, pues tenemos que dar la pelea en la oposición para que cumpla a los mexicanos, yo te puedo decir que como presidente del Verde mientras el Gobierno vaya así, nadie de nuestro partido va a participar en el Gobierno.

Lejos habían quedado aquellos sueños de juventud en donde este personaje declaraba, noble e inocentemente, que antes que ser político le habría gustado vivir en una playa («tal vez Cozumel. Me hubiera gustado ser un buzo, tener una vida tranquila, llevar una vida cerca de la naturaleza»). El talante vengativo y autoritario se comenzaba a fraguar; la historia que recién iniciaba González Martínez dentro de la partidocracia mexicana, indefectiblemente, estaría marcada por la corrupción, los escándalos y la indeterminación ideológica, porque, a pesar de sus fuertes críticas a los panistas, Jorge Emilio dejaba claro que el Partido Verde «nunca ha sido y no será un partido radical, porque es un partido que está a favor del diálogo, de la construcción de consensos», con lo cual dejaba entrever su disposición a llegar a acuerdos con otros partidos.

Bajo la dirigencia de González Martínez, comenzaría en el Verde la llamada «política de conveniencia», una chantajista, pero efectiva, estrategia para aliarse con cualquier organización a cambio de algún beneficio. Con excentricidades y con una noción exagerada del papelito que hasta ese momento tenía el PVEM en la historia de la democracia en México, Jorge González padre al menos había mantenido algunos puntos mínimos de congruencia, su antipriismo, el discurso —y casi que solo eso— ecologista y su evocación, si bien atenuada con los años, a lo místico. Al junior todo esto parecía estorbarle.

Por eso mismo, nadie se sorprendió de su respuesta cuando se le pidió su opinión sobre los partidos que se aliaban con la izquierda lo mismo que con la derecha: «Derecha e izquierda no existen. Ya quedó atrás. La política es según el perfil del candidato». La meta del joven presidente era lograr el 10% de los votos en las elecciones intermedias, y, claramente, esto solo se lograría de la mano de uno de los grandes partidos.

Así, la férrea oposición en contra del Gobierno catapultó al Niño y a los verdes hacia un lugar del que no habrían de salir durante los próximos 15 años: el priismo. Traicionando los «principios» bajo los que se habían constituido, quienes integraron al PVEM estaban dispuestos a hacer cualquier cosa por seguir aumentando su porcentaje de votación en los comicios del 2003. Ahí empezaría a vislumbrar el segundo

longevo y fructífero matrimonio del Verde. Una unión perjudicial para la democracia mexicana, pero ampliamente rentable para la cúpula de esos partidos.

KIDZANIA VERDE,
DONDE LOS NIÑOS JUEGAN
A SER POLÍTICOS

Contrario a lo que muchos pronosticaban, el Niño Verde no fue un cumplidor de los deseos de su padre; esto debido a que, siguiendo una práctica muy común en las empresas, pero poco utilizada en la política, González Torres dejó a su vástago llevar en libertad las riendas del partido. De este modo, deseoso de imponer su sello personal y demostrar que, como había dicho en alguna entrevista, se preparó toda su vida para ese momento, el Niño Verde no tardó en realizar cambios. Tal como aconsejan en el manejo de cualquier marca, comenzó con el departamento de publicidad y comunicación.

Aunque el logo del tucán con las serpientes, ese que se le apareció en sueños a Jorge González padre, se mantendría como el oficial por algunos años, el Niño Verde dejó atrás los conceptos demodé del indigenismo, la vuelta al origen y el misticismo para dar paso a una visión *millennial* enfocada en el dinamismo de la juventud, la aspiración del lujo y la

estética de la élite mexicana: jóvenes blancos, blanquísimos o anormalmente blancos, delgados, atléticos, con camisas y playeras polo de diseñador, que aparecían constantemente en las revistas del corazón, en eventos sociales y, en algunas ocasiones, presentando con humildad y emoción sus casas (algunas con miles de metros cuadrados o ranchos privados de miles de hectáreas) y contando sus sueños, aspiraciones y, lo más importante, sus luchas. Ellos fueron los precursores del fenómeno denominado *mirreyismo* (por la maña de referirse a los demás como «mi rey»), perfectamente descrito por Ricardo Raphael.

Con el vuelo del Hombre Tucán, también partieron del primer plano, aunque nunca se eliminaron las cuotas de sus estatutos, las personas «autóctonas» —como las denominaba González Torres— y el misticismo que alguna vez rodeó al Verde y lo acompañó en el ritual de sucesión dirigencial interna. El temascal dio paso al SPA; la comunidad alejada en Oaxaca, a los fines en Valle y los rituales chamánicos se cambiaron por sesiones de *spinning* y jugo verde. El relevo generacional en la dirigencia trajo consigo la aparición de nuevas caras. Sin pudor, y tal como lo había hecho su padre, el Niño Verde (que en el 2001 dividía su tiempo entre el Senado de la República y la dirigencia del instituto político) reclutó, además de jóvenes legisladores representantes del partido en el Congreso, a sus amigos y conocidos de la preparatoria

Cumbres y de la universidad. Así, figuraron Manuel Velasco, Arturo Escobar, Bernardo de la Garza, Jorge Kahwagi y, obviamente, el propio González Martínez, cabeza de un movimiento que, de nueva cuenta, tenía algo de vanguardista y genial. A diferencia de muchos partidos a los que se les acusaba de no renovarse, de perseguir los mismos ideales y de conservar sus cuadros y figuras casi intactos, el PVEM podía, ahora, además de mantener la bandera ecologista, vender la carta de la renovación generacional, de la frescura de ideas. Con poca estridencia y mucha visión, comenzó a orientar su marca hacia el bono generacional que ya había previsto el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) para 2005-2006, donde miles de jóvenes entrarían a la edad adulta y formarían parte del electorado por primera vez.

Esta nueva clase política, que vería su cumbre en el sexenio del presidente Enrique Peña Nieto, una década después, arrancó con Jorgito y sus secuaces y se extendió a nivel nacional. Además de la lista A, los *juniors* del Verde tuvieron en cada entidad a uno o más representantes. En Baja California, a los hermanos Ledesma Romo, Alfonso Blancanfor y Gustavo Almaraz; en Chiapas —además del Güero Velasco— se cultivó el liderazgo de Fernando Castellanos Cal y Mayor; Juan Pablo Kuri Carballo y Juan Carlos Natale han sido líderes en Puebla, así como Enrique Aubry de Castro Palomino en Jalisco; Pepe Couttolenc

(excuñado del Niño) en el Estado de México y Juan Ignacio García Zaldivea y Henry Rodríguez Botello Fierro, en la península.

Aunque cada uno tiene su particular encanto, destaca, por su personalidad y trayectoria, Jorge Kahwagi. Los Jorges se conocieron en uno de los colegios de los Legionarios de Cristo. Y, como sucede en la élite mexicana, la pertenencia a los mismos círculos sociales los mantuvo siempre en contacto. Para ese entonces, Kahwagi ya iba, como bien dijo el economista Gerardo Esquivel, de «multiusos»: se presentaba como empresario (aunque, maliciosamente, se dice que todos sus cargos en las empresas de su padre se inventaron ex profeso para él y no tenían ninguna función real), aspirante a político y boxeador, actividad en la que, paradójicamente, era más conocido. Su trayectoria en el Verde no fue larga, pero sí inolvidable. Kahwagi se incorporó oficialmente al Verde en 2001, pero no fue hasta 2003 donde, de la mano de su madrina política, Elba Esther Gordillo, debutó casi simultáneamente en la Cámara de Diputados de plurinominal, y en el evento filantrópico, cómico, pugilístico y musical, *Peleando por México*, organizado por la entonces lideresa sindical y la recién estrenada primera dama de México, Martha Sahagún.

Sin embargo, a pesar de tener como madrina, casi madre —decía él mismo—, a quien en ese entonces era una de las políticas con mayor poder en el país, y de haber sido

recomendado para dirigir la bancada del Verde, según el propio González Martínez, nada más y nada menos que por el innombrable Salinas de Gortari («El político al que más admiro», se dice que confesó el púgil en una entrevista), a Kahwagi le atrajo más el mundo de la farándula. De eso hablaremos más adelante. Por lo pronto, se deja constancia de la nueva tónica del partido, una tónica por demás seductora para cualquier organización política que intentara gobernar una ciudadanía harta de las mismas fórmulas de siempre.

El Niño había ido fichando a personajes que cumplieran con los requisitos de inexperiencia política y popularidad mediática para convertir el PVEM en el primer semillero de mirreyes en la historia de México; en un lugar donde los niños —de élite, blancos y bonitos— podían jugar a ser políticos a cargo del erario. De lo que se trataba en esos momentos era de no perder la identidad de la marca que estaban construyendo los Verdes, que no era otra más que la de una política del espectáculo y la frivolidad.

La elección intermedia y los fructíferos años venideros

Paralelo a la colección de personajes con los que poco a poco se iba poblando el Verde, apremiaba la realidad política. Después del rotundo rompimiento con el PAN y el trabajo legislativo de los años venideros, donde la oposición probó

ser fundamental para la materialización del cambio y los partidos chicos y medianos aquilataron por primera vez su fuerza dentro de los Congresos, al Niño Verde le tocaba su primera prueba electoral como dirigente del partido. La realidad y la personalidad del dirigente parecían apuntar hacia el más absoluto pragmatismo. Jorge Emilio tenía como mínimo objetivo mantener vivo al partido en un proceso electoral más, costara lo que costara. Lograr un incremento en los votos y los escaños o mantener los muy endebles principios del PVEM era vanidad. Daba igual echar por la borda la poca credibilidad y congruencia ideológica que le quedaba (si algo le restaba), el PVEM lo tenía clarísimo: era indispensable dejar atrás su breve pasado panista y buscar a toda costa un aliado para las próximas elecciones federales, y aunque las encuestas para nada indicaban que los Verdes perderían el registro si competían en solitario, no había la menor duda de que, yendo solo, estaría en un lugar que nos le gustaba, es decir, lejos del poder.

Por ello, el Niño Verde no se cansaba de repetir que Fox y el PAN traicionaron el cambio; que los integrantes estaban a tiempo para analizar si contraían nuevas nupcias con otros partidos:

tanto con el PRI como con el PRD está viva la negociación y las posibilidades de concretar una alianza [...]. Las alianzas son necesarias

para construir una nación. Estamos abiertos a poder hacer algún tipo de acuerdo, ya sea con uno y otro partido, siempre y cuando sea un proyecto que vea el desarrollo sustentable como una de las principales banderas de justicia social y la transformación de nuestro sistema político.

Dándose a desear y coqueteando con quien se presentara como el mejor postor, en aquellas épocas, Jorge Emilio González Martínez había entablado diversas reuniones con el priista Roberto Campa y la perredista Rosario Robles, sin dejar ver qué decidirían para las elecciones federales de julio de 2003. El calendario político apremiaba y los ecologistas consideraron importante aprovechar el primer gran experimento electoral del nuevo milenio: la elección local del Estado de México, que se llevaría a cabo en marzo de ese año y donde se renovarían los 75 diputados del Congreso local y los 124 ayuntamientos.

Así, de manera un tanto discreta, o más bien tímida, el Verde Ecologista se abocó, en un primer momento, a experimentar electoralmente con el priismo más priista del país, el del conocido bastión mexiquense, cuna del salinista Grupo Atlacomulco, que por más de un siglo había estado en su poder y que, en definitiva, sería una apuesta bastante segura. Con el argumento de que «una cosa es un proyecto local por los servicios del Estado de México, la ecología, el

medio ambiente, y la otra es una alianza federal por la transición real» (que es lo que eventualmente buscarían de cara al proceso federal), los verdes y los tricolores establecieron la denominada Alianza para Todos en aras de conseguir el triunfo en el más poblado de los 31 estados de la República (vale la pena recordar que en dicho año cerca de ocho millones de personas conformaban el padrón electoral).

Mediante la firma de un convenio de coalición ante el Instituto Electoral del Estado de México (IEEM) (pues el Niño afirmó que habían quedado «ciscados» con la alianza del año 2000 y temían que les volviera a pasar lo que sucedió con el PAN «que no cumplió»), los del PVEM se sumaron al PRI estatal para declararse verdaderos portavoces «del reclamo social de ser representado por un poder legislativo fuerte, dinámico, propositivo y productivo, que aliente y mejore el quehacer público». Y, ¡cómo no hacerlo!, pues desde lo local se vislumbraba la narrativa que invitaba a criticar al Gobierno federal por su incompetencia, la cual, dicho sea de paso, era altamente atractiva para un electorado que seguía esperando el cambio tan prometido por los panistas.

El Verde Ecologista estaba dispuesto a patrocinar el regreso del Revolucionario Institucional y mantenerlo como primera fuerza política en el Edomex. Dicho de otra forma, la alianza de los verdes con el principal rival del PAN podía ser entendida como una alianza por el cambio *contra* el cambio. Y aunque, al

final, los resultados de la elección local no fueron tan holgados, era evidente que el efecto Fox poco a poco se desvanecía y, por ende, la prometedora alianza verdirroja se consolidaba como la opción ganadora de la contienda y podía anticipar las tendencias en las próximas elecciones a nivel federal.

La Alianza para Todos obtuvo la victoria en 69 municipios y consiguió el 34.6% de los votos en el Congreso local al ganar 24 distritos, dentro de los que destacaron uno en Toluca, otro en Cuautitlán y Texcoco, dos en Ecatepec y uno en Atlacomulco (este último llamó la atención porque su líder era un atractivo joven de copete engominado que, de ser secretario de administración del gobernador del Estado de México, Arturo Montiel Rojas, recién había sido electo como diputado y en tan solo un par de años saltaría a la primera fila de la política nacional). En lo inmediato, la nueva configuración permitió que Montiel (electo para el periodo 1999-2005), a pesar de no contar con una mayoría propia, utilizara a sus aliados del Tucán para negociar con la oposición distintas reformas e impulsar los temas presupuestales en el Congreso. A largo plazo, la estrategia resultaría un ganar-ganar, pues el PRI recibiría un buen tanque de oxígeno a tres años de su derrota y, sobre todo, comprobaría que su estrategia de *lavado de cara* y de apertura a la pluralidad era rentable; mientras que al PVEM, más allá de

las críticas y descalificaciones, su estrategia de alianzas le ayudaría a aumentar su votación y, por ende, mantener su registro a nivel federal.

Las cosas iban miel sobre hojuelas. El nuevo aliado del Verde se había rejuvenecido. A manera de Dorian Gray, los priistas lucían frescos y agraciados a costa de los ecologistas. Así, se daba por inaugurada la radiante etapa de la política mexicana en donde un rostro bonito e inocente sería suficiente para ocultar prácticas feas y corruptas. Al respecto, el Niño Verde diría en una entrevista que el balance de la alianza había sido muy bueno, pues resultaba de

una combinación entre juventud y experiencia. Creemos que los jóvenes son los que tienen que empujar el cambio porque traen ideas frescas, no tienen ataduras con el pasado; pero los jóvenes necesitan también un apoyo de gente experimentada para hacer una mezcla que dé buenos frutos.

Frutos artificiales y ornamentales, pero al fin frutos. En todo caso, sandías: verdes por fuera, rojas por dentro.

Así, prefigurando el porvenir que ambas agrupaciones políticas anhelaban, tanto verdes como tricolores harían todo lo que estuviera a su alcance para que el nuevo amasiato se prolongara durante muchos años (en retrospectiva, nada más y nada menos que ¡de 2003 a 2018!). Un importante periodo para que el Niño Verde dejara de ser niño en edad, pero no en

madurez.

La alianza PRI-PVEM en el Estado de México generó un efecto dominó en otras entidades federativas. En Tabasco, por ejemplo, luego de haber participado desde 2000 en alianza con el PRD en contiendas federales y en locales, los verdes se unirían ahora a los tricolores, y también habían empezado las pláticas sobre la coalición en estados que tendrían elecciones para gobernador, como Nuevo León, Querétaro, Campeche, San Luis Potosí y Sonora. El mensaje era contundente: aunque no habían tomado una decisión oficial, ya sabían qué decidirían. Y es que fue tal la simpatía entre ambos bandos que el Comité Ejecutivo Nacional del PRD, en voz de Carlos Navarrete, afirmó que: «la negociación con el Verde está altamente contaminada por la campaña con el PRI en el Estado de México».

De ahí que, finalmente, el PRI haya firmado una coalición parcial con el PVEM para las elecciones intermedias del 6 de julio. Con el relanzamiento de la campaña Alianza para Todos, se fijó el principal objetivo de lograr una mayoría en la Cámara de Diputados, con la intención de desbancar al PAN del lugar preponderante que había conseguido.

Colorín colorado... el amasiato del Partido Verde con el PAN había terminado. Y casi de inmediato se celebraba un nuevo matrimonio electoral, el cual era el inicio de un convenio de coalición inédito en la historia contemporánea de México,

pues el PRI y el PVEM irían juntos en 97 distritos federales de nueve estados de la República (serían 88 candidatos de filiación priista y nueve de militancia ecologista). En ese sentido, y sobre todo asumiendo el lugar que les correspondía en la jerarquía política, los ecologistas informaron que su nueva coalición solo implicaba una plataforma electoral común (que, para el caso en concreto, no sería redactada por ellos, sino por el PRI), además de un logotipo cuya nueva configuración cromática psicodélica sería rojiverde, pero no se trataba de un plan de gobierno compartido. Casados por separación de bienes, y terminadas las elecciones, ambos serían libres y sin expectativas de seguir compartiendo. Matrimonio moderno.

En sus propias palabras, la alianza se trataba de una suma de «capacidades y talentos» que anhelaba constituirse como «una nueva alternativa política para los mexicanos» en el Congreso de la Unión. Con el objetivo de posicionar dicha narrativa, ambos partidos crearon un consejo de comunicación para intentar matizar sus incongruencias (por el lado priista estaban figuras como Carlos Alazraki, Carlos Flores Rico y Carlos Jiménez Macías; por el del PVEM participaron Hugo Scherer, Ulises Beltrán y Mauricio Balcárcel, así como el diputado federal Alejandro García Sáinz). De este modo, no importaban mucho los ideales ambientales o la congruencia, tampoco ser el primer partido

político que no tuviera reparos en coligarse primero con el PAN y luego con el PRI, ya que, de acuerdo con el convenio de coalición, independientemente de la votación que obtuviera la alianza, los tricolores les garantizaban a los verdes la entrega del 5% del total de la votación nacional, lo que implica un igual número de financiamiento.

El negocio era redondo, pues en aquellos lugares de la República en los que el Verde no tenía ningún tipo de posibilidad de obtener ni una pírrica victoria en los votos, el PRI serviría de palanca. De ahí que llamara la atención cómo, de manera un tanto sospechosa, el PVEM mantuviera fuera del convenio de coalición a algunos estados como Veracruz, Chiapas y Quintana Roo, donde además de tener una presencia significativa, el partido comenzaba a hacer algunos negocios. Igualmente, cabe mencionar que el PRI les permitió no meterlos a la bolsa. Una vez más, el desprecio que de antemano han tenido los partidos grandes

Así, la elección intermedia del año 2003 resultaba altamente importante, pues al ser la primera contienda a nivel federal en el México de la alternancia, lo que pasara en las urnas sería un excelente parámetro para medir los equilibrios políticos en la intentona del PAN por refrendar su mayoría e impulsar las reformas pendientes; no por nada su eslogan de campaña era: «Quítale el freno al cambio». Entonces, la narrativa de los opositores se focalizó en

demostrar cómo las nuevas personas que habían llegado al Gobierno eran unas improvisadas y malhechas que estaban llevando al país a un lugar mucho peor que donde se encontraba en el pasado. La lógica era seguir pavimentando el camino para que el PRI reconquistara la Presidencia de la República en el año 2006 a costa de los errores del PAN.

«Solo el PRI sabe gobernar»; «Más vale malo por conocido que bueno por conocer» se escuchaba en las calles. El chiste de moda era: «¿En qué se parece Vicente Fox a los meseros? En que ambos se hacen pendejos con el cambio». Por su parte, los del PVEM, anhelando obtener alguna ventaja de esa feroz disputa entre priistas y panistas, pero cuidadosos de no afectar a su aliado ni mimetizarse del todo, propusieron, como ha sido una constante en sus campañas, algo tan sugerente como novedoso en términos de *marketing* político: la idea de la juventud como estrategia electoral. Así que, enfocándose en esa generación harta de los mismos rostros y cansados de las promesas incumplidas, se les ocurrió la fantástica idea de postular a individuos de poca edad y con cierto prestigio social que, aun sin militar en sus filas ni haber salido recientemente de otros partidos, abonarían a su narrativa. De ahí precisamente que el lema para la elección de julio del 2003 fuera «Un partido joven para el México nuevo».

Como bien documentaron Andrés Valdez y Delia Huerta, dicha estrategia, además de enfocarse en un plano estético

juvenil, también incluyó una fervorosa actividad clientelar con un renovado giro modernizador que incluía acciones como

la realización de rifas de computadoras para la ciudadanía, la limpieza de lotes baldíos, ríos y caminos por parte de sus candidatos y simpatizantes, así como la explotación de su bandera ecologista en los *spots* publicitarios. De esta forma, el PVEM buscó romper el tripartidismo e incorporar, según decían, sangre nueva a la vida política del país.

A pesar de los discursos y la teoría, era claro que, al final, los verdes habían aprendido rápido de los priistas y en la práctica se comportaban igual. Cabe recordar que entre los plurinominales del PVEM para dicha elección se encontraban extricolores (Florentino Balam Xiu, identificado con el exgobernador de Quintana Roo, Mario Villanueva, o Noé Rivera Domínguez, perteneciente al Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, dirigido por la maestra Elba Esther Gordillo), exfuncionarios de administraciones pasadas, un nieto de Díaz Ordaz, uno de Maximino Ávila Camacho, hermano incómodo del expresidente, e incluso el polémico boxeador Kahwagi —de quien se habló anteriormente— quien, además de ser amigo de Carlos Salinas de Gortari, no se cansaba de afirmar que no era ecologista.

No había duda, el Verde Ecologista llegaba a las elecciones

apelando a la desmemoria. Sin embargo, y para su sorpresa, la estrategia electoral no se reflejó al final de la jornada. En unas cuantas horas, aquel desbordante optimismo generado por la posibilidad de alcanzar más del 10% en la votación federal pasó a un mesurado escepticismo, pues, aunque era claro que el PVEM se mantenía como la cuarta fuerza política en México, se esperaban otros resultados.

La misma noche de la elección, Jorge Emilio González Martínez afirmó: «La estimación del partido es que la votación nacional es alrededor de un 8%. Tenemos triunfos en varios distritos para diputados federales, tres en el Estado de México, uno en Chihuahua, uno en Baja California Sur; uno en Guanajuato y hay que esperar las cifras finales».

El cómputo final le daría al PVEM un total de 1 068 721 votos, es decir, aunque aumentó su votación nacional, tan solo consiguió el 4.14% de los sufragios del electorado. Las expectativas altas y los discursos grandilocuentes habían sido directamente proporcionales a la decepción conseguida.

En esa misma línea, pero un poquitín más festivo, el presidente nacional del PRI, Roberto Madrazo, manifestaría: «Hoy se confirma que seguimos siendo la primera fuerza política del país. Tenemos más votos a escala nacional que cualquier otro partido, y vamos a tener más diputados y, junto con los senadores, seremos mayoría en el Congreso». Afirmaciones que no eran falsas, pero (desde aquel entonces)

exageradas, pues dicho partido había pasado de 11.3 millones de votos obtenidos en 1997 a 6.2 millones en los comicios de 2003.

Aunque sin contundencia, parecía que todos ganaban. Pero los resultados servían para exponer una fotografía de las circunstancias políticas que se vivían en México durante la primera mitad del sexenio de Fox; la derrota política del gobierno del cambio y su incapacidad para responder a las exigencias ciudadanas eran indiscutibles.

Marcada por un gran abstencionismo —pues tan solo se alcanzó el 41.68% de participación, sin mencionar la cantidad de votos nulos que alcanzó la cifra de 3.36%— que echaba por los suelos la legitimidad de los partidos políticos y ponía en duda el éxito de la transición a la democracia, la elección intermedia del 2003 hizo reflexionar a los ecologistas sobre sus verdaderas posibilidades electorales. Más allá de discursos y negociaciones, los comandados por el Niño Verde entendieron que, de momento, su única oportunidad para seguir sobreviviendo eran las alianzas. Al respecto, en palabras del profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), Pablo Javier Becerra Chávez, en un artículo académico sobre el proceso federal de 2003, el PVEM «ha encontrado un verdadero filón de oro en su nueva alianza con el PRI, que le permite sobrevivir a pesar de su reducida votación (no más de 5%), que en la nueva situación resulta de

vital importancia para el otrora partido hegemónico».

Habría que recordar que, en ese momento, la ley electoral permitía que los partidos en coalición pudieran acordar desde antes de la elección qué porcentaje de los votos obtenidos en conjunto le correspondería a cada uno, sin la necesidad de ganarlo en las urnas. De ahí, justamente, que insistamos en la trampa como estrategia de negociación y que, triste y bochornosamente, uno de los grandes motores de las reformas políticas en México han sido los ecologistas.

Por lo anterior, después de que terminó la fiesta de la democracia, Arturo Escobar y distintos partidarios del Verde se adelantaron a decir:

Que se sepa que esta no es una alianza a corto plazo, esta es una alianza legislativa, con datos precisos y puntuales en su plataforma electoral, pero también es una alianza a mediano plazo [...]. Estamos convencidos que esta mezcla de juventud y experiencia que representamos ambos partidos, nos va a dar la posibilidad que el año 2006 recuperemos la Presidencia de la República.

La suerte estaba echada. El Verde evitó procesar a conciencia los resultados, o bien, realizar un balance y una profunda reflexión respecto a su alianza con el PRI y se declaraba listo para ir por primera vez a una elección presidencial con su principal adversario de los ochenta. La organización que había motivado su fundación ahora sería su coaligada. Daba

igual que faltaran años para el 2006, el tiempo apremiaba y, a pesar de no haber obtenido lo esperado, aprenderían que nunca más tendrían en el radar la mínima posibilidad de ir en solitario a una elección federal, aunque eso no los eximía de pretender hacerlo si fuese necesario.

Quedaban meses para seguir afinando y experimentado, en el ínter había varias elecciones estatales, de entre las que destacaba la gubernatura del Estado de México; de nuevo, la más grande e importante del país por su cantidad de electores y donde el PRI necesitaba dejar atrás la idea de un partido viejo y anticuado. Qué mejor que, a la sazón, emular y poner en práctica lo ideado por el PVEM: una estrategia que buscara posicionar un rostro fresco y bello; esta no podría ser encabezada por nadie más que por aquel diputado de copete engominado antes referido, el precursor y principal representante del mirreynato en México (después, claramente, de Luis Miguel), un tal Enrique Peña Nieto.

Parecía, entonces, que los astros se alineaban para que, con esa supuesta oleada juvenil y vigorizante, llegaran nuevas estrellas a la política nacional. Ahí es cuando retomamos a esa extravagante combinación entre empresario y boxeador, al célebre Jorge Kahwagi, quien, sin ningún antecedente en el *ring* político, sonaba fuerte para ser el coordinador de la bancada de los verdes en el Congreso por sus vínculos con la entonces secretaria general del PRI, la maestra Elba Esther

Gordillo. Así, el pseudopúgil se empeñaría en convencer desde el primer minuto que su liderazgo en dicho grupo parlamentario no respondería a ningún interés ajeno; que los verdes para nada fungirían como un partido satélite de los priistas. Por el contrario, de lo que se trataba era de construir acuerdos en favor del país: «Me siento capaz. Tengo muchas ganas y una buena relación con todos los partidos. Ojalá podamos ser nosotros, o quien sea, el puente, con tal de que se den los acuerdos [...]. Mi gran cariño por México hará que no se me nuble la vista por intereses partidistas».

Aunque solo tenía unas cuantas semanas en la grilla nacional, Kahwagi aprendía rápido, pues, aun cuando pronunciaba un montón de lugares comunes (como todos los demás), se presentaba como un político de hechos y no de palabras para terminar, indefectiblemente, afirmando que predicaría con el ejemplo, que solamente haría caso a sus propias convicciones, que, tal vez por su inexperiencia y lo demandante que exigía su nueva labor como legislador, se vería en la necesidad temporal de abandonar el boxeo, pero que en absoluto dejaría el ámbito empresarial. Es decir —y de nueva cuenta evidenciando el sello de la casa desde su fundación—, la política para el PVEM debería ser algo rentable, una especie de *side business*, quizá no del todo funcional por sí misma, pero con el impulso de varios amigos importantes, tendría que ser un negocito nada despreciable al fin de

cuentas. Por eso, cuando Fernando del Collado le preguntó al diputado-boxeador si la política era un buen negocio, este respondió: «A mí me ha costado mucho más de lo que podría sacar de ella. De hecho, estoy pensando donar todo mi sueldo».

Las señales eran claras: frescos, jóvenes, inexpertos y con muchísimas ambiciones; quienes se presentaban como los rostros más visibles del Verde serían muchas cosas, pero nunca perfiles tradicionales y arcaicos de la política nacional. Por eso, precisamente, era algo creíble que no dependieran del PRI, a pesar del amasiato en distintos estados como Veracruz, Aguascalientes, Tlaxcala o Yucatán; lo cierto es que eran tiempos de redefiniciones en aras de la elección presidencial de 2006 en donde el gran dilema estaría entre darle continuidad un sexenio más al proyecto panista o votar por otro proyecto y fomentar una nueva alternancia en el Ejecutivo.

«Me chamaquearon»: el videoescándalo del Niño Verde

Más allá de su diferencia generacional, en estética y en gustos, con el PRI, los chicos del Verde (un club de Toby), al igual que todos sus colegas, comenzaron a destacar en el ámbito político por sus escándalos: fiestas, alcohol, mujeres, peleas, malas compañías y denuncias de corrupción aquí y

allá han superado con creces la memoria de su trayectoria política. En tanto el bono demográfico cantaba «Hey ya!» de Outkast y descubríamos el uso del adjetivo *tóxico* para gente con pésimas relaciones gracias a Britney Spears, el Niño Verde (que, para ese entonces, como diría Emmanuel, ya había dejado atrás los veintes) vivió su primer gran escándalo. Sin embargo, antes de entrar en materia, es necesario ofrecer una breve contextualización y antecedentes de este escándalo.

Sucedió como sucederían muchos de los casos importantes en la trayectoria del Niño: en Cancún que, para ese entonces, era el destino de moda y primer bastión político del Partido Verde. El alcalde del municipio Benito Juárez era su *brother*, Juan Ignacio García Zaldiva, *el Chacho*, un joven expanista y hermano del hotelero Fernando García Zalvidea quien, un año atrás, había sido absuelto de lavado de dinero en el llamado Caso Cancún, el mismo que le mereció al exgobernador de Quintana Roo, el priista Mario Villanueva, varios años en prisión. Estos personajes son celebridades en el ambiente turístico en México. Dueños de diversos complejos hoteleros, especialmente en la Riviera Maya, también fueron precursores del negocio del turismo en internet con la página de reservas Best Day (escándalos aparte, Fernando, fallecido en 2015, fue considerado uno de los «capitanes de la industria en México».)

El Chacho llegó al PVEM de rebote. Tras pertenecer al PAN y

haber tratado, sin éxito, de obtener la candidatura por este instituto para el municipio Benito Juárez, aprovechó la generosa oferta de Emilio González para contender por su partido. Pero, como todos los ofrecimientos del Ecologista, en este caso, había un interés de por medio: los González Torres llevaban veinte años invirtiendo en la Riviera Maya, por lo que tener a un alcalde de su propio partido les abriría la puerta a nuevas oportunidades. Estas llegaron en 2004, cuando el inversionista Luis Lara les propuso comprar a unos pescadores un lote con vista al mar en Cancún, tramitar los permisos y los cambios de uso de suelo y luego revenderlo a unos empresarios hoteleros en 30 millones de dólares. Sin embargo, había una pequeña complicación: los terrenos se encontraban en una zona natural protegida. El *quid* de la cuestión estaba ahí: el Niño Verde y Zaldivea cambiarían el uso de suelo y recibirían una compensación.

En febrero de 2004, el Niño Verde se vio con Luis Lara en sus oficinas; la reunión, como se sabría más tarde, fue videograbada. En ella, el empresario le explicaba el asunto al ecologista, quien, entre todo, evidenciaba una profunda incapacidad para comprender lo que se le contaba. «¿Cuánto dinero nos va a tocar?», preguntó muy cándido. Después de hacerse algunas señas acordaron «en un dos» que reitera: «dos millones de dólares». El Niño, luego de pedir algunos «planos, papeles, algo para llevar en firme», aceptó.

El video se filtró a todos los medios y causó revuelo. Los verdes, una vez más, habían sido precursores en el ámbito de los videoescándalos. (Recordemos que estamos en el 2004, muchos años antes de la popularización de los teléfonos inteligentes, de que existiera el verbo *viralizar*, de las grabaciones al por mayor y de las ordinarias fotos incriminatorias.) Y aunque no fue el único hecho similar del año, sí el que tenía una particularidad: recibió un premio MTV a la mejor cinematografía en un videoescándalo con el título: *El Niño Verde o Me chamaquearon*. Obviamente, el protagonista no asistió a recoger su galardón. Este fue, sin duda, uno de los momentos más pop de un dirigente de un partido fresco y cercano a la juventud. Hay que tener cuidado con lo que uno desea.

La reacción del PVEM fue esquizofrénica. Primero, negando la veracidad del video, después, siendo el propio Niño Verde quien comprobara su autenticidad, se adujo lo que pronto se volvería una cantaleta clásica frente a este tipo de situaciones: «se trata de una guerra sucia en contra del partido», acusando al entonces presidente Fox; y después, Jorge Emilio afirmaría: «se trata nuevamente de una campaña orquestada, preparada y diseñada desde los sótanos de Bucareli con el objetivo de destruir al Partido Verde». El autor intelectual de lo ocurrido se descubrió más tarde: Santiago León, un militante de su propio partido quien buscaba dinamitar el liderazgo de

González Martínez.

Si la reacción del partido fue pobre, la del propio Jorge Emilio fue todo lo contrario, pues llegó al punto de decir: «El video está hecho en Hollywood». Aunque más tarde aceptó que la escena sí se había llevado a cabo y presentó otras maravillosas justificaciones que, además de contradictorias, sí parecían sacadas de una película de espías: «solo sondeaba para ver hasta dónde estaban dispuestos a llegar estos señores que estaban grabando»; y cual trama encubierta de agente secreto, añadía: «si hubiera tenido la intención de aceptar, no hubiera tenido la cara de aburrido que tenía», apelando a la sinceridad de sus expresiones y, finalmente, una admisión rendida (probablemente la más cercana a la realidad): «jamás pensé que en mi intención de “chamaquearlo”, fuera yo a salir “chamaqueado”, pero en fin, así es la vida».

El fuego amigo no terminaría ahí. Meses más tarde, el mismo León presentaría ante la entonces Procuraduría General de la República (PGR) una denuncia contra Emilio González por desvío de recursos del partido para fines personales. La reacción de sus compañeros tribunos y de los analistas políticos ante esta tormenta fue tajante. El senador panista Carlos Medina Plascencia afirmó que el Niño debía renunciar por vergüenza a la senaduría y al liderazgo de su partido: «Creo que todo queda exhibido entre la población,

para ver que debajo de una bandera muy noble como puede ser el medio ambiente o la ecología, resulta que se está desenmascarando cómo ha actuado este dirigente del Partido Verde Ecologista».

Un poco más curtido en la realidad, Jorge Alcocer vaticinó:

Es probable que el escándalo que ocupó horas de antena y primeras planas concluya sin consecuencias legales para su protagonista y para el partido que supuestamente encabeza. El efecto que sobre los electores podían tener los hechos ha sido mitigado por las miserias exhibidas por los denunciantes y por la subsistente sospecha de participación, o tolerancia, gubernamental en el caso; esa parece ser la valoración que predomina en el PRI, que decidió refrendar la alianza con el PVEM en los estados con elección en este año.

Y así fue. Aunque el escándalo del Niño se encontraba en las primeras planas de todos los diarios nacionales y se repetía incesantemente en los medios —incluso cuando las denuncias se ingresaron y fueron perseguidas por la entonces procuradora María de los Ángeles Fromow—, la crisis no afectó las negociaciones de las futuras alianzas federales y locales del Partido Verde.

Si bien algunos priistas ya no miraron con buenos ojos la alianza con el PVEM (tal fue el caso del entonces gobernador de Durango, Ángel Sergio Guerrero Mier, y el de Sonora, Eduardo Bours, quienes aseguraban que el Revolucionario

Institucional debería analizar con mucho cuidado la conveniencia de continuar con las coaliciones con el Partido Verde), Roberto Madrazo, dirigente nacional del tricolor, no dudó un segundo en mantenerla. Podría haberse visto influido por la opinión de su entonces secretaria general, la maestra Gordillo, cuyos vínculos con el PVEM eran más que políticos, eran filiales. El fichaje de Kahwagi estaba rindiendo frutos.

Jorge Emilio González Martínez no solo desmintió a muchos que vaticinaron el fin del PVEM (el cual, vale la pena decirlo, ha sido mencionado casi las mismas veces que el fin del mundo), sino que, además, mantuvo la presidencia y su curul en el Senado. Desde ese entonces, quedó claro que el Niño Verde había nacido bajo el signo de la impunidad. Un mes después, este manto protector operó un milagro adicional. El videoescándalo del líder del PVEM fue opacado por otros dos que cimbraron de nueva cuenta a la opinión pública. En uno, René Bejarano, mano derecha del entonces jefe de Gobierno, Andrés Manuel López Obrador, aparecía recibiendo unos fajos de billetes en efectivo y amarrándolos con ligas. En otro, Gustavo Ponce, secretario de Finanzas del otrora Distrito Federal, salía apostando mucho más que su austera quincena en un casino de Las Vegas. Estos materiales, publicados en medio de la disputa entre Fox y López Obrador por el predio El Encino, volvieron los ojos a quien ya se antojaba como el futuro candidato presidencial de la

izquierda, y quien desde entonces mantenía un discurso de austeridad y no corrupción, para relegar a un segundo plano el asunto del Niño Verde.

Contrario a la fortuna de Jorge Emilio, que salió del escándalo más como un ingenuo que como un corrupto, tanto Ponce como Bejarano afrontaron consecuencias jurídicas y políticas. El primero fue acusado de enriquecimiento ilícito y estuvo en la cárcel diez años, mientras que el Profe pasó ocho meses en el Reclusorio Sur y fue liberado después de pagar una fianza de más de 170 000 pesos. Ninguno de los dos pudo reconstruir a plenitud su carrera política.

La política como espectáculo. *Big Brother* se pinta de verde

Con estos antecedentes, no es de extrañar que, más que dejarlos «ciscados», a los políticos del PVEM las apariciones en televisión y la fama, aunque mala, los dejaron encantados. Poco después del videoescándalo del líder del partido, en junio del mismo año, el flamante recién estrenado diputado, Jorge Kahwagi, anunció que sería uno de los 18 participantes de la tercera temporada de *Big Brother* VIP, un afamado *reality show* (versión deforme y extravagante de la novela 1984 de George Orwell, producida en México por Televisa-Endemol) que durante varios meses ponía a competir a un grupo de personas que convivían en una misma casa, totalmente

aisladas y con cámaras vigilándolas las 24 horas del día. Conducido por Verónica Castro en un espectacular regreso a la pantalla, el programa contaba con un elenco tan sensacional como morboso: desde la polémica actriz y bailarina cubana Niurka Marcos, pasando por Carlitos Espejel, Sharis Cid, Juan Carlos *El Borrego* Nava y Fabiola Campomanes, hasta el ex-Garibaldi y, paradójicamente, también futuro diputado, Sergio Mayer. (Resulta imposible saber si ahí se pasaron algunos tips que le fueran útiles en su carrera legislativa.)

Las condiciones estaban puestas para que Kahwagi desbancara a González Martínez y se convirtiera en el Jorge del momento. Ya no eran nota las investigaciones por los supuestos sobornos ni importaba tanto lo que sucedía en Quintana Roo. Cancún volvía a ser Cancún, alejado de grillas políticas. Sus yardas del Fat Tuesday y el Spiderman del Cocobongo fluían tranquilamente entre los nuevos desarrollos turísticos. La narrativa del Niño Verde había vencido y, al final, el escándalo se redujo a una mera disputa entre políticos y empresarios en la cual la mayoría de las personas ya no tenía interés. Por ello, a pesar de que los editorialistas no soltaban el tema, su alcance era bastante limitado; los votantes del PVEM no solían leer los diarios impresos ni mucho menos eran el *target* de las prestigiosas plumas nacionales. Lo del momento era ver cómo se iba a desenvolver Kahwagi en *Big Brother*, el primer político que

estaría a todas horas y todos los días fiscalizado por el propio pueblo de México que decidiría su permanencia dentro del concurso, en un adelanto de lo que más adelante se vendería como verdadera democracia. La transparencia y la rendición de cuentas llevadas hasta el extremo más ilógico; ni en sus sueños más húmedos el Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales (INAI) había imaginado algo así. Todo un precursor de Samuel García.

El absurdo alcanzó el delirio en la política mexicana y el Partido Verde se volvía a salir con las suyas. Argumentando que: «La imagen de los políticos está muy desgastada, necesita imaginativas y novedosas formas de oxigenación», el diputado-boxeador y coordinador hasta ese momento del PVEM quedaba al descubierto con la frivolidad y banalidad que le ofrecía la fama; aquel hombre que tan solo hacía unos meses aseguraba ser de hechos y no de palabras tenía el discurso hueco de siempre.

Ahora bien, antes de ser parte de ese curioso, pero redituable experimento mediático —que en retrospectiva no sería otra cosa más que un claro antecedente de cómo la política se convirtió en burdo espectáculo sin sentido— había el pequeño detalle de su licencia, pues para poder ausentarse de sus funciones como legislador, debía solicitar permiso ante el Congreso. En consecuencia, las críticas y las burlas no se

hicieron esperar, pues la situación que generaba que personajes de tan alta envergadura política deliberaran sobre la presencia de su colega en un *reality show* hacía todo muchísimo más absurdo aún. De esa manera, como documentaron distintos medios, todas las fracciones parlamentarias tuvieron una opinión negativa al respecto, incluidos algunos integrantes del PVEM, tal es el caso del entonces jovencísimo vicecoordinador de su bancada, Manuel Velasco, quien acusó a Kahwagi de «ni siquiera haberlo consultado para entrar al programa televisivo». Por su parte, el perredista Jesús Ortega mencionó que «el Congreso debía negarle la licencia debido a que los motivos de su solicitud no podían considerarse tan importantes como para abandonar la responsabilidad legislativa». Mientras que Óscar González Yáñez, del Partido del Trabajo (PT), indicó: «Ojalá que el legislador Kahwagi ahora sí defina cuál va a ser su vocación, porque han dicho los que han estado en ese programa que este es un espacio de reflexión, creo que debemos darle la licencia para que la ciudadanía ya no pague su sueldo como legislador».

El debate y la polémica alrededor de la licencia se tornaba tan álgido como vacuo. Lo más increíble era que tan solo unos años atrás, el 1 de marzo de 2002, el periódico *El Siglo* había documentado la forma en que, bajo una falsa superioridad moral que rayaba en la moralina, Jorge Emilio González

Martínez publicaba un comunicado en donde se refería a *Big Brother* como «el denigrante concepto televisivo que está poniendo en venta la intimidad y las emociones de jóvenes mexicanos», y rematando que dicho programa «ha sido estructurado de tal manera que incentiva y premia conductas humanas negativas como el engaño y la traición; la intriga y la decepción; las artimañas y agresiones de jóvenes que han sido seducidos por la millonaria suma ofrecida como premio». No se sabe si lo que le molestó a González Martínez fue la inmoralidad o la competencia.

El Verde siendo el Verde. Ya con algunos años de trayectoria política, no había dudas de que ese era su *modus operandi*; solo hacía falta que transcurriera un tiempo más para descubrir que cualquier ideología que en un inicio se criticara, de forma indefectible terminaría siendo su incondicional aliada. La congruencia de la incongruencia nunca mejor ejemplificada. Por eso mismo, el Niño no pronunció palabra alguna respecto a la decisión de Kahwagi, era mejor callar no solo para evitar morderse la lengua, sino también para seguir pasando desapercibido ante la opinión pública que poco a poco dejaba de hablar de él.

Por su parte, el boxeador siguió adelante sin importarle mucho lo que dijeran de él, pues afirmaba que: «era una manera de llegar a audiencias más jóvenes». Tan solo a unos días de haber entrado en la famosa casa, presentó al respecto

un escrito que a la letra decía: «Solicito licencia porque mis actividades actuales me imposibilitan continuar por el momento con mi trabajo parlamentario y con el encargo de la ciudadanía en el Congreso de la Unión». Frente a esta argumentación y el morbo que generaba su presencia en dicho programa, al final de cuentas, una mayoría de legisladores del PRI, PAN y PT aprobaron la licencia de su colega, pues, al decidir participar en *Big Brother*, se ponía en entredicho el prestigio de la labor parlamentaria y, en definitiva, parecía que era mejor quitarse de encima una figura tan polémica para el de por sí polémico recinto legislativo.

Al final, Jorge Kahwagi fue parte del experimento social más visto del país. El PVEM y su presidente pasaron a segundo término. Poco se hablaba ya de lo que había pasado con los sobornos del Niño. El hombre del momento era ese ser simpático, afable e incluso galán que al tiempo que se peleaba con Niurka le coqueteaba a la *playmate* Paty Muñoz. La verdadera vocación del Verde y sus figuras eran la farándula, el *show* y la faramalla. Es por ello que el exdiputado y boxeador sacó a flote sus mejores dotes políticas entre los artistas acompañantes y convenció al público televidente al grado de llegar hasta el final del programa en donde obtuvo el tercer lugar de la competición, tan solo detrás de Sergio Mayer y la comediente Roxana Castellanos (conocida por su

personaje de Deyanira Rubí) que se quedó con el triunfo. Pero el púgil triunfó dentro y fuera del juego, pues, en los hechos, estuvo fuera de su escaño y supuestamente incomunicado durante cerca de cincuenta días, periodo que, dicho sea de paso, cobró íntegro en San Lázaro.

Al acabar este episodio, donde los chismes de la farándula desplazaron a las grillas de la política, las primeras declaraciones de Kahwagi se orientaban a afirmar que *Big Brother* le permitió a México mostrar la parte humana de los políticos: «es una situación que quise vivir, me ayudó mucho para saber hasta dónde estaban mis límites, pude tener comunicación más cercana con la gente». Respecto a su futuro político, expresó que hasta no hablar con los dirigentes del PVEM, no tomaría alguna decisión: «No sé si seguiré en la política, ahora tengo que ir y ver cómo va a estar la cosa».

Con el paso de los meses, Kahwagi se reintegró a sus funciones en la Cámara, y aprovechando que Elba Esther también estaba fuera, fue relevado de coordinador de la bancada y sustituido por alguien que, al menos, mostraba más responsabilidad en el desempeño de sus funciones y había fungido como sustituto durante su ausencia: Manuel Velasco. A pesar de ello, Kahwagi obtuvo un título más, esta vez no pugilístico: el del diputado con más iniciativas presentadas durante su legislatura, aunque, en su mayoría, se trataba de enmiendas gramaticales y sintácticas.

La estancia política de este personajazo en el Verde terminó como empezó: con una desangelada pelea. Bueno... con dos. Distanciado de Jorge Emilio y arropado por la maestra Gordillo, comenzó a decantarse más por el espectáculo. Su último suceso fue en 2006, en un programa denominado *Permíteme tantito*, cuando protagonizó la «gloriosa» pelea con el luchador profesional conocido como El Cibernético. En lo que respecta a la labor legislativa, al terminar la legislatura, en noviembre de ese mismo año, presentó su renuncia junto con otros militantes por «diferencia con la forma de hacer política» de su otrora amigo Jorge Emilio.

Un año después, probablemente luego de haberse tomado un dizque merecido descanso, Kahwagi volvió a reaparecer en la arena política, ahora en Nueva Alianza, el nuevo partido de Elba Esther Gordillo. Como buena madre postiza, no lo abandonó nunca y ya como legislador de esa organización, continuó protagonizando varios escándalos, como llegar en claro estado de ebriedad a una sesión de comisiones u organizar una golpiza en un restaurante de la Ciudad de México. Fiel a su gusto por el cambio, en 2015 realizó el más radical de todos: una cirugía estética que le cambió el color de ojos, de marrones a azules, y que, por complicaciones posteriores, casi le costó la vida.

Del diputado Enrique Peña al gobernador

Enrique Peña Nieto. El mirreynato político en ciernes

Más allá de la lúgubre e intrascendente historia del diputado-boxeador, hay que recordar que mientras el circo entretenía a millones de personas que estaban al pendiente de lo que ocurría dentro de «la casa más famosa de México», el PRI y el PVEM aprovechaban para avanzar con su estrategia electoral. Así, Madrazo y González Martínez reafirmaban a los cuatro vientos su compromiso para establecer un diálogo que permitiera reencontrar el rumbo que requería el país, que no era otra cosa que continuar aprovechándose el uno del otro para poder llegar de la mano a la siguiente elección presidencial. Y de aquellas alianzas en el 2004, el balance del amorío entre estos dos partidos continuaba en la ruta positiva que había inaugurado la elección intermedia en el Edomex, pues, aunque perdieron en estados como Aguascalientes, Zacatecas y Tlaxcala, consiguieron juntos la gubernatura en importantes entidades como Chihuahua, Michoacán, Oaxaca, Tamaulipas y Veracruz, las cuales serían fundamentales para ampliar la base de votantes de cara al 2006.

Aquel electorado del año 2000 había mutado. Una vez agotado el discurso del cambio, la desesperanza por la falta de resultados parecía ganar terreno todos los días. A cuatro años de esa histórica derrota, el PRI tomaba aire. La aspiración del

«carro completo» se había esfumado entre el voto cruzado y el reordenamiento de una izquierda que cada vez cobraba más fuerza en el centro y el sur del país. Todo podría pasar en los años venideros. El regreso del PRI era una opción latente y el PVEM, ya acomodado con su nuevo amor, no la iba a desaprovechar. De ahí que, con el paso de los meses, los acercamientos entre tricolores y verdes cada vez fueron mayores, al grado de que, aun cuando el PVEM seguía fiel a su perfil indeterminado, la alianza ya estaba muy cantada en cualquier escenario posible.

Antes del 2006, había una aduana electoral adicional que, por tamaño y tradición, siempre había tenido especial interés: la gubernatura del Estado de México en 2005. Aquí, el partido del Niño parecía dar claras señales de que iría con el PRI, primero, al nombrar representante de su partido ante el IEEM a Salvador Neme Sastré, hijo del exgobernador de Tabasco, Salvador Neme Castillo, y quien había sido mandatario mexiquense cuando Madrazo era el líder estatal del tricolor. La llegada de un amigo personal del presidente nacional del PRI al PVEM en el Estado de México se había leído como el banderazo de salida para concretar su próxima alianza electoral.

Todavía faltaba tiempo y la alianza parecía ser un hecho, pero el candidato aún no estaba definido; al respecto, ya sonaban varios nombres —Enrique Peña, Jaime Vázquez,

Fernando Alberto García, Gustavo Cárdenas, Enrique Jacob y Héctor Luna— que cumplieran los dos principales requisitos: haber sido dirigente del partido y tenido un cargo de elección popular. Además de estos personajes, había otros aspirantes que no cumplieran con dichas características, pero que vieron en la eventual alianza con el PVEM una ventana de oportunidad, pues era la puerta a quienes no contarán con *pedigree* tricolor o que, simplemente, no estaban formados bajo la tan afamada y temida «disciplina priista»; tal era el caso del hijo del mítico Carlos Hank González, el multimillonario Carlos Hank Rhon, o el entonces procurador de Justicia del Estado, Alfonso Navarrete Prida.

De ahí que el PVEM, fiel a su costumbre, comenzó a jugar su propio juego de cara a la alianza electoral en el Estado de México. Entre la vacilación y la estrategia, los del partido del tucán contemplaron como una buena oportunidad colgarse de la figura de Hank González para tener una mayor capacidad de negociación. Así, a pesar de que no cumplía con los requisitos estatutarios antes mencionados y que emitió el Comité Ejecutivo Nacional del PRI, Hank Rhon decidió irse por la libre y se registró como precandidato de dicho partido al gobierno mexiquense. Esto provocó que el ambiente entre los priistas fuera tenso y desconcertante. La cúpula del tricolor había decidido que, por encima de cualquier diferencia, todos los contendientes tendrían que negociar y ceder para postular

a un candidato de unidad, por ende, la figura de Hank solo tenía cabida a través del Verde. En esta operación, aumentando su apuesta, los diputados del PVEM emitieron un comunicado donde ponían como condición para hacer una alianza con el PRI que el candidato de unidad fuera Carlos Hank, quien dijo al respecto: «Ya he hablado con Jorge Emilio, hubo una plática, diría que informal, sobre la alianza, pues esta se debe hacer legalmente por el partido y no por su servidor». Así, la posibilidad de que el Verde sirviera para sortear las propias reglas que el PRI había impuesto era sencillamente inadmisibile para sus líderes y una prueba más de que David podía vencer a Goliat, de que el alumno había superado al maestro. Y es que, si de tranzas se trataba, no cabía la menor duda de que el partido del tucán ya se había graduado con honores.

Justo en medio de esas disputas, mientras se debatía el futuro de la alianza, sucedió lo que ya era un secreto a voces, algo que venía a confirmar la importancia de tener amigos importantes en la política y, sobre todo, saber manejar los tiempos. La Procuraduría General de la República había dado carpetazo al asunto del video donde el Niño Verde pedía un par de millones para acelerar los trámites en Cancún, a pesar de las denuncias y la evidencia presentada. Como suele pasar ante tales escándalos, los únicos que realmente salieron *chamaqued*os fueron los ciudadanos.

A fin de cuentas, el coqueteo con el Verde no prosperó, pues Hank Rhon anunció su salida del proceso interno para el candidato único a la gubernatura y, con ello, evitar más fisuras al interior del partido tricolor. Como un soldado sumiso y obediente, el empresario había claudicado en sus aspiraciones individuales en aras de mantener el bastión: «Este proceso interno me ha permitido ahondar mis lazos de oriundez y paisanaje; estrechar viejas amistades e iniciar otras promisorias; compenetrarme en la problemática del estado, analizar la viabilidad de sus soluciones». Los otros precandidatos declararon que esta renuncia había sido lo más sano para el proceso y que respetaban la decisión, «lo hace en una actitud de congruencia», dijo Enrique Peña, quien claramente era el que quedaba en una mejor posición para ser elegido. Independientemente de lo sucedido, el PRI reconocía que había aún varias heridas por cerrar, pues el hecho de que el propio PVEM los hubiera puesto en jaque demostraba que era cosa del pasado este inofensivo partido ecologista que años atrás no tenía elementos para poder negociar.

El PVEM de 2005 se iba curtiendo a base de escándalos y tropezones, pero se encontraba listo para imponer sus propias condiciones; incluso, los verdes llegaron al descaro de sentarse también a escuchar al PAN, al grado de que su candidato al gobierno del Estado de México, Rubén Mendoza, anunció que solo faltaba la firma para hacer la alianza con

ellos y así olvidar el pasado y reivindicar su primer matrimonio electoral. Sin embargo, Manuel *el Meme* Garza, líder del tricolor estatal, salió a calmar las aguas e informó inmediatamente que la negociación con el Partido Verde Ecologista avanzaba lenta, pero segura: «la alianza era como cualquier matrimonio, pues los dos deben tener el mismo interés de unirse». Lejos quedaba una imagen inexperta o incluso ingenua de los ecologistas; por más que coquetearan con el PAN, tenían claro que el PRI era su aliado natural, solamente aprovechaban su momento para proponer condiciones y tratar de que alguien tan cercano al gobernador Arturo Montiel no fuera el elegido.

De hecho, en una crónica de Alberto Aguilar titulada «La candidatura fallida», se cuenta que, a pesar de que inicialmente las dirigencias nacionales de ambos partidos habían acordado postular al personaje que estuviera adelante en las encuestas de preferencia electoral, González Martínez se empeñó en afirmar que rechazaba a Peña como el candidato de la coalición por encontrarse en las encuestas varios lugares atrás de Navarrete Prida. Para el PVEM, si el candidato era Peña la elección estaba comprometida, pero *el Meme* Garza zanjó la discusión afirmando: «¿Y qué le decimos a los seis aspirantes que tuvimos tres meses en precampaña? ¿Cómo le explicamos a nuestros militantes que nuestros métodos de democracia interna sirven para un carajo?».

De esa manera, tras una reunión con el gobernador Arturo Montiel y la dirigencia estatal del PRI, los seis aspirantes al gobierno estatal acordaron perfilar a Enrique Peña como candidato de unidad. Y, de manera inmediata, el líder nacional del PVEM, Jorge Emilio González Martínez, señaló que siempre coincidieron con la candidatura de dicho priista: «Enrique Peña es un joven con buen perfil, es lo que ha venido apoyando el Partido Verde en todo el país, y para nosotros sería un perfil que iría perfecto».

Para definir la alianza en el Edomex, que sería sin duda una antesala para la grande del año siguiente, el PVEM utilizó una estrategia que evidenciaba la astucia de sus dirigentes y un *modus operandi* legal que al paso de los años les rendiría muchos frutos, pero también muchos problemas. Antes de continuar con una negociación donde ellos serían el rival más débil, aprovechándose de un recoveco legal, amagó con ofrecer la candidatura de su partido a otro priista antagonista al dominante Grupo Atlacomulco, Carlos Hank. Aunque sutil, la amenaza era potente: dos candidaturas de priistas en la entidad dividirían el voto y, en una de esas, le otorgaban el triunfo a un tercer partido. La alianza pasó así de ser una conveniencia a una necesidad y, aunque Hank se bajó por su propio pie, como hemos mencionado, el plan dejó claro una cosa: los niños ya no estaban tan verdes.

De esa manera fue como se construyó algo más que una

mera alianza para una elección estatal. Un proyecto político de largo alcance que tarde o temprano rendiría frutos.

Por lo anterior, vale la pena reflexionar en torno a las alianzas que a lo largo de los años ha suscrito el Partido Verde. Lejos de ser cierto, y profundamente ingenuo, está la idea que se trata de un partido rémora o parásito que vive de su unión coyuntural con organizaciones de mayor escala. El Verde es un excelente negociador político que, tal como lo vaticinó su fundador a finales del siglo pasado, entendió el papel que jugarían los partidos medianos en contextos de gobiernos divididos y ha sabido capitalizar, hasta las últimas consecuencias y con medios cada vez más perversos, lo que tiene y lo que puede tener. Así, han desplegado una estrategia que, en retrospectiva, resulta uno de los mayores éxitos de la política mexicana. Han sabido maximizar la venta y renta de sus puestos, sus prerrogativas y sus votos. El Verde ha comprendido que su poder depende «de lo cerrada que esté la competencia electoral entre los otros partidos»; asimismo, entendieron su rol de negociadores y mercenarios.

Sin tener una base electoral —y en parte gracias a eso— los verdes han podido ofrecer sus candidaturas a «ciudadanos», empresarios, hijos de, artistas y a todos los que consideran que abonan a sus intereses. Del mismo modo, han utilizado como cartas de negociación su financiamiento público, sus espacios de publicidad oficial y la lealtad de sus integrantes en

las Cámaras para fincar las alianzas, los acuerdos y mantenerse impunes. Aunado a esto, el partido ha demostrado, de la forma más terrible, el poder y la desgracia del derecho en México. La habilidad de sus equipos legales para encontrar lagunas, contradicciones y entresijos legales convenientes a la ejecución de sus siempre controvertidos planes le ha permitido salirse con la suya, o solo medianamente raspado, en situaciones que, como el videoescándalo, a otros les ha costado la vida política. Siempre un paso adelante de la legislación, el PVEM ha sido, no por los mejores motivos, un motor en el cambio del sistema legal electoral.

Los resultados en el Estado de México, como no podía ser de otra manera, colocaron a la coalición PRI-PVEM en primer lugar con el 47.58% de la votación para gobernador. Enrique Peña se transformó en Enrique Peña Nieto, una figura que se encargaría de llevar hasta lo más alto de su trayectoria política a los verdes. La siguiente bocanada de impunidad estaba por llegar.

VERDES HASTA LA MADUREZ

La elección federal del año 2006, además de tornarse crucial para el futuro inmediato del país, también definió el rumbo de muchas políticas públicas que en el largo plazo sumirían a México en una crisis inacabable de violencia y desconfianza institucional. La continuidad de los gobiernos panistas se ponía en entredicho no solo por la mala administración de Vicente Fox, sino porque su principal delfín, el secretario de Gobernación, Santiago Creel, sorprendentemente había perdido la elección interna para la candidatura presidencial frente a Felipe Calderón. El PAN, otrora partido de horizontes uniformes, comenzaba a tribalizarse en la lucha por el poder interno. Por el lado de la oposición, la articulación de un amplio frente de izquierda perfilaba finalmente a alguien distinto a Cuauhtémoc Cárdenas que pudiera liderar la alternancia de la alternancia, nada más y nada menos que el entonces Jefe de Gobierno de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador; mientras que en el PRI se disputaban la candidatura dos grupos antagónicos: el primero encabezado por Roberto Madrazo Pintado, presidente del

partido, y un célebre grupo de oposición a dicha persona denominado Tucom (Todos unidos contra Madrazo), capitaneado por figuras como Arturo Montiel, Tomás Yarrington, Enrique Martínez y Martínez y Enrique Jackson, entre muchos otros que, simple y sencillamente, no estaban alineados con quien se autonombró como el candidato oficial.

A pesar de la ventaja con la que arrancaba López Obrador en distintas encuestas, lo cierto era que todavía quedaba tiempo por delante y, para el segundo semestre de 2005, el triunfo parecía posible para cualquiera de las tres grandes fuerzas políticas de aquel entonces. La elección más competida de la historia mexicana estaba en marcha y de ahí que el rol de los partidos chicos fuera fundamental en la contienda. Así, a diferencia de los partidos de nueva creación como Alternativa Socialdemócrata y Campesina o Nueva Alianza, a los que la ley electoral obligaba a alcanzar al menos el 2% de los sufragios por sí solos para mantener su registro, para el PT, Convergencia y el PVEM no había mucho que pensar, la opción era buscar una alianza si de verdad aspiraban a algo más que a sobrevivir. La estrategia del partido eternamente joven pasaba del experimento al modo de vida.

Todo indicaba que los verdes ya lo tenían muy claro. No hay que olvidar que en 2004 y 2005, el PRI y el PVEM vieron fructificar su alianza en 11 entidades de la República al ganar con el PT Chihuahua, Colima, el Estado de México, Hidalgo,

Nuevo León, Oaxaca, Puebla, Quintana Roo, Sonora, Tamaulipas y Veracruz. Sin lugar a dudas, un porcentaje de bateo envidiable. Sin embargo, fiel a su estilo, el Niño Verde se dio a desear y tomó con calma la celebración de su próxima alianza. En un cálculo inteligente (que bien valdría de ejemplo para muchos dirigentes políticos de la actualidad), decidió que el Verde Ecologista podría capitalizarse mejor si se hacía a un lado y desvinculaba su desgastada imagen de la del partido.

Entonces, entraba en escena Bernardo de la Garza Herrera, compañero de Jorge Emilio González en el exclusivo Instituto Cumbres y quien había sido diputado federal del partido de 2000 a 2003 y, posteriormente, representante en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal. Verde, pero no tanto; es decir, una persona más cercana al Niño que al PVEM: blanco, alto, guapo, divertido, sin escándalos, católico, *niño bien* de toda la vida, con estudios de contaduría y administración en instituciones educativas privadas, pero sobre todo, joven; de tan solo 36 años, se declaraba listo para ser la opción «distinta» y «novedosa» en una contienda rancia y con muchos rostros conocidos. La carta de la renovación política, tan comúnmente utilizada por el Partido Verde durante los primeros años de su formación, volvía a rendir frutos.

De esta forma, el Consejo Político Nacional del PVEM no dudó ni un segundo y eligió formalmente a este novel personaje

como su candidato presidencial para las elecciones de 2006. Como no podía ser de otra manera en un partido de Jorge González Torres, su nombramiento ocurrió por unanimidad y fue anunciado tras un «larguísimo» tiempo de reflexión de 17 minutos, como para evitar cualquier disidencia que pudiera meter ruido a la estrategia electoral de esta ocasión.

El Verde lo volvía a hacer. Postulando un precandidato diferente, con una buena reputación y decente, los Kawachis, los sobornos, los videoescándalos y la mala imagen del partido pasaban a segundo término. A partir de una gran estrategia mediática en radio y televisión —que implicó en tan solo unos cuantos meses la difusión de más de 4 230 *spots* en radio, televisión, espectaculares y medios impresos (recordemos que todavía no pasaba la reforma electoral de 2007, donde se limitó sustantivamente la publicidad electoral)—, la gente empezó a conocer a Bernardo de la Garza y rápidamente lo identificó como alguien confiable. La maldita inmediatez de los tiempos, de la mano de una memoria *chaparra* que mencionaba Porfirio Díaz hace más de un siglo, en definitiva, podía más que la historia negra que estaba forjando el Partido Verde.

Una vez pagada la andanada de publicidad, los verdes se encargaron de levantar una serie de encuestas donde su precandidato tenía una intención de voto que, si bien no lo acercaba ni remotamente a la titularidad del Ejecutivo, sí

podía significar la victoria o el fracaso en una elección que se percibía muy cerrada. De ahí que el Niño, al ver a su amigo crecer en las preferencias electorales, no dejó pasar la oportunidad y lanzó una advertencia respecto a que no declinarían la postulación de Bernardo de la Garza a la Presidencia de México, ya que, de tener lugar una alianza, preferirían que esta implicara que los partidos grandes se sumaran a ellos y no al contrario.

El *bluff* era tan evidente que hubo quienes jamás se fueron con la finta. Al respecto, en aquel entonces, Granados Chapa escribía:

Ahora el PVEM simula tener un candidato presidencial propio, Bernardo de la Garza, pero lo hace solo para elevar su cotización en el mercado, en que tendrá dos postores, el PRI y el PAN. El Verde obtendría menos curules en San Lázaro, y quizá no permaneciera en el Senado si decidiera valerse de su propia fuerza y no negociara con un partido mayor que lo acoja.

Pero lejos de los círculos académicos y de algún atisbo de dignidad, los partidos políticos, inmersos en sus propias lógicas de sumas y restas, caerían redonditos en el embrujo.

A esas alturas ya no importaba el rompimiento con Fox. Derivado de las dinámicas internas de Acción Nacional — donde el todavía presidente y su camarilla habían sido derrotados y dejados de lado—, Felipe Calderón se mostraba

deseoso de concretar una alianza con los ecologistas. En sus propias palabras:

independientemente de confrontaciones y videoescándalos, el tema del medio ambiente es una coincidencia programática que podría unir nuevamente al Verde y al PAN de cara al 2006. Estoy consciente de que nuestra imagen puede sufrir algún desgaste, pero también estoy dispuesto a pagarlo si es por el bien del país.

Como ya advertía Zepeda Patterson en los tiernos inicios del PVEM, la genialidad de haber elegido como su identificador principal el «ecologismo» habría de rendirle muchísimos frutos.

Cabe recordar que las intenciones del abanderado del PAN no eran solo electoreras, sino también personales. Calderón y De la Garza habían coincidido como diputados y coordinadores de sus respectivas bancadas en San Lázaro, de ahí había surgido un vínculo de confianza y amistad. Por ello, la elección del amigo de González Martínez tenía aciertos y alcances que iban mucho más allá de su juventud.

Mientras eso sucedía, el PRI trabajaba con el PVEM tras bambalinas de la mano de Manlio Fabio Beltrones para negociar lo que verdaderamente resultaba importante, algo que, aunque también es verde, no es precisamente la ecología, sino el dinero. Al momento en que los azules hablaban de causas e ideales comunes y algunos puestos en la

administración pública, los tricolores analizaban a detalle el porcentaje de votación que correspondería a los del Niño, las prerrogativas que tendrían y el impacto que dicha ecuación tendría en su bolsillo.

Por su parte, a pesar de que Calderón no se cansaba de apelar a la supuesta dignidad de Bernardo De la Garza, diciendo que su inexperiencia para robar chocaría de frente con la alianza con el PRI por pactar con los que más saben hacerlo (incluso lanzó un guiño al anunciar que, de llegar a ser presidente, le daría un cargo en su gabinete: «Si hacerlo Procurador del Medio Ambiente me da los 18 votos del Verde en la Cámara, bienvenido. Y si me dan la mayoría absoluta de los votos, tengan la seguridad de que lo voy a hacer secretario, por supuesto», dijo el candidato en un foro ante empresarios), al final, poco valían las palabras y amistades cuando el único con quien había que negociar era con Jorge Emilio González Martínez, amo y señor del Partido Verde.

Los argumentos de Calderón para pactar con el Verde cada vez eran más delirantes, al grado de compararse con la canciller alemana Angela Merkel: «ella pudo integrar gobierno a partir de que compartió la agenda, y antes, el socialdemócrata Gerhard Schröder puso de canciller al presidente del Verde... No pienso traerme al presidente del PVEM, pero evidentemente a mí sí me interesaría traerme a Bernardo de la Garza». Pero lo cierto era que, sin darse

cuenta, mientras más atacaba al Niño Verde, más alejaba la alianza con su partido.

A pesar de que los verdes afirmaban que no se trataba de vender caro su amor, sino simplemente «aprovechar un momento coyuntural», las ínfulas de grandeza de Jorge Emilio, respaldadas por un nada despreciable 8% de las preferencias electorales, invitaban a creer que en esta ocasión la transacción por la alianza electoral no sería tan sencilla. En este sentido, el Niño Verde afirmó: «Se les sale la baba a los tres partidos de siempre»; y secundó De la Garza: «Este partido no está a la venta, lo único que el Partido Verde pretende es que las cosas funcionen bien».

Con la seguridad que otorgaba saberse uno de los pocos adelantados que desde el inicio entendieron perfectamente el negocio de las alianzas, el PVEM no solo había puesto un precio altísimo a su próximo matrimonio electoral (un piso mínimo de 17 diputados federales y cinco senadores en 2006, un compromiso de cogobierno, respaldo a su plataforma y la aprobación de leyes de su interés), además, presumía que, aunque sus únicos contactos institucionales eran los priistas y los panistas, estaba abierto a entablar conversaciones con el PRD, Convergencia o el PT. Los ofrecimientos eran burdos. El Verde no tenía ningún problema en sacrificar a un buen candidato en aras del poder. Su objetivo era seguir haciendo negocios con un discurso tan ornamental como reciclable.

Y fue entonces cuando vino la alianza con el PRI, que a unos días de la fecha límite para celebrarla legalmente, resultaba todo un secreto a voces. Jorge Emilio González había cerrado cualquier posibilidad de pactar con el PAN y Calderón al declarar que estaba muy desesperado por ir solo en la próxima elección, que «el Partido Verde no puede ni debe apoyar a un candidato que su partido ha demostrado desinterés por el tema ambiental y que representan una opción de extrema derecha». Fingiendo una vez más que había ponderado los principios e intereses del país sobre un cálculo económico, el Niño y sus secuaces se prepararon para terminar con la charada y *sacrificar* la candidatura de Bernardo de la Garza en el altar de las coaliciones.

Así, en un ambiente entre festivo y fúnebre, a finales de 2005, De la Garza aceptó que no podía competir solo por la Presidencia de la República y que dejaría de ser el candidato del PVEM para apoyar al PRI; bien lo narra Claudia Guerrero en una crónica publicada en *Reforma*:

Con los ojos rojos y visiblemente desanimado, el excandidato presidencial del Partido Verde, Bernardo de la Garza, se retiró ayer de la contienda del 2006. «No me duele, no me duele, solo estoy cansado». Aunque en sus *spots* de televisión decía no tener ni colmillo ni experiencia para robar, ayer se sentó junto a Roberto Madrazo, el candidato con más negativos en las encuestas por estar asociado con la corrupción.

Como anécdota no solo quedó el desengaño de una persona más que creyó en el PVEM y que, con el paso de los días, se supo utilizada por González Martínez, sino también la imagen de la inocente cartulina, que publicaron varios medios de comunicación, hecha por los hijos de Bernardo de la Garza en apoyo a su padre y que colgaron en la puerta de su casa para recibirlo después de saber que dejaría de participar en la contienda presidencial por apoyar al PRI; en ella se leía en vivos colores y con simpáticos dibujitos la frase: «No importa, papá. Para nosotros eres el Candidato #1».

Aun cuando el PAN intentó recoger y consolar a De la Garza —de hecho, los trascendidos mencionaban que dicho partido le había ofrecido la candidatura para jefe de Gobierno del Distrito Federal—, su destino estaba escrito al ser nombrado de manera casi inmediata (y quizá también de forma un tanto obligatoria) coordinador nacional de la Agenda Legislativa del candidato priista.

La Alianza por México estaba formalizada. El PRI finalmente había negociado reconocerle al Verde el 6.6% de la votación (mismo porcentaje que aproximadamente registraba en las encuestas), así como 24 candidaturas de diputados de mayoría relativa, 17 de representación proporcional, una candidatura a senador por mayoría relativa y cuatro de representación proporcional. Un botín bastante jugoso considerando que los cálculos de los tricolores eran que con

dicha unión estarían en condiciones de derrotar en las urnas tanto a Andrés Manuel López Obrador, contendiente del PRD, el Partido del Trabajo y Convergencia, como al PAN de Felipe Calderón, que iría en solitario.

Luego de los actos protocolarios que tanto gustaban a los priistas, Roberto Madrazo no tuvo empacho en presumir haberse quedado con los verdes y declaró fervoroso que «en ese coqueteo», a Calderón «le faltó madurez, está muy verde para conformar una alianza, y ante la ausencia de una alianza [sic] se tuvo que ir a tomar un cafecito y un panecito con el presidente Fox para que le diera calorcito, porque se quedó solito».

La elección de 2006 fue un parteaguas en la historia política contemporánea de México; los resultados de la misma tuvieron consecuencias que llegan hasta nuestros días. Para el PRI, evidenció la decadencia de su otrora legendaria disciplina partidista y su capacidad de organización electoral. En este contexto, Bernardo de la Garza fue un vergonzoso maniquí de una campaña perdedora. Por ello, su renuncia a la candidatura del PVEM no fue para nada una sorpresa, y como el perro arrepentido, anunció su retiro temporal de la política y un viaje al extranjero en los próximos meses, con lo cual dejaba entrever que había cometido un error al ser la cara visible de la alianza con el PRI. En sus propias palabras: «Me equivoqué y busco con esto corregir, sobre todo ante quienes creyeron en

mí y hoy se encuentran decepcionados. En un país tan lleno de desilusiones no puedo permitirme ser una más, quiero ser fiel a quienes creyeron en mí». Pero, de nueva cuenta, De la Garza no se apellida González Martínez. Su figura cimbró por unas horas la dinámica de las campañas presidenciales, aunque el pacto del tricolor con los verdes se mostraba indisoluble. De hecho, algunos diputados priistas, como Julián Nazar, afirmaron rápidamente que De la Garza habría recibido un cañonazo para golpear la candidatura de Madrazo:

Es de revisar la actitud de este muchacho. ¿Por qué toma esta decisión personal? Me deja dos visiones: uno, le ofrecieron un cargo los de Acción Nacional o lo cooptaron con una cantidad de dinero, todo presume a que le han dado una fuerte cantidad unos 10 o 15 millones de dólares, para que haya tomado una decisión.

En la contienda entre López Obrador y Calderón, el PRI y el Verde, simple y sencillamente, no tuvieron lugar alguno. Su insignificancia durante el proceso de 2006 fue manifiesta. Así, conforme se acercaba el momento de la verdad, empezó a cobrar cada vez más fuerza el concepto del «voto útil» para poder emitir un sufragio diferenciado que castigara a Madrazo y, al mismo tiempo, pudiera definir el empate técnico entre el PRD y Acción Nacional. Lo que sucedió aquella fatídica noche de domingo en la que se llevaron a cabo las votaciones es por todos conocido. Más allá de que los

reflectores y las primeras planas las había captado el duelo entre López Obrador y Calderón, no se podía obviar que el PRI y su alianza con el Verde habían sufrido un descalabro histórico que prácticamente los condenaba a la irrelevancia durante los próximos años.

De esta manera, la Alianza por México perdió mucho en aquella elección federal debido a la polarización entre las dos principales fuerzas políticas en disputa. De acuerdo con los resultados oficiales, Madrazo obtuvo 2.5 millones de votos menos que las candidaturas del PRI y el PVEM para el Congreso de la Unión; por primera vez, una candidatura presidencial no tuvo un «efecto arrastre» para los demás votos. El mensaje era contundente: a pesar de un candidato tan malo, el voto duro priista obtuvo sesenta de los trescientos distritos electorales en juego, lo que a la Alianza le aseguraba un paradójico tercer lugar que en cualquier otro escenario no tendría tanta importancia, pero que en ocasión de la elección presidencial, vislumbraba una posible alternativa tanto para tricolores como para ecologistas.

De allí que estos penosos resultados no hayan sido del todo un fracaso para el PVEM ni a corto ni largo plazo, ya que, conforme al convenio de coalición que habían firmado, el PRI le tendría que ceder seis de las 38 senadurías (dentro de las que destacaba la de Chiapas, donde compitió el excoordinador de los diputados verdes, Manuel Velasco Coello que seguía

muy de cerca la trayectoria legislativa del propio Niño) y veinte de las 119 diputaciones que obtuvo la Alianza por México. Parecería que los *chamaqueados* ahora eran los priistas. Exprimiéndole todo el jugo posible a su segundo matrimonio electoral, el Niño se preparaba para tener el grupo parlamentario más grande desde la fundación del partido heredado.

Como se observó, esta alianza resultó no ser tan mala. En la elección donde comenzó el fenómeno de polarización y disputa que vivimos hasta la actualidad, ese tercer lugar le permitió al Verde no ser identificado con ninguno de los dos bandos y ver los toros desde la barrera. Así, pudo continuar con su estrategia de bailar con la más guapa del momento sin que nadie lo llamara a cuentas por haberse aliado con el grupo «opositor». De hecho, en el momento en el que el Paseo de la Reforma se encontraba bloqueado, el Tribunal Electoral hacía un papelón y el clamor por el «voto por voto» llegaba a todos los rincones del país; en dicho contexto, priistas y ecologistas jugaban la carta de los estadistas y proclamaban un discurso conciliador que dizque ayudaría a apaciguar la crisis política por la que se estaba transitando.

De las declaraciones que más llamaron la atención en aquella época fueron las de un encuentro entre el líder del Verde y el entonces gobernador del Edomex, Enrique Peña Nieto, quien afirmó: «Más que estar en la búsqueda de

culpables, tenemos que concentrarnos y reflexionar cómo queremos encarar nuestra responsabilidad. Cómo habremos de trabajar un nuevo papel político». El Niño, por su parte, aseguró, en el mismo tenor, que para nada pensaban abandonar al PRI: «Somos gente de palabra, leal, no somos *chaqueteros*, traemos un proyecto nacional. Obviamente que estamos tristes todos, pero la vida sigue y hay que echarle ganas».

En el recuento de los daños, los verdes asumieron cabalmente el rol sumiso y paciente que les correspondía ante un presidente que había conseguido la victoria con tan solo un 0.56% de diferencia. El objetivo de su matrimonio con el PRI era presentarse como el factor que pudiera garantizar la estabilidad y la relativa gobernabilidad para un México fracturado por el PRD y el PAN. Tal vez, la lección más importante del sexenio que terminaba era que con un gobierno dividido en las Cámaras, el rol del Ejecutivo no debía ser confrontativo ni altanero. La importancia de negociar y escuchar a la oposición se tornaría fundamental para conseguir legitimidad y lograr consensos. Y para eso, el PRI y el PVEM se pintaban solos.

Una vez que el Niño Verde regresó a su curul en San Lázaro, con 34 años de edad y 15 de legislador —un tucán transmutado en zángano que puede ininterrumpidamente vivir de los recursos públicos—, el PVEM decidió manifestar su

disposición para trabajar con el nuevo titular del Ejecutivo, ya que, a fin de cuentas, era posible encontrar «algunas coincidencias en la agenda de trabajo del futuro mandatario». Encontrar agujas en pajares, uno de los grandes talentos de los tucanes, se sabe.

Fue por ello que el primer trienio del mandato de Felipe Calderón, además de distinguirse por la monstruosa guerra contra las drogas iniciada para solventar su problema de legitimidad y despresurizar la atmósfera crispada que existía, se caracterizó por construir acuerdos con todas las fuerzas políticas posibles. El PAN entendió que, a pesar de no tener mayoría en el Congreso de la Unión, llegaba con una mejor posición que en el 2000, por ende, debía aprovechar todas las oportunidades que se le presentaran; así, en ese periodo intercambió y concilió reformas relevantes, como la fiscal, y una reforma postransicional que obligaría al PVEM a reinventarse y, de paso, coronarse como el principal y más creativo objetor de las reglas que le atañen: la electoral de 2007.

A un año de la elección presidencial, el conflicto postelectoral no amainaba. Además de los grandilocuentes *performances*, como la instauración de un «gobierno legítimo» encabezado por López Obrador que hacía de contraparte al constitucional (que tildaba de «gobierno espurio»), la infame calificación de la elección emitida por el

Tribunal Electoral, donde se reconocía que la intervención de terceros como el Consejo Coordinador Empresarial con los *spots* *López Obrador es un peligro para México* había influido en el resultado de la elección, así como la documentada diferencia en tiempo aire, precios y contenidos que se observaba en la cobertura mediática entre uno y otros candidatos, habían dejado un mal sabor de boca sobre los resultados electorales y, sobre todo, habían evidenciado fallas que era necesario subsanar por el bien de nuestra novel democracia.

Con estos antecedentes, se fraguó una reforma política que, entre otras cosas, instauró un nuevo modelo de fiscalización a los recursos de los partidos políticos, reglas novedosas para las alianzas y generó un nuevo modelo de comunicación político electoral que prohibió la contratación de publicidad por parte de los partidos políticos y de terceros, los cuales tendrían que utilizar únicamente los tiempos del Estado para realizar sus labores de difusión. La medida desató una andanada de críticas e inició una guerra frontal entre el INE y los concesionarios de radio y televisión que utilizaron todos sus recursos, desde vías legales del amparo (basta recordar el llamado amparo «de los intelectuales») hasta el franco desacato o la transmisión de toda la barra de *spots* a la mitad del *Super Bowl* para demostrar su descontento.

En dicha coyuntura, las mentes maestras del Verde parecían

haber recordado el antiguo dicho de «a río revuelto, ganancia de pescadores» y, al tiempo que buscaron las maneras menos ortodoxas y más rebuscadas para cumplir lo menos posible con la ley, tocaron la puerta de los medios descontentos con una oferta que, muy probablemente, no podrían rechazar. Las reglas, como en *Big Brother*, podrían haber cambiado, pero no los operadores ni sus mañas.

Con la reforma en marcha, el Partido Verde vislumbró una gran afectación a uno de sus principales motivos políticos para competir en democracia, es decir, las nuevas reglas establecidas para las alianzas y coaliciones. Y es que, hasta 2006, los partidos coaligados podían determinar entre ellos qué porcentaje de la votación y, por ende, de la distribución de escaños plurinominales tanto en la Cámara de Diputados como en el Senado le correspondía a cada uno. Esto permitió que, durante muchos años, las pequeñas organizaciones tuvieran una representación que no podía correlacionarse con su voto, primero, porque las alianzas computaban sus votos de forma general y, después, porque, independientemente de la correlación de fuerzas en la coalición, la asignación dependía única y exclusivamente de la negociación hecha por los dirigentes de los partidos (de hecho, se llegaron a documentar casos donde, a pesar del convenio, si un partido no obtenía lo necesario para mantener el registro, su aliado mayoritario le hacía *transfusiones* de votos para mantenerlo

con vida).

Para evitar estas distorsiones a la ley, a partir de 2007, las nuevas disposiciones establecían que, aunque los partidos fueran en alianza, los votos se computarían de forma individualizada. Así, se dispuso el estilo extraño y complejo de votar que mantenemos en la actualidad, donde, en una sola boleta, una persona puede votar por uno, dos, tres o el número de partidos de la coalición o alianza de su preferencia, marcándolos a todos, y a partir de ello, se asignan los votos de cada uno y, posteriormente, sus escaños.

Este nuevo contexto le presentaba al PVEM dos obstáculos. El primero lo obligaba, por primera vez en su vida, a buscar verdaderos electores. Como ya hemos mencionado, uno de los misterios más grandes que rodean al partido es el tamaño, o incluso, la mera existencia de su militancia, misma que habían logrado mantener y sortear a través de sus negociaciones cupulares. En ese momento, al PVEM no le bastaba quedar bien con los de arriba (asunto que no le costaba ningún trabajo), sino que también tenía que realizar (quizá por primera vez desde la llegada del Niño Verde a la presidencia del partido) algún tipo de vinculación con la ciudadanía que le asegurara que alguien más, fuera de él y sus amigos, tachara el logo del tucán en la boleta. El segundo obstáculo era que la limitación de contratación de publicidad resultaba un engorro. Sin posibilidad siquiera de echar mano

de su cercanía con empresarios que pagaran por ellos una campaña mediática nacional para posicionar su marca, el PVEM hizo de la necesidad virtud y, a la par que aprendía en *fast track* a hacer operación de campo a la usanza priista, delineaba los ejes de una estrategia mediática con los medios que terminarían por definir la cara —y la reputación— contemporánea del partido.

No había duda: al Verde le urgía una nueva estrategia política que no solo se enfocara en cuestiones técnicas y legales de cara a la próxima elección, sino también algún método que generara nuevos cuadros en el partido, una nueva camada de siervos que estuvieran dispuestos a confiar ciegamente en él y, sobre todo, que fueran útiles a su astuto e imaginativo líder.

Por eso mismo, de la lista de personajes que fueron sumándose al PVEM en la primera década del juniorato de Jorge Emilio, vale la pena mencionar a Pablo Escudero Morales, galán con credenciales académicas (al menos podía presumir estudios en administración pública y no administración de empresas) y una trayectoria interesante, quien fue invitado por Arturo Escobar en virtud de sus conocimientos en cuestiones presupuestales y anticorrupción [risas grabadas].

El ojo de Escobar no falló, pues al año de haberse incorporado al partido, Pablo Escudero contrajo nupcias con nada menos que Sylvana Beltrones, militante priista e hija

única del entonces poderosísimo Manlio Fabio Beltrones. Ahora sí, la familia Verde y la familia tricolor estaban civil y religiosamente emparentadas. Su boda es digna de mención porque da excelente cuenta de la conformación y la actuación de la élite política hasta hoy. Se cuenta que, en el verano de 2008, se dieron cita en el Colegio de las Vizcaínas del centro histórico de la Ciudad de México más de setecientos invitados, entre los que destacaron los hermanos Salinas de Gortari, Santiago Creel, Juan Camilo Mouriño (q. e. p. d.), Diego Fernández de Cevallos, Juan Francisco Ealy Ortiz, Olegario Vázquez Raña, Joaquín López Dóriga, Guillermo Ortiz Mayagoitia, Dante Delgado, Carlos Navarrete, Esteban Moctezuma... Todos los poderes, incluidos los económicos y los mediáticos, de todos los partidos, embriagándose y coreografiando juntos, presumiblemente, «Payaso de rodeo» o «El venado». El Verde se había hecho de un elemento que parecía tener *comal y pepita* con muchos presentes, pasados y futuros socios.

Cabe mencionar que, al año siguiente, el PVEM le otorgó a Escudero una diputación federal vía plurinominal y, en 2012, entró en el Senado por primera minoría a través de la alianza con el PRI. En dicho espacio logró para su partido otro hito histórico: la presidencia de la Cámara Alta. De la mano de su enérgico y bien conectado socio, el Partido Verde se posicionaba cada vez más como un partido que despegaba de

la Chiquillada y, acercándose al sueño de su fundador, era un jugador clave en las decisiones del Legislativo a través de argucias y artimañas de toda índole.

Como se observa, la reforma electoral del 2007 no había sido una cuestión menor para los del Niño. Los verdes estaban dispuestos a estudiar la ley para burlarla; pactar para traicionar e incorporar nuevas figuras para sacrificarlas cuando fuera necesario. En resumidas cuentas, habría que decir que el Partido Verde llegaba dispuesto a todo a la elección de 2009. Dicha contienda era contemplada, más que como nuevo experimento político, un laboratorio de ilegalidades que comenzaría desde el recinto legislativo con la campaña que los lanzaría a la infamia de la historia: el *tour* antiderechos. Después de años siendo el hermano menor de las grandes fuerzas, para la siguiente elección el PVEM invirtió tiempo, dinero y riesgo en hacerse conocido entre la gente para que esto se reflejara de manera nítida en la boleta electoral.

PENA DE MUERTE
AL QUE NO GANE VOTOS.
ATROPELLOS EN EL LEGISLATIVO

Siguiendo el círculo vicioso que conlleva la política mexicana, por lo general, el desgaste del Gobierno federal queda en evidencia a la mitad del sexenio, justo cuando las elecciones intermedias sirven de medidor de popularidad del mandatario en turno, y lo realizado hasta ese momento se somete al examen de la ciudadanía.

Así, los ánimos mediadores y supuestamente bienintencionados del PRI y del Verde con el PAN de Felipe Calderón duraron justo lo necesario para poder emprender su campaña rumbo a las elecciones de 2009. La batalla no sería sencilla, pero ambos partidos lo tenían muy claro: se habían encontrado, eran funcionales el uno al otro y estaban juntos en eso; bajo ninguna circunstancia permitirían un divorcio. Lo hacían, claro, por el «bien» de México y los mexicanos.

Fue entonces cuando, evocando algunas de las estrategias políticas más chantajistas, pero altamente efectivas en torno al mensaje sobre la inseguridad y la violencia en el país (como

las utilizadas por Arturo Montiel en el Estado de México, siendo candidato a gobernador, con el mensaje de «los derechos humanos son de los humanos, no de las *ratas*», o el caso de Ciudad Juárez, donde el PRI responsabilizó al PAN de los feminicidios), a los legisladores del PVEM se les ocurrió proponer la pena de muerte como castigo a los secuestradores.

De la noche a la mañana, el partido que supuestamente era ecologista, también, a pesar de la evidente contradicción, era punitivista y, sin decir agua va, tenía una postura radical sobre ese tema. Así comenzó una campaña desaforada para llamar la atención. Y, como todos los pasos del Partido Verde, este no era uno más sin huarache.

No se trataba de una ocurrencia: las encuestas y opiniones del momento evidenciaban que, ante la escalada de violencia en el país, una buena parte de la sociedad solicitaba más mano dura contra los responsables. El llamado populismo punitivista, que se decanta por opciones fáciles de un amplio respaldo social, pero violatorias de derechos humanos, estaba haciendo su primera aparición estelar en el México contemporáneo. Como ejemplo, lo que mencionó sonriente y enigmáticamente el senador Arturo Escobar: «Ante el peor de los delitos, el peor de los castigos. Si estamos proponiendo la pena de muerte es porque estamos a favor de la vida». En igual sentido, aseveraba el diputado Carlos Puentes,

respaldado por los discretos aplausos de sus colegas ecologistas:

La actual impunidad con que se cometen los crímenes y secuestros indica que la realidad ha superado a la ficción. En el Partido Verde defendemos la vida de los mexicanos, es por eso que hemos propuesto una sanción ejemplar que la sociedad demanda con urgencia: pena de muerte para los secuestradores y policías involucrados.

Entre los productos comunicativos del Verde, el de la pena de muerte no tuvo parangón en la historia de la comunicación política del país y pasó a los anales electorales como la propuesta más polémica hasta el momento, con los comerciales más estigmatizantes, desagradables e inolvidables. Pero su falsedad, ilegalidad e inconstitucionalidad eran directamente proporcionales a su éxito. A pesar de la improbabilidad de su materialización, los del partido del tucán consiguieron que un tema completamente fuera de lugar en una democracia como la mexicana estuviera de pronto en la agenda pública.

El Niño Verde, a la pregunta directa sobre qué tan responsable le parecía que su partido solicitara estas medidas, mencionó con el semblante serio: «Lo responsable es pedir a los ciudadanos que ellos opinen si la quieren o no» (se inician, sin saberlo, las consultas ciudadanas). El nivel de desfachatez de los verdes iba al alza, porque, no obstante que todos sabían

que su propuesta era falaz y enteramente electorera, seguían abriendo espacios para discutir el tema, erigiendo espectaculares por todas las ciudades y produciendo comerciales para difundir a las masas las ventajas de aniquilar personas condenadas por el Estado.

El estruendo fue tal que la indignación traspasó fronteras y llegó al Grupo de los Verdes del Parlamento Europeo —un conglomerado de 36 partidos políticos de diferentes naciones de Europa, cuyo principal objetivo es la conservación del medio ambiente y el respeto por la vida de los seres vivos a partir de los humanos—, quien rompió relaciones con el PVEM debido a que este se negó a abandonar su demagógica campaña. En una enérgica carta de denuncia, dicha organización declaró que no tenía otra opción que dejar de considerar al PVEM como miembro de la familia política verde, pues, en palabras de uno de sus portavoces, «no se trata de una diferencia de opiniones políticas», sino de principios básicos y mínimos que resultaba difícil traspasar por mera dignidad y congruencia.

Como lo informaron distintos diarios, los liderados por González Martínez también fueron excluidos de las reuniones de la Global Verde (una red mundial de 79 partidos ecologistas); asimismo, distintos partidos verdes europeos amenazaron con no enviar representantes a los congresos organizados por la Federación de Partidos Verdes de las

Américas (FPVA), a la que el PVEM también pertenece.

Y es que, como lo documentó en su momento el semanario *Proceso*, independientemente de que el PVEM era uno de los fundadores de dicho organismo internacional —al grado en que González Torres había dado dinero para su creación y sostenimiento—, los verdes mexicanos no tenían muy contentos a sus colegas extranjeros por derrochadores, poco ecologistas y un poquitín corruptos. En el mismo sentido, en una entrevista, la Jefa de la Oficina para México, Centroamérica y Cuba de la Fundación Heinrich Böll vinculada al Partido Verde Alemán, Silke Helfrich (q. e. p. d.), describió su propia experiencia al tratar con el séquito de Jorge Emilio González:

El PVEM despilfarra sin ninguna ética dinero de los contribuyentes mexicanos para posicionarse en la Global Verde y, sobre todo, para controlar la FPVA. Es su forma de hacer política: «yo pago para que te sientas en deuda conmigo». Y recuerdo una anécdota: la reunión de alcaldes verdes que organizó el PVEM en noviembre de 2002 en Cancún, y a la que asistieron más de 70 delegados de Latinoamérica, Europa y hasta de Taiwán. El partido alquiló durante tres días un hotel de lujo, el Sheraton Cancún, los gastos de manutención de los concurrentes corrieron por su cuenta y hasta pagó el transporte de varios delegados latinoamericanos. No solo eso: al entonces secretario general del Partido Verde Alemán lo llevaron de paseo a Chiapas, mientras que al resto de los participantes les organizaron una visita guiada a la

paradisiaca isla Contoy que incluía desayuno y comida en un crucero. Todo lo anterior a cargo del presupuesto del PVEM.

La respuesta del PVEM —no podía ser de otra forma— no solo apeló al nacionalismo más rancio de corte priista, sino que además elevó el cinismo hasta niveles insospechados al expresar que el partido «es por y para los mexicanos, lo único que nos ocupa y nos interesa es trabajar para México, y la realidad de nuestro país exige la pena de muerte para secuestradores que acaban con la alegría de nuestras familias. Estamos aquí por el voto de mexicanos y no de europeos».

Oportunismo y manipulación, no había otras palabras para describir la estrategia del PVEM. La desvergüenza les estaba resultando redituable y no pensaban detenerse, ya que, aun con la inconformidad de distintos representantes de otras bancadas, como el senador Carlos Navarrete del PRD, quien los acusó de utilizar electoralmente el debate sobre la aplicación de la pena de muerte a los secuestradores, o el diputado Juan José Rodríguez Prats del PAN que fue mucho más categórico al mencionar: «lo que más llama la atención es la interpretación del humanismo como tesis del PVEM, pues condenan el sacrificio de toros, pero están a favor del sacrificio de seres humanos», al final del día, se sabían protegidos por el PRI y respaldados por el clamor popular. Para muestra, las afirmaciones de su coordinador nacional, Manlio Fabio

Beltrones —el ahora *papisuegro* de uno de sus principales operadores—: «aun cuando en lo personal no estoy de acuerdo con la pena de muerte, es necesario llevar a cabo una discusión nacional del tema».

Al ver el nivel de atención que estaban ganando, los del PVEM decidieron amplificar y magnificar su estrategia enfocándose en evitar que el tema de la pena de muerte saliera de la agenda nacional, por lo que idearon una forma novedosa de comunicarlo al contratar a un par de actores que tuvieran buena reputación en la sociedad mexicana para que fungieran como sus voceros y principales promotores. Con esta movida, el PVEM adelantó una de sus jugadas maestras: la promoción de sus «productos», tal y como se anunciaban (y se siguen anunciando) los refrescos, shampoos y caramelos, es decir, las celebridades. Con ello, el Verde daba un paso más para acercarse al mundo del *glamour* y las estrellas, con el que pronto no solo estaría más que amarrado, sino que también le serviría como coartada para burlar la ley.

La estrategia era perfecta. Por un lado, mantenía caliente el tema y lo llevaba a espacios donde normalmente había poco o nulo interés por la política («No me interesa el tema, pero, oye, si el protagonista de la telenovela de las nueve lo está platicando...») y, por otro, permitía otra genialidad, la de darle la vuelta a la reforma electoral de 2007, que restringía y fiscalizaba de forma mucho más severa la contratación de

propaganda electoral.

Poniendo el discurso de la pena de muerte en boca de actrices y actores, los verdes entraron en el terreno de las revistas del corazón, en los programas de entretenimiento diurno y en el mercado de las amas de casa. De forma sutil, pero calculada, el Partido Verde comenzaba a concebir a la *telebancada*.

Aunque no era la primera vez que un político utilizaba a una figura del mundo del espectáculo para una campaña (basta recordar el infame *jingle* que Juan Gabriel compuso para Labastida, la participación de Angélica Rivera y Lucero en la campaña para gobernador de Enrique Peña Nieto o la del gobernador de Hidalgo, Miguel Ángel Osorio Chong, con Itatí Cantoral), la estrategia de los verdes se diferenciaba porque, en lugar de estar orientada a la promoción de un candidato o una persona en específico, buscaba la difusión de una propuesta vinculada a un partido político, o más bien, a una marca: Con el cariño de siempre... el Verde.

En tal sentido, se cuenta que, en un inicio, el enlace del PVEM con Televisa se realizó por el diputado federal Jesús Sesma, quien, casualmente, antes de dicho cargo fungía como representante de la Cámara Nacional de la Industria de la Radio y la Televisión (CIRT) —institución que representa y se encarga de operar y explotar comercialmente todas las estaciones radiofónicas y televisivas del país—, solicitando,

en un primer momento, para abanderar dicha operación, a «una mujer y un hombre entre 30 y 38 años que tengan personalidad y credibilidad», como Jacqueline Bracamontes, Galilea Montijo o Jorge Poza.

Al final, los elegidos fueron el conductor Raúl Araiza y la cantante y actriz Maite Perroni, que se encontraba en la cúspide de la fama a partir de la exitosísima telenovela juvenil *Rebelde* y el grupo musical RBD. En múltiples entrevistas, ambos personajes hablaban de cómo la ecología y la conciencia sobre el cuidado de la Tierra eran las principales razones por las que habían accedido a apoyar al Partido Verde. De hecho, Perroni mencionaba, sin que tuviera mucho que ver con la pena de muerte, que como estudió en una escuela «ecológica» y llevaba «clases de agropecuaria, tipos de semillas, de plantas», se forjó el hábito de reforestar.

Los del PVEM no escatimaron en exprimir la fama de dichos artistas y los utilizaron para prácticamente cualquier actividad que les pudiera dar visibilidad. Desde conducir un concierto para celebrar el Día Mundial del Árbol, en el que participaron los grupos Motel y Ha-Ash, tapizar las ciudades con sus rostros al lado de las principales frases que identificaban las propuestas legislativas, hasta aparecer en telenovelas con camisetas alusivas al Verde y disfrazar entrevistas de propaganda política.

Ante la sospecha de que Araiza y Perroni no permitían la

explotación de su imagen por meras convicciones ecológicas, el PAN presentó una queja contra el PVEM por contratar espacios en distintos medios «en forma encubierta y en abierto fraude a la ley». Y es que la revista de chismes *TV y Novelas* resultó bastante burda, ya que en dicha publicación de Grupo Editorial Televisa se promocionaba, como si fuera el principal contenido de su edición, una entrevista con Araiza, quien no hablaba de algo más que de la pena de muerte, bonos para aprender idiomas y computación y vales para medicamentos.

Frente a dichas acusaciones, el PVEM salió a negar la contratación de ambos actores y, mediante Jesús Sesma, su integrante, declaró:

Maite Perroni y Raúl Araiza en ningún momento han sido contratados por este instituto político para hacer promoción de la campaña electoral. También se informa que Perroni y Araiza por convicción se unieron a apoyar los temas electorales como los vales para medicina, bono educativo y pena de muerte a secuestradores y asesinos.

Sin embargo, los señalamientos fueron creciendo y cada vez se hacían más evidentes las contradicciones, ya que en una entrevista publicada en el diario *Milenio*, Araiza había admitido que no estaba de acuerdo con la pena de muerte y que sí había sido contratado para promocionar al partido, por lo que los verdes lo obligaron a dar una rueda de prensa para

apaciguar el escándalo, pero se les hizo bolas el engrudo, y el conductor terminó por reconocer que su involucramiento con el PVEM no fue por voluntad propia sino porque Televisa, su empleador, le propuso participar en dicha campaña.

Al respecto, la reportera Adriana Alatorre, quien presencié la bochornosa escena, escribió una esclarecedora crónica sobre lo sucedido:

Nervioso, en lo que dijo era la primera vez que hablaba mucho tiempo con periodistas, y porque consideró que la política es peor que «los chismes que digo en (el programa) *Hoy*», Araiza admitió no conocer al candidato del Partido Verde en su distrito ni los principios del partido que promociona en la televisión y en la telenovela *Un gancho al corazón*. Aseguró que sí estaba de acuerdo con la pena de muerte pero no supo decir cómo debería aplicarse. Según el actor, la pena capital es un tema delicado que tiene que verse con cuidado para que «no vaya a perder la vida un inocente». Luego aludió asuntos como el cuidado del agua o la reforestación, temas que el PVEM no publicita en su campaña, y que él tenía que ser congruente con lo que sus hijas quieren, como salvar a las focas «en esas ondas de Greenpeace» y otras inquietudes ambientales.

Sus propias palabras resultan delirantes y encajan a la perfección con el profesionalismo y el oportunismo del PVEM en sus campañas políticas:

Yo de entrada me estoy informando, poco a poco. No olvidemos que soy actor y que estoy grabando una telenovela que es mi prioridad. No tiene

nada que ver con que tenga ahora que sacar una lista y estudiar perfectamente las leyes, o sea de eso no tengo tiempo. Yo nunca he estado en un partido político porque no sé de política.

La credibilidad ya importaba poco —de hecho, nunca les había importado mucho—, la campaña era a todas luces positiva, de tal manera que engolosinados por el éxito que habían alcanzado con lo de la pena de muerte, los verdes fueron por más.

Inspirados en el museo de la tortura, o al menos por las prácticas más violatorias de los derechos humanos, no dudaron también en proponer la castración química para violadores y la cadena perpetua, primero en general y, más tarde —reciclando la propuesta y aprovechándose (cosa rara) del contexto de la violencia machista—, para violadores y feminicidas.

Aunque ninguna de esas iniciativas prosperó —basta decir que la pena de muerte había sido abolida oficialmente de la Constitución apenas unos años antes—, resonaron fuerte en el imaginario colectivo. De la mano, otra vez, de Raúl Araiza —quien en distintos *spots* «inocentemente» le preguntaba a la entonces diputada Gloria Lavara por qué sería pertinente la medida en cuestión—, el Verde y su asociación con un partido fuerte al que no le temblaba la mano se abría camino como el único que en verdad buscaba soluciones de fondo para un país

en un contexto de guerra. De nueva cuenta, desde el neoindigenismo hasta la mano dura, el PVEM demostraba que ellos siempre estaban en tendencia.

El PVEM destacó por apostar abiertamente y sin ambages al punitivismo y al derecho penal del enemigo, teniendo un viraje discursivo hacia la extrema derecha. El éxito de su embestida llegó al grado de realizar distintos foros de «debate» en la Cámara de Diputados (a pesar de lo expresamente dispuesto en el texto constitucional) para discutir sobre sus propuestas. El discurso antiderechos del Verde había logrado su cometido.

Más allá de la estridencia y la desfachatez, lo cierto es que, gracias a este capítulo, el Partido Verde había encontrado un nuevo socio comercial en las televisoras golpeadas económicamente por la nueva ley electoral. El pago de publicidad encubierta, travestida de entrevistas, *product placement* y menciones casuales, permitía mantener al menos un poco del negocio que había representado la limitación a la compra de publicidad electoral por parte de partidos políticos y terceros. Así lo escribió el investigador José Luis Lezama:

El caso del actor Raúl Araiza y sus anuncios comerciales a favor del PVEM sintetiza lo que es este partido, sus ideas sobre el medio ambiente, sus intereses y sus verdaderas motivaciones. Si el mencionado actor no hubiera hecho las diversas y contradictorias declaraciones que hizo a

los medios, sus anuncios pagados a favor del PVEM hubieran sido tratados como lo que simplemente son: la promoción de un producto comercial, en este caso un partido político, que se ofrece no solo al mercado electoral, sino también al del intercambio de favores y privilegios.

El *stunt* del PVEM le mereció que el entonces IFE le impusiera una multa de nueve millones de pesos por propaganda encubierta, que más tarde sería revocada por el tribunal, inaugurando con ello el juego (que continúa hoy) del gato y el ratón con los árbitros electorales. También, a partir de estos casos, las autoridades en la materia detectaron ciertas lagunas legales que han sido colmadas a través de la interpretación jurisdiccional y sucesivas reformas políticas. En ese sentido, la contribución del PVEM a la democracia ha sido la de ser el «testeador» de las leyes electorales; cualquier agujero, inconsistencia o espacio de interpretación será encontrado y utilizado en su favor.

Uno pensaría que el pudor de los verdes había alcanzado su límite, pero nada más errado, ya que ni el descubrimiento de su estrategia, que solamente abonó a la fama de simuladores y corruptos (que había comenzado a cosechar desde los videoescándalos del Niño Verde), ni las sanciones electorales amedrentaron al PVEM. Todo lo contrario, parecían haber encontrado una nueva mina de oro que expandía su estrategia

de alianzas fuera del plano (y la ley) electoral.

Si algo había revelado la elección de 2006 era el inmenso poder que tenían las televisoras en el juego electoral, pues, aunque la reforma de 2007 había implementado el modelo que buscaba fomentar el *piso parejo* entre los contendientes de una elección, no quedaba duda de que el cuarto poder tenía mucha mayor capacidad de incidencia que un partido político posicionado en una lejana cuarta fuerza. Así, poco a poco, el Verde comenzó a desplegar sus encantos con diversas personalidades y ejecutivos del mundo de la radio y la televisión, la *telebancada* estaba por hacer su estreno a nivel nacional y en horario estelar.

Una mayor reflexión aquí radica en cómo el PVEM fue acrecentando su cinismo hasta niveles nunca antes vistos en la política mexicana. Después de la condonación de la multa, descubrió que tenía buenas posibilidades de salir impune tras violar abierta y dolosamente la ley y que, incluso, en caso de obtener una sanción, las cómodas opciones de pago a través de descuentos del propio dinero público recibido por el partido bien valían el riesgo. Con este inmoral cálculo de costo y beneficio, los del Niño fueron punta de lanza en la estrategia de franca violación a la ley que hoy, tristemente, ya es costumbre en todos los partidos.

Volviendo a la elección intermedia de 2009, con el conflicto postelectoral más largo de la historia aún en marcha y con

una retahíla de éxitos en lo local, proveniente de la alianza con el PRI, el PVEM dejó fluir una vez más la relación con el tricolor y reafirmaron su unión con una nueva alianza, aunque ahora con las nuevas reglas.

Sin embargo, la curva de aprendizaje de esta elección le valió a Arturo Escobar su primero, que no último, escándalo. Casi como en un rito de pertenencia al PVEM y después de cinco años indemne, unos días antes de la elección intermedia, este personaje fue detenido en el Aeropuerto de Chiapa de Corzo con una discreta maleta Louis Vuitton que contenía la nada despreciable cantidad de un millón de pesos en efectivo. Al momento de ser interrogado sobre ese dinero, a Escobar se le fueron las *tablas* y comenzó con una serie de explicaciones sin claridad de ideas ni argumentos. Finalmente, se montó en la versión de que, aunque en efecto la maleta era de él y la venía cargando personalmente —cuestión que era muy difícil de desmentir, dado los videos de las cámaras de seguridad aeroportuarias— el dinero que contenía era del empresario Fernando Castellanos Cal y Mayor, quien, casualmente, un par de años después se convertiría en alcalde de Tuxtla Gutiérrez por —¡adivinaron!— el Partido Verde.

Escobar intentó explicar que el dinero era para pagar a los representantes de casilla, y, en ese caso, ¿por qué el dinero para hacer ese pago era de un empresario y no de las prerrogativas del partido, que prevén el pago de este tipo de

asuntos? No sabemos si en otro contexto (uno donde el enfrentamiento entre dos fuerzas políticas no se mantuviera tan encarnizado; la guerra contra las drogas no estuviera ya en boca de todos o donde los medios de comunicación estuvieran en tan franca guerra con las autoridades electorales, por mencionar solo tres apuntes) una situación de esta naturaleza le hubiera valido a Escobar un seguimiento legal o un castigo ejemplar, sin embargo, la suerte estuvo de su lado y nada pasó más allá de la nota periodística. No se presentaron denuncias por la maleta, su contenido ni su eventual destino. Una vez más, el tucán, transmutado en cisne, salía airoso de otro pantano.

De hecho, el exceso de equipaje de Escobar no pudo frenar el rotundo éxito que había tenido el *tour* antiderechos y otras ignominias en el electorado. En aquella elección —la primera en la que, si bien el PVEM no iba solo, sí sería evaluado individualmente—, el Verde triunfó. Los del Niño lograron por sí solos 2 326 016 sufragios, lo que equivale al 7% de la votación total, sin alcanzar aún el sueño del 10%, ya estaban bastante más cerca. Con ello, obtuvieron 17 escaños por representación proporcional y cuatro por mayoría relativa. Con un total de 21 diputados, el Partido Verde lograba la bancada más grande de su historia, logro que parecía repetirse en cada elección.

Jorge Emilio González estaba de pláceme a tan solo seis

años de haber heredado el partido-empresa. No solo había logrado mantener lo creado por su padre, sino que cada día aumentaba los votos y la relevancia de su organización. En ese orden de ideas, el día de la elección declaraba ufano: «Hemos demostrado que sí se puede crecer, cada día estamos más cerca del PRD y cada día nos vamos a acercar más a él para algún día [ser] la tercera fuerza».

Pero, como toda buena historia de éxito en el PVEM, esto tuvo consecuencias más graves, ya que, además de la estrategia de comunicación, la conformación de esta bancada dio paso a dos asuntos que resonarían durante muchos años en el sistema político mexicano: las *Juanitas* y la *telebancada*.

El partido de las estrellas

La relación entre el Verde y las televisoras fue un camino de ida y vuelta. Además del jugoso negocio que representó la andanada de publicidad encubierta —discreta y no tan discretamente—, los grandes estrategas (Escobar y el Niño, sobre todo) decidieron incluir dentro del intercambio las curules que eventualmente podrían ganar. A diferencia de lo que algunos argumentan (que el partido cedió sus lugares en el Congreso, y, por ende, se presume algún tipo de debilidad), el cálculo era mucho más profundo y maquiavélico.

Habría que recordar que las nuevas reglas electorales obligaban al Partido Verde a forjarse de forma permanente un

nombre y una reputación pública más allá de los escándalos por los que era conocido y que, además, pudiera tener una repercusión en todo el país. También, como ya hemos dicho, las nuevas restricciones en materia de fiscalización y comunicación política que determinaban más estrictamente la forma de gastarse y reportar recursos impedían (al menos formalmente) que el PVEM desplegara con absoluto desparpajo una campaña nacional que llegara a todos los rincones del país. Así, propusieron a las televisoras el gracioso ofrecimiento de sus curules. Estas empresas, inconformes con la nueva ley electoral, y todavía con el resquemor del fracaso de la Ley Televisa —que había sido tirada por la Suprema Corte y en la que presumiblemente las televisoras habían invertido millones de pesos en cabildeos y acercamientos con legisladores—, vieron en esa posibilidad de incidir directamente en el Legislativo la luz al final del túnel de la regulación. A cambio, el Verde no solo obtendría, de nuevo y presumiblemente, una puerta privilegiada al glamoroso mundo de la radio y la televisión mexicana, sino también el respaldo económico y moral de dos de las empresas más grandes del país.

Sin pensar en la independencia, sino más bien en el cambio de *sugar daddy*, el PVEM podía negociar con mayor holgura con sus pares políticos, ya que, en última instancia, podría contar con el respaldo de sus amigos de las telecomunicaciones para

contender, incluso, en solitario.

En la primera camada de la *telebancada*, la selección de perfiles no se orientó, tal como sucedió con la estrategia publicitaria, hacia artistas, famosos y conductores, sino a altos ejecutivos, parientes y amigos de los mandamases de las televisoras, al igual que con exdirectivos de los órganos reguladores de la radio y la televisión en México.

A la cabeza de las listas plurinominales del Verde —lo que les garantizaba la llegada directa y sin escalas a San Lázaro—, se encontraba desde un funcionario de la CIRT, pasando por dos exfuncionarios de la Comisión Federal de Telecomunicaciones (Cofetel), hasta la hija del dueño de TV Azteca. Así, las curules del PVEM en la Cámara fueron ocupadas por Ninfa Salinas (hija de Ricardo Salinas Pliego y quien, con una flamante carrera en mercadotecnia y sin ningún trabajo previo, llegó a dicho puesto), Lorena Corona Valdés (cercana a Javier Tejado Dondé, entonces asesor jurídico de Televisa), Miguel Orozco Gómez (director jurídico del CIRT) y Mariana Ivette Ezeta (exempleada de Televisa).

En su momento, Granados Chapa, al igual que otros líderes de opinión e intelectuales, denunciaron y repudiaron la medida, al considerarla una afrenta a los principios de representación y una concesión burda del poder político a los intereses económicos. El gran perdedor, como siempre, sería el país:

De tiempo atrás, el Partido Verde entró en componendas con el duopolio de la televisión. Como resultado de ellas hizo diputado a Javier Orozco Gómez (hermano de Miguel), que había sido funcionario (prosecretario del consejo directivo) de la CIRT, y preparó el proyecto conocido como Ley Televisa. Como premio a su exitosa labor, fue hecho senador, pero por una vía equívoca de aplicación frecuente en el Verde: era suplente de Irma Ortega, que pidió licencia a su cargo. Así llegaron a ser legisladores Jorge Legorreta, Jesús Sesma, Alberto Puente Salas, registrados como suplentes de mujeres que figuran solo para cumplir la equidad de género y que son desechadas después.

Ahora el Verde integró un grupo de candidatos enviados por las televisoras para servir a sus intereses. Se le conoce ya como la *telebancada*. En ella están incluidos miembros de la oficina de Javier Tejado Dondé, el brillante abogado de Televisa que es vicepresidente de la CIRT. Cada uno de ellos, como ciudadanos, tiene pleno derecho a ser postulado y a ejercer su papel como legislador según convenga a sus intereses.

La *telebancada* fue una obra que llegó para quedarse. Después de esta exitosa primera temporada, donde, como veremos, el PVEM consolidó sus estrategias mediáticas y logró que la mayoría de sus escándalos pasaran mayormente desapercibidos, el experimento se repitió, fortalecido, en 2012. Como siempre, había encontrado una manera legal, pero profundamente inmoral, de hacer uso de sus espacios de representación no para las personas de los distritos y

entidades que votaron por él, sino para los intereses corporativos de los grandes dueños de México.

Las Juanitas y el involuntario impulso a la paridad

Además de los escaños otorgados a las televisoras y sus cercanos, el PVEM aplicó una *chicanada* que, sin querer queriendo, terminó por darle visibilidad, relevancia y sentido a un tema que por ese ahora lejano 2009, comenzaba a tener empuje: la paridad entre hombres y mujeres en los cargos políticos.

A través de sucesivas reformas, lineamientos del INE y sentencias del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF), se había creado un entramado, todavía muy sencillo, que buscaba incrementar la participación política de las mujeres, especialmente en los cargos de elección popular. Como hoy sabemos de sobra, las élites de los partidos políticos estaban renuentes a abrir espacios a las mujeres para competir en cargos que —consideraban— pertenecían primero a los hombres. Con argumentos variados, como «darle el cargo a una mujer era condenarse a perder el distrito», «no había interés de las mujeres en participar», «no pueden conciliar las tareas del hogar con un cargo político», etc., los partidos intentaron de distintas formas escapar de la obligación que, en ese momento, únicamente los obligaba a postular al mismo número de

mujeres que de hombres para cargos de mayoría relativa y, para la representación proporcional, integrar las listas de tal manera que la distribución de las bancadas fuera paritaria.

Al momento de presentar sus registros e integrar sus listas, el PVEM satisfizo los requisitos formales de la cuota de género e incorporó al número necesario de mujeres para que pasaran sin problemas, pero, fiel a su estilo, tenía bajo la manga un plan maestro para burlar también esta obligación.

Las llamaron las Juanitas en alusión al famoso y patético caso de Juanito, un estafalario personaje de la vida política chilanga que contendió como candidato a delegado de Iztapalapa en lugar de Clara Brugada, a quien las autoridades electorales le habían negado el registro y la posibilidad de participar en la elección; así, Rafael Acosta, nombre real de este personaje, accedió, a solicitud del presidente «legítimo», Andrés Manuel López Obrador, a ser el prestanombres de Brugada, aparecer en la boleta y cederle su lugar en cuanto fuera electo alcalde.

De esta forma, en lo que José Woldenberg calificó apropiadamente de «jugarreta indigna», un día después de la toma de protesta de la LXI Legislatura, cuatro diputadas del PVEM renunciaron a su cargo para dejar en su lugar a sus suplentes varones. Carolina García Cañón cedió su lugar al hijo del gobernador Alfredo del Mazo, Alejandro del Mazo Maza; Mariana Ivette Ezeta Salcedo le dio su escaño a su

hermano, Carlos Alberto Ezeta Salcedo; Kattia Garza Romo declinó en favor de Guillermo Cueva Sada, su marido y, en un principio, se esperaba que Laura Elena Ledesma Romo se bajara para dar paso al hoy fallecido Maximino Alejandro Fernández Ávila, hijo del famoso empresario veracruzano Justo Fernández López, pero este, al ver el escándalo, rechazó de último minuto la suplencia.

Aunque otros diputados solicitaron licencia para darle paso a personajes de la *telebancada* (como Alejandra Lagunes y Karitina Saenz Vargas), y otras diputadas del PRI, PRD y PT hicieron lo propio, el escándalo se centró en el PVEM que había presentado la mayoría de las solicitudes y que, además, había sido muy burdo en la selección de los suplentes: hermanos, esposos y favores políticos lograron por acuerdos personales lo que probablemente no hubieran conquistado en las urnas.

El plan era jurídicamente perfecto. Al no existir ninguna previsión legal sobre el género de las suplencias, una buena parte de las candidatas contaban con un suplente hombre, por lo que, al operar la renuncia, estos podían acceder al cargo e inaplicar, *de facto*, las disposiciones de género impuestas por el INE. Más aún, algunas de estas mujeres, al ver la animadversión y rechazo que estaban provocando, optaron por permitir que corrieran las disposiciones del reglamento interno de la Cámara y simplemente dejaron de asistir para que sus suplencias corrieran de forma automática. Una vez

más, el PVEM había logrado salirse con la suya.

La laguna jurídica permitió que las Juanitas no solo hicieran sus cambios, sino que, además, fueran replicadas meses después por más diputadas que, en diciembre, abandonaron sus cargos para cederlos a otros hombres. El IFE, cuyas atribuciones no alcanzaban para frenar el atropello, únicamente pudo condenar los hechos y señalar el profundo daño que hacían estas mujeres a la lucha por la equidad de género.

Sin embargo, el cinismo de la maniobra evidenció con toda claridad un boquete de fácil reparación y así, sin quererlo, el PVEM, un pionero revisor de las experiencias de usuario de la ley electoral, logró que, en muy poco tiempo, se emitiera una reglamentación que estipulaba, con toda claridad, que las suplencias de un género debían ser de ese mismo género para evitar en el futuro a más Juanitas.

Aun así, las mañas bien imbricadas regresaron y, en 2018, casi una década después de estos casos, en Chiapas, gobernado por Manuel Velasco, hubo una intentona para obligar a más de cincuenta mujeres a renunciar a sus cargos públicos para cederle el lugar a hombres. En este caso, el respaldo legal, construido gracias a los mencionados antecedentes, permitió que el INE atrajera el caso e impidiera que estas mujeres, a las que denominaron Manuelitas (aludiendo al gobernante), cedieran sus cargos, pero eso sí,

no perdieron nada con intentarlo.

El Verde siendo el Verde.

AÑOS (SUPUESTAMENTE) CALMOS

Después de la tormenta siempre viene la calma. Tras años convulsos y llenos de escándalos, multas, contradicciones y un sinfín de arriesgadas apuestas, los ecologistas finalmente tomaron un respiro y, por un momento, dejaron de poner en peligro su capital político. No había duda: lo mejor para el Partido Verde estaba por llegar. Los tucanes de Jorge Emilio González Martínez volaban libremente a sus anchas y, tras cruzar varios pantanos como cisnes, salían airoso e inmaculados del circo de la política mexicana. En ese sentido, para que el futuro se tornara esperanzador y el horizonte electoral promisorio, no era necesario idear otra novedosa y estrafalaria estrategia de comunicación electoral ni mucho menos convocar a otro personaje que engrosara las filas de la organización o idear otra iniciativa de corte fascistoide, simple y sencillamente los verdes tenían que limitarse a no llamar la atención en los próximos meses, ser discretos y mustios para tratar de conservar la buena fama que habían conseguido hasta la elección presidencial de 2012. De tal manera, sus líderes no se cansaban de exclamar que ahora sí

serían un grupo autónomo en el Parlamento, que su única agenda sería la medioambiental y que, por ende, «podrían coincidir algunas veces con el PRI o en otras con el PAN» porque, al final del día, lo único que buscaban era velar por el bien del país.

Por lo anterior, los ecologistas se empeñaron en dejar atrás desvergüenzas como el *affaire* con las Juanitas o la *telebancada* que, incluso, el diputado Juan José Guerra Abud tuvo el descaro de minimizar diciendo que si algunos de sus colegas en la Cámara han tenido experiencia en los medios se debía a «una agradable coincidencia».

«Ya lo pasado, pasado», diría la popular canción de José José. Nadando de muertito y haciendo oídos sordos, en espera de que con el tiempo se olvidaran las trampas y chanchullos, la nueva maniobra del PVEM se orientaba a presentarse como una alternativa en el futuro, pero sin garantías en el presente. Quedaba claro que los ecologistas no tenían mucho que perder en el corto plazo, más bien su porvenir dependía de mantener su exitosa alianza electoral con los tricolores. Sin embargo, como ambos partidos habían resultado mutuamente favorecidos, un poco daba igual qué discurso enarbolaran, cuántas multas se les impondrían o cuántas promesas incumplirían. Una de las mayores lecciones del proceso federal de 2009 había sido entender que entre más burda era la mentira, mayor resultaba la influencia en el electorado. En

consecuencia, a nadie le importó que algunas de las principales ofertas de campaña del PVEM (como la de pena de muerte a secuestradores y la entrega de bonos educativos para estudiar inglés y computación), antes que ser propiamente políticas públicas viables con sustento legal, eran ocurrencias que ya se habían presentado en la Cámara de Diputados, pero sin posibilidad alguna de éxito, es decir, se trataba de iniciativas basura asiduamente recicladas de cara a las elecciones.

La inauguración de la política como espectáculo y un incipiente discurso populista que permeaba toda su estrategia electoral serían dos de las principales herramientas que, desde ese momento, modularía el Partido Verde, dependiendo del calendario político: sería estridente y extravagante durante los años previos a las elecciones federales, y prudente y cauteloso antes de ellas.

El Dr. Jekyll y Mr. Hyde son unos *amateurs* al lado de los del PVEM. Cansados de ser los «malos» de la democracia durante meses, los verdes volvían a jugar la carta de estadistas. Su capacidad de camuflaje era digna de un camaleón. Y es que el resurgimiento del PRI exigía un retorno a la disciplina partidista y la visión de Estado. No eran tiempos de improvisaciones. La responsabilidad que tenían al ser aliados de la primera fuerza en San Lázaro —de esa que gobernaba 19 estados de la República, 1 155 municipios (entre ellos, 21

capitales estatales) y que contaba con mayoría en 21 congresos estatales—, en definitiva, implicaba dejar de comportarse como un partido más de *la Chiquillada*, evitar escándalos y, principalmente, hacer todo lo que estuviera de su lado para volver al lecho matrimonial de Los Pinos, aunque fuera de la mano de su segundo cónyuge. Además, no había mucho margen para la negociación ni tanto que pensar; mientras no hubiera algún escándalo de grandes magnitudes, los tricolores estarían felices de volver a unirse (si hubiera sido por ellos, para toda la vida) con los verdes en las elecciones estatales de 2010, pues era claro que seguirían ampliando la base de votantes con miras al 2012.

Por lo anterior, la dirigencia nacional del PVEM lo dijo abiertamente y sin pudor: en aquellos momentos ya no importaban (y ¿cuándo había importado realmente?) el cuidado del medio ambiente ni las contradicciones y traiciones ideológicas, lo único que interesaba era la posibilidad de tener cargos relevantes en el Gobierno a partir de las probabilidades reales que tenía el PRI para seguir ganando elecciones en el país. Así, en una entrevista al periódico *Reforma*, el secretario de Acción Electoral del PVEM, Arturo Escobar, reconocía que la única condición que ponían a sus eventuales aliados era que «se garanticen las carteras relacionadas con el medio ambiente para militantes de esa fuerza política [...]. Que el Verde pueda nombrar todas las

carteras ambientales, donde gobierne la coalición, en los estados y municipios, que tengamos la cartera de las direcciones y secretarías ambientales, pero con todos sus cargos. Es mero pragmatismo».

Pragmatismo que rayaba en el cinismo, pues mientras les generara réditos económicos al por mayor, estarían dispuestos a tragar cualquier sapo. De ahí que el Verde haya guardado un silencio cómplice cuando el PRI fichó a personajes como César y Javier Duarte para abanderar su alianza en las elecciones venideras. El Niño Verde sabía que su silencio era caro, por lo que vislumbró el siguiente proceso electoral como una valiosa oportunidad para contar finalmente con una estructura política nacional y reafirmar, por sobre todas las cosas, la alianza con los tricolores.

Y más que el mero triunfo en 14 entidades del país, lo que se jugaba el PVEM era la posibilidad de tener el trampolín para saltar en dos años hacia la presidencia de la mano del PRI, y —¿por qué no?— la de ir planchando el terreno para conseguir por primera vez en su historia una gubernatura para ellos solos, «concretamente, Chiapas —diría González Martínez— donde tenemos un proyecto con Manuel Velasco para competir por la gubernatura en 2012. Para nosotros, Chiapas es la elección más importante».

El presente era poca cosa para los del tucán, su objetivo estaba en el futuro. La ambición por el poder era tal que las

elecciones del 2010 servirían para conseguir un fin mayor. Por tanto, más les valía no cometer errores y desplegar a la perfección el arte del bajo perfil. A manera de ninjas de la democracia, metían reversa a su estrategia de llamar la atención por el solo hecho de llamarla y se limitaban a cumplir más bien el rol de espectadores en vez del de protagonistas.

Ya habría tiempo para las portadas de *TV Noticias* y *TV y Novelas*, la farándula no se acabaría en un año. De ahí que ni la gripe H1N1 los hizo alebrestarse y propusieron, desde el Legislativo, acciones caritativas y muy en sintonía con la solidaridad que exigían aquellos tiempos. Incluso, ante el asesinato por parte de un comando armado de su candidato en alianza con el PRI para la gubernatura de Tamaulipas, Rodolfo Torre Cantú, los verdes fueron los primeros en cerrar filas con el llamado que realizó el presidente Felipe Calderón a todas las fuerzas políticas para salir en defensa de las instituciones frente al entorno de violencia que se estaba viviendo. De hecho, al mostrar su preocupación por la estrategia implementada en contra del narcotráfico, el Niño Verde y Pablo Escudero se reunieron con el entonces secretario de Gobernación, Francisco Blake Mora, en aras de proponer la creación de un grupo plural de legisladores para realizar, junto con el Ejecutivo federal, una evaluación sobre el estado que guardaba la lucha contra la delincuencia

organizada. Lo que sucedía con el PVEM era realmente sorprendente; el Verde ya no era el mismo, había degradado su tonalidad característica en la política.

En esta breve pero intensa faceta de prudencia, disciplina, e incluso sensatez, todo iba de maravilla hasta que, claramente, obtuvieron lo que anhelaban, que nunca había sido algo más que el poder mismo. En el momento en que el PRI mantuvo su racha ganadora, logrando retener el control en Chihuahua, Durango, Hidalgo, Quintana Roo, Tamaulipas y Veracruz, y arrebatarle al PAN las gubernaturas de Aguascalientes y Tlaxcala, y al PRD la de Zacatecas, era obvio que los verdes volverían a ser los de siempre, porque esa linda concesión que le otorgaron a la democracia mexicana era una quimera que llevaba detrás una estrategia trazada desde hacía tiempo.

Esos triunfos no eran algo menor, pues con el nuevo impulso electoral adquirido gracias a las entidades arrebatadas a sus adversarios, el PRI se presentaba con nuevos bríos para catapultarse como la primera fuerza política del país y, sobre todo, se declaraba listo para echar a andar toda su maquinaria y emprender el regreso a la presidencia. En este nuevo escenario, el Verde no tardó en recobrar su ímpetu estrafalario y fascistoide y regresó a las andadas buscando llamar la atención con temas tan polémicos como populistas que le asegurarían titulares y reflectores (pero que difícilmente se convertirían en ley o impactarían en la

realidad). El partido del tucán recuperaba su identidad.

Así, en el contexto de una resolución de la Suprema Corte, los del PVEM emprendieron una campaña en contra de que las parejas del mismo sexo pudieran adoptar y rápidamente se encargaron de presentar una iniciativa de ley para evitar que este derecho se ejerciera. En conferencia de prensa, González Martínez reaparecía diciendo: «mientras no exista un estudio psicoemocional serio [¿?], lo ideal es que las adopciones las haga un hombre o una mujer en lo individual o una pareja formada por hombre y mujer, porque no existe certidumbre de que los menores crezcan en un ambiente sano».

También, adelantándose a lo que después haría el PAN, continuaría el PRI y coronaría Morena respecto a la militarización de muchos aspectos de la vida pública en el país, en otra de sus disparatadas ocurrencias, los del Verde propusieron que el ejército fuera quien administrara, dirigiera y supervisara el sistema de readaptación social. Según su lógica, en el momento en que la Sedena se hiciera cargo de los penales federales, los sentenciados por fin vivirían bajo un régimen de orden y verdadera disciplina que les haría sentir esa mano dura que los ecologistas tanto habían presumido en campaña. Y ya entrados en gastos, les pareció igualmente sensato reclamar su derecho a presidir la mesa directiva en la Cámara de Diputados, por lo que, a cuenta de nada, decidieron pelearse con el PRD que también aspiraba a encabezarla. Un

Niño Verde más envalentonado que nunca volvía a sus habituales rabietas y berrinches, acusando a los perredistas no solo de soberbios, sino también de ser corresponsables, junto con el PAN, de la violencia que vivía el país: «Mucho han contribuido a la anarquía e inseguridad en México. Ya estuvo bueno, sean realistas y vean los números de la elección [...]. El PRD está en franca decadencia, nuestra votación fue muy cercana a ellos y, en estricto derecho de justicia, nosotros deberíamos de presidir».

Claramente el Verde ya se visualizaba siendo cotitular del poder ejecutivo en 2012, había entendido a la perfección que los ataques a cualquier partido político que no fuera el PRI le serían redituables dentro de un par de años. Mientras este partido pudiera hacer el trabajo sucio y captar la mayor atención posible, los tricolores se enfocarían en erigirse como la opción institucional más seria frente al desastre que estaban causando el Gobierno y sus aliados. Así, la cordialidad y civilidad del PVEM también terminó para con el PAN, pues pasados los fervorosos ánimos nacionalistas y el espíritu de unidad que tradicionalmente rodean las festividades patrias septembrinas, los verdes encontraron cuestionables los dispendios ocasionados por los festejos del bicentenario de la Independencia, y en plena *cruda* criticaron la poca transparencia del Gobierno en la utilización de los recursos. Al respecto, el diputado Alejandro Carabias dijo: «seremos

testigos de festejos que quedarán marcados por el derroche, las irregularidades administrativas y la opacidad».

Ley Simi

El ejemplo más claro de que el Verde había vuelto a la normalidad fue cuando se armó de valor y presentó, en octubre de 2010, una iniciativa que modificaba la Ley del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), con el objetivo de dar vales de medicinas canjeables en farmacias privadas cuando las instituciones públicas del sector salud no las tuvieran disponibles, propuesta que, dicho sea de paso, hoy tendría muchas posibilidades no solo de prosperar, sino de verse como una medida positiva. El populismo ecologista atacaba de nuevo y esta vez de manera muy sugerente al hacer realidad una de sus afamadas promesas de campaña que había sido parte de su plataforma electoral desde 2006, pues, aunque resultaba imposible negar que existía un serio problema de abasto de medicamentos que tenía en vilo el derecho a la salud de los mexicanos, quienes impulsaban esta reforma pretendían de manera chantajista ignorar los temas presupuestales a largo plazo.

Si se analizaba con cuidado, este proyecto, antes que ayudar a quienes necesitaban medicamentos en el corto plazo, se descubría como una forma burda de beneficiar económicamente a las empresas particulares y debilitar al

IMSS, pues al adquirir dichos medicamentos en una farmacia particular, su precio sería más elevado respecto al costo en que lo conseguía el Estado y, por ende, dicha propuesta, tarde o temprano, sería inviable.

En el fondo, se pretendía una especie de privatización de la obligación gubernamental de proveer seguridad social a los ciudadanos. Bien lo escribía Alejandro Encinas, en aquel entonces opositor perredista, en una editorial de *El Universal*: «el Estado debería asumir su responsabilidad para garantizar la seguridad social de los mexicanos, en lugar de continuar debilitando y desmantelando las instituciones públicas». Sin embargo, las intenciones de González Martínez no paraban ahí, ya que su principal interés radicaba en hacer negocio y obtener un beneficio de esa enorme carencia de insumos en el país; no hay que olvidar que uno de los principales líderes del sector salud en México era el mismísimo hermano del fundador del Partido Verde, es decir, su tío Víctor González Torres, mejor conocido como el doctor Simi.

Antes de que Farmacias Similares de González Torres se convirtiera en el imperio que hoy es —pasó de tener tan solo dos consultorios en 1998 a más de 7 600 sucursales en 2022—, de que sus botargas fueran una referencia cultural en el país y sus muñequitos de peluche se lanzaran al escenario en conciertos de celebridades como Rosalía y Dua Lipa, esta empresa se abrió camino a la mala, por medio —como

señalamos al principio de esta obra— de un argumento tan efectivo como chantajista: aprovecharse de la profunda desigualdad y la ausencia del Estado ante las necesidades básicas en México.

Lo anterior se expresa en un artículo académico escrito por Marco Leyva y Santiago Pichardo:

Si bien es cierto que gran parte de la población mexicana es atendida por algún servicio público de salud, también lo es que la situación económica del país afecta mayormente a la población que está fuera del sistema seguridad social, lo cual hace que parte de sus ingresos se destinen a la compra de fármacos. En ese contexto, los medicamentos genéricos se vuelven una opción alternativa a los medicamentos de patente.

La estrategia verde rendía frutos, ya que, en vez de fortalecer presupuestalmente al IMSS en el largo plazo para evitar problemas de desabasto, la solución propuesta resultaba altamente popular y, de paso, las arcas familiares se verían beneficiadas. Por eso, a nadie sorprendió que la historia legislativa de dicha propuesta en la Cámara de Diputados hubiera acabado como todas las historias en este país, donde la política se mezcla con el negocio, pues, a pesar de la toma de la tribuna por parte del PRD y el PT, a pesar de las mantas y pancartas con las leyendas: «No a la ley Simi», «No a la Ley Manlio y su pelele Pablo Escudero» expuestas al frente del

salón de plenos, y a pesar de los argumentos en favor del Estado y de la crisis que implicaba tal decisión en el futuro, el dictamen fue aprobado con el beneplácito del PRI, lo que la perredista Leticia Quezada aseguró era el pago político por las alianzas con el Partido Verde.

Por mucho que se haya obtenido este primer triunfo, en la Cámara de Senadores el proyecto fue frenado al no alcanzar el consenso, debido a que representantes del propio Revolucionario Institucional se opusieron aduciendo que darle el aval a dicha propuesta sería como otorgarle un cheque en blanco a los González, cuyo negocio de por sí ya iba viento en popa gracias a las malas condiciones del sistema de salud pública fomentadas por el mismo Gobierno. Sin embargo, la demostración de músculo ya había ocurrido, el PVEM sería un factor por considerar en los comicios de 2012. El partido había dejado de ser una inofensiva propuesta política para convertirse en una preocupación que, en definitiva, habría podido cambiar por completo el tablero electoral. La capacidad del Verde para violar la ley era tan creativa y prodigiosa que incluso sus estrategias para aprovecharse de ella resultaban demasiado para los niveles a los que nos tenía acostumbrados nuestra partidocracia. Los del Tucán reinventaban la trampa cada elección sin ningún miedo al éxito. Su departamento legal seguramente trabajaba mano a mano y sin interrupción con los creativos para idear

novedosas alternativas que consiguieran más votos.

Por eso había que atajarlos de alguna u otra manera. Todos sabían que al Partido Verde Ecologista no le gustaba jugar con las reglas del juego democrático. Había que esperar lo peor y, pensando en ese escenario precisamente, el presidente Felipe Calderón propuso eliminar en los medios electrónicos de información las formas «subrepticias» de compra de tiempo para impedir la publicidad disfrazada. Aunque se tornaba difícil por los tiempos, el Ejecutivo estaba por relanzar una reforma política de cara a la próxima elección federal. Pero, claramente, modificar las reglas electorales no sería prioridad para el PRI, a sabiendas de que se encontraba en una excelente posición para regresar a Los Pinos. Por el contrario, los tricolores tenían que afianzar su alianza con el Verde para solventar, primero, la elección a gobernador del Estado de México, en julio de 2011, donde se libraría la gran batalla comicial del año y que representaría para Enrique Peña Nieto un primer examen en sus aspiraciones a contender por la Presidencia de la República y, así, mandar el mensaje de que la ciudadanía de su entidad aprobaba su mandato al votar por la continuidad del priismo. Por eso, el Comité Directivo Estatal del PRI en el Edomex no dudó en aprobar rápidamente la alianza con los verdes para dicha elección. El entonces líder del partido en la entidad, Luis Videgaray, explicaba la importancia de la nueva coalición que respaldaba a Eruviel

Ávila y la cual tenía como meta alcanzar 3 500 000 votos para apuntalar la candidatura presidencial de Peña Nieto a través de la imagen de un gobernador exitoso y con un partido muy bien posicionado.

Triunfo en julio

El que sería canciller en 2017, quien llegaría a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) a «aprender», en absoluto se equivocaba, pues el PRI no solo ganó, sino que arrasó en el Estado de México, Coahuila y Nayarit, declarándose, de una vez por todas, listo para refrendar todos esos votos el siguiente año. «Conforme a las cifras que tenemos de participación en esta elección, les puedo adelantar, sin lugar a dudas, que Eruviel Ávila será el gobernador con más votos obtenidos en la historia del Estado de México», dijo Videgaray sonriente, como quien sabía que dichas cifras los colocaban en una posición inmejorable para alcanzar sus objetivos.

En ese ánimo festivo, el dirigente nacional del tricolor, Humberto Moreira, refrendaba el valor de las coaliciones con el PVEM y Nueva Alianza y adelantaba que, desde ese mismo día, se concentrarían en la elección de 2012 para obtener el mejor resultado. Por su parte, Miguel Ángel Osorio Chong presumía: «Estos triunfos nos ayudan muchísimo, acercan a un PRI que viene ganando en los últimos años y que va en la ruta hacia esa victoria del 2012», mientras que el secretario de

organización de la dirigencia, Ricardo Aguilar, consideró que estaban ante una nueva oportunidad que la gente le otorgaba al partido.

El resultado de las elecciones colocaría al PRI y al Verde Ecologista cada vez más cerca de Los Pinos, pero este último tendría que abrirse camino entre el tsunami rojo que parecía bastar para desbancar al PAN después de 12 años en el Ejecutivo. Así que la solución fue relativamente fácil para que los tricolores no olvidaran a sus aliados incondicionales. En septiembre de 2011, cuando los tiempos y las formas no eran las que correspondían al calendario electoral (de hecho, las precampañas aún no comenzaban ni se había firmado el convenio de coalición), de buenas a primeras y sin decir agua va, el Niño Verde se declaró fan de Peña Nieto y afirmó que era la mejor opción para México rumbo al 2012: «Fue un gran gobernador, tiene mucho que darle a México. Yo creo que es lo que necesitamos los mexicanos, un joven emprendedor con capacidad de liderazgo y que ha demostrado dar buenos resultados».

Viendo que solo de él dependía la decisión de su partido de respaldar al candidato priista —pues borró completamente la voluntad de los consejeros nacionales—, sus declaraciones se revelaban como una *chicanada* al más puro estilo pevemista para ponerles un jestense quietos! a los tricolores y recordarles la importancia de su compañía en la próxima

elección. Así, el PVEM se había adelantado a todos, incluso al mismísimo PRI y a las autoridades electorales, incomodando a propios y extraños; acto seguido, a Peña Nieto no le quedó más que ruborizarse y decir: «es una expresión de simpatía y de respaldo; estas muestras de respaldo y apoyo no se pueden inhibir y menos limitar y se están dando en varias partes. Pero he decidido actuar con total y absoluto respeto con los tiempos que mi partido defina y también con los tiempos electorales».

Por ello, los verdes tuvieron que recular con un comunicado de prensa para precisar el impaciente y entusiasta pronunciamiento de su líder.

Peña Nieto era el candidato presidencial del PVEM. Podía decirse que al Grupo Atlacomulco también se le veía más cómodo al lado de un grupo de *juniors* que sabían vivir la vida antes que depender de un grupo de señores cuya formación más bien invitaba a reivindicar un pasado glorioso. De ahí que el Niño no se cansara de tirar flores y halagos a su mirrey favorito. «Nuestro Presidente será Peña —decía—, porque representa las nuevas generaciones que necesitan oportunidades de trabajo en este país». Se trataba de una vía para la exquisitez, la corrupción y la frivolidad desde el Ejecutivo. Ese era el momento que los verdes habían esperado toda su vida; era la oportunidad de oro para convertirse en el primer partido político en alcanzar la Presidencia de la

República con dos diferentes aliados en tan solo dos sexenios y sin esforzarse mucho. Su trabajo rendía finalmente frutos.

En ese tenor, a Jorge Emilio González le pareció sensato, después de diez años, dejar el cargo de presidente del PVEM para ir pavimentando de mejor manera el camino por el que iría junto con Peña Nieto rumbo a las elecciones de 2012. Esto no significaba dejar definitivamente el poder ni un intento de democratizar su organismo político; la solución que encontró fue la desaparición de dicho cargo para transitar a un modelo de órgano colegiado denominado Consejo Político Nacional, que se integraría por treinta personas que desempeñarían las tareas de la presidencia y quienes, durante los próximos días, elegirían a un vocero, a un secretario ejecutivo y a uno técnico. Lo anterior tenía un mensaje claro: la presidencia del PVEM no podía estar en manos de nadie que no llevara el apellido González; más valía desaparecer el puesto antes que soltar las riendas del partido. Por veinte años el Verde había estado bajo el control de padre e hijo; su patrimonialismo y cacicazgo eran obscenos. Una vez tomada la decisión, en un lujoso hotel de la capital, a puerta cerrada, el Niño Verde se despedía diciendo: «Para mí es un orgullo dejar un partido consolidado, que tuvo más de dos millones de votos en la elección federal, con siete senadores, 23 diputados federales y haciendo un buen trabajo en las Cámaras. Dejo la presidencia del partido con mucho cariño».

¡Cómo no iba a tenerle cariño a un puesto que utilizó para favorecer a empresarios, amigos, familiares y compañeros de escuela con el único afán de solventar cualquier compromiso político! De cualquier manera, tanto era el amor al poder que González Martínez seguiría como «miembro honorario» del nuevo consejo.

Después de su renuncia, el Niño podía darse un respiro y tiempo para pensar bien qué puesto ocuparía en la próxima administración. Aunque los meses siguientes no resultaban sencillos, todo estaba dispuesto para que continuara la lógica de la mesura y el recato y, con ello, evitar cualquier tipo de escándalo que descarrilara sus ambiciones políticas y la estrategia del PRI para mantener su alianza y reconquistar el poder. Sin embargo, como era su costumbre, no se aguantó las ganas y, una vez más, se convirtió en el hombre del momento, pero esta vez no por cualquier escándalo de corrupción o nepotismo a los que ya tenía habituado a México, sino por un hecho macabro: una lúgubre historia con tintes de *thriller* político en la que una mujer de nacionalidad búlgara muere.

El caso Chankova

A inicios de noviembre de 2011, diversos diarios de circulación nacional publicaron en sus primeras planas que la Procuraduría de Quintana Roo investigaba el suicidio de una

joven de 25 años identificada como Galina Chankova Chaneva, quien habría perdido la vida al caer de la terraza de un departamento en el piso 19 de un edificio en Cancún durante una fiesta en la madrugada del sábado 2 de abril. En un país donde se normaliza la violencia estructural y muchos asesinatos pasan por accidentes, tristemente este tipo de notas no obtienen la atención que merecen (acaso, muchas veces, tales noticias son cubiertas por algunos periódicos de corte sensacionalista o tabloides); fue por estas circunstancias que se dio el desfase temporal entre el conocimiento de la muerte de la involucrada, en abril, y la magnitud que adquirió a nivel nacional e internacional durante el mes de noviembre. También, cabe mencionar que justo en esos días las primeras planas fueron dedicadas a la toma de posesión del nuevo gobernador Roberto Borge Angulo, por lo cual, la muerte de Galina se limitó a diminutas notas de los interiores de rotativos locales.

El lugar en el ocurrió el hecho fue en el complejo de departamentos Emerald, un exclusivo espacio de la zona hotelera de Cancún sobre el bulevar Kukulkán, con más de 2 000 m² de playa privada, vistas espectaculares al mar y a la laguna Nichupté, elevador con acceso directo a las habitaciones, *spa*, gimnasio, alberca, bar, canchas de tenis y juegos infantiles, cuyo costo —según distintas estimaciones— oscilaba entre 1.5 y tres millones de dólares, lo que lo

convertía en un lugar privilegiado donde no se acostumbraba este tipo de escándalos.

El entonces exlíder del partido ecologista entró en escena al saberse que el lugar donde había ocurrido la tragedia presuntamente era de su propiedad, ya que *Reforma* había publicado que, en 2009, había adquirido dos departamentos del edificio en cuestión (el B-19 y el C-19) y que, además, diversos testigos habrían confirmado que él se encontraba en dicha fiesta. El Niño Verde trató de desmentir de inmediato tanto la propiedad que se le adjudicaba como su presencia en el lugar de los hechos, diciendo que en el departamento «vivían algunos familiares» y que, en efecto, la noche de la muerte de Galina estuvo en Cancún, pero no allí, sino en un restaurante y en un antro, y que al llegar a su departamento durmió con su novia: «Me despertaron por teléfono. Un amigo me dijo: “oye, tu novia se cayó de un edificio”. Y yo dije: “No manches. A menos que sea sonámbula”. Salí a ver su cuarto y la vi dormida». Días después, insistiría: «Lo juro por la memoria de mis abuelos: jamás he hecho una fiesta ahí, no tengo ni una propiedad en el Emerald. Ninguna».

Sin embargo, conforme pasaron los días, la presión aumentaba y la información llegaba por distintos frentes. Lydia Cacho, quien entonces dirigía en dicha entidad un centro de atención a la mujer, se interesó por verificar si lo ocurrido no era un caso más de trata, y en entrevista

radiofónica con la periodista Carmen Aristegui, afirmó: «El Niño Verde estaba en esa fiesta, había dos jovencitas que son hijas de hoteleros cancenenses que son con las que hablé... estuvieron en la fiesta, me contaron de las fiestas que hacía Jorge Emilio. Por supuesto que es propietario de estos condominios, él no sería ni el primero ni el último político que inventa los prestanombres para poder librarse de algún asunto fiscal o de otra naturaleza».

Posteriormente, la periodista revelaría que:

desde el 2 de abril, un grupo de reporteros de Cancún llegaron a la escena donde había muerto Galina y hubo seis personas de la procuraduría que acordonaron la zona; uno de los reporteros me dijo que Jorge Emilio González le había llamado al gobernador para que no se hiciera público que él estaba en el lugar donde sucedió la muerte de Chankova. [...] Los medios de Quintana Roo están controlados, como muchos medios de la República mexicana, por el Gobernador, en una suerte de acto de corrupción en la que el gobernador paga a los medios una cierta cantidad y decide qué se publica, así que al principio se publicó todo lo de Galina, pero se fue difuminando hasta que desapareció el nombre de Jorge Emilio.

Y terminaría diciendo que:

la sociedad conoce perfectamente las fiestas que organiza Jorge Emilio acá en Cancún, que son de antología, es como el rey del Daddy O, y siempre organiza estas pachangas en las que está rodeado de chavitas y

trae a todos sus colegas del Partido Verde. Eso por supuesto no es ningún delito, pero sí hay toda una documentación histórica de la manera en que se conduce aquí en Quintana Roo el líder del Partido Verde.

Si bien, era por todos conocido el *mirreyismo* de Jorge Emilio González, este asunto iba más allá y se tornaba oscuro, porque la controvertida fiesta ponía al descubierto una red de corrupción y complicidad entre la forma de hacer política del PVEM y el Gobierno de Quintana Roo. De ahí que, aunque resultaba poco probable que el Niño Verde hubiera sido el responsable directo de la muerte de la joven, claramente era sospechoso de responsabilidad al intentar ocultar hechos y manipular versiones.

La indignación era total en la clase política; solo el PRI, por obvias razones, guardaba cierta prudencia estratégica, y algunos correligionarios aventuraban declaraciones que iban desde pedir que se dejara que la Procuraduría hiciera el trabajo que le correspondía, pasando por frases como: «antes de realizar juicios sumarios, se debe esperar a que culminen las investigaciones», hasta las palabras de Manlio Fabio Beltrones: «habría que evitar linchamientos y confusiones». Sin embargo, fuera del binomio de la alianza, la condena era unánime. Julio César Lara Martínez, expresidente estatal del PRD en Quintana Roo, expresaría: «esto es un caso más de la

oscura trayectoria del Niño Verde»; Jesús Zambrano, en su calidad de líder nacional de ese partido, afirmó: «Jorge Emilio González es parte de esa clase política podrida, que cada vez que se mueve un poquito sale materia escatológica que no pueden presumir. Estoy hablando de alguien que no es cosa menor en el Partido Verde, y entonces quiere decir que, con la mano en la cintura se hacen de propiedades aquí, allá, acullá y hasta sospechosos de ser cómplices de un homicidio».

Y mientras Santiago Creel del PAN reprobaba que líderes de PVEM tuvieran un patrimonio de tales dimensiones, Andrés Manuel López Obrador pedía que se investigara a fondo la muerte de la joven búlgara.

Para aclarar, en la medida de lo posible, lo sucedido, vale la pena reconstruir los hechos a partir, preponderantemente, del testimonio que rindió Mario Pidev Ralista —amigo búlgaro del Niño Verde— ante el subprocurador de la Zona Norte, Ludwig Alejandro Vivas Arjona, y la representante de la Fiscalía Especializada en Delitos Sexuales, Ingrid Alejandrina Flores Arjona; así como del reportaje firmado por Enrique Huerta, publicado años después del fallecimiento de Galina Chankova, en la revista local *Luces del Siglo*, que se basa en múltiples informes de la propia Procuraduría General de Justicia de Quintana Roo.

Todo se remonta al viernes 1 de abril de 2011, cuando una mujer originaria de Karnobat, de 1.80 m de estatura, 60 k, tez

blanca y cabello teñido de un tono oscuro, arribaba al aeropuerto de Cancún, procedente de Ámsterdam. Con tan solo unas horas de haber llegado a México, Galina Chankova y Gergana (otra mujer de la misma nacionalidad) fueron contratadas por una agencia de modelos para que la noche del sábado 2 trabajaran en una fiesta organizada por Jorge Emilio González Martínez. Mario Pidev, encargado de contratar a las modelos para el evento en cuestión, declaró:

Ella llegó muy tranquila a México; de hecho, fuimos de compras, la llevé a Liverpool a comprarse ropa porque solo traía una pequeña maleta y no solo no era suficiente, sino que no era adecuada para su nuevo trabajo; ella no hablaba mucho y su amiga era la que tomaba las decisiones, ya que, para comunicarse, era muy mala, pero yo, la verdad, solo la noté muy rara, no sé si venía drogada o algo así. Sin embargo, le dije que descansara un poco y se arreglara, ya que íbamos a atender a la persona que me presta el departamento, que es donde pernocto, que se llama Jorge Emilio y que se dedica a la política junto a su familia y que son personas importantes en ese ámbito. La muchacha hizo lo que se le ordenó y se fue a descansar.

Al día siguiente, según Pidev, todo estaba dispuesto para la diversión:

Yo llegué al departamento después de las seis de la tarde, pues tenía que organizar la fiesta para mi amigo Jorge Emilio que llegaba de la capital de México en compañía de otras personas, ya que venía con su novia y

otros amigos y quería que le llevara edecanes guapas de origen europeo, pues decía que [eran] mucho mejor.

Cuando arribé al departamento, ya había varias chicas de diferentes nacionalidades, por lo que la reunión resultó muy amena, y a eso de las ocho de la noche comenzaron a llegar los invitados; para esa hora, Jorge Emilio ya estaba con nosotros, pues nos dijo que posiblemente su novia no llegaría y se había quedado a dormir en otro de sus departamentos que tiene en el mismo edificio.

Parafraseando lo dicho por la periodista Lydia Cacho, el mayor problema no era necesariamente que el amigo de un reconocido político hubiera contratado acompañantes, prostitutas y edecanes para una fiesta ni que, por azares del destino, ocurriera un suicidio en ella, sino que, minutos antes de «saltar» desde el balcón, Chankova haya sido agredida. Este hecho no era menor, pues la investigación del caso pudo haber cambiado radicalmente si se hubiera revelado que la búlgara había sido ultrajada y que intentó defenderse de sus agresores antes de quitarse la vida. De hecho, muchos llegaron a especular que en realidad la mujer había sido arrojada por sus agresores. Así lo dejó entrever en su momento el informe del levantamiento del cuerpo realizado la madrugada del 2 de abril de 2011 por el médico forense de la Procuraduría, Alberto Domínguez.

Una versión similar, pero un tanto trastocada, en donde se culpaba más bien a la propia víctima, fue publicada en el

diario local *Respuesta* horas después de lo ocurrido:

Por la cantidad de bebidas embriagantes que ingirió, la búlgara reaccionó de forma agresiva. Sus compañeros, de la misma nacionalidad, y con quienes compartía cuarto, la trasladaron a su habitación, con número C-19 del edificio Emerald Residential Tower & Spa. Repentinamente se alteró y en un descuido tomó un objeto cortante, con el que se cortó las venas de la muñeca de la mano izquierda. En ese momento intervinieron sus amigos y supuestamente lograron calmarla. Sin embargo, la joven volvió a reaccionar de forma agresiva y corrió al balcón.

Al respecto, según datos asentados en la averiguación, en una de las recámaras donde presuntamente estuvo la mujer antes de morir, había una mesa redonda con 12 botellas de *whisky* y *vodka* y otras bebidas para mezclar. El cuarto, de 4 x 4 con pantalla de plasma, era el más próximo al balcón con vista al mar.

Por su parte, uno de los empleados de la torre afirmó que González Martínez realizaba fiestas de manera frecuente en su departamento y que: «el caso [de la búlgara] lo saben todos, fue muy comentado, los compañeros dijeron que se pusieron hasta atrás en esa fiesta».

La fiesta se «descompuso», dijo Mario Pidev. El ambiente, en un inicio «ameno, como era costumbre en ese tipo de reuniones organizadas por González Martínez», donde había

«infinidad» de botellas de variadas marcas y «cocaína para los que quisieran», de repente se salió de control: «hubo gritos... Los invitados se espantaron y salieron en estampida, al grado que los elevadores de la torre estuvieron saturados por varios minutos». Momentos antes, alrededor de las 12:30, en medio de gritos, Galina había entrado en una habitación con dos hombres; tiempo después, salió furiosa. Le suplicó a su amiga Gergana que la sacara de ese lugar, estaba desesperada, a lo cual se opuso Pidev con el argumento de que para eso había sido contratada: «Yo contacté a la muchacha que se llama Galina en el aeropuerto de Cancún para trabajar con nosotros en una agencia de modelos y edecanes que le presta servicios a algunos políticos y funcionarios del gobierno», aclaró el también búlgaro.

De acuerdo con el dictamen del médico forense, Galina presentaba huellas de haber sido violada «por el ano», lo que le causó desgarramientos en el área, y una cortada en la mano por arma punzocortante, que sería una de las clasificadas como heridas en defensa. Emanuel Carrillo González, quien fungía como jefe de seguridad del edificio el día del incidente, recibió a los agentes de seguridad estatales que acudieron a un llamado de auxilio, pero les comunicó que no podían ingresar en los apartamentos del piso 19, por lo que permanecieron en la planta baja, del lado de la avenida Kukulkán, desde donde observaron una discusión con

forcejeos en el balcón del departamento. Según dijeron los agentes, desconocían a qué se dedicaba Galina, aunque sospechaban que había sido víctima de trata. Uno de ellos, como testigo de los hechos, indicó lo siguiente, según está asentado en la averiguación: «Hablaban un idioma extraño y no se entendía lo que gritaban, pero se entendía que la trataban de convencer. Intentamos entrar, pero las puertas al acceso del piso son de acceso privado y no pudimos. La negociación duró casi una hora hasta que la chica se aventó».

Así, la mujer, vestida con mallas y blusa de tirantes, cayó desde unos 55 m de altura ante la mirada atónita de sus amigos, quienes no pudieron hacer nada para evitarlo. En el instante mismo en que impactó el suelo del área de juegos del complejo, sufrió fracturas en diversas partes del cuerpo y traumatismo craneoencefálico con exposición de masa.

El sistema de video y la bitácora de visitas fueron renovadas, por lo que no existe registro alguno de lo ocurrido. Y, peor aún, pasados unos días y levantados los primeros testimonios, la Procuraduría decidió cremar los restos de la fallecida el 7 de abril, sin la autorización de alguno de los familiares ni de la embajada de Bulgaria en México. Para decirlo pronto y sin rodeos, después de la muerte de Galina, las autoridades estatales hicieron poco por resolver lo sucedido, ya que no volvieron a citar a su amiga Gergana ni mucho menos al búlgaro Mario Pidev. Cabe mencionar que el

personal de seguridad de Emerald que atestiguó los hechos fue sustituido misteriosamente al poco tiempo de la tragedia.

La historia de Galina Chankova Chaneva será recordada por su muerte que, como la de tantas otras mujeres en México, nunca se aclaró. Actualmente, sus familiares aún sospechan de lo sucedido aquella noche de abril de 2011. Su padre, un maestro de nombre Chanev Chanko, expresó sus sospechas respecto a que su hija fuera asesinada, mientras el hermano de la fallecida mencionó que no le parecía lógico que Galina se hubiera suicidado: «no entiendo por qué ni Gergana ni el otro acompañante fueron investigados por la policía y permanecen libres. Creo que puede ser un caso de trata de personas, ¿por qué no? O de drogas. Hombres ricos que pagan por ciertos servicios».

En retrospectiva, queda claro que ni el hecho de conocer cada vez más relatos sobre lo que realmente sucedió en el Emerald ni el curso de otras tantas investigaciones ayudaron a saber las causas de la muerte de Galina, así como tampoco se pudo comprobar la responsabilidad directa de Jorge Emilio González. Sin embargo, la palabra de este personaje quedó más devaluada que nunca no solo por echar por los suelos su versión respecto a dónde estaba ese día, sino —y quizá sobre todo— porque documentos internos del condominio y testimonios de vecinos recabados por el periódico *Reforma* ponían al descubierto que, además de ser él el propietario del

departamento en cuestión, varios familiares y compañeros en la dirigencia del PVEM también eran dueños de lujosas propiedades en dicho complejo inmobiliario. Pero, fiel a su costumbre, el Niño Verde no tardó en emitir un comunicado para negar la verdad y embarrar a otras personas con tal de quitarse cualquier reflector. Así, el comunicado publicado en la página de internet del partido afirmó:

El departamento donde ocurrieron los sucesos no es ni ha sido nunca de mi propiedad. El departamento es propiedad de la Sra. Elizabeth Díaz Ortiz quien lo dio en arrendamiento a Penélope Ramírez León y Danchev Kaloyam Balentinov, como consta en la copia del contrato de arrendamiento notariada, que los propietarios del departamento entregaron a los condóminos. Familiares míos viven en el edificio, pero en otros departamentos, y yo no poseo ningún departamento en el condominio.

Asimismo, agregó: «La fiesta en la que sucedieron los hechos fue organizada por los entonces arrendatarios del departamento a quienes no conozco, ni a ninguno de los que estuvieron en dicha fiesta», para rematar diciendo que había sido víctima de difamación y que recurriría a su «derecho a proteger mi fama pública y a buscar una indemnización por el daño moral generado a mi persona».

Hasta ese momento, ser rico en este país no era considerado un delito. Podía ser éticamente reprochable y quizá muy

cuestionable, en ocasión de las profundas desigualdades sociales; no obstante, a partir de hechos como el aquí relatado, se puso en evidencia que el modo en que alguien se hacía rico podía rayar en lo ilícito. Eso era precisamente lo que se sospechaba del *modus operandi* del Niño Verde para adquirir departamentos de lujo, el cual consistía en conseguir prestanombres que ocultaran y cubrieran sus fechorías para, de esa manera, disfrutarlos todos juntos. Estaba tan seguro de esta estrategia que por eso se atrevió a dar el nombre de la propietaria del departamento desde el cual Galina se había arrojado: Elizabeth Díaz Ortiz no era una desconocida, sino, nada más y nada menos, la esposa de Rolando Elías Wismayer, sobrino del presidente del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal (TSJDF), Edgar Elías, exsecretario particular y uno de los colaboradores más cercanos de Jorge Emilio González Martínez. Se trataba de la misma táctica que los verdes habían usado para las Juanitas, solo que aquí de manera más indecente y desvergonzada. De nueva cuenta, utilizaban a una mujer para encubrir las transas de siempre.

Sobre estos hechos supervenidos, se puede leer en una crónica:

los supuestos dueños son dirigentes del Partido Verde que ha dirigido González y su familia. Además, son esposos y en el 2009 tuvieron un niño de nombre Rolando cuyo padrino es el presidente del Tribunal

Superior de Justicia del Distrito Federal, Edgar Elías Azar. Al bautizo de Rolandito acudieron, según las crónicas de sociales del 30 de junio del 2009, el vocero del Partido Verde, Jesús Sesma, y su esposa Paulina Díaz Ordaz, también militante del Verde, entre muchas otras personalidades. Sesma y Rolando Elías Wismayer también aparecieron juntos en la fiesta de cumpleaños del vocero partidista, el pasado septiembre. Ambos son mutuos amigos de González Martínez.

Es por ello que a nadie sorprendió que la supuesta dueña enviara una carta respaldando la versión de Jorge Emilio y en la que solicitaba: «que se aclaren los hechos en los que perdiera la vida una joven búlgara en el departamento B-19 de la Torre Emerald, en Cancún, Quintana Roo, que es de mi propiedad. Dicho departamento lo renté por un año a Katia Penélope Ramírez León y a su esposo Valentinov Danchev (entiendo que es de origen búlgaro) desde el día 13 de diciembre de 2010».

Asimismo, anexando copias del contrato de arrendamiento y de los cheques expedidos por los arrendatarios con la firma de Danchev, el comunicado de Díaz Ortiz pedía: «que se aclare lo sucedido en la fiesta del departamento que tenían rentado Katia y Valentinov, de la cual yo nunca tuve conocimiento ya que ellos eran los responsables del departamento, a fin de que los medios de comunicación dejen de publicar notas incorrectas».

La estrategia no era novedosa, por el contrario, al meter otros nombres en el escándalo, se volvía cada vez más confusa la responsabilidad directa de los verdes. No pasaría de ser otro caso de corrupción, pero se veía cuesta arriba que se le pudiera imputar algún delito a los involucrados. Como había pronosticado Lydia Cacho, todo indicaba que Jorge Emilio González se saldría de nueva cuenta con las suyas, no solo porque, como se dijo entontes, «el exgobernador Félix González Canto ya anunció que va a ir en fórmula por el Senado con el Niño, esto es un acuerdo con el PRI desde hace muchos meses, y a ellos no les conviene que Emilio salga manchado», sino también porque sus amigos Díaz Ortiz y Elías Wismayer estaban dispuestos a difuminar cualquier indicio de responsabilidad para el exlíder del Ecologista.

Por su parte, Jorge Emilio no se cansaba de exhibir una carta escrita a mano por Danchev Kaloyan Valentinov, fechada, supuestamente, el 3 de abril de 2011 y que había sido enviada a los presuntos dueños del departamento, Elizabeth Díaz Ortiz y Rolando Elías Wismayer; en la misiva se leía: «Por este conducto hago de su conocimiento que con fecha 2 de abril de 2011 presté a unos amigos el departamento B-19 del Emerald que les arrendé, quienes realizaron una fiesta y sin saber los motivos una invitada se quitó la vida. Por las molestias causadas a los moradores del condominio, a los propietarios de los departamentos y a ustedes les ofrezco una

sincera disculpa».

Por más que la indignación se había generalizado y la corrupción era evidente, la Procuraduría de Justicia de Quintana Roo declaró que el resultado de la investigación por la muerte de la ciudadana búlgara Galina Chankova Chaneva, quien cayó el 2 de abril de un balcón ubicado en el departamento B-19 de la Torre Emerald, había sido un suicidio, y que Jorge Emilio González quedaba exonerado al no haber «ninguna imputación en cuestión directa de una presunta responsabilidad en cuestión del fallecimiento». El entonces procurador, Gaspar Armando García, fue tajante con sus declaraciones: «La determinación es un no ejercicio [de acción penal]. Es decir, no hay una responsabilidad directa. Se trata de un suicidio. Todos los elementos así apuntan, y así es como podría concluirse el expediente». Además, argumentó que la demora en las pesquisas se debió a que el anterior gobierno no realizó sus labores de manera diligente, y el titular de la dependencia siguió el mismo camino al decidir no investigar si la pareja Díaz-Elías fungía como prestanombres del Niño Verde, pues esa línea no formaba parte de las indagatorias.

Todo lo sucedido con la muerte de la búlgara y los personajes del PVEM parece la trama de un *thriller* jamás escrito, algo increíble e inimaginable, pero cierto. Como dato curioso, cabe mencionar que dicho acontecimiento fue

recreado en un capítulo de la serie de televisión estadounidense *El señor de los cielos*, inspirada en la vida del narcotraficante mexicano Amado Carrillo.

La llegada al poder

El *show* debía continuar en la política del Verde Ecologista; la muerte de una ciudadana extranjera en México terminaría siendo anecdótica y no tendría mayores repercusiones. Solo quienes presenciaron lo sucedido sabrán lo que realmente pasó y en su memoria quedará la forma tan burda en que la impunidad cobijó un hecho tan lamentable. Todo tenía que olvidarse a la brevedad, pues, a pesar de este trágico paréntesis en la trayectoria del PVEM, lo importante estaba por venir durante los próximos meses; su única misión seguía siendo la de evitar otro escándalo que —ahora sí— pudiera anular su alianza con el PRI para ganar de nuevo la Presidencia de la República. Por eso mismo, y antes de que se siguiera hablando del tema, tricolores y verdes apresuraron su convenio para postular a Enrique Peña Nieto como el candidato que abanderaría la elección de 2012 mediante la alianza Compromiso por México. Haciendo como que nada había pasado y minimizando la responsabilidad del Niño, en el acto que anunció dicha candidatura, Arturo Escobar, luego de confirmar su nuevo matrimonio electoral, dijo: «A final de cuentas pues no es un asunto institucional del partido, es un

asunto de él. Ojalá se dé la oportunidad de ir clarificando este asunto». Pero lo cierto es que Jorge Emilio González ya había dicho todo lo que tenía que decir y clarificado todo lo posible. De ahí que el líder del tricolor, Humberto Moreira, ni se haya inmutado por lo sucedido y que calificara al partido como «un aliado de muchos años» con el que el PRI tenía «grandes coincidencias».

El plan estaba trazado, todos sabían lo que había que hacer de nueva cuenta: esperar que los opositores se vieran inmiscuidos en un escándalo político para que la memoria hiciera de las suyas y, entonces, el PRI y el PVEM se enfocarían en movilizar sus bases y accionar la maquinaria de cara a la batalla final. De ahí que los estrategas de Peña Nieto no dudaron ni un segundo en idear distintas maneras en las que el Verde les podría ayudar a evitar que su imagen se viera trastocada. Como siempre, la respuesta la encontrarían en sus artimañas electorales.

De esta forma, el candidato presidencial de la coalición PRI-PVEM planteó en campaña otorgar vales de medicina para los derechohabientes del sistema de salud pública con la finalidad de que obtuvieran los medicamentos que requerían si el Gobierno no cumplía con su obligación de garantizar la seguridad social; se trataba de una reedición de la polémica Ley Simi que se había atorado de último minuto hacía años en el Congreso. «Vales de medicinas para todos», rezaba el

acuerdo que Peña Nieto firmó ante notario (lo que, dicho sea de paso, no tenía ningún valor jurídico, acaso podía servir para asegurar algo en el futuro) antes de pronunciar un discurso repleto de elogios a los ecologistas:

Hoy, aquí, en este espíritu verde del que estoy contagiado, sobre todo en mi calidad de ser candidato de dos partidos: en el que milito con orgullo, el Partido Revolucionario Institucional, y en el que me ha hecho su candidato y que es aliado de un servidor, mis amigos del Partido Verde Ecologista de México. Por eso, hoy ante ustedes y aquí en San Luis Potosí, para la población de este estado y de todo el país, vengo a suscribir un compromiso verde, un compromiso que el partido aliado ha venido también señalando de manera reiterada como una causa justa para todos los mexicanos, porque mi compromiso también es verde. Mi compromiso es verde, y las causas del Verde también lo son de quien es hoy su candidato.

¿Por qué lo voy a suscribir? Porque bien lo señaló Arturo Escobar, la campaña que vengo haciendo es una campaña de compromisos, y eso es lo que quiero que marque la campaña de la alianza PRI-Partido Verde: el compromiso con los mexicanos.

La campaña se ponía en marcha: *marketing*, *marketing* y más *marketing*, publicidad engañosa, creatividad volcada a la propaganda electoral. Forma antes que fondo. Daba igual el contenido, había que resaltar lo frívolo, lo ornamental y lo superficialmente agradable. Cualquier anuncio «novedoso»

que pudiera distraer era buena idea rumbo al triunfo en julio de 2012. Era el momento de utilizar cualquier táctica: desde promover entre la ciudadanía concursos y rifas para ganar electrodomésticos hasta la entrega de tarjetas del Banco Monex y otros monederos electrónicos para triangular el financiamiento a su campaña electoral. Todo se valía, pues más que nunca se necesitaba hacer que pocas nueces hicieran mucho ruido, que una cara bonita pudiera más que el contenido y un proyecto de nación. Y así fue.

Los resultados de la elección federal de 2012 difícilmente sorprendieron a alguien. No solo el PRI había regresado a Los Pinos, también el Verde, seis años antes que sus coaligados. Estaba por comenzar el sexenio de la exquisitez y el cinismo. Ya podía dejar de aparentarse prudencia y quietud, los González Martínez podían volver a hacer fiestas y comprar departamentos lujosos, los años supuestamente calmos habían terminado, los mirreyes llegaban al poder.

EL SEXENIO DE LA DELICIA

El triunfo de Peña Nieto representó para los verdes no solo una vuelta a la silla presidencial, a la que no habían regresado desde la victoria del año 2000, sino también la redención de sus ambiciones, ya que esa vez no habían alcanzado ningún cargo en el gabinete u otra dependencia de relevancia y, ni bien había comenzado el gobierno, ellos ya habían roto la alianza con el nuevo presidente, Vicente Fox. En 2012, a pesar de que se trató de una elección impugnada por el segundo lugar (de nueva cuenta, por Andrés Manuel López Obrador) ni el reclamo ni la acusación de fraude tuvieron la misma resonancia de hacía seis años, pues la entrega de tráilers llenos de propaganda y otros productos como tinacos, bultos de cemento e incluso chivitos, borreguitos y otros animales de granja se convirtió en mera anécdota en una elección donde el resultado arrojaba más de cinco puntos porcentuales de diferencia, por lo que el ganador recibió su calificación sin contratiempos. Así comenzaba un sexenio mágico para los ecologistas.

Los resultados de los comicios no solo habían favorecido a

su socio el PRI, el efecto Peña también benefició al partido de Jorge Emilio González, que obtuvo el nada despreciable incremento del 3% en su votación para senadores y un 7% más para diputados federales con respecto a la elección anterior. La carrera electoral del Verde parecía el resultado de un entrenamiento maratónico que sin aumentar el ritmo, pero de forma constante, les hacía crecer un par de puntos porcentuales en cada proceso electoral. De esta forma consiguieron nueve senadurías, de las cuales siete fueron por voto directo —con esto también parecían tener ya la fuerza suficiente para, efectivamente, competir y ganar elecciones— y 29 diputados, 14 por mayoría relativa. Dentro de estos resultados se incluía, asimismo, un triunfo adicional: la consolidación de una segunda temporada de la *telebancada*, que en su primera edición le había conseguido un espacio privilegiado —ilegal e impune— en los medios de comunicación y un vínculo que, veremos más adelante, fue utilizado muy a su estilo para favorecer los asuntos tanto políticos como económicos del partido y su familia.

En conjunto con el PRI (organización que, de igual manera, había concedido una parte de sus curules), la bancada verde acogió en el senado a Luis Armando Melgar Bravo, alto ejecutivo de Grupo Salinas; a Ninfa Salinas, la mismísima hija del dueño de esta empresa, Ricardo Salinas Pliego, y quien, emulando al Niño Verde, aún señala con honor haber sido —

meritocracia aparte— una de las legisladoras más jóvenes en ocupar una curul; también fueron recibidos Carlos Alberto Puentes Salas, alto funcionario de TV Azteca, y Juan Gerardo Fuentes Flores, exdirector general en la Comisión Federal de Telecomunicaciones (Cofetel). En la cámara baja, encontraron cobijo bajo el ala del tucán Rubén Acosta Montoya, exfuncionario de la mencionada Cofetel, y Laura Ximena Martel, quien había trabajado en Televisa al mando de Tristán Canales. Además de la *telebancada*, la composición del cuerpo legislativo del Verde fue selecta. Después de volar bajo y dejando atrás el incidente de la búlgara, el Niño volvió a la arena pública representando, aunque por tiempo limitado, a Quintana Roo y se concedió, seguro desde su espacio de miembro honorario del partido, un escaño plurinominal; de igual forma, como pequeña muestra de agradecimiento a su aliado, le otorgó una senaduría a Pablo Escudero. En esa Cámara de Diputados, además de una composición *Chiapasionada* que evidenciaba la consolidación de este estado como bastión político del partido, destacó un hecho que era signo de esos tiempos: la inclusión de mirreyes locales, como el caso de Enrique Aubry, en Jalisco.

Además del crecimiento legislativo al que el partido ya estaba acostumbrado, el 2012 marcó un hito para los verdes, pues, con casi el 60% de votos a favor, Manuel Velasco les dio su primera gubernatura, en Chiapas. Con ello, el PVEM se

consolidó como la primera fuerza política en el estado. Ya no eran, al menos aquí, el «hermano menor». El arrollador triunfo de Velasco se explica por varios factores, muchos son una clara muestra de la inteligencia, habilidad y falta de ética del Verde para tejer alianzas públicas y privadas, echar mano sin pudor de sus vínculos familiares, de su cercanía con el poder económico y, también, de su capacidad para ver y aprovechar un momento político que les venía como anillo al dedo.

La campaña de este gobernador calcó a la de Peña Nieto, aunque tuvo sus propios tintes identitarios, como la infame postal donde el joven candidato se hizo cargar en una silla, al estilo de los más rancios caciques de una entidad marcada por la miseria y la desigualdad como Chiapas.

Aprovechando el ímpetu de la primera elección concurrente en la entidad chiapaneca, copió tanto la propuesta como el estilo del aspirante presidencial. Buscó definirse en términos de juventud y experiencia, cercano a las mujeres (de «no mal ver», según algunas) y, sobre todo, representaba una extraña mezcla entre el arraigo —importante para los chiapanecos y presente en el pedigrí político del Güero— y una nueva forma dizque de hacer política. Pero la similitud con el candidato priista no termina ahí. Así como Peña tenía a su Gaviota, él estaba con otra estrella televisiva. Su relación con la cantante Anahí, quien en ese momento estaba en la cima de su carrera

con la telenovela y el grupo RBD, fue un elemento importante en sus aspiraciones políticas. Este romance, iniciado casi a la par de su campaña, le permitió, como a Peña, obtener cobertura mediática no fiscalizada —al no tratarse de una cobertura política— y con un rango de difusión y alcance mucho mayor. La introducción de reportajes, menciones, fotografías y chismes en la revistas del corazón le dieron mucha más difusión de la que podía brindarle la pauta oficial; bastaba ir a una estética en cualquier lugar de la República mexicana para comprobarlo. Además de esta cobertura extraoficial, la vinculación de Velasco con Salinas Pliego y TV Azteca también representó, de forma más o menos discreta, dependiendo de a quién se le pregunte, una mejor cobertura de medios. Así, con una muestra de legitimidad democrática nunca antes vista por el partido, pero obtenida a base de las artimañas de siempre, este candidato, de 32 años y con una meteórica carrera política, llegó a la casa de Gobierno de Chiapas.

Así, con una representación considerable, un pasado y un presente turbios, pero a los que nadie parecía prestar atención, y conflictos de interés evidentes, aunque con triunfos irrefutables, los verdes por fin comenzaron a gozar casi por cuenta propia. La imagen y propuesta del sexenio que arrancaba estaban hechas a su medida. Ellos eran los mirreyes originales, y el «nuevo» PRI, el Verde de siempre, pero con

mucha menos alcurnia. De esta manera se acabaron los velos del pudor —que, no obstante, siempre fueron pocos— y finalmente pudieron ostentarse como quienes eran; además, se supo que con ello se estaban convirtiendo en la aspiración de miles de mexicanos de clase media que soñaban con casas, coches y yates, con ser los *papirris* del antro, tener *lobukis* y tomar *cubeibis* en *Aca*.

Como bien señala Ricardo Raphael, el mirreynato se caracterizó por una oda a la frivolidad y a la desigualdad, en eso los verdes tenían experiencia. Un partido donde primaba el elitismo y el amiguismo y que no solo en la estética sino en las prácticas se configuraba como el mejor ejemplo de la escalada al poder por medio de relaciones personales forjadas en escuelas privadas y católicas, de un grado de impunidad que solo cantidades ingentes de dinero y poder pueden comprar, acompañadas de un despliegue de cinismo que solo puede cultivar quien se sabe intocable por las responsabilidades que aquejan a los simples mortales. A diferencia del PRI, cuyas filas habían sido, mal que bien, un vehículo —no muy ético, pero vehículo al fin— de la movilidad social y la formación de cuadros de distintos extractos sociales, el Partido Verde era, desde sus inicios, un club de niños y una que otra niña rica. *Nepobabies* de la política y el empresariado mexicano, crecidos en una burbuja de privilegio y, fuera de una o dos experiencias controladas,

casi que de turismo de lo que hoy llamaríamos «de salvadores blancos», muy, muy alejados de la realidad de la mayoría de los mexicanos.

Las redes sociales, que ya para este momento comenzaban a evidenciar su tremendo poder, medio en broma y medio en serio, hacían eco de ese estilo de vida sin reparar ni por asomo en el origen de los recursos con los que se pagaban aquellos lujos, entre otros asegunes. Páginas como *Mirreybook*, donde miles de muchachos se ufanaban de sus salidas al antro, sus propiedades y sus relaciones, en lugar de ser un medio de denuncia, se convirtieron, como todo lo que rodea a estas élites en un medio de presunción que, para los verdes, fue, sobre todo, un respiro a la obligación de mantener un bajo perfil, de intentar ser menos ostentosos o de disimular su verdadera naturaleza. El mirreynato les dio la oportunidad de ser quienes eran y, encima, ser adorados por ello. De eso dan cuenta miles de reportajes en las revistas de élite, donde, sin pudor, los niños verdes, ostentan sus ranchos, departamentos y propiedades millonarias o presumen sus viajes y a sus mujeres. En ellos, jamás se pregunta por el origen del dinero, y con ello los chicos verdes —ya no tan chicos— se anotan otro triunfo: a diferencia de sus aliados, a quienes se les revisa con mucho mayor rigor y escrutinio la obtención de sus bienes y propiedades, de los verdes parece que se da por sentado la licitud del origen de sus recursos. «Si son

empresarios o hijos de empresarios, es normal que puedan tener este estilo de vida».

Este factor se hace muy evidente meses más tarde, cuando se dio el caso de la llamada Casa Blanca de Peña, que propició la que sería la batalla más importante del sexenio: la del combate a la corrupción. Con la explosión de este escándalo los mirreyes del Verde —los de verdad— no se vieron afectados, lo que evidenció una vez más la extraña cualidad de estos personajes de estar siempre cercanos (o abiertamente vinculados) a conductas ilícitas o reprobables sin que estas desplumen al Tucán.

Arturo Escobar: lo breve y malo, solo medio malo

El sexenio de Peña le regaló otra alegría a los del Verde: tener, por fin, un cargo medianamente relevante en el gabinete, dicha que, a pesar de las múltiples alianzas y de su cercanía con el poder a nivel nacional y nivel local, siempre se les había negado. Pareciera que, aunque necesarios, los otros partidos siempre tuvieron claro que la mejor aportación de los ecologistas no eran precisamente sus cuadros. En 2012, sin dar ninguna importancia al escándalo de años atrás sobre unas maletas con dinero en efectivo, Arturo Escobar llegó a la Subsecretaría de Prevención y Participación Ciudadana de la

Secretaría de Gobernación. Lo que Fox les había negado, Peña se lo brindaba.

El anuncio no cayó bien ni en la oposición ni en las organizaciones de la sociedad civil, quienes, palabras más, palabras menos, desacreditaron la ética, capacidad y legitimidad de Escobar como interlocutor para temas tan importantes. Como era de esperarse, el gobierno de Peña hizo oídos sordos y mantuvo al servidor en donde estaba. Sin embargo, el gusto les duró poco, ya que, en 2015, la Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos Electorales (Fepade), en ese entonces presidida por Santiago Nieto, abrió una investigación en contra de Escobar por la presunta comisión de diversos delitos en la pasada elección vinculados con la entrega de tarjetas Premio Platino. Aquí sí ni sus amigos más poderosos pudieron —o quisieron— salvarlo. Fingiendo haber sido herido en la dignidad, aplicó la frase: «no me corren, yo me voy», con el argumento de que no quería que su cargo entorpeciera el curso de las investigaciones, por lo cual salió hecho chiquito por la puerta grande. Y aunque más tarde, incidentalmente y después de la escandalosa renuncia forzada del propio presidente de la Fepade, fuera exonerado, Escobar ya no habría de volver a ocupar otro cargo público durante el Peñismo.

Pacto por México.

Los aliados silenciosos

A pesar de esta desaveniencia, y contrario a lo que había sucedido con Fox, el Niño Verde consideró que, como fuera, estaban mejor de amigos del PRI y de mirreyes, haciendo negocios millonarios en el poder, que apartados de la élite que no solo gobernaba, sino que se despachaba sin recato con la cuchara grande tanto en lo federal como en lo local. A diferencia de su padre, Jorge Emilio dejó pasar el desaguizado con cara institucional y reafirmando, en público y en privado, su alianza con el Revolucionario Institucional. Esto se volvió más que evidente en las transformaciones legislativas a raíz del Pacto por México, cuando aceptaron un papel segundón, casi invisible. El Verde se convirtió *de facto* en la mayoría que el PRI necesitaba para pasar reformas constitucionales y legales en materias energética, educativa, político-electoral, de competencia económica y de telecomunicaciones, nada más. Aquí, los secuaces del Niño Verde consolidaron su ya tradicional discurso de «trabajamos por el bien de México» y votaron, sin ninguna objeción, todas las propuestas del presidente y su partido en todas las materias.

Tomando en consideración el contexto postelectoral del que venían los verdes, uno pensaría que la estrategia del bajo perfil no era la más rentable en ese momento y que más bien les habría convenido echar para adelante y avanzar en la

conquista de nuevos espacios políticos por sí solos y destetarse poco a poco de sus partidos mentores —fueran estos los que fueran—, pero su estrategia fue justo en sentido contrario. Al momento de celebrarse la firma del Pacto por México, renunciaron a la mención nominal de firmantes —papel que se le quedó a los tres «grandes»— y se convirtieron en aliados silenciosos del PRI. Sin embargo, esto no significó sumisión o rendición. Cada acción en su código era un paso más en una estrategia de largo aliento, sabían que la política a veces es cosa de paciencia y siempre es de cuentas por cobrar. Además de que le debían ese favor al PRI por el apoyo sin cortapisas, los verdes también tenían un interés particular en la aprobación de las reformas, la más evidente, por supuesto, era la relativa a las nuevas disposiciones en materia de competencia económica y telecomunicaciones, por la cual, desde sus curules, permitieron que los propios interesados defendieran los intereses del llamado *duopolio televisivo*. También les permitió vislumbrar de forma privilegiada nuevas áreas de negocio ecológico en el sector energético, apuntalar sus intereses en los desarrollos turísticos y consolidar su importancia como aliado en los procesos electorales. Con el paso de los años, la renuncia al protagonismo en el Pacto por México rindió más frutos. Desde la campaña electoral de 2018 y en los años venideros, se ha mencionado poco o nada el papel del Partido Verde en la

aprobación de las, a decir de algunos, «reformas más neoliberales de los últimos años». Puro ganar-ganar.

Del Torito a la *Quién*. El que es perico, a la edad que sea está verde

La gloria del sexenio no podía venir sin el exceso. Ya liberado del lastre de las apariencias y siendo de nueva cuenta senador de la República y sin la molestia de seguir presidiendo el negocio familiar, el Niño Verde, que para entonces lindaba ya la cuarentena, dio la nota, primero, con otra demostración de prepotencia y mentira, y más tarde, con una corta novelita de amor. Como siempre, Jorge Emilio seguía al pie de la letra la máxima de que es mejor que hablen mal de ti a que no hablen.

El primer incidente tuvo lugar en 2013, cuando fue detenido en el alcoholímetro por manejar en estado de ebriedad. Aunque esto podría ser un incidente sin importancia —sería un acto de puritanismo negar que más de uno hemos estado en situaciones similares— la reacción del ya no tan pequeño mirrey es una instantánea de las prácticas y las costumbres de Jorge Emilio.

Primero, al ser detenido y a pesar de que su identificación iba a ser relativamente fácil —tantas apariciones en periódicos y revistas del corazón no eran en vano— el Niño hizo lo que probablemente es su primer instinto: mentir, dándoles a los oficiales de policía un nombre falso, «Jorge

Rodríguez». Acto seguido, después de ser casi inmediatamente desmentido, aplicó el paso dos de su conocida receta, sus escoltas buscaron, de acuerdo con varios testimonios, sobornar a los policías para que lo dejaran ir sin cumplir con lo establecido en la ley, espetando incluso la tan conocida frase «no saben con quién se están metiendo». Premio a los oficiales por soportar. Después, al fallar los pasos uno y dos no le quedó más que recurrir a la última vieja confiable, la que le ha mantenido, hasta el día de hoy, si no libre de culpa, sí libre de castigo: llamó a uno de sus abogados para que le tramitara un amparo. Salió cerca de las 8 a. m. del *Torito* y volvió, en *outfit* de carácter y con el equipo necesario a cumplir con las horas que le faltaban y para, finalmente, cerrar con broche de oro con un *stunt* publicitario que evidentemente incluía más mentiras. Después de anunciar que «venía a cumplir con su deber ciudadano», prometió realizar el trabajo legislativo necesario para hacer nacional el operativo *Conduce sin Alcohol*. Seguimos esperando.

Para quien no conoce la vergüenza, los escándalos, del calado que sea, son solo anécdotas. Así, después de dos escándalos casi al hilo, ya olvidados por los ciclos mediáticos y, sobre todo, por la impunidad de los casos, el Niño Verde consideró que había llegado el momento de sentar cabeza y pasar de ser niño a esposo verde.

A lo largo de los años, Jorge Emilio había cosechado una

fama de *playboy* (con especial gusto en *escorts* extranjeras) y de soltero codiciado, asunto que parecería casi contradictorio si no viviéramos en una sociedad como la mexicana donde la blanquitud y el poder adquisitivo pesan más que la inmadurez o el machismo probado de un personaje. Habitual en las revistas de sociales, su noviazgo, pedida, matrimonio y divorcio fueron objeto de diversos artículos que dan testimonio de una historia digna del momento, el cúlmen de la época mirreynal.

El Niño eligió como futura esposa a María Couttolenc, que en ese momento acababa de cumplir 21 años y con quien tenía ya cuatro años de relación (¿habrá sido ella la novia mencionada cuando el incidente de la búlgara, la que dormía en el cuarto contiguo al del Niño?). Couttolenc y él se habían conocido en una ceremonia de graduación de los Legionarios de Cristo, cuando ella tenía 18 años recién cumplidos, y él, 38. Respecto de esta enorme diferencia de edad, rescatamos lo dicho por Jorge Emilio a una revista de sociales: «Desde chavo, mi abuelo me insistía que era importante que le llevara varios años a mi esposa, para poder tener una relación más equilibrada, puesto que la mujer madura más rápido que el hombre». El chiste de la anécdota se cuenta solo.

La vinculación con la familia Couttulenc venía de tiempo atrás. Su padre, José Alberto Couttulenc era miembro del PVEM y había sido diputado en la Asamblea del Distrito Federal por

el mismo partido. Así que todo quedaba en familia, la gran familia del Partido Verde.

A la pedida en un cursísimo pícnic en París siguió probablemente una despedida de soltero peor que las de las películas de la saga de *¿Qué pasó ayer?* pero que, cosa rara, fue lo suficientemente discreta como para no suscitar una nota y, finalmente, una boda que cumplía con todo el canon del mirreynato: en los Cabos, por todo lo alto y a la que asistieron el presidente Enrique Peña Nieto, secretarios de Estado, empresarios y colegas legisladores.

Sin embargo, tras la fachada dorada, la historia nunca terminó de cuajar. Al año de casados, María y Jorge anunciaron su separación «por mutuo acuerdo» y en términos amistosos. Más tarde, amigos del Niño confesarían que desde antes de la celebración de la boda, este tuvo serias dudas sobre el enlace y quiso cancelar a último minuto y únicamente se lo impidió el nivel de compromisos políticos que vería afectados con la maniobra. Por su parte, las amigas de la novia declararían que esta siempre se sintió incómoda con el ambiente que rodeaba al Niño y, siempre sí, con la edad de él y de su círculo.

A pesar de ello, el año de matrimonio fue muy provechoso para la familia Couttolenc. El Niño reclutó a su cuñado, el joven José Couttolenc, para renovar la estrategia del PVEM como guardería de políticos sin ninguna experiencia y lo

impulsó para una diputación federal por Chiapas (donde probablemente no había puesto un pie en su vida) en la elección intermedia y, apenas un año más tarde, le premió con una delegación nacional y la dirigencia estatal de Veracruz que en 2017 le catafixió por la del Estado de México en una maniobra denunciada como «una imposición» del Niño que, para no gobernar ya el partido, seguía gobernando mucho.

La familia Couttolenc es otro eslabón más de las cadenas de amiguismo con las que se sostiene el partido Verde y, fiel al sello del partido, tiene su propio historial de escándalos. En 2010, mientras fungía como asambleísta, José Couttolenc padre fue acusado ante la Comisión Nacional para Prevenir y Eliminar la Discriminación por despedir a una secretaria embarazada «para que pudiera tener más tiempo de descansar», mientras que en su ya no tan breve carrera, Pepe Junior ha sido denunciado en dos ocasiones, en 2016 por el PRD a causa del delito de compra y coacción de voto y, recientemente, en 2021, por miembros de su propio partido, por extorsión corrupción y tráfico de influencias, al denunciar que el dirigente estatal cobraba cuotas a los presidentes municipales de varios millones de pesos. En el Edomex parece que gustan de los diezmos. A pesar de todo esto, o es probable que gracias a esto, Pepe Couttolenc es hoy el encargado de dirigir y proteger los intereses del PVEM en la elección estatal

del Estado de México.

Elección intermedia de 2015. La irregularidad descarada

La elección de 2015 representaba un reto particular para los verdes. Envalentonados con los resultados de la contienda anterior, tenían frente a ellos el reto de no detenerse en su crecimiento y pensaban conquistarlo a toda costa. Para eso, no se tocaron el corazón para cobrar caros los favores al gobierno de los priistas en su primer trienio, quienes a esas alturas se encontraban bastante mermados después del escándalo de la Casa Blanca y la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa; así que el PVEM obtuvo un convenio de coalición extremadamente favorable, con independencia de los resultados generales. Si a la coalición le iba bien, a los ecologistas les iría extraordinariamente, si iba mal, de todas maneras les iría bien. En esta coyuntura, fieles a su estilo y casi siguiendo la pura inercia para explotar aún más su imagen, los mayores *assets* políticos del Verde, el Güero y Anahí —seguramente movidos solo por amor—, decidieron casarse justo antes de las elecciones intermedias. Más de eso por venir.

En lo político, los verdes tampoco se confiaron enteramente de su convenio de coalición e idearon una serie de estrategias de fiscalización, financiamiento y difusión tan geniales como

ilegales. Así, el logo del partido Verde comenzó a aparecer en casi cualquier lugar. Uno no podía ir al cine sin encontrarse con sus cineminutos, no podía caminar por la calle sin ver una de sus mochilas ni ir por las tortillas sin que las envolvieran en papel con el Tucán impreso. Además, se animaron finalmente a probar las estrategias clásicas del priismo en campaña, pero con su toque particular, y repartieron lentes, vales de medicinas (que incidentalmente beneficiaban sus propios negocios personales) y tarjetas *prémium* donde supuestamente los beneficiarios recibirían transferencias en efectivo. El toque final de esa agresiva campaña vino precisamente durante el período de veda electoral, cuando técnicamente los partidos y candidatos tienen prohibido hacer proselitismo. En esas fechas, de forma simultánea, un centenar de actrices, actores y los llamados *influencers* comenzaron a publicar mensajes dizque espontáneos en los que comentaban en sus términos que, después de una larga reflexión, habían decidido votar por el Partido Verde. ¡Cómo olvidar al *Piojo* Herrera, a Gloria Trevi y a Galilea Montijo tratando de fingir que su video provenía de un ejercicio individual, reflexivo y sin fines de lucro!

Aunque la estrategia era a todas luces ilegal y claramente orquestada desde el propio partido, la difusión de dichos mensajes por redes sociales y desde las cuentas particulares de esos personajes era difícil de detener, pues fueron

replicados, compartidos y comentados millones de veces. Otra vez, el Partido Verde estaba en boca de todos.

A esta estrategia que podría catalogarse como una especie de *guerrilla marketing digital*, se sumó, como quien no quiere la cosa, la boda entre Manuel Velasco y Anahí. En un *timing* que no podía ser mejor, Manuel Velasco anunció finalmente sus nupcias. En carambola de dos bandas, El Güero aprovechó su popularidad y la de su esposa, primero, para fortalecer la campaña de su partido a nivel nacional y, segundo, para impulsar su campaña de promoción turística del estado *Chiapasiónate*, celebrando una boda con muchos guiños a la riqueza cultural de la entidad pero, como siempre, llevada a un nivel que permitiera dejar claro que lo suyo no era lo tradicional, sino lo extractivo.

La ceremonia tuvo sus retos logísticos, si no es que morales. Tal como lo señala en su crónica Verónica Calderón, en una entidad donde 6 de cada 10 habitantes se encontraban en ese momento en la pobreza, los novios temieron que su día especial se empañara con protestas (una escena digna de una novela de Rosario Castellanos) y cambiaron de último momento el lugar, la fecha y la hora de la ceremonia, para despistar. Como era de esperarse, el evento estuvo cerrado a la prensa y al público en general, aunque más tarde ellos mismo develarían, a través de redes sociales y revistas, algunos detalles. Al respecto llama la atención un detalle que,

mirado a tiempo pasado, desentona con la lógica de ostentación que primaba en el momento político y social. A diferencia de sus correligionarios que optaron por bodas fastuosas, inundadas de celebridades, empresarios y miembros de la clase política, el entonces gobernador solicitó una boda austera y discreta —para los parámetros de la época— y rechazó tener una luna de miel, argumentando trabajo. De forma discreta, Manuel parecía estar ya leyendo las tendencias del futuro.

La enorme apuesta electoral, como ya era su costumbre, pagó correctamente. Los maestros del análisis costo-beneficio probaron una vez más que violar la ley de todas las formas posibles era mucho más redituable que acatarla. Con un 7.3% de la votación, la bancada del PVEM alcanzó la cifra histórica de 47 diputados, 19 más que en la legislatura anterior y, junto con su aliado, consolidaron una sólida mayoría en la Cámara Baja. Sin desgastarse demasiado, sin verse afectados por los escándalos de corrupción que se habían destapado hasta el momento, parecía que el Verde iba a terminar el sexenio como lo comenzó: disfrutando a pesar de todo.

Multas, multas y más multas...

Como ellos mismos ya lo esperaban, estas acciones fueron denunciadas y tuvieron que ser revisadas por las autoridades

electorales. En los meses restantes de 2015 y en los primeros de 2016, los verdes recibieron multas por las cantidades de \$67 112 123 pesos por los cineminutos; \$76 160 361 pesos por la entrega de lentes; \$6 288 322 pesos por los vales de medicina; \$2 869 235 pesos por la tarjeta *prémium* y siete millones por el *stunt* de los *influencers*. En total, las multas de ese año ascendieron a 322.4 millones de pesos. Entre sus «logros», el Verde ya podía decir que tenía el segundo lugar en la multa más alta impuesta a un partido político, solo detrás de la de Pemexgate. De hecho, el Partido Verde no recibió la totalidad de su financiamiento ordinario en todo un año, hecho que, podemos pensar, repercutió en que tuvieran un cierre de sexenio discreto que, como veremos más adelante, les benefició probablemente más de lo que calcularon en el momento. Por algo el Verde es el color de la suerte.

A pesar de la estratosférica suma, podemos decir coloquialmente que al Verde le «salió barato» el chiste. En primera instancia, porque, así como en 2009 su campaña a favor de la pena de muerte le valió el reconocimiento e incluso el acercamiento de una parte de la población que no tenía interés en el ecologismo pero sí en el punitivismo, la estrategia de los vales de medicamentos, como lo documentó en sus encuestas la empresa Parametría, le dio un nuevo caballo de batalla para reafirmar la «marca verde» entre el

electorado.

En segundo lugar, porque, de acuerdo con muchos de los analistas y especialistas electorales, las irregularidades cometidas por el PVEM ameritaban considerar seriamente sacarlos de una vez por todas de la esfera partidista del país. Como veremos más adelante, también varios ciudadanos tenían esta idea en mente.

EL CINISMO COMO
ESTRATEGIA ELECTORAL
Y LA BALA QUE PASÓ CERCA
DEL TUCÁN

Vale la pena volver un poco en el tiempo y enfocar la mirada en cómo se forjaron algunas de las estrategias electorales más ruines en la historia negra del Partido Verde. La historia se sitúa meses después de los hechos de Ayotzinapa en 2014, cuando la popularidad del presidente Peña Nieto empezaba a decaer debido a que su primer trienio se había caracterizado por los grandes escándalos del dudoso origen de ciertas propiedades tanto de su familia como de otros miembros de su gobierno y de los excesivos gastos realizados en visitas oficiales al extranjero, así como por el constante conflicto con los sindicatos de maestros derivado de la reforma educativa y, en general, por una insatisfacción social reflejada en marchas, protestas y tomas de instalaciones públicas que, conforme se acercaba la fecha de las elecciones, se multiplicaban.

En este escenario, la renovada administración priista y las

dinámicas políticas de aquel entonces exigían un nuevo rumbo para el PVEM en la elección intermedia de 2015, la cual significaba un acontecimiento de gran relevancia para el porvenir mexicano, pues marcaría el resto del sexenio debido a la necesidad de contar con ciertas mayorías legislativas que aprobaran las reformas estructurales y sus leyes secundarias.

Las aspiraciones del nuevo PRI por intentar «mover a México» a través de sus grandilocuentes reformas y de la importancia que adquirió en el gabinete una figura como Humberto Castillejos (abogado y consejero jurídico del presidente) no fueron más que intentos fallidos por convertir al país en un país de leyes, pues, por más que se modificara de manera profusa la Constitución y se promulgaran nuevos ordenamientos legales, dichos cambios tardarían muchos años en volverse realidad. Y es que, si México estaba cambiando en el plano legislativo, en el plano social los problemas se agravaban y los pendientes se acumulaban; así, mientras las cúpulas vislumbraban un panorama alentador para la inversión extranjera y la generación de negocios, en la calle, la percepción era completamente diferente. En dicho contexto, el PVEM vio una grandiosa oportunidad para desmarcarse, aunque no del todo, del Revolucionario Institucional, es decir, en lo que mejor sabía hacer: en la forma, no en el fondo. En una de sus acostumbradas maniobras estéticas, recicló algunas de sus ideas y buscó

posicionarse de nueva cuenta como un partido político «de hechos y no de palabras». Meses antes del inicio del proceso electoral de 2015, desplegó una amplia estrategia de *marketing* enfocada en hacer creer a la ciudadanía que sus promesas de campaña eran las únicas que se habían cumplido a lo largo de la historia contemporánea de México, pero estas no eran cualesquiera promesas, sino las que habían incidido en la cotidianidad de millones de personas, leyes que tenían que ver directamente con los bolsillos de las familias mexicanas, que habían cambiado la realidad de la noche a la mañana y que, sobre todo, dejaban atrás la imagen simplista de que todos los políticos eran iguales, que prometían y no cumplían.

De tal forma que, enarbolada bajo el eslogan «Sí cumple», la campaña del Partido Verde se encargó de destacar las propuestas de sus legisladores que se habían aprobado en el Congreso de la Unión: establecer la cadena perpetua para secuestradores, la suspensión de cuotas obligatorias en escuelas públicas, la entrega de vales de medicina en caso de que los derechohabientes del IMSS y del ISSSTE no las pudieran conseguir, multas para quien contaminara el ambiente y la prohibición de los animales en los circos. En la cabeza de los dirigentes del PVEM, México era un mejor país gracias a su eficacia y efectividad legislativas, fruto de un sagaz instinto político que, a diferencia de los demás, sí lograba lo que se

proponía. Porque, claramente, al presumir la aprobación de tales leyes omitían que su difusión electoral no era del todo legal.

Entonces, centrándose exclusivamente en lo «cumplido», lo más patético y paradójico de dicha campaña es que no era del todo falsa, pues, en 2014, los verdes impulsaron la modificación a la Ley General para Prevenir y Sancionar los Delitos en Materia de Secuestro con el fin de incrementar las penas hasta 140 años de prisión a secuestradores que mataran a sus víctimas, lo cual, en aquel contexto, sirvió para vociferar un atractivo discurso de corte punitivo en donde, supuestamente, se haría justicia a los implicados en la privación de la vida de los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa.

El de la mochila verde

Debido a su éxito mediático y estridencia inicial, la estrategia del Ecologista continuó a golpe de publicidad: desde los espectaculares y pancartas gigantes, pasando por los anuncios en el transporte público, en casetas telefónicas y negocios de todo tipo, hasta *spots* de televisión y los cortos que proyectaban las salas de cine antes de las películas (los célebres cineminutos). Dicha campaña tuvo un costo de más de 320 millones de pesos, una cifra exorbitante para que todo México supiera que el Verde «Sí cumple». En ese momento

aparecieron las mochilas, objetos que antes de 2015 no tenían cabida en la historia democrática del país, pero que, en las incontables ganas del Verde de seguir posicionando su mensaje, llegaron como parte de una táctica que buscaba incluir un componente más cercano, personalizado y que le hablara de frente a las personas para que reconocieran la importancia del trabajo de esa agrupación política. Fue así como comenzaron con el envío de cartas a domicilio y con la entrega descomunal de estas mochilas «verdes».

El primer acto donde se registró la entrega de dicho artículo por parte del PVEM involucró a la figura de Manuel Velasco, a quien se le podría atribuir el origen de esta práctica, pues, en sus primeros años como gobernador del estado de Chiapas, en agosto de 2014, distribuyó a alumnos de nivel básico que regresaban a clases cerca de 1 250 000 paquetes escolares que contenían uniformes y mochilas de vivos en verde y con el logotipo y eslogan de su gobierno. Las imágenes de los niños enfundados en los colores del partido político, sencillamente, eran estrambóticas, alcanzando incluso una estética que hasta entonces solo había podido verse en algunas películas o series coreanas. Sin embargo, esta fachada electoral conocida como el Programa Social Educativo Bienestar/Unidos Por La Educación causó tanto revuelo y fue tan bien recibido que habría sido una oportunidad perdida no replicarlo en el marco de las siguientes campañas. De hecho, a diferencia de las

estrategias publicitarias de índole federal y carácter despersonalizado, las mochilas verdes, con sus respectivos artículos promocionales, fueron producidas para que cada Comité Ejecutivo Estatal del PVEM los entregara a lo largo y ancho de la República a cualquiera que fuera su candidato en la elección venidera y, por tanto, tuviera la posibilidad de llevar a cabo una campaña con un novedoso esquema de propaganda que materializara sus propias promesas electorales.

Oscilando entre la compra del voto y la comunicación política, las mochilas verdes distaban mucho de ser mera mercancía de campaña electoral. Los pasos del Partido Verde podían ser frívolos, pero nunca desorientados. Detrás de la aparentemente inocua idea de regalar algunos artículos promocionales está una compleja —y onerosa— operación de *marketing* político que logró con creces posicionar por todo el país la imagen del partido de forma permanente. Fuera de las típicas playeras de algodón o las cachuchas impresas con el eslogan político de moda, en los últimos años no ha existido elemento propagandístico más efectivo que la ola de mochilas tipo *back pack* que, en cuestión de meses, inundó las calles de México de un estéril tucán posado sobre una V.

De dimensiones relativamente pequeñas (tan solo 40 cm de altura, con un ancho de 28 cm y una profundidad de alrededor de 12 cm), fabricadas de poliéster, teñidas de verde, con dos

compartimentos, estas mochilas no solo se caracterizaron por su grosera estética política tan identificable como tramposa sino, quizá principalmente, por su caritativo y peculiar contenido. De manera muchísimo más sutil que la burda entrega de dinero en efectivo a cambio de votos, e incluso algunos años antes del advenimiento y la normalización de las tarjetas electorales con crédito (cuya validez dependería del triunfo de quien las regalaba), estos útiles, además de ser ya por sí mismos un valioso obsequio, se encontraban repletos de regalos mezclados con propaganda electoral, por lo que constituían una vía bastante eficaz de posicionamiento de imagen y fraude a la ley electoral.

Empeñados en identificarse como un partido preocupado por el futuro de la niñez, con propuestas legislativas como la prohibición de cuotas obligatorias en escuelas públicas y el reparto gratuito de útiles escolares y uniformes a estudiantes, los verdes idearon la entrega de sus mochilas —denominadas de manera elegante «kit escolar»— a manera de distintivo y atajo para impulsar dichas políticas públicas desde el primer minuto de las campañas electorales, pues en el interior de los paquetes había lápices, bolígrafos, gomas, cuadernos y reglas, ¡pero no solo eso!, también playeras y pulseras, termos e incluso relojes y hasta un par de libros: *Mujer mexicana y participación política* y *Mi primer libro de ecología* (cuyos derechos editoriales son de Jorge Emilio González Martínez),

todos y cada uno de dichos artículos, pintados de verde y rotulados con el eslogan de turno.

De esta manera, lo que en un primer momento parecía típico proselitismo que, eventualmente, serviría de preámbulo al programa estrella del PVEM enfocado en otorgar útiles escolares gratuitos, fue mutando perversamente hasta convertirse en una forma de posicionamiento político, pues con la distribución del kit escolar, lo que en realidad intentaban era consolidar una estrategia de comunicación basada en la sobreexposición y la difusión desproporcionada de su imagen para aventajar a los demás partidos en los procesos electorales. Los kits fueron una de las maneras en que el Partido Verde finalmente pudo ir creando una efectiva red clientelar en el país. Al distribuir las mochilas en los estratos sociales de menor nivel socioeconómico, los dirigentes del partido maximizaron la parte integral de su comunicación, al grado de que algunas casas encuestadoras los colocaban mejor posicionados que nunca y pronosticaban que serían la tercera fuerza política, desbancando a un desorientado y fragmentado PRD. «Actualmente, somos el único partido mediano del país y con posibilidades de seguir creciendo», aseguraba Arturo Escobar, quien presumía que su mejor resultado en una elección de diputados federales había sido en 2009, cuando habían obtenido 6.52% de los votos, pero que en ese entonces las encuestas los ubicaban entre el

7% y el 11% de las preferencias electorales.

La efectiva estrategia comunicacional restaba importancia al enojo de los otros partidos que acusaban a los verdes de traición y apropiación de logros consensuados por todas las fuerzas políticas para el bien de México. Ese era el momento que habían esperado desde su fundación para saltar a la fama por cuenta propia. Como era claro que el novedoso esquema electoral esbozado en la reforma aprobada en 2013 tardaría algunos años en consolidarse, las circunstancias fueron aprovechadas al máximo por los partidos políticos para calcular fríamente las sanciones en función del costo-beneficio, es decir, calculando que burlar la ley no tuviera tan graves consecuencias. Asimismo, hay que mencionar que las elecciones de 2015 fueron las primeras organizadas por el INE, antes IFE, cuyas responsabilidades crecieron sobremanera para afrontar un reto mayúsculo; por ello, el PVEM hizo valer su ventaja como jugador ante un árbitro nuevo para ganar la partida, así que tampoco le importaron las múltiples sanciones por el incumplimiento sistemático de las reglas electorales durante las precampañas y campañas: uso indebido de propaganda, vulneración del principio de equidad, desobediencia y reiteración de comportamientos indebidos. Con absoluto descaro, el líder partidista aseguró que la estrategia de comunicación desplegada no era una campaña electoral ni se había realizado con dinero para las

elecciones, sino que los recursos eran parte del gasto corriente a cargo del financiamiento del partido que tenían ahorrado. En sus palabras: «Lo gastamos en los objetos partidistas, y para mí no hay objeto más partidista de un partido político, en cualquier parte del mundo, que poder informarle a la gente: de aquello que te prometí, qué hice con la promesa después de que me diste tu voto. Fue el ejercicio que hicimos con los informes y con la campaña institucional del partido».

Sin lugar a dudas, se puede afirmar que el Partido Verde sí cumple... excepto en hacer las cosas de manera legal.

Quizá por eso el PRI permanecía ajeno a las controversias del PVEM, se parecían tanto en su operación que sus prácticas le resultaban conocidas. Al respecto, según el Estudio Nacional Electoral 2015, en aquella elección, la mitad del electorado recibió, como mínimo, un regalo de al menos cada partido político, donde claramente el PRI fue quien alcanzó a más electores (cerca del 34%). Pero detrás de los rojos, con una cobertura del 24%, un partido de los denominados «pequeños», el Verde, se encargó de distribuir regalos a casi un cuarto del electorado, dejando atrás al PAN y al PRD.

Como en su momento lo afirmaron los profesores del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), Ulises Beltrán y Rodrigo Castro Cornejo, a partir de los resultados que arrojó una investigación sobre el clientelismo electoral en

México, en 2015:

el Partido Verde junto con el PRI fueron los partidos que repartieron regalos de mayor valor con mayor probabilidad de buscar comprar el voto. En el caso del Partido Verde, las entradas para el cine, los relojes y las mochilas con útiles escolares fueron los obsequios más mencionados... su caso es notable, pues el Verde es el único que distribuyó más obsequios electorales con valor de mercado y es el partido que utilizó más intensamente el contacto directo para distribuir esos regalos.

Siendo tan similares en sus prácticas, pero tan diferentes en sus maneras, el PRI evitó entrar en la discusión sobre la estrategia de comunicación del Verde, y, como no podía ser de otra manera, se hizo de la vista gorda, permitiéndole cualquier concesión al partido del tucán por un mero pragmatismo electorero. Ello, porque para nadie era un secreto que el Revolucionario Institucional necesitaba alianzas para seguir gobernando con la mayoría, de tal forma que el PVEM se convirtió en el socio natural de la administración en turno, esto no solamente por los buenos resultados obtenidos con la coalición de 2012, sino también porque Jorge Emilio González ya había definido a Enrique Peña Nieto como «el hombre más viable» para representar a las nuevas generaciones.

Aunado a esto, el sistema de partidos había cambiado

radicalmente en tan solo tres años, pues, en palabras de distintos analistas, transitó del pluralismo moderado-excluyente, asentado en tres ofertas políticas, a un pluralismo con dos partidos fuertes (PRI y PAN), dos intermedios (PRD y Morena) y cinco pequeños (PVEM, MC, PES, PANAL y PT), que exigía a todas las fuerzas con representación que se sentaran a negociar y encontrar acuerdos. Por ello, a unos días de que comenzaran las campañas electorales rumbo a las intermedias (donde se renovarían la totalidad de la Cámara de Diputados, así como nueve gubernaturas y 17 congresos estatales), el PRI y el PVEM registraron, ¡por quinta elección federal consecutiva!, una coalición parcial para presentar fórmulas de candidatos a diputaciones en 244 distritos electorales.

Al ir todos los demás partidos políticos en solitario, la estrategia era obvia: el PRI y el Verde aparecían juntos, pero no revueltos, cada uno a su ritmo y con sus mañas particulares; ayudándose en lo nacional, pero manteniendo distancia en lo local; jalando agua para el mismo molino, pero sin confundir las acequias. De ahí, precisamente, que los resultados fueron los esperados; en términos generales, fue una buena elección tanto para el PRI como para el presidente y los suyos, aunque sin caer en la complacencia, tal y como él mismo lo declaró, pues, si bien, la coalición con el Partido Verde obtendría, como mencionamos en el capítulo anterior, la mayoría en la

Cámara Baja con un 38.8%, Morena comenzaba a posicionarse como la cuarta fuerza política con un 8.65% de los votos obtenidos.

Para sorpresa de muchos, aunque los resultados no fueron los esperados dentro del optimismo de Escobar —pues, al final, en lo individual, el PVEM obtuvo un 7.31% de los votos—, sí fueron suficientes para que el partido jugara un papel crucial en la aprobación de las distintas leyes secundarias que sostendrían las reformas estructurales del sexenio peñista. No había duda de que entregar un sinnúmero de kits escolares y publicitarse con la imagen del partido en el papel de las tortillas arrastraba votos, tal vez no como ellos lo esperaban, pero, en definitiva, provocó un efecto dominó que parecía imparable. El Verde Ecologista, poco a poco, aumentaba su base electoral de cara a los sufragios en 2018.

No obstante, tras las elecciones de 2015, el PVEM sumó una treintena de quejas electorales y tuvo que pagar multas por más de 500 millones de pesos, que, según distintas fuentes, lo llevaron a contratar un crédito de 100 millones de pesos con Banco Multiva para hacer frente a sus deudas. Tan solo ese año, en menos de 15 días, el Verde rompió el récord de multas para un proceso electoral, cuando la autoridad jurisdiccional le impuso una multa acumulada de casi 80 millones de pesos. Sin embargo, Escobar todavía defendía su estrategia al argumentar que ellos no habían violado la ley, sino que los

magistrados electorales decidieron cambiar de criterio.

Al margen de las amonestaciones y las severas críticas por lucrar electoralmente con innumerables regalos y publicidad que podría considerarse engañosa, las preguntas siguen en el aire desde hace ya varios años: ¿Cómo es posible que actualmente —de hecho, hasta la última elección en 2021—, los verdes sigan gastando y entregando miles de mochilas? ¿De qué manera todavía puede ser rentable esta tramposa táctica que inició en 2014? Hoy, más que nunca, las mochilas (que no «kits escolares») aparecen absolutamente en todos lados: en las calles y avenidas de grandes urbes y zonas rurales, en escuelas y construcciones, en las caravanas migrantes, en el metro y estaciones de autobuses, y, ahora, hasta en los memes.

Parecerá broma, pero es anécdota: estos objetos se encuentran en el video musical «Land of the Free» del grupo The Killers, dirigido por Spike Lee, ganador del premio Oscar, y hasta en episodios macabros, como el de un sujeto que fue detenido por la policía en la Central de Abastos de Puebla al ser descubierto cargando una cabeza humana en una mochila del Verde que escurría sangre.

En México, cuando se hace referencia al color de una mochila, el imaginario colectivo ya no evoca aquella alegre melodía del género ranchero en la que se hacía alusión a un enamoramiento escolar, donde el protagonista de la canción

achacaba sus depresiones, distracciones y bajas calificaciones a una infanta de «ojitos dormilones», a un misterioso personaje que portaba una mochila cuyo color evocaba las tonalidades del mar en un día soleado. *La niña de la mochila azul*, a pesar de ser todo un hito cultural —pues tiempo después se filmó una película homónima (con la participación de cómicos de la talla de Adalberto Martínez *Resortes* y Marco Antonio Campos *Viruta* y protagonizada nada menos que por Pedrito Fernández y una jovencísima Lucerito)—, con el paso del tiempo y el loco devenir del sistema electoral, había quedado relegada a un segundo término ante las mochilas verdes de los ecologistas.

No deja de ser extraordinaria (aunque al mismo tiempo macabra y espeluznante) la manera en que el Verde fue desplazando al azul como el color por antonomasia para referirse a la imagen de una mochila en México. Por más que resulte incomprensible, llama bastante la atención la forma en que un objeto tan efímero y ordinario como una simple mochila, algo que todas las personas en algún determinado momento de nuestras vidas tenemos la necesidad de usar, se haya convertido en un exótico símbolo de la democracia mexicana, un símbolo de la ilegalidad. Un símbolo, a final de cuentas, de la corrupción y el cinismo de nuestro sistema de partidos políticos. No importaba que la usaran niños, adolescentes o personas migrantes que ni siquiera podían

votar, de lo que se trataba era de utilizar el cinismo para la trampa. Por eso mismo, en cada proceso electoral, sin falta, los verdes incrementaban la producción y reparto de mochilas, al grado de que estos artículos se volvieron algo indisociable a la democracia mexicana, adquiriendo su propia identidad y erigiéndose como un ícono *kitsch* de la cultura popular, ya que, al tiempo de ser intervenidas por algunos pintores para convertirlas en fabulosas obras de arte, también habían llegado a distintas páginas de internet donde eran revendidas en precios que oscilaban entre los cuatrocientos y los mil pesos.

Las mochilas del Partido Verde se han vuelto un caso icónico de las dádivas a cambio de un voto. Sin embargo, esta conducta cuesta, y mucho, a los mexicanos, ya que, al mantener su estrategia desaforada de reparto de mochilas durante años, lo gastado tan solo entre 2020 y 2021 asciende a 236 millones de pesos. En la última elección, según información de distintos medios, el PVEM regaló más de un millón de mochilas verdes con el logotipo del tucán, a pesar de que los niños no votan en las elecciones y de que, desde hace meses, tomaban clases en línea como una medida para frenar los contagios durante la pandemia.

Debido a que la entrega de mochilas ha desafiado cualquier parámetro de racionalidad, y en ocasión de que el actual sistema de fiscalización puede ser burlado con alguna pericia,

hoy en día no se sabe a ciencia cierta cuánto ha gastado (o, más bien, invertido) el Verde en estos objetos a lo largo de su historia ni cuántas mochilas existen en circulación en el país. Se podrán tener cantidades aproximadas, pero lo cierto es que dicha cifra rebasa por mucho la cantidad de sus electores. Son millones, y para tener un marco de referencia, valga decir que en 2020 este partido desembolsó cerca de 210 millones de pesos para adquirir más de cuatro millones de mochilas, es decir, una compra para enmochilar a casi la totalidad del estado de Nuevo León, el tercero con mayor población de la República.

Tales acciones, que a todas luces resultan reprochables desde un plano ético por lucrar con un tema tan sensible como el que millones de niños y niñas tengan una educación de calidad, fueron debidamente sancionadas en el plano jurídico tanto por el INE como por el Tribunal Electoral, pero, en un inicio, no precisamente por resultar violatorias del principio de equidad en la contienda enmarcado en la Constitución ni mucho menos por disfrazar las entregas de mochilas como tácticas políticas para alimentar un clientelismo en el que las dádivas electorales condicionen el voto de la ciudadanía, sino, nada más y nada menos, ¡porque algunos de los regalos que contenía la mochila no eran ecológicos! El Partido Verde Ecologista, ni verde ni ecologista. La propia ley electoral menciona que los únicos artículos

promocionales que se pueden entregar en las campañas deben ser utilitarios (es decir, que contengan imágenes o emblemas de los partidos políticos, conllevando por sí mismos un provecho del individuo que los recibe) y, además, estar elaborados preponderantemente de materia textil; la entrega del kit escolar, evidentemente, constituía una infracción en ocasión de que las gomas, los lápices, las plumas y la mayoría de los regalos que contenía la mochila eran considerados objetos utilitarios fabricados de algún material prohibido.

A pesar de que las mochilas eran de fibras de poliéster, e incluso cuando los abogados defensores del PVEM tuvieron el descaro de alegar que ciertos objetos, como el termo y el reloj, debían ser considerados una especie de propaganda impresa, normas electorales tan específicas como esas no solo existen con la finalidad de que los partidos políticos dejen de utilizar plástico en sus campañas —y evitar así que tales materiales contengan sustancias tóxicas o nocivas para la salud y el medio ambiente—, sino también, y sobre todo, para que un mero donativo no influya de manera determinante en la elección de los gobernantes.

No obstante exista esta normatividad restrictiva que intenta modificar la prototípica activación clientelar del electorado en México, habrá que recordar que la propaganda política no es una actividad ilícita por sí misma, su finalidad sencillamente radica en que los partidos puedan transmitir sus ideas y

alternativas para moldear las convicciones de los votantes (de ahí que la etimología de la palabra provenga del latín *propagare* que significa reproducir, plantar o, en un sentido más genérico, amplificar). El problema es que el Partido Verde llevó esta actividad hasta el extremo.

El PVEM dio cumplimiento, sin chistar, a la sanción que consistía en la reducción del 25% del financiamiento público ordinario que recibía en aquel entonces (que ascendió a más de 2.8 millones de pesos) y en la obligación de suspender de manera inmediata la entrega del kit escolar (donde, en una medida tampoco muy ecológica que digamos, el Tribunal ordenó que los objetos elaborados de materiales prohibidos fueran destruidos como medida reparadora del daño), con ello asumían, con una mano en la cintura, que la pena era merecida, o más bien, se dieron cuenta de que infringir la ley les era redituable. Por eso, el castigo fue lo de menos en su célebre «operación mochila». Aquí el caldo no salía más caro que las albóndigas. Tal y como sucedieron los hechos, es posible inferir que la maniobra estaba fríamente calculada, pues ya era conocido que los verdes habían pensado en las mochilas como la fórmula perfecta para burlar la ley sin acabar de burlarla, en todo caso, tales estrategias servían para burlarse de la autoridad electoral a sabiendas de que por más sanciones que se les impusieran, jamás les iban a restar electores.

#QuitenElRegistroAlVerde

Así, ante la pasividad del INE y las ineficaces resoluciones del Tribunal Electoral respecto a las reiteradas violaciones a la ley y los actos desfachatados del PVEM, distintas personas llevaron a cabo una campaña en la que solicitaban la cancelación del registro del partido por «el conjunto y magnitud de violaciones graves, sistemáticas y reiteradas cometidas en contra de la Constitución y de las leyes en materia electoral en el marco de los comicios de 2015». El ejercicio resultaba inédito no solo porque la exigencia social iba dirigida tanto al Partido Verde como a los árbitros electorales —entreviendo una suerte de complicidad y permisividad entre tales actores—, sino, y tal vez principalmente, por la amplia convocatoria que se consiguió. En tan solo unos días, un grupo de ciudadanos (entre los que destacan Alfredo Figueroa, Carlos Brito, Denise Dresser, Eduardo Huchim, Leo Zuckermann, María Santos, Martha Tagle, Miriam Morales, Mónica Tapia, Mony de Swaan, Paulina Arriaga, Sergio Aguayo y varios más) abrió una petición en la plataforma change.org a la que rápidamente se sumaron más de 162 000 firmas.

La idea era tan sencilla como brillante, ya que la estrategia, a pesar de tener un fundamento jurídico, se erigía desde la trinchera de la sociedad civil a partir de la exigibilidad e intentaba resaltar que las mañas del Verde no eran aisladas.

La clave era pegarle al partido donde más le dolía, es decir, en lo mediático, de tal modo que se buscaba destacar por todas las vías posibles que, ya que era imposible restarle votos en las urnas a causa de sus trampas, resultaba indispensable entonces que la autoridad electoral detuviera ese desastre. Por eso, en diferentes ocasiones se posicionó en Twitter el *hashtag* «quiten el registro al verde» que, además de servir de bandera para aglutinar las acciones que se estaban forjando en contra de este partido político, expandió el impacto de la solicitud que exigía desde la ciudadanía descalificar al PVEM por trastocar las reglas del juego democrático.

Mediante el listado de conductas que iban desde la contratación y adquisición a través de sus legisladores de cerca de 300 000 *spots* en televisión de manera ilegal, pasando por la invasión a la privacidad, hasta la propaganda ilegal en tortillerías, la exigencia por quitarle el registro al Verde crecía y crecía al grado que seis de los diez partidos políticos nacionales en aquel entonces (PAN, PRD, PT, Morena, Partido Humanista y Encuentro Social) recogieron dichas inquietudes y también solicitaron al INE abrir un procedimiento para resolver la controversia. La oportunidad era histórica, nunca antes en la democracia mexicana la propia ciudadanía había impulsado y presionado para que el árbitro electoral impusiera la sanción más grave posible a un partido político, a pesar de que este había superado el umbral de votos

ciudadanos que la legislación señalaba. Y aunque, al final del día, el objetivo no se cumplió debido a que los resultados de la votación arrojaron una mayoría de siete votos a favor de que el Partido Verde Ecologista conservara el registro y solo cuatro en contra, la indignación de la ciudadanía ya no podía ser ignorada y el antecedente resultaba profundamente significativo.

Si bien distintos consejeros y consejeras como Córdova, Favela y Murayama coincidieron en que la única pérdida de registro que debía ocurrir en democracia transitaba por las urnas y, en consecuencia, la sanción solicitada por la sociedad era desmedida, lo cierto fue que el INE prefirió no castigar la sistematicidad de las violaciones del Verde, bajo el argumento de que se había multado al partido por todas las transgresiones cometidas y que no se podía penalizar dos veces por los delitos ya sancionados:

No se trata de conductas aisladas, o coyunturales. Lo que se acredita, tal como el propio proyecto lo establece, es que, desde septiembre de 2014, es decir, siete meses antes de que los demás partidos políticos empezaran las campañas electorales, el Partido Verde emprendió una estrategia publicitaria integral, reiterada y constante a través de diferentes medios y vías, que claramente buscaba favorecerlo frente a la ciudadanía de manera indebida, vulnerando el principio de equidad en la competencia

dijo la consejera Pamela San Martín, quien, con los consejeros José Roberto Ruiz Saldaña, Arturo Sánchez Gutiérrez y Javier Santiago Castillo, estuvo en contra del proyecto en el que se propuso no quitar el registro al Verde.

En tal sentido, Horacio Duarte, representante de Morena ante el Instituto, afirmó que ese organismo permitiría la impunidad del Partido Verde pese a haber violado la Constitución (quién hubiera dicho que, años más tarde, se tragaría sus palabras, ya que tan solo un par de elecciones después los verdes ya estarían aliados con ellos). En igual orden de ideas, Francisco Gárate, representante del PAN y exsocio del PVEM, afirmó enojado: «La violación del Estado de Derecho implica el encubrimiento, implica solapar conductas indebidas, significa corrupción».

No había manera de sacar al Verde de la jugada. El error de dicha decisión del INE ha seguido causando graves daños a la democracia mexicana. Y aunque algunos, como Sergio Aguayo, afirman que esta acción emprendida desde la sociedad civil fue la que al final del día terminó por restarle una amplia popularidad y ayudó a que sus aliados tricolores no refrendaran el poder en la elección de 2018, no fue suficiente para que los ecologistas dejaran de aventarse otro de sus increíbles saltos mortales ideológicos y decidieran asociarse con el partido de Andrés Manuel López Obrador en 2020.

LAS RATAS SON LAS PRIMERAS
QUE ABANDONAN EL BARCO.
EL VERDE SE VUELVE GUINDA

El 2018 fue un año de posible conflicto para la «moral» de los dirigentes del Partido Verde. El tiempo con el PRI no había hecho más que rendirles buenos frutos: crecimiento sostenido, mayor visibilidad, un halo de impunidad con el que nada ni nadie, ni la ciudadanía ni las autoridades electorales, parecía poder tocar sus negocios; poco más se podía pedir. Sin embargo, el Verde pocas veces se había equivocado en sus cálculos políticos y sabía que, como en el I-Ching, tocaba cambio. Solo faltaba saber cómo hacerlo.

Dos es siempre más divertido

Desde casi un año antes de la elección presidencial, las encuestas avizoraban ya un triunfo inminente y arrasador de AMLO, incluso antes de la definición de los candidatos opositores. Asimismo, tanto la elección del PAN de postular a Ricardo Anaya, un deslucido político cuya mejor carta era la juventud, como la del PRI de postular a José Antonio Meade, un

prominente miembro del gabinete peñista, hicieron poco para cambiar la tendencia. Con la ingratitud que lo caracteriza, meses atrás, el Partido Verde ya había comenzado a buscar formas de desvincularse de su cercanía al tricolor. Por ello, el entonces senador Pablo Escudero avanzó en la posibilidad de ir, por segunda vez en su historia, de forma independiente y postular a su correligionario Carlos Puente, pero, otra vez, recordando el I-Ching, no parecía el momento oportuno para correr tal riesgo. Una elección con un oponente tan fuerte podía borrar de un plumazo un partido que no estuviera acompañado.

Por esa razón, el propio Puente comenzó a explorar la opción de unirse al Frente Amplio Opositor (que más tarde se llamaría Por México al Frente) y reavivar la llama con el PAN; sin embargo, frente a la negativa, especialmente de Movimiento Ciudadano, que había pugnado fuertemente por quitarle el registro a los verdes hacía unos años, se trató de postular a un candidato «ciudadano» que le asegurara al menos los votos necesarios para mantener el registro; fue entonces cuando mencionaron entre sus posibles *gallos* a la reputada Julia Carabias (en lo que posiblemente era el primer acto ecologista congruente en la historia del partido) o al líder moral de la izquierda, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas. No se concretó ninguna de estas propuestas.

Al Verde, entonces, no le quedó de otra que mantener su

alianza, ya sin amor ni conveniencia, con el PRI y apoyar, al menos de dientes para afuera, a José Antonio Meade, político que en los últimos años había ocupado los cargos de Secretario de Desarrollo Social, de Relaciones Exteriores y de Hacienda y Crédito Público; era, por una parte, el *poster child* de la tecnocracia y, por otra, una confirmación de todo lo que había marcado al sexenio de su jefe: una crisis de seguridad en aumento con una estrategia inercial, un rastro de corrupción que había comenzado con la Casa Blanca y seguía hasta la Estafa Maestra, pero, especialmente, un desprecio profundo de la clase política por las demandas ciudadanas. No obstante, la lealtad no es precisamente la marca de la casa ecologista, mucho menos si no hay beneficio propio. Por ello, a pesar de ir en coalición —en gran medida porque no les quedaba de otra— los verdes estrenaron un nuevo vicio: el doble juego.

Como en todo, el Partido Verde no improvisaba con respecto a su futuro, y al tiempo que reafirmaba pública y jurídicamente su compromiso con el PRI y asumía su papel en la Alianza, ponía ya en marcha un plan para migrar hacia su siguiente huésped: evidentemente, Morena. La estrategia era sencilla y la ejecutaron con maestría. La Celestina en este caso fue Fernando Coello, abuelo del Güero Velasco y quien, en ese entonces, estaba ya por culminar su ciclo como gobernador de Chiapas. Gracias a él, Velasco y AMLO comenzaron a estrechar discretamente lazos y, sobre todo, a apoyarse mutuamente.

La primera estocada se dio en la definición de la candidatura a la gubernatura, donde Manuel Velasco y sus aliados, gracias a una disputa con el mismísimo José Antonio Meade, que no respaldó a quien el todavía gobernador de Chiapas proponía como su sucesor—asunto que, en retrospectiva fue costosísimo para el presidenciable—decidieron que, «dada la fuerza electoral del PVEM», no era conveniente ir en alianza con el PRI, así que postularon a Luis Fernando Castellanos en una coalición con dos partidos señalados desde siempre de ser satélites del PVEM: Chiapas Unidos y Mover a Chiapas. Con ello, dejaban al PRI —que pudo haber sido competitivo en la entidad yendo en conjunto con sus ya no tan amigos del Verde— en un lejano tercer lugar y sin posibilidades de triunfo. La segunda estocada se dio en efectivo. Por medio de David León, un oscuro funcionario que, dependiendo de a quién se le pregunte, trabajaba (¿o no?) en el gobierno de Chiapas y había sido (¿o no?) asesor de comunicación del Partido Verde. Por medio de sus oficios, Velasco comenzó a enviar «donativos» al movimiento de López Obrador; un par de millones fueron entregados en propia mano a enviados cercanos del futuro candidato: a sus propios hermanos. La tercera fue evidente. Velasco le otorgó a Morena un presente de pago a futuro: cedió su estructura electoral cuidadosamente cosechada a lo largo de casi dos décadas. Como fue denunciado en su momento por

los propios candidatos del PRI y del PVEM, Velasco, discreta pero eficazmente, encaminó la operación de toda su estructura a apoyar a Rutilio Escandón, candidato de Morena. Como por arte de magia, en una entidad donde Morena no tenía fuerza ni arraigo (recordemos que el zapatismo, el movimiento de izquierda más visible en Chiapas, no ha simpatizado jamás con AMLO, y, de hecho, buscaron la candidatura independiente de Marichuy para competir electoralmente en su contra), Escandón obtuvo casi el 40% de los votos, seguido de Castellanos, con un lejano 22%. Del PRI ni hablamos.

Así, mientras la alianza por la presidencia peleaba por su vida desde un lejano tercer lugar, Velasco ya pavimentaba el camino para dar el salto.

Muerto el PRI, viva Morena

La elección de 2018 marcó, además del triunfo de Andrés Manuel López Obrador y la obtención de la mayoría en las Cámaras, el final del PRI como partido «grande». Para la elección presidencial, Meade obtuvo menos del 20% de los votos, la organización no ganó una sola senaduría por mayoría relativa y solo obtuvo un triunfo en diputaciones. Su bancada fue la más pequeña en su longeva historia. A la alianza en cuestión, donde también participó el PANAL, no le fue mejor. Después de su crecimiento sostenido, el PVEM

perdió a cinco de sus senadores, aunque de los dos que quedaban uno fuera Manuel Velasco, quien culminaba su encargo en Chiapas, y a 31 diputados. Su bancada regresaba al tamaño que tenía a principios de los 2000. Sin embargo, las dimensiones nunca le habían importado al Verde y siempre confiaba en sus capacidades de negociación, así que, ni tardo ni perezoso, el senador Velasco hizo un listado de *milagros*, y, de la mano de su abuelo, buscó a López Obrador para felicitarlo por su triunfo y poner a su disposición su haber: una bancada que, dada la constitución de la Cámara, era nada más y nada menos que el fiel de la balanza. El sueño de Emilio González padre, visualizado desde 1994, por fin se hacía realidad (en la realidad más perversa, pero realidad al fin).

El 1 de septiembre de 2018, en la ceremonia de inicio de sesiones del Congreso de la Unión, el PVEM, el senador Manuel Velasco y la otrora jefa de la Estrategia Digital del Gobierno de Peña Nieto, Alejandra Lagunes, así como los diputados verdes obtenidos mediante la alianza con el PRI, afirmaron «haber recapacitado» sobre la ya entonces llamada «cuarta transformación», y jugaron de nueva cuenta la carta del amor a México y la comprensión de la necesidad de cambio (que reciclaron del triunfo de Fox) jurando de esa manera lealtad al nuevo y todopoderoso presidente. Iniciaba otra época de cercanía con el poder, ahora pintada de guinda y disfrazada de popular.

Aun así, la transición, aunque aceptada en un movimiento que desde la campaña presidencial se había acostumbrado a la política descarada de admitir —en una lógica de interés disfrazada de redención— como aliados a Joaquim Nasson, de la Iglesia de la Luz del Mundo, o al yunquista Manuel Espino; levantó cejas y quejas entre varios militantes que vieron en la alianza con el Verde la más profunda traición a los principios de un movimiento supuestamente de izquierda y que velaba por el bien del país. Y tenían razón. ¿Qué coincidencias tenía Morena con el Ecologista? Aparentemente, solo la vulgar ambición.

Velasco: gobernador y senador al mismo tiempo

Además de saber que no eran bien recibidos por una parte de sus nuevos aliados morenistas, los verdes arrancaron el sexenio con un nuevo escándalo protagonizado, esta vez, por Manuel Velasco Coello.

El 30 de junio de 2018, un día antes de las votaciones, el Instituto Nacional Electoral admitió que el PVEM incluyera en el primer lugar de su lista plurinominal al todavía gobernador de Chiapas, quien terminaría su sexenio en diciembre de 2018 y a quien, dada la operación encubierta con Morena, el Verde le debía más que un sentido agradecimiento. A última hora, el Güero amarró su hueso para el siguiente sexenio. Sin

embargo, pronto tuvo una complicación: ¿cómo iba a ser senador y gobernador al mismo tiempo? La solución fue tan simple como burda, y al estilo de la película *La ley de Herodes*, el «pinche Velasco» cambió la constitución chiapaneca.

Como en todas las constituciones del país, empezando por la federal, existe la prohibición expresa de ostentar dos cargos públicos al mismo tiempo. Pero eso no detuvo a Velasco, quien, haciendo uso de su mayoría, pasó ex profeso una reforma constitucional que le permitía renunciar a la gobernatura, tomar posesión como senador y pedir licencia en esta función para luego —la cereza del pastel— volver en la figura de gobernante interino a concluir su período. Su nombre era *descaro*.

Esta movida, aunque magistral, no cayó bien con sus nuevos aliados, quienes todavía se daban en ese momento baños de pureza y pretendían conservar su halo de superioridad moral. A pesar de que Velasco alegó la legalidad de su maniobra, quedó claro que, incluso si lograba cobrar el favor de conseguir la licencia como senador, este precedente podía lastimar la tierna alianza recién celebrada y, por un momento de desmedida ambición, podían quedarse como el perro de las dos tortas, rechazados por sus antiguos aliados y relegados por los nuevos. Al esposo de Anahí no le quedó más que desistir de sus rebeldes aspiraciones y, firme a su compromiso de terminar su sexenio en Chiapas, dejó como

senador a su suplente, Eduardo Enrique Murat. No regresaría al senado sino hasta diciembre de 2019.

Los escándalos de Velasco no terminarían ahí, aunque siempre tuvieran un final feliz. En igual sentido, una de las primeras noticias que empañó el halo de moralidad con el que arrancó el gobierno obradorista fue la filtración de un video protagonizado por David León, el asesor-no-asesor, colaborador-no-colaborador de Manuel Velasco y Pío López Obrador, hermano del presidente.

David León llevaba tiempo estrechando lazos con el obradorismo, probablemente en parte por mandato de Velasco que preparaba el abordaje de ese nuevo barco, y seguramente también por interés personal. Para él, tanto el premio como el castigo llegaron pronto.

Apenas pasado el triunfo del primero de julio, fue designado como parte de la ayudantía de López Obrador para ser el encargado de la seguridad del presidente electo. Entre sus funciones estaba la de coordinar la logística de los eventos. Más adelante, incluso sería propuesto públicamente por el titular del Ejecutivo como el futuro director de la empresa de distribución de medicamentos del Gobierno federal. Negocio cercanísimo a los intereses verdes.

Sin embargo, y por el bien de todos, en el año 2020 el portal *Latinus* hizo público un video donde se observa claramente que León le entrega a Pío López Obrador un sobre lleno de

dinero, con la nada despreciable cantidad de millón y medio de pesos, y le solicita que lo entregue a su hermano al tiempo que enfatiza que haga de su conocimiento la procedencia del dinero. «Hazle saber al licenciado, a través de tus medios, que lo estamos apoyando. El chiste es apoyar. Esa es la consigna. A futuro, el proyecto, al 18».

El propio Andrés Manuel López Obrador confirmaría la recepción de este dinero y hasta la fecha ha tratado de minimizar el asunto señalando que se trataba de donativos bienintencionados del pueblo. Por su parte, David León jamás precisó el origen de los recursos y se limitó a señalar que «recolectaba recursos entre conocidos para la realización de asambleas y otras actividades».

A pesar de ello, y de que en 2022 la Fiscalía Especializada en Delitos Electorales absolviera tanto a León como al hermano del presidente al considerar que ninguno de los dos había cometido delito electoral alguno, León ya no fue llamado a ocupar ni la dirección prometida ni otro cargo público dentro del Gobierno obradorista. A Velasco, en cambio, este asunto no le comprometió ni un ápice.

Chiapas y Quintana Roo. Estafa, dinero e impunidad

Los escándalos del Verde en su tercer matrimonio no terminaron con esos *gaffes*. El 2021 sería uno de los años más

saturados de notas negativas, incluso para un partido acostumbrado a tener mala prensa. A principios de año, unos meses antes de iniciar el proceso electoral, la Auditoría Superior de la Federación (ASF) detectó irregularidades en la cuenta pública del gobierno de Chiapas que ascendían a más de mil millones de pesos. El esquema, idéntico al de la Estafa Maestra, identificaba pagos a más de una docena de empresas fantasma por bienes y servicios diversos: obra pública, materiales didácticos, servicios de logística y un amplio etcétera. Siguiendo la pista de lo que la ASF había encontrado, la organización Mexicanos Unidos Contra la Corrupción y la Impunidad documentó el asunto: los supuestos dueños de las empresas eran en realidad personas humildes de Chiapas y Morelos que acusaron que se les había robado su identidad, y sus supuestos domicilios eran lotes baldíos, bodegas abandonadas y casitas de autoconstrucción donde no se sabía de los negocios millonarios y, en muchos casos, las empresas que se habían ocupado para estos esquemas eran las mismas. Por ejemplo, la empresa Factibilidad Empresarial de México S.A. de C.V., cuyo «dueño» era mensajero y chofer, facturó para el gobierno de Chiapas, solo en 2014, 60 millones de pesos. Como ya sabemos, muchas de estas empresas han sido identificadas por el propio Servicio de Administración Tributaria como simulaciones.

Al respecto, José L. Nassar, abogado de Manuel Velasco,

señaló la inocencia del exgobernador y, sin negar los hechos, dijo que dicho funcionario «no podía estar enterado de todo, delegaba asuntos a su gabinete y que por eso deseaba que se aclarara el asunto y fueran encontrados y sancionados los responsables». A pesar de lo ominoso del hecho y de la declaración, el asunto no pasó a mayores. Ni la auditoría ni otra autoridad presentó denuncias contra Velasco. Sin embargo, ante la solicitud de comparecencia del mismo en el senado, el recién estrenado auditor —elegido con los votos del PVEM y de Morena, por supuesto— David Colmenares afirmó que el gobierno de Chiapas «ya había solventado todas las irregularidades» y dio carpetazo al asunto. La razón: la elección de 2021. De nueva cuenta, estar «del lado correcto de la historia» colocaba a los del Tucán en su posición favorita, la de la impunidad.

De forma casi simultánea, los periodistas ponían los ojos en el otro bastión del partido y nido del Niño Verde, Quintana Roo, por dos asuntos no menores: la destitución del líder del partido en el estado, el diputado local José de la Peña Ruíz, por nada más y nada menos que vínculos con la mafia rumana y el descubrimiento de lo que la prensa denominaría «el Cártel del Despojo»; una red de funcionarios y pseudoempresarios ligados al Partido Verde que se dedicaban a obtener, por medio de colusión y engaños, propiedades de lujo en las zonas turísticas mejor valuadas de la Riviera Maya.

El relevo de José de la Peña Ruíz se produjo a partir de que la Unidad de Inteligencia Financiera congelara sus cuentas bancarias por un posible nexo con la mafia rumana en una operación que incluía la clonación de tarjetas, la trata de personas y la extorsión. De acuerdo con la denuncia, este grupo criminal, cuyo jefe presumiblemente era Florian Tudor, alias «El Tiburón», trabajaba con una serie de operadores políticos que les facilitaban accesos, contactos y con los que tenían una turbia relación de favores mutuos.

A pesar de la magnitud de la acusación, el Verde solo se lavó parcialmente las manos y, si bien lo destituyó como su líder en Quintana Roo, asunto que hacía mucho sentido si tomamos en cuenta que había un proceso electoral federal en curso, mantuvo a de la Peña como su diputado local y coordinador parlamentario.

Por su lado, la investigación periodística sobre el Cártel del Despojo develó, con un robusto sustento, que otra parte de la élite del Partido Verde en Quintana Roo también se encontraba en negocios poco claros. Gustavo Miranda García, compañero de bancada de José de la Peña, y su madre Erika García Deister habían ideado e implementado un esquema para apoderarse ilegalmente de inmuebles de alto costo con un *modus operandi* donde, a través de su empresa García y Miranda Trading S.A. de C.V., primero contrataban a un supuesto empleado —que incidentalmente era también un

líder local del PVEM y amigo de Gustavo— al tiempo que compraban a crédito un departamento de lujo. Después, la empresa dejaba de pagar tanto el crédito como el sueldo de estos empleados (algunos de los cuales ascendían a los \$200 000 pesos mensuales) y estos demandaban a la empresa por incumplimiento de obligaciones laborales. El tercer paso dependía de la Junta de Conciliación y Arbitraje, quien de forma milagrosamente rápida resolvía a favor del empleado y le permitía cobrar el adeudo que tenía la empresa no con un cheque, no con una transferencia, no con un automóvil, sino precisamente con una de esas propiedades que se encontraban en moratoria de pagos. Por último, también en un ejercicio de eficiencia nunca antes visto, el Registro Público de la Propiedad adjudicaba tales terrenos a nombre de los nuevos propietarios, dejando a los anteriores vendedores (a quienes había comprado originalmente la señora Erika) en estado de indefensión.

Así, Luis Pablo Bustamante Beltrán, sustituto de De la Peña como líder del partido en Quintana Roo, José Luis Sosa, Marcela Bañuelos, Eugenio Segura Vázquez, quien en ese entonces trabajaba como el subsecretario de Servicios Financieros en el Congreso de Quintana Roo, Mónica Adriana Meléndez Martínez, jefa de departamento en el Congreso de Quintana Roo, y los mejores amigos de su hijo, se convirtieron casi de la noche a la mañana en propietarios de

departamentos y casas en condominio valuados en más de 15 millones de pesos y, más tarde y ya instalados en el cinismo, constituirían empresas con su supuesta mala patrona para seguir aprovechándose de sus vínculos, de sus posibilidades y de las oportunidades que les brindaba Quintana Roo. Por ejemplo, Jorge David Segura Rodríguez, a quien se le identifica como uno de los operadores de esta estafa, hizo más adelante una sociedad con Gustavo Miranda denominada Xolos Transfer para la prestación de servicios de transportación privada que, con tranquilidad y éxito, opera hasta el día de hoy.

También en este caso la Fiscalía abrió de oficio una carpeta de investigación que hasta la fecha no ha producido resultados. En ambos supuestos, todos y cada uno de los implicados se mantienen activos en la política local.

La cereza del pastel tuvo como sede la Cámara de Diputados, donde la Contraloría Interna documentó que el 93% de los gastos realizados por el grupo parlamentario durante los primeros dos años de legislatura habían sido ejercidos de manera irregular por los diputados del Verde. Así, 19.9 de los 21.3 millones de pesos otorgados a la bancada se gastaron en contratar empresas fantasma, pagar aviadores y hasta en comprar ropa para una diputada. En palabras del informe:

Las operaciones financieras y las actividades administrativas realizadas por el Grupo Parlamentario no se apegaron a la normatividad aplicable, debido a que se detectaron inconsistencias en los procedimientos de contratación de prestadores de servicios; así como inadecuada asignación y comprobación de apoyos extraordinarios al personal y de apoyos diversos para diputados.

Los diputados del Verde no se molestaron en aclarar las observaciones. A pesar de que son tiempos de discursos huecos y narrativas prolongadas, los del tucán prefieren pocas palabras.

2021, amarraditos los dos

Un contexto como el anteriormente descrito hubiera significado para cualquier partido, en cualquier democracia medianamente funcional, un escenario cuesta arriba, pero no para el Verde a quienes estas bombas no les representaron ni siquiera una declaración de desagrado o reprobación por parte de sus concubinos, quienes tenían sus propios cálculos, problemas y, sobre todo, ambiciones.

A lo largo de los casi dos años del sexenio de la transformación del país, el PVEM le había demostrado al presidente que, aunque tardados en sumarse a su proyecto de nación, su alianza valdría la pena. Desde el arranque del sexenio en el Congreso de la Unión, los verdes se convirtieron

en los más solícitos seguidores del primer mandatario. Sin parpadear, le otorgaron a inicios de la legislatura los cinco diputados necesarios para que se hicieran del control de la Cámara y, por si esto no fuera suficiente, votaron a favor de la Ley de Austeridad Republicana, de la contrarreforma educativa (a pesar de que, paradójicamente, también lo habían hecho por la reforma educativa de Peña Nieto), de los presupuestos que castigaron a los órganos constitucionales autónomos y de absolutamente cualquier iniciativa que propusiera el Ejecutivo o su bancada. Con ello, Morena se encontró los primeros tres años con una supermayoría que le permitió hacer y deshacer a sus anchas.

La abyección le valió ganarse, si no el aprecio, sí el silencio de los aliados tradicionales de AMLO, incluyendo el Partido del Trabajo (PT), otro chiquillo que, a diferencia del PVEM, ha vivido casi desde su inicio con el Jesús en la boca, peleando por su supervivencia y que, también a diferencia de los Verdes, había acompañado a Andrés Manuel desde el principio de su trayectoria política en el entonces Distrito Federal. Por esta razón, y a pesar del clásico ritual de apareamiento del PVEM donde anuncia meses antes de un proceso electoral que se encuentra valorando la posibilidad de ir en alianza con X, Y, o Z partido; la eventual formalización de un matrimonio de los tres partidos para la elección intermedia se vio como algo natural y esperado.

Esta unión, como todas las forjadas por el PVEM no era a su sola conveniencia, sino también convenía a Morena, pues luego del triunfo arrasador de 2018, tanto en lo federal como en lo local, el partido del presidente tenía claro que no quería nada que no fuera la hegemonía a cualquier precio; por ello, previendo el natural desgaste de mitad de sexenio, no podía darse el lujo de perder a quienes les aseguraron su mayoría en el Congreso, pues todavía tenían en la mira dos reformas indispensables para el obradorismo: la energética, postergada por la pandemia, y una nueva reforma electoral.

Con esto, el Verde formalizaba su concubinato con Morena, y en una entrevista a Arturo Escobar donde se le increpaba su, digamos, promiscuidad política, con una muy probablemente fingida indignación señalaba: «que nos digan que somos oportunistas se me hace ridículo». De nuevo vendían amor del bueno y de nuevo tenían comprador.

Como siempre, los verdes no escatimaban en los procesos electorales y pusieron a disposición de las candidaturas de la alianza sus nada modestos recursos, es decir, *spots* en radio y televisión, un arsenal en propaganda legal e ilegal, inexplicable dinero en efectivo y una bonita cartera de nexos que podían apoyar a Morena a conquistar nuevas tierras. Entre ellas, discretamente, San Luis Potosí. Así, el 2021 representó para el Verde volver al círculo de los ganadores. Aplicándole a Morena la vieja confiable del convenio de

colaboración, el PVEM obtuvo 48 diputados que lo colocaban en su máximo histórico y en una posición de partido bisagra. Al respecto, Escobar repetía de nueva cuenta el mantra que los había colocado ahí, la idea genial de Jorge González Torres: «(el tamaño de la bancada) nos coloca en una posición envidiable y en la posibilidad de tener diálogo no solo con los aliados, que son Morena y el PT, sino con todos los partidos políticos». No es que pensarán de momento en cambiar de bando, pero nunca estaba de más hacérselo saber a los interesados.

Otra vez, en esta elección el PVEM repitió la dosis de *influencers* que ya era costumbre. A sabiendas de las dificultades que tenían las autoridades electorales para sancionarlos, de nueva cuenta, tal como en 2015, vimos aparecer en el período de la veda electoral a Bárbara del Regil, Belinda, el infaltable Raúl Araiza y a otros animosos de las redes sociales llamando a votar por la alianza de la que el Verde formaba parte y, aunque también recibieron una multa por más de 118 millones de pesos, parecía —y parece— que no se trataba de un gasto, sino de una inversión.

Además de los triunfos en la Cámara Baja, los verdes se coronaron con un nuevo hito para el partido. En la elección de San Luis Potosí, por primera vez en su historia, un partido grande, el partido más grande en su momento, declinaba una candidatura para adherirse a ellos. Ricardo Gallardo ganaba

su segunda gubernatura para el Verde y de qué forma.

Ricardo Gallardo o el arte de ganar casi sin querer

La elección del candidato del PVEM en San Luis Potosí sorprendió a la propia militancia en la entidad. Sin consultarlo con sus afiliados, el Niño Verde decidió postular a Ricardo Gallardo, exdiputado, expresidente municipal y miembro del partido.

Gallardo era fuerte en tanto que ya tenía dos elecciones ganadas en la entidad y era cercano a los dirigentes del partido. Su familia gobernaba el municipio de Soledad de Graciano desde 2009, donde habían formado un grupo supuestamente denominado «La Gallardía» que, a decir de militantes y adversarios políticos, se había encargado de controlar la vida política del municipio. Sin embargo, no gozaba de la mejor fama pública. Autodescrito como abogado y empresario, tiene un expediente digno de observarse con lupa. Otrora perredistas, en 2006, él y su padre, también Ricardo Gallardo, fueron denunciados por sus correligionarios ante el Comité Estatal del partido por tener vínculos con el Cártel del Noreste, un grupo recién escisionado de Los Zetas, en ese entonces la organización delincuencia más fuerte de la región. La denuncia cayó en saco roto.

Unos años más adelante, en 2015, fue detenido por la subprocuraduría especializada para investigar transferencias ilegales por más de 200 millones de dólares por medio de una empresa propiedad de su familia, la Clínica de Especialidades Wong (el Verde, siempre con la medicina a su servicio) y aunque en ese momento fue liberado por falta de pruebas, en 2021, en el calor de la contienda electoral, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público formuló ante la Fiscalía General de la República una denuncia de hechos contra 20 personas morales y 19 físicas bajo la dirección de los Ricardos, padre e hijo, en el que se detalla un esquema de desviación de recursos de los municipios de Soledad de Graciano Sánchez y San Luis Potosí, donde habían ocupado cargos públicos.

En esta denuncia de nueva cuenta aparece la Clínica de Especialidades Wong, así como otras empresas como Grupo Axioma, Kusuri y otras cuyos accionistas son miembros de la familia Cardona. El esquema que se describe habla de una operación de triangulación de fondos mediante depósitos en efectivo a estas empresas, y lavado por medio de inversiones, compra de inmuebles y transferencias principalmente a Estados Unidos y a Australia. Asimismo, la Secretaría de Hacienda recabó testimonios donde se señala que, aunque los contratos de prestación de servicios que suscribían los gobiernos municipales con estas empresas eran para brindar servicios de salud, estas entidades no contaban con insumos

para operar. Más aún, más de una de ellas fue declarada por el SAT como empresa de operación simulada. Los fantasmas del Verde.

Este negro expediente, como todos los negros expedientes del PVEM, importó poco al momento de seleccionar candidato. Junto con Roberto Alejandro Segura, Gallardo es uno de los activos más fuertes del partido en la entidad. De acuerdo con la prensa local, la Gallardía hace más que controlar la vida política de un par de municipios. Se trata de una poderosa estructura de movilización de votos a partir del uso de recursos públicos y, aunque no se ha podido comprobar, se dice que controla de forma legal e ilegal la economía local. Música para los oídos del PVEM, que siempre ha visto con buenos ojos a los empresarios, del giro que sean.

Así, en una alianza insólita, Gallardo fue abanderado del Verde y —¡sorpresa!— el PT, que parecía por fin haber entendido la política mexicana. Morena, yendo sola, eligió a Mónica Rangel, una política expriista cuyo único puesto público había sido la secretaría de Salud de la entidad.

Gallardo, gracias a una campaña dispendiosa que le valió una multa por 4.3 millones de pesos, no dejó de ser el favorito a lo largo de la contienda, donde la candidata Rangel desde un principio acusó el abandono de su partido. En la batalla, los verdes no escatimaron ni en recursos ni en apoyo y echaron toda la carne al asador, por ejemplo, al nombrar como vocero

de la campaña al mismísimo Escobar. Días antes de la elección, Mario Delgado, actual presidente de Morena, quien en un principio del proceso había confirmado dignamente la falta de acuerdo entre las dirigencias y la candidatura por separado, realizó una visita a San Luis Potosí para anunciar la declinación de su partido en favor de Gallardo. Ni Morena iba a perder la oportunidad de sumar un estado más a sus filas, ni el Verde iba a desairar a su aliado en el Gobierno federal. Todos felices y contentos, tan contentos que, por primera vez en muchos años, el Niño Verde se animó a participar en un acto público y asistió sonriente, de punta en blanco, a felicitar a su correligionario.

El triunfo de Gallardo no solo significó una nueva gubernatura para los verdes, también evidenció el éxito de una operación de afiliación voluntaria nunca antes vista y difícil de explicar desde una perspectiva ortodoxa. Días después, sin mayor explicación, 11 alcaldes electos de distintos partidos políticos saltaron hacia el PVEM para que este acumulara la nada despreciable cantidad de 29 municipios en su poder. La explicación podría ser la que muchos años atrás, a propósito de otra cosa, diera el propio Jorge González padre a Eloy Urroz: «A la gente le gusta estar con el ganador —responde con aplomo— cuando ve que te va bien, hay simpatías: el que más o menos simpatizaba contigo antes, ahora va a simpatizar más, la gente que no

simpatizaba, ahora va a medio simpatizar; y el que simpatizaba pues con más razón». No cabe la menor duda, tucán padre tenía, como nadie, idea de la política en México.

Mara y el silencioso triunfo del Niño Verde

La racha ganadora del PVEM no terminaría con Gallardo. Un año después alcanzarían el triunfo, también de la mano de Morena, la gubernatura de su bastión, seguramente acariciada desde hacía años. Al fin Quintana Roo era oficialmente suya.

De una lectura de su perfil, Mara Lezama, la hoy gobernadora de Quintana Roo, parecería no tener vínculos claros, o al menos fácilmente adivinables, con el Niño Verde. Aunque es chilanga, reside en Cancún desde hace 30 años. Y ahí arranca su historia con Jorge Emilio. Estudió comunicación y, hasta antes de entrar a la política, participaba como periodistas en varios espacios donde, a decir de ella, buscaba combinar el periodismo y la lucha social. Fue en este trabajo que conoció primero a Jorge Emilio, a quien entrevistó un par de veces, más adelante, en 2015, fue invitada directamente por AMLO a sumarse a las filas de Morena, y en 2018 fue postulada por este partido para la alcaldía de Benito Juárez, municipio donde se encuentran joyas turísticas como Cancún.

Fue en este puesto donde conoció de forma más cercana al Niño y, al parecer, comprendió el alcance de su influencia en la entidad donde por ejemplo, los taxistas, asociaciones con enorme poder tanto político como económico y social en la entidad, se encuentran afiliados al Partido Verde. Recién entró en funciones, le otorgó, de forma irregular, la concesión de uno de los negocios que durante años han mantenido de forma discreta los verdes: la recolección de basura. Sin mediar contrato, Lezama transfirió la prestación del servicio de recolección en 112 rutas, lo que equivale a un millón de pesos diarios, hasta por 18 años, a la empresa Red Ambiental constituida en Nuevo León y cuyo titular es Horacio Guerra Marroquín, un diputado federal del PVEM. Además de la terminación irregular del contrato, destaca el monto que recibía la empresa anterior que prestaba el servicio, Inteligencia México, la cual hacía el mismo trabajo por la mitad de precio.

El asunto terminó dirimido en Tribunales Federales donde se resolvió la suspensión del contrato finalmente otorgado a Red Ambiental por 350 millones de pesos. Los magistrados del Segundo Tribunal Colegiado del Vigésimo Séptimo Circuito de Cancún consideraron que se había perjudicado deliberadamente a la empresa Inteligencia México y le otorgó la suspensión provisional al negocio del Niño.

A pesar de este menor contratiempo, Mara y el Niño han

mantenido una colaboración discreta pero segura. Queda evidencia en la conformación del gabinete de la gobernadora, quien le cedió al Partido Verde los puestos más importantes y económicamente interesantes. Hoy, la Secretaría de Finanzas la ocupa Eugenio Segura Vázquez mientras que la Secretaría de Desarrollo Social está a cargo de Luis Pablo Bustamante, ambos implicados en el denominado Cártel del Despojo. Armando Lara De Nigris, otro cercano a los negocios del Verde, se hizo con la Secretaría de Desarrollo Urbano, Flor Ruíz Cosío es la secretaria del Trabajo y, finalmente, Marisol Zarabia May, acusada en 2020 por actos de corrupción por presunto desvío de recursos en el municipio de Isla Mujeres, es la secretaria de Infraestructura y Transporte.

Con estos nombramientos, Jorge Emilio y sus secuaces aseguran todos los frentes de sus negocios en Quintana Roo que se diversifican en desarrollos inmobiliarios, turísticos y transportistas, al tiempo que pueden seguir construyendo una base sólida de electores a través de las redes clientelares y sindicales. No tenemos pruebas, pero tampoco dudas, los verdes terminarán el sexenio de Lezama aún más ricos y más poderosos.

EPÍLOGO

¿Y con quién acordaríamos nosotros?

No tenemos predilecciones de partidos.

Esto le daría una aportación muy sólida a la pluralidad.

Creo que esa va a ser nuestra mejor aportación.

JORGE GONZÁLEZ TORRES

Al momento de poner punto final a este libro, el Partido Verde nos regala un último culebrón en tres actos. Primer acto: casi imperceptiblemente, al momento de refinar la reforma política propuesta por el presidente de la República, el Verde incluyó en el dictamen una cláusula que le permitiera lo único que le falta por conquistar, una vida eterna que no dependa del electorado, sino de la habilidad de sus dirigentes para negociar alianzas. Gracias a la labor de escrutinio de los ciudadanos (estamos seguros de que, en medio de la obsesión y la necesidad de los aliados del Verde por cumplirle al presidente, esta adición habría pasado de noche), este pequeño detalle fue detectado y, después de una nueva negociación, los verdes aceptaron retirar la cláusula. Como trasfondo, el Verde anuncia su indecisión por ir en alianza con Morena en los procesos electorales de este año, Coahuila y el

Estado de México. El primero, una entidad donde el PT ya va solo y la asistencia de los ecologistas parece indispensable. El segundo, un lugar donde, a raíz de sus años de rémoras del priismo, los del tucán tienen una estructura electoral que Morena necesita. Finalmente, lo de siempre, los verdes anuncian con fanfarrias que sí van en alianza con Morena, mientras la reforma aún no ha sido aprobada.

Segundo acto: Quintana Roo se encuentra en medio de una crisis que afecta su ingreso número uno, el turismo, debido a la entrada de servicios de transportación por medio de aplicaciones, autorizados gracias a una acción judicial. Durante ya varias semanas, los taxistas han bloqueado las principales avenidas de los puntos turísticos, acosado e incluso violentado a turistas al grado de que Estados Unidos emitió una alerta de viaje a la entidad al considerar que la situación es riesgosa para los visitantes extranjeros. El Gobierno del estado, encabezado por Mara Lezama y respaldado por los verdes, quienes tienen en los taxistas a más que aliados, ha sido penosamente indolente.

Tercer acto: en medio de la adelantada, ilegal y confrontativa designación del candidato presidencial de Morena, el Partido Verde aprovechó la celebración de su sesión plenaria para llevarle mariachis a su otrora diputado y hoy corcholata, Marcelo Ebrard. Sin embargo, ni tardos ni perezosos, al día siguiente, refrendaron su apoyo a la otra

corcholata, Claudia Sheinbaum frente a los ataques que ha recibido en los últimos días por su gestión al frente de la Ciudad de México.

Los tres actos juntos nos pintan cuerpo entero al Partido Verde, su *modus operandi*, sus fines y también su éxito. Un partido que, tal como su fundador deseó, pero en la materialización más perversa posible, sin ningún empacho traicionará hasta a sus amigos si le conviene y que hará de su necesidad, virtud. Un partido que, desde el Gobierno y desde cualquier espacio que ocupe, trabaja única y exclusivamente para sí mismo y siempre pondrá primero, en medio y después, revestido del discurso que sea necesario, la defensa y el avance de sus intereses, sean estos políticos, económicos o personales, antes que el bien común. Un partido que, sin ningún tipo de vínculo, ética o ideología, no tiene pudor y le hace la barba de manera evidente tanto a un posible candidato como a otro, con menos de veinticuatro horas de diferencia, evidenciando que, como siempre, lo único que le interesa es no perder sus privilegios, su poder, nunca. Más allá de sus *spots*, más allá de sus promesas de campaña (por impresentables que sean) más allá de las iniciativas que presenten y las que respalden, esto es el Verde: un partido mercenario que lleva casi cuatro décadas siendo el negocio más rentable de nuestra democracia. Con capital semilla pagado, año con año, por todos los mexicanos.

¿Qué hicimos mal como democracia para que uno de nuestros productos finales y mejor acabados sea un engendro como el Partido Verde? Nuestro sistema electoral, en palabras de Jesús Reyes Heróles, uno de sus artífices tenía como objetivo «la creación de un sistema de partidos en donde las minorías tengan en la vida política el peso que como tales les corresponde», pero este no es el caso del Verde. No estamos frente a un partido minoritario —se trata de la cuarta fuerza política nacional, que además es primera o segunda en varias entidades federativas—, sino frente a un partido mediano que encima hoy camina de la mano, haciendo más de una manita de puerco, con la primera fuerza política en el país. Tampoco estamos frente a un partido de minorías, como lo fue en algún momento el hoy extinto Alternativa Socialdemócrata y Campesina, que efectivamente buscaba ser un canal de representación para aquellos a quienes el concierto de la democracia había dejado de lado. Se trata de un partido de amigos y familiares, de élite, del 1% del país que tanto a nivel nacional como en el local ha servido para ofrecer a quienes tienen los medios económicos, el linaje político, el pantone indicado y que fueron a las escuelas correctas, un pie o una carrera en la política. Un partido de los *nepobabies* para los *nepobabies*.

¿Qué le aporta el Verde a nuestra democracia? A lo largo de estas páginas nos ha quedado claro lo que nuestra democracia

le ha aportado al Verde: dinero, poder, influencias e impunidad para vivir como reyes, disponiendo de bienes y personas, sin mayores consecuencias hasta matrimonios de ensueño, si nos ponemos a pensar en temas un poco más rosas. No tenemos tanta suerte para identificar cuál es el legado positivo del PVEM. En su tiempo de existencia, el Verde ha recibido miles de millones de pesos en financiamiento público. Dinero que, se ha probado más de una vez, ha utilizado en actos ilícitos, sean estos el pago de *influencers*, la compra de ropa para una diputada, el pago de las comidas de los *juniors* o el pago a empresas fantasmas vinculadas con las mayores estafas al erario público de los últimos años. También ha recibido, probadamente, una enorme cantidad de dinero privado ilegal, las sanciones a sus múltiples irregularidades en materia de fiscalización, la incapacidad de explicar el origen de recursos en sus campañas, las maletas y sobres de dinero en efectivo que más de una vez los verdes han entregado o les han sido entregados, están ahí y están aquí en este libro a todos los niveles. Un período verde, ya sea municipal, local o federal, es un período de irregularidad y franca ilegalidad.

No contentos con los ilícitos estrictamente vinculados al dinero, los verdes son los *testeadores* oficiales de la ley electoral. Cada elección, con premeditación, alevosía y ventaja, los del Tucán planean cuidadosamente sus estrategias

no para realizar campañas limpias y propositivas, sino para violar la ley. A estas alturas conocen perfectamente sus limitaciones y no solo se *presumen*, se *saben* casi inmunes a sus efectos. Por desgracia, esta enfermedad ya no es solo un padecimiento exclusivo del Verde. Si nos ponemos irónicos, eso podemos agradecerles: ser el paciente cero de virus que hoy mata a nuestra democracia, partido a partido, militante a militante, ciudadano a ciudadano. La estrategia *quid pro quo* les ha pagado bien, más aún, sus multas, en cómodas mensualidades y pagadas con recursos públicos, no les han hecho ni les harán ninguna mella.

¿Por qué los electores, los ciudadanos, no le exigimos nada al Verde? Es ya un lugar común hablar del descontento de los ciudadanos hacia sus opciones de representación política, pero con el verde ecologista ya fuimos más allá. Con el Partido Verde simplemente nos rendimos. Se han escrito, desde su creación, miles de notas, columnas, páginas alertando y documentando la terrible trayectoria del partido. Periodistas nacionales y locales han dado seguimiento en más de una ocasión a todos sus escándalos, desde los rosas hasta los financieros, desde los que solo evidencian su falta de empatía, su arrogancia, su lejanía con la realidad de miles de mexicanos hasta los que dan cuenta de delitos, el final de todas esas historias es igual de trágico. Ni siquiera lograron una verdadera indignación de la sociedad. No le exigimos

nada al Verde porque no esperamos nada de ellos y si esperamos, es simplemente que se superen a sí mismos en ilegalidad, en corrupción, en cinismo.

Los partidos políticos se han rendido también ante el Verde. Años de promiscuidad lograron generar una resistencia inmoral. Hoy, nadie puede criticar honestamente o con cierto halo de superioridad moral al Verde porque todos, algunos más, otros menos, se han ido a la cama política con los verdes. Todos, resistencias más y menos, han cedido ante su oferta.

Con esto, el Verde se convirtió en el campeón de la impunidad. Su historia, que hemos tratado de recopilar en estas páginas, es un recuento de atropellos con el que solo cabe preguntarnos cómo es posible que una supuesta «entidad de interés público» después de intentos de soborno videograbados, vínculos con el crimen organizado, un suicidio sin esclarecer y múltiples irregularidades electorales, entre otras linduras, siga existiendo. En parte, porque el Verde es el repositorio de todas las perversiones que pueden caber en una democracia disfuncional como la nuestra. Sus pares, los partidos, no alzan la voz ante los múltiples abusos, atropellos e irregularidades porque han sido o fueron sus aliados, porque en eso el PVEM ha sido generoso con sus transas, sus violaciones a la ley, no solo le trajeron votos a ellos, sino a los partidos coaligados, sus negocios sucios beneficiaron a empresas, empresarios cercanos a todos los

partidos, sus ofrecimientos de franquicias se ofrecen y se explotan por todos por igual. Y también porque los ciudadanos nos acostumbramos a esta dinámica como si estuviéramos asistiendo a un teatro donde fuéramos simples espectadores y no parte. Estamos haciendo al Partido Verde no solo invulnerable, no solo exitoso, porque lo es, sino eterno.

Acostumbrados al disimulo servil antes que al debate frontal y la deliberación, en el país del mínimo esfuerzo resulta más sencillo ignorar que afrontar una realidad atroz. Si se dice que la actual administración se encuentra sin rumbo y que los problemas han rebasado por completo su capacidad de reacción, probablemente sea porque, durante años, hemos obviado que los cimientos sobre los que se ha construido y anhelado un mejor entorno se encuentran rotos.

Al estar ensimismado en diminutas disputas políticas y hacer caso omiso de las recurrentes advertencias de diferentes actores sociales, queda claro que el Gobierno no entiende las soluciones como respuestas que remedien coordinada e integralmente una dificultad, sino, simple y sencillamente, las mira a la manera de parches cortoplacistas que no hacen más que postergar y agravar la situación que se presente, reaccionando ante las crisis de forma irresponsable. Si en México las palabras «cambio», «reformas estructurales» o «transformación» son sinónimo de

«progreso», no cabe la menor duda de que, además de ser un país que ha perdido la capacidad de imaginar un mejor futuro para todos, también —y sobre todo— hemos dejado de confiar en nosotros mismos, rigiéndonos por una perversa lógica individualista.

Duele aceptar que, en México, la incertidumbre terminó por convertirse en una forma generalizada de someterse al poder y su ejercicio mutó a un mero pragmatismo condescendiente. En el país no se trata de entender cómo mueren las democracias, sino quién las ha terminado por matar. El caso del Partido Verde Ecologista de México resulta paradigmático de la burda estrategia con la que se puede sacar ventaja de la ley y aprovecharse del sistema partidista a costa de lo que sea, siendo reiterativos y mentirosos, evidenciando que cualquier sanción puede pagarse sin mayores consecuencias fuera de las económicas, estos actores políticos, en definitiva, han mermado por completo su legitimidad en aras de la obtención de beneficios por parte del electorado.

De manera lamentable, parece que la historia se torna cíclica y fastidiosa. Cada tres o seis años, a pesar de cualquier grandilocuente reforma promulgada, por más reglas que se intenten idear para ir afinando las dinámicas electorales en el país y, por ende, buscar generar mejores prácticas que abonen en la construcción de una mejor sociedad, al final siempre habrá la posibilidad de hacer trampa, de encontrar los huecos

y las fisuras normativas para aprovecharse de las circunstancias o la ideología. Se ha dicho (e ignorado) hasta el cansancio que mientras los propios protagonistas del sistema electoral, es decir, los partidos políticos, no quieran entender que sus acciones repercuten de forma directa en la legitimidad y estabilidad de la democracia, esta situación será un cuento de nunca acabar.

Sin poder hablar digna y decentemente de un solo partido que ejemplifique lo bien que se pueden hacer las cosas en tales contextos —uno que, como mínimo, se encargue de respetar a los árbitros electorales y cuyo proceder se apegue a la Constitución y a las leyes por él mismo decretadas—, la verdad es que, del espectro de agrupaciones políticas que actualmente aspiran a conseguir votos para alcanzar el poder, existe una que sobresale, que no solo ha despreciado sistemáticamente las reglas del juego electoral, sino que, evocando a la causa que dicen liderar, también se ha encargado de reciclar aquellas conductas que le son redituables a pesar de su ilegalidad.

Asumiendo que las sanciones que se le impongan serán solventadas con los recursos económicos que el propio sistema le otorga y utilizando descaradamente las mismas tácticas que desplegó de manera tramposa en el pasado, parece que la esencia del Partido Verde consiste en idear alternativas para violar las leyes en cada proceso en el que

compita. Para esta organización, se trata de subsistir a cualquier precio, sin importar quién sea el árbitro del momento, sus socios políticos o incluso sus votantes.

Ya sea de forma pragmática, por medio de alianzas tan desideologizadas como utilitaristas, o mediante estrategias chantajistas y prohibidas para la obtención de sufragios, queda claro que la experiencia del Partido Verde en sortear la ley electoral es por todos conocida. Entonces, el caso de los ecologistas viene a significar uno de los más grandes fracasos del sistema de partidos políticos en México, el ejemplo de la vía más burda de orquestar una táctica para lucrar con un modelo democrático que no termina por generar incentivos para la legalidad y la manera más clara de identificar el modo en que se han ido matando las democracias.

No cabe duda de que el fenómeno del PVEM es digno de un amplio, integral y juicioso estudio en lo específico. Mediante la combinación de una perspectiva sociológica y política, es tiempo de ir desentrañando no solo sus cuestionables prácticas jurídicas en materia electoral, sino, sobre todo, dar cuenta del legado político que han dejado sus fechorías para comprender su verdadera naturaleza.

Este libro es un primer intento de dejar testimonio de los muchos escándalos del Verde, desentrañar su esquema de operaciones y el porqué de su éxito. En México, el estudio de la vida organizativa de los partidos políticos se ha enfocado

en análisis coyunturales que no permiten observar las trayectorias ni los cambios que han atravesado los partidos políticos minoritarios; sin embargo, aunque el PVEM ha jugado un rol de aliado de los mayoritarios, convirtiéndose así en factor clave para obtener victorias electorales y conformar mayorías legislativas, parece ir conquistando una base mayor que las de otros partidos otrora medianos —de acuerdo con los números del proceso electoral— e incluso una gubernatura a nivel local.

Entre la comodidad y el altruismo condescendiente, en el país del mínimo esfuerzo resulta una constante —y pocas veces una excepción— la normalización de cualquier injusticia. El PVEM es ejemplo de un partido sobreviviente a base de trampas y sobre el que, tarde o temprano, habrá que dejar de guardar un silencio tan cómplice como egoísta, pues quienes ostentan el poder político se empeñarán en seguir erigiendo una narrativa tendiente a la indiferencia y el abandono de quienes más ayuda necesitan.

FUENTES CONSULTADAS

Acomoda Niño Verde sus fichas en Quintana Roo (2022, 25 de septiembre) [en línea]. *Reforma*. Recuperado de <https://suracapulco.mx/acomoda-nino-verde-sus-fichas-en-q-roo/>

Acusan de fraude a líder estatal en Yucatán. (2004, 12 de agosto). *Proceso*. <https://www.proceso.com.mx/nacional/estados/2004/8/12/acusan-de-fraude-al-lider-estatal-en-yucatan-60250.html>

Alcauter, B. (2018, 16 de abril). El niño verde llega a los 46 años de edad [en línea]. *Cuna de Grillos*. Recuperado de <https://www.cunadegrillos.com/2018/04/16/el-nino-verde-llega-los-46-anos-edad/>

Alcérreca, V. (2004, 16 de junio). Proposición con punto de acuerdo para exhortar a la legislatura del estado de Quintana Roo a que revoque de su cargo al presidente municipal de Benito Juárez (Cancún) [en línea]. *Gaceta Parlamentaria*. Recuperado de https://www.senado.gob.mx/64/gaceta_comision_permanente/docum ento/1738

Animal Político. (25 de febrero de 2018). Que siempre sí: el Verde irá en coalición con el PRI para las elecciones de Chiapas. *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2018/02/chiapas-pvem-pri-coalicion>

_____ (3 de julio de 2019). ¿Por qué la *asf* perdonó a Manuel Velasco? [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/cF8S2p2tdro>

Areste, M. y A. Ángel (2022, 25 de abril). En efectivo y en camionetas blindadas: así desaparecieron mil millones de pesos en el gobierno de Manuel Velasco en Chiapas [en línea]. *Animal Político*. Recuperado de

<https://www.animalpolitico.com/2022/04/manuel-velasco-chiapas-mil-mdp-desaparecen-efectivo-camionetas/>

Asamblea General de los Pueblos, Barrios, Colonias y Pedregales de Coyoacán. Facebook. <https://www.facebook.com/Asamblea-General-de-los-Pueblos-Barrios-Colonias-y-Pedregales-de-Coyoac%C3%A1n-1580258772267776/>

Badillo, D., I. Zúñiga y L. Arista. (2018, 21 de julio). El PVEM, de partido minoritario a menor de minorías [en línea]. *El Economista*. Sección Política. Recuperado de <https://www.eleconomista.com.mx/politica/El-PVEM-de-partido-minoritario-a-menor-de-minorias-20180721-0028.html><https://www.eleconomista.com.mx/politica/El-PVEM-de-partido-minoritario-a-menor-de-minorias-20180721-0028.html>

Baeza, M. (2018, 7 de septiembre). El verdadero valor del PVEM [en línea]. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/opinion/manuel-baeza/la-silla/el-verdadero-valor-del-pvem>

Balderas, O. (2020, 23 de junio). La prima del «niño verde» consiguió sueldazo del erario del PVEM [en línea]. *Eme Equis*. Recuperado de <https://www.m-x.com.mx/al-dia/la-prima-del-nino-verde-consiguio-sueldazo-del-erario-en-el-pvem>

Beaugard, L. (2015, 18 de diciembre). Arturo Escobar: El pato verde que dispara a las escopetas [en línea]. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2015/12/18/mexico/1450399348_341158.html

Beauregard, L. P. (2014, 1 de julio). El conflicto de intereses ensombrece la reforma de telecomunicaciones en México [en línea]. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2014/07/01/actualidad/1404251041_328416.html

Becerra, J. P. (2015, 30 de abril). El Verde de los González, del antipriismo a socio del tricolor [en línea]. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/politica/el-verde-de-los-gonzalez-del-antipriismo-a-socio-del-tricolor>

Becerra, J. P. (2015, 9 de marzo). El millonario negocio del trapequista partido verde [en línea]. *Milenio*. Sección Doble fondo. Recuperado de

<https://www.milenio.com/opinion/juan-pablo-becerra-acosta/doble-fondo/el-millonario-negocio-del-trapecista-partido-verde>

Botero, F. (2013). *Conversaciones en la cantina: Adolfo Aguilar Zúñiga*. México: Felou.

Breve historia del partido verde. La fuerza que amenaza con cambiar el sistema político en México. (2015, 1 de abril). *La Política Online*. Recuperado de <https://www.lapoliticaonline.com/mexico/n-82047-breve-historia-del-partido-verde-la-fuerza-que-amenaza-con-cambiar-el-sistema-politico-de-mexico/>

Camacho, J. L. (2021, 16 de agosto). Los verdes quieren el negocio de Quintana Roo [en línea]. *Quadratin Hidalgo*. Recuperado de <https://hidalgo.quadratin.com.mx/opinion/los-verdes-quieren-el-negocio-de-quintana-roo/>

Canto, S. (2022, 10 de julio). PVEM, plutocracia e impunidad [en línea]. *El Despertador de Quintana Roo*. Recuperado de <https://eldespertadordequintanaroo.com.mx/pvem-plutocracia-e-impunidad/>

Carrillo, E. (2021). PVEM acusa uso político del SAT contra Velasco; habrá puentes con más partidos, advierte [en línea]. *Forbes*. Recuperado de <https://www.forbes.com.mx/pvem-uso-sat-contra-velasco-puentes-mas-partidos/>

Casar, M. A. y R. Raphael. (1998). *Las elecciones de 1998: La distribución del poder político en México*. México: Nexos.

Cedillo, R. (2009). Origen, liderazgo e ideología de los partidos políticos mexicanos. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 207. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-19182009000300005#n

Cirilo, A. (2021, 7 de octubre). «Chacho» García Zalvidea, exalcalde de Cancún, será investigado por la UIF [en línea]. *Por Esto!* Recuperado de <https://www.porestonet/quintana-roo/2021/10/7/chacho-garcia-zalvidea-exalcalde-de-cancun-sera-investigado-por-la-uif-289630.html>

Cisneros, V., V. Durán y L. Vergara (2021). Gobierno de amlo descubre desvío de \$500 millones de Manuel Velasco, aliado de la 4T. *Mexicanos*

Contra la Corrupción y la Impunidad. Recuperado de <https://contralacorrupcion.mx/gobierno-de-amlo-descubre-desvio-de-500-millones-de-manuel-velasco-aliado-de-la-4t/>

CNI 40. (17 de mayo de 1997). *Jorge González Torres: Contingencia electoral*. [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=sCsIH7R2BDA>

Concha, H. (2015). El fenómeno del PVEM. La política sobre el derecho. En H. Concha y S. López (coord.). *La (in)justicia electoral a examen*. México: UNAM/IIJ. Recuperado de <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/9/4271/3.pdfhttps://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/9/4271/3.pdf>

Conde, M. (2015, 13 de febrero). La impunidad de Emilio González en la muerte de Galina Chankova [en línea]. *Contralínea*. Recuperado de <https://contralineacom.mx/la-impunidad-de-emilio-gonzalez-en-la-muerte-de-galina-chankova/>

Cordero, D. (2014, 19 de mayo). Gobernadores, secretarios y artistas en la boda del Niño Verde [en línea]. *La Unión Cancún*. Recuperado de <https://www.unioncancun.mx/articulo/2014/05/19/politica/gobernadores-secretarios-y-artistas-en-la-boda-del-nino-verde>

Coutiño Montes, G. (2014). El Partido Verde Ecologista en Chiapas: ¿una oportunidad perdida o de oro? *Chiapas Paralelo*. Recuperado de <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2014/03/el-partido-verde-ecologista-en-chiapas-una-oportunidad-perdida-o-de-oro/>

Culmina gestión de Bernardo de la Garza en Conade. (2012, 30 de noviembre). *Medio tiempo*. Recuperado de <https://www.mediotiempo.com/mas-deportes/culmina-gestion-bernardo-de-la-garza-en-conade>

De la Rosa, Y. (2021, 3 de septiembre). El PVEM es el partido más multado en los últimos seis años [en línea]. *Forbes*. Recuperado de <https://www.forbes.com.mx/el-pvem-es-el-partido-mas-multado-en-los-ultimos-seis-anos/>

Delabre, R. (2012, julio). Telebancada: regresión política, desafío a la sociedad [en línea]. *Mediocracia*. Recuperado de <https://mediocracia.wordpress.com/2012/08/05/telebancada->

- regresion-politica-desafio-a-la-sociedad/
Delgado, A. (2015, 23 de febrero). Los rufianes del Partido Verde [en línea]. *Proceso*. Recuperado de <https://www.proceso.com.mx/opinion/2015/2/23/los-rufianes-del-partido-verde-143747.html>
- Designan a Arturo Escobar como vocero de campaña de Ricardo Gallardo. (2021, 15 de abril). Código San Luis.com. Recuperado de <https://www.codigosanluis.com/arturo-escobar-vocero-ricardo-gallardo/>
- Díaz, M. y A. Espinoza (2020). Origen y profundización en la concentración de poder intrapartidario. Los casos del Partido Verde Ecologista de México, el Partido del Trabajo y Movimiento Ciudadano. *Intersticios Sociales*, núm. 20. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/4217/421764467006/html/https://www.redalyc.org/journal/4217/421764467006/html/>
- El ex niño verde, Bernardo de la Garza, a la Conade [en línea]. *Proceso*. Recuperado de <https://www.proceso.com.mx/deportes/2009/4/8/el-exnino-verde-bernardo-de-la-garza-la-conade-14323.html>
- El País* revela que el PVEM utilizó empresas fantasmas de 2014 a 2019. (2021, 30 de junio). *Sin Embargo*. Recuperado de <https://www.sinembargo.mx/30-06-2021/3994124>
- El PVEM destituye a su líder en QRoo, ligado con la mafia rumana (2021). *Expansión Política*. Recuperado de <https://politica.expansion.mx/estados/2021/02/10/el-pvem-destituye-a-su-lider-en-qroo-ligado-con-la-mafia-rumana>
- El PVEM postula a Manuel Velasco en el Senado, aunque sigue en funciones como gobernador (2018, 20 de marzo). *Animal Político*. Recuperado de <https://www.noroeste.com.mx/nacional/el-pvem-postula-a-manuel-velasco-al-senado-aunque-sigue-en-funciones-como-gobernador-FANO1122227>
- El rancho verde de Pablo Escudero. (2018, 28 de febrero). *Reforma*. Recuperado de https://gruporeforma.reforma.com/interactivo/nacional/rancho_pablo_escudero/?referer=-

-7d616165662f3a3a6262623b727a7a7279703b767a783a--&lc=1

El Verde Mexicano (2013, 18 de febrero). Niño verde y escoltas amenazan a policías por remitirlo al Torito. *El Niño Verde*. Recuperado de <https://ninioverde.wordpress.com/2013/02/18/nino-verde-y-escoltas-amenazan-a-policias-por-remitirlo-al-torito/>

Eleodori, B. (2018, 3 de septiembre). Partidos verdes en el mundo: éxitos y fracasos [en línea]. *Fundación Vida Sostenible*. Recuperado de <https://www.vidasostenible.org/partidos-verdes-en-el-mundo-origen-exitos-y-fracasos/>

Emilio González Torres: Heredero del Descaro. *Paperblog*. <https://es.paperblog.com/mx/jorge-emilio-gonzalez-torres-heredero-del-descaro-761485/>

Empresario regio complicado en Cancún por negocios con el Niño Verde. (2021, 22 de enero). *La Política Online*. Recuperado de <https://www.lapoliticaonline.com/mexico/nuevoleon-mx/n-134363-empresario-regio-complicado-en-cancun-por-negocios-con-el-nino-verde/>

Es Cancún paraíso de políticos del verde. (2015, 10 de noviembre). *El Noroeste*. Recuperado de <https://www.noroeste.com.mx/nacional/es-cancun-paraíso-de-políticos-del-pvem-MENO419522>

Escobar deja subsecretaría de la Segob por indagación de la Fepade. (2015, 25 de noviembre). *Expansión*. Recuperado de <https://politica.expansion.mx/adnpolitico/2015/11/25/fepade-consigna-ante-juez-indagatoria-contr-el-verde-por-tarjetas-platino>

Fernández, J. C. (2004, 10 de junio). México S.A. Negocios privados del *niño verde* con dinero público [en línea]. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2004/06/10/030a1eco.php?printver=1&fly=>

Ferri, P. (2020, 21 de agosto). David León. El antiguo operador del Partido Verde que deslució la imagen de López Obrador [en línea]. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/mexico/2020-08-22/david-leon-el-hombre-que-entrega-los-sobres-de-dinero-para-lopez-obrador-forjo-su-carrera-con-los-verdes.html>

- Fierro, J. O. (2015, 14 de diciembre). Fepade desiste de impugnar fallo favorable a Escobar [en línea]. *El Universal*. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2015/12/14/fepade-desiste-de-impugnar-fallo-favorable-escobar>
- Flores, N. (2022, 7 de abril). Disputa familiar por 1 mil millones involucra a exgobernador Manuel Velasco [en línea]. *Contralínea*. Recuperado de <https://contralinea.com.mx/disputa-familiar-por-1-mil-millones-involucra-a-exgobernador-manuel-velasco/>
- Fox, V. y JGT (11997). *Una alianza a favor de la República* [documento].
- Futuro Emprendedor. Jorge Emilio González Torres. *El paladín del verde*. Recuperado de <http://www.futuroemprendedor.com/jorge-emilio-gonzalez-el-paladin-del-pvem.html>
- Gallegos, Z. (2021, 30 de junio). El Partido Verde de México usó a decenas de empresas fantasma para gastos de campana [en línea]. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/mexico/2021-06-30/el-partido-verde-de-mexico-uso-a-decenas-de-empresas-fantasma-para-gastos-de-campana.html>
- García, G. (2015, 16 de octubre). La Casa de Arturo Escobar en Texas [en línea]. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/politica/la-casa-de-arturo-escobar-en-texas>
- García, G. (2022, 14 de marzo). Se desmarca José Alberto Couttolenc Buentello de espectaculares, pero agradece difusión [en línea]. *La Jornada*. Recuperado de <https://lajornadaestadodemexico.com/se-desmarca-jose-alberto-couttolenc-buentello-de-espectaculares-pero-agradece-difusion/>
- García, S. (2021, 14 de julio). Marcelo y los verdes, alianza segura para 2024 [en línea]. *Expreso* 17. Recuperado de <https://www.expreso.com.mx/seccion/expresion/serpientes-y-escaleras/338986-marcelo-y-los-verdes-alianza-segura-para-2024.html>
- García, S. (2022, 26 de abril). Herida por su derrota, la bestia de la 4T da coletazos [en línea]. *Criterio*. Recuperado de <https://criteriohidalgo.com/a-criterio/columnas/salvador-garcia-soto/herida-por-su-derrota-la-bestia-de-la-4t-da-coletazos>

- Garza, R. A. (2020, 26 de agosto). Verde que te yo quiero «verdes» [en línea]. *Código Magenta*. Sección ¡Que alguien me explique! Recuperado de <https://codigomagenta.com.mx/articulo/que-alguien-me-explique/verde-quiero-verdes/>
- Gorostieta, A. (2019, 19 de junio). Historias de familia: «El niño verde» [en línea]. *Índice Político*. Recuperado de <https://indicepolitico.com/historias-de-familia-el-nino-verde/>
- Granados, M. A. (2001, 12 de febrero). Plaza Pública/Verde al rojo vivo [en línea]. *Vlex*. Recuperado de <https://vlex.com.mx/vid/plaza-verde-rojo-vivo-79262959>
- Guadarrama, C. (2015). *Tendencias oligárquicas de los partidos políticos locales. El PVEM en el Estado de México*. [Tesis de Licenciatura, UNAM/FES Acatlán]. https://somee.org.mx/Documentos/concurso-tesis-2016/t_guadarrama.pdf
- Hace partido verde negocio en familia con cineminutos. (2015, 7 de marzo). *La Silla Rota*. Recuperado de <https://lasillarota.com/nacion/hace-partido-verde-negocio-en-familia-con-cineminutos/74400>
- Hay evidencia suficiente contra Escobar: Madero. (2015, 26 de noviembre). *El Universal*. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2015/11/26/hay-evidencia-suficiente-contr-escobar-madero>
- Herrera, C. (2015, 16 de diciembre). Hermano de Escobar, accionista de una firma que defraudó al Partido Verde [en línea]. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2015/12/16/politica/013n1pol>
- Herrera, R. (2022, 15 de mayo). Desvían verdes el 93% del gasto [en línea]. *Reforma*. Recuperado de https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?__rval=1&urlredirect=https://www.reforma.com/desvian-verdes-el-93-del-gasto/ar2402948?utm_source=twitter&utm_medium=social&utm_campaign=robotgr&utm_content=@reforma&imgwm=r_nolopierdas&referer=-7d616165662f3a3a613b767a3a-

Hidalgo, J. A. (2000, 16 de julio). La negra historia del Partido Verde [en línea]. *Reforma*. Recuperado de <https://app.vlex.com/#/vid/81008131>

Historia de los Pedregales. <https://piedepagina.mx/entre-piedras-sembramos-la-esperanza-50-anos-de-la-fundacion-de-pedregal-de-santo-domingo/>

Iglesias, M. G. (2022, 17 de agosto). Operación del PVEM en Quintana Roo [en línea]. *El punto sobre la i*. Recuperado de <https://www.elpuntosobrelai.com/operacion-del-pvem-en-quintana-roo/>

Iliades, E. (2018, 31 de agosto). La «cuarta transformación» del partido verde [en línea]. *Milenio*. Sección Contexto. Recuperado de <https://www.milenio.com/opinion/esteban-illades/columna-esteban-illades/la-cuarta-transformacion-del-partido-verde>

Instituto Nacional Electoral (1991). *Informe del Secretario del Consejo General sobre el recurso interpuesto por el Partido Ecologista de México No. A-013/91*. [Archivo PDF]. <https://repositoriodocumental.ine.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/104985/inf-pvem-19911018.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Instituto Nacional Electoral (1991). *Informe del Secretario del Consejo General sobre el recurso interpuesto por el Partido Ecologista de México No. A-013/91*. [Archivo PDF]. <https://repositoriodocumental.ine.mx/xmlui/bitstream/handle/123456789/101111/aop3280291r.pdf?sequence=1>

Integran nueva «telebancada» para la próxima legislatura. (2012, 9 de julio). *Aristegui Noticias*. Recuperado de <https://aristeguinoticias.com/0907/mexico/integran-nueva-telebancada-para-la-proxima-legislatura/?jwsourc=cl>

Jaso Martínez, V. (2021, 18 de junio). El Verde, la tecnología y el fraude electoral. *Nexos*. Recuperado de <https://redaccion.nexos.com.mx/el-verde-la-tecnologia-y-el-fraude-electoral/>

Jorge Emilio González Torres: Heredero del descaro (2015, 23 de septiembre). *La Vanguardia*. Recuperado de <https://vanguardia.com.mx/noticias/nacional/2868465-jorge-emilio-gonzalez-torres-heredero-del-descaro-PXVG2868465>

- Jorge Emilio González retoma su vida pública de la mano del Gobernador de SLP. (2021, 27 de septiembre). *Sin Embargo*. Recuperado de <https://www.sinembargo.mx/27-09-2021/4033697>
- La historia contemporánea de los pedregales. <https://www.lefthandrotation.com/museodelosdesplazados/colaboraciones/agencia-subversiones/>
- Las multas al Partido Verde. (2015). *Parametría*. Recuperado de <http://www.parametria.com.mx/estudios/las-multas-al-partido-verde/>
- Las sospechas sobre Ricardo Gallardo Cardona, otro candidato afín a Palacio Nacional. (2021, 19 de mayo). *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/america/mexico/2021/05/19/las-sospechas-sobre-ricardo-gallardo-cardona-otro-candidato-afin-a-palacio-nacional/>
- López, A. (2021, 3 de septiembre). «Entre piedras sembramos la esperanza»: 50 años de la fundación de Pedregal de Santo Domingo [en línea]. *Pie de Página*. Recuperado de <https://piedepagina.mx/entre-piedras-sembramos-la-esperanza-50-anos-de-la-fundacion-de-pedregal-de-santo-domingo>
- Los orígenes de Bernardo de la Garza. (2008, 18 de junio). *Quién*. Recuperado de <https://www.quien.com/edicion-impresa/los-origenes-de-bernardo-de-la-garza>
- Loza, N. (2020, 24 de junio). Partido Verde, el eterno satélite del poder [en línea]. *Reporte Índigo*. Recuperado de <https://www.reporteindigo.com/reporte/partido-verde-el-eterno-satelite-del-poder-alianza-morena-2021-elecciones-escandalos/>
- Maldonado, M. (2020, 15 de diciembre). Partido Verde: negocios, traiciones y el video de Pío [en línea]. *El Universal*. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/mario-maldonado/partido-verde-negocios-traiciones-y-el-video-de-pio>
- Maldonado, R. V., y S. Flores (2012). Manuel Velasco Coello, ¿fenómeno de popularidad en Chiapas? [en línea]. *El Cotidiano*, núm. 175. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/325/32524468010.pdf>
- Mandujano, I. (2018, 28 de agosto). La farsa de Velasco: pide licencia como

gobernador, rinde protesta como senador y se regresa a gobernar [en línea]. *Proceso*. Recuperado de <https://www.proceso.com.mx/nacional/2018/8/28/la-farsa-de-velasco-pide-licencia-como-gobernador-rinde-protesta-como-senador-se-regresa-gobernar-211185.html>

Manuel Velasco Coello, el «Gober de las Estrellas». (2013, 19 de diciembre). *Sin embargo*. Recuperado de <https://www.sinembargo.mx/19-12-2013/849304>

Manuel Velasco regresa al Senado un año después de que pidió licencia. (2019, 5 de septiembre). *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2019/09/manuel-velasco-regreso-senado/>

Manuel Velasco será su propio sustituto como gobernador tras modificar la Constitución de Chiapas. (2018, 29 de agosto). *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2018/08/manuel-velasco-gobernador-constitucion-chiapas/>

Manuel Velasco, de aliado a perseguido de por la 4T. (2021, 22 de junio). *Reporte Índigo*. Recuperado de <https://www.reporteindigo.com/reporte/manuel-velasco-de-aliado-a-perseguido-por-la-4t/>

Manuel Velasco. El nuevo «niño verde» (2012, 3 de julio). *Aristegui Noticias*. Recuperado de <https://aristeguinoicias.com/0307/lomasdestacado/manuel-velasco-el-nuevo-nino-verde/>

Marcial Pérez, D. (2021, 11 de febrero). Un escándalo de corrupción en el Partido Verde sacude la precampaña electoral [en línea]. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/mexico/2021-02-12/un-escandalo-de-corrupcion-en-el-partido-verde-sacude-la-precampana-electoral.html>

Martínez, J. (2015, 11 de mayo). Ecologistas a favor de la cadena perpetua [en línea]. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/elpais/2015/05/08/opinion/1431109105_208409.html

Martínez, S. (2011, 22 de noviembre). Daguerrotipo del vividor del sistema

- [en línea]. *Las tres y un cuarto*. Recuperado de <https://lastresyuncuarto.wordpress.com/2013/02/19/>
- Martínez Mendoza, S. (2021). El Verde, el ganador de las elecciones en Chiapas. *Chiapas Paralelo*. Recuperado de <https://www.chiapasparalelo.com/opinion/2021/06/el-verde-el-ganador-de-las-elecciones-en-chiapas/>
- Master, RM. (2020, 13 de septiembre). Juan Ignacio García Zalvidea: las voces nunca se deben acallar [en línea]. *El Despertador de Quintana Roo*. Recuperado de <https://eldespertadordequintanaroo.com.mx/juan-ignacio-garcia-zalvidea-las-voces-nunca-se-deben-acallar-de-viva-voz/>
- May, J. (2004, 4 de marzo). Rompe el PVEM con su alcalde de Cancún [en línea]. *El Universal*. Recuperado de <https://archivo.eluniversal.com.mx/nacion/108399.html>
- Mejía, F. (2015, 28 de mayo). PVEM: la «telebancada» cumple [en línea]. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/opinion/fernando-mejia-barquera/cambio-de-frecuencia/pvem-la-telebancada-cumple>
- Méndez, A. (2004, 25 de febrero). Macedo titubea; anuncia que se hará un análisis jurídico sobre el Niño Verde [en línea]. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2004/02/25/005n4pol.php?printver=1&fly=>
- Mexicanos Contra la Corrupción y la Impunidad. (17 de junio de 2021). *La Estafa Verde: desvíos millonarios en Chiapas durante el gobierno de Manuel Velasco* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=eM6y9EbvMa0>
- México: Greenpeace desautoriza al Partido Verde ante la justicia. (1997, 9 de junio). *Inter Press Service*. Recuperado de <https://ipsnoticias.net/1997/06/mexico-greenpeace-desautoriza-al-partido-verde-ante-la-justicia/>
- Meza, M. A. (2021). El pacto Morena Verde, un hilo que merece ser jalado [en línea]. *Letras Libres*. Recuperado de <https://letraslibres.com/politica/el-pacto-morena-verde-un-hilo-que-merece-ser-jalado/>
- Meza, S. (2016). La red de despojos de Quintana Roo. *Mexicanos Unidos*

- Contra la Corrupción y la Impunidad*. Recuperado de <https://contralacorrupcion.mx/la-red-de-despojos-de-quintana-roo/>
- Michel, E. (2015, 28 de junio). «PVEM paró crecimiento de Morena; en eso cumplimos» [en línea]. *El Universal*. Recuperado de <https://archivo.eluniversal.com.mx/primera-plana/2015/impreso/-8220pvem-paro-crecimiento-de-morena-en-eso-cumplimos-8221-50045.html>
- Monroy, J. (2015, 8 de marzo). PVEM, negocio familiar, y conflicto de interés [en línea]. *El Economista*. Recuperado de <https://www.eleconomista.com.mx/politica/PVEM-negocio-familiar-y-con-conflicto-de-interes-20150308-0039.html>
- Morales, A. y J. Arvizu (2017, 29 de junio). Verde analiza dejar al PRI para integrar frente [en línea]. *El Universal*. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2017/06/29/pvem-perfila-ruptura-con-el-pri-abre-puerta-coalicion-con-otros>
- Murayama, C. y L. Córdova (2006). *Elecciones, dinero y corrupción. Pemexgate y Amigos de Fox*. México: Cal y Arena.
- Negocios al amparo del poder, los vínculos de Mara Lezama y «El Niño Verde» Jorge Emilio González (2021). *Notiriviera*. Recuperado de <https://notiriviera.com/negocios-al-amparo-del-poder-los-vinculos-de-mara-lezama-y-el-nino-verde-jorge-emilio-gonzalez/>
- «Niño Verde» deja la presidencia del PVEM. (2011, 14 de septiembre). *Informador.mx*. Recuperado de <https://www.informador.mx/Mexico/Nino-Verde-deja-presidencia-del-PVEM-20110914-0071.html>
- Ochoa Huerta, C. (2021). El Cártel del Despojo II: líderes del PVEM encabezan la estafa de departamentos de lujo. *Latinus*. Recuperado de <https://latinus.us/2021/05/09/cartel-despojo-lideres-pvem-encabezan-estafa-departamentos-lujo/>
- Olvera, D. (2021, 21 de junio). Siete escándalos de presunta corrupción «verde» en impunidad [en línea]. *Sin embargo*. Recuperado de <https://www.sinembargo.mx/21-06-2021/3989289>
- ONG cuestionan nombramiento de Escobar. (2015, 9 de septiembre). *El Universal*. Recuperado de

<https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2015/09/9/ong-cuestionan-nombramiento-de-escobar>

Ortega, E. (2021, 15 de junio). Senadores del PVEM Partido Verde respaldan a su coordinador, Manuel Velasco, investigado por el SAT [en línea]. *El Financiero*. Recuperado de <https://www.elfinanciero.com.mx/estados/2021/06/15/senadores-del-partido-verde-respaldan-a-su-coordinador-manuel-velasco-investigado-por-el-sat/>

Partido Verde remueve a su líder en Quintana Roo por vínculo con la mafia rumana. (2021, 10 de febrero). *El Sol de México*. Recuperado de <https://www.elsoldemexico.com.mx/mexico/justicia/partido-verde-remueve-a-su-lider-en-quintana-roo-por-vinculo-con-mafia-rumana-6347664.html>

Partido Verde es una franquicia (2020). *Reporte Índigo*. Recuperado de <https://www.reporteindigo.com/reporte/partido-verde-es-una-franquicia-alejandro-rojas-alianzas-poder-recursos-familias/>

Partido Verde y Estafa Maestra usaron la misma empresa fantasma. (2021, 16 de junio) [en línea]. *Reforma*. Recuperado de <https://www.debate.com.mx/politica/Partido-Verde-y-Estafa-Maestra-usaron-la-misma-empresa-fantasma-20210616-0022.html>

Pastrana, D. (2004, 17 de octubre). Radiografía del (partido) Verde [en línea]. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2004/10/17/mas-pastrana.html>

Pérez, E. (2015). Ausencia e insuficiencia. Breves reflexiones sobre las demandas ecologistas y medioambientales en la política y el sistema de partidos en México [en línea]. *Estudios Políticos (México)*, núm. 36. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16162015000300004

Por presunto desvío de 724 millones, el nuevo gobernador de SLP, Ricardo Gallardo, bajo la lupa de la UIF. (2021, 30 de septiembre). *Infobae*. Recuperado de <https://www.infobae.com/america/mexico/2021/09/30/por-presunto-desvio-de-724-millones-el-nuevo-gobernador-de-slp-ricardo-gallardo-bajo-la-lupa-de-la-uif/>

PVEM (2007). *Historia oficial* [Archivo PDF].
<http://www.bibliotecautopia.mx/images/PROCESO%20ELECTORAL/PARTIDO%20VERDE%20ECOLOGISTA%20DE%20MEXICO.pdf>

PVEM (2020). *Historia*. <https://partidoverdeedomex.org/historia>

PVEM, la segunda fuerza política en Q. Roo tras arrasarse en las elecciones: Pablo Bustamante. (2022, 15 de junio). *Cancún Mío.com*. Recuperado de <https://www.cancunmio.com/50206439-pvem-la-segunda-fuerza-politica-en-q-roo-tras-arrasar-en-elecciones-pablo-bustamante/>

PVEM: 25 años de multas, polémicas y millones de pesos. (2021, 26 de julio). *El Universal*. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/nacion/pvem-25-anos-de-multas-polemicas-y-millones-de-pesos>

¿Quién es Mara Lezama, virtual ganadora a la gubernatura de Quintana Roo? (2022, 6 de junio) [en línea]. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/estados/mara-lezama-quien-es-candidata-morena-gubernatura-quintana-roo>

Ramírez, R. (2021, 16 de junio). Es ridículo que nos llamen oportunistas: Arturo Escobar [en línea]. *El Sol de México*. Recuperado de <https://www.elsoldemexico.com.mx/mexico/politica/es-ridiculo-que-nos-llamen-oportunistas-lider-del-pvem-en-san-lazaro-arturo-escobar-y-vega-alianza-morena-6849170.html>

Ramo, M. (2017, 27 de abril). Cómo se cronicó la boda Beltrones-Escudero. *Dossier Político*. Recuperado de <https://www.dossierpolitico.com/vernoticiasanteriores.php?artid=38986&relacion=&tipo=Noticias&categoria=1>

Ramos, D. (2012, 4 de septiembre). ¿Quiénes llevarán los intereses de las televisoras al congreso? [en línea]. *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2012/09/telebancadas-quienes-llevaran-los-intereses-de-las-televisoras-al-congreso/>

Raphael, R. (2016). *El Mirreynato: la otra desigualdad*. México: ITAM.

Regresa a escena Arturo Escobar. (2016, 9 de mayo). *Eje Central*. Recuperado de <https://www.ejecentral.com.mx/regresa-a-escena-arturo-escobar/>

Resolución del Consejo General del Instituto Federal Electoral sobre la

procedencia de otorgamiento de registro condicionado como partido político a la organización denominada Partido Ecologista de México. (1991, 6 de marzo). *Diario Oficial de la Federación*. Recuperado de http://dof.gob.mx/nota_detalle.php?codigo=4707921&fecha=06/03/1991

Reyes, F. (coord.). (1994). *50 preguntas a los candidatos*. México: FCE.

Ricardo Raphael. (2023, 8 de febrero). PVEM: Fuero e impunidad. *El Noreste*. Recuperado de <https://www.noroeste.com.mx/colaboraciones/pvem-fuero-e-impunidad-BFOP100472>

Ríos, L. (2021). Green like AstroTurf-or Dollars. For Mexico's Green Party, the «green» is in the branding, not the policy [en línea]. *Slate*. Recuperado de <https://slate.com/technology/2021/06/mexico-green-party-politics-amlo-environmental-policy.html>

Rocha Lozano, R. (2019, 10 de noviembre). El PVEM ya tiene presencia estatal [en línea]. *El Sol de San Luis*. Recuperado de <https://www.elsoldesanluis.com.mx/local/el-pvem-ya-tiene-presencia-estatal-4437322.html>

Rodríguez, A. (2021). Denuncia a dirigente del PVEM por corrupción. *Reporte Índigo*. Recuperado de <https://www.reporteindigo.com/reporte/denuncian-a-dirigente-de-pvem-por-corrupcion/>

Rodríguez, J. C. (2018, 7 de octubre). «Chiapasionante» historia de política y dinero [en línea]. *Eje Central*. Recuperado de <https://www.ejecentral.com.mx/chiapasionante-historia-de-politica-familia-y-dinero/>

Rodríguez, M. (2021, 30 de abril). José Couttolenc, líder del PVEM en el Estado de México, es acusado de actos de corrupción [en línea]. *Milenio*. Recuperado de <https://www.milenio.com/politica/jose-couttolenc-lider-pvem-edomex-acusado-corrupcion>

Romero, I. (1999, 30 de diciembre). PVEM: donde no cabe la disidencia [en línea]. *El Universal*. Recuperado de <https://archivo.eluniversal.com.mx/nacion/11472.html>

Rosete, M. (2020, 20 de agosto). Apuntes. Cómo nació y murió el PVEM [en línea]. *Formato Siete*. Recuperado de

<https://formato7.com/2020/08/20/apuntes-como-nacio-y-murio-el-pvem/>

Salinas, D. (2016, 7 de marzo). El Partido Verde «Ecologista» de México: negocio familiar y club de mirreyes [en línea]. *San Diego Red*. Recuperado de <https://www.sandiegored.com/es/noticias/114417/El-Partido-Verde-quotEcologistaquot-de-Mexico-Negocio-familiar-y-club-de-mirreyes>

Schettino, M. (2015, 27 de noviembre). La cabeza del tucán [en línea]. *El financiero*. Recuperado de <https://www.elfinanciero.com.mx/opinion/macario-schettino/la-cabeza-del-tucan/>

Se enturbia boda del «Niño Verde». (2014, 18 de mayo). *Zeta*. Recuperado de <https://zetatijuana.com/2014/05/se-enturbia-boda-del-nino-verde/>

Senadores del PAN y PRD cuestionan designación de Arturo Escobar. (2015, 10 de septiembre). *El Universal*. Recuperado de <https://www.eluniversal.com.mx/articulo/nacion/politica/2015/09/10/senadores-del-pan-y-prd-cuestionan-designacion-de-arturo-escobar>

Siempre sí aprueban licencia para Manuel Velasco. (2018, 4 de septiembre). *Noroeste*. Recuperado de <https://www.noroeste.com.mx/nacional/siempre-si-aprueban-licencia-a-manuel-velasco-coello-CXNO1140604>

Sin pena ni gloria «El niño verde» deja su curul en San Lázaro. (2019, 12 de abril). *Notimex*. Recuperado de <https://www.20minutos.com.mx/noticia/502658/0/sin-pena-ni-gloria-el-nino-verde-deja-su-curul-en-san-lazaro/>

Tavira, B. (2012, 13 de diciembre). Los Mirrey (sazos) de la política [en línea]. *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/cuna-de-grillos/los-mirrey-sazos-de-la-politica-fotos/>

Toribio, C. (2020, 31 de agosto). Partido Verde, un negocio familiar [en línea]. *El Heraldo de México*. Recuperado de <https://heraldodemexico.com.mx/nacional/2020/8/31/partido-verde-un-negocio-familiar-203357.html>

- Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación. (2016, 5 de octubre). *El TEPJF confirma registro del pvem y ordena al ine integrar un registro sistematizado de las faltas cometidas*. Recuperado de <https://www.te.gob.mx/front3/bulletins/detail/2708/0>
- Triunfa «Niño Verde» en los MTV. (2004, 2 de junio). *El Siglo de Durango*. Recuperado de <https://www.elsiglodurango.com.mx/noticia/38867.triunfa-nino-verde-en-los-movie-awards-de-mtv.html>
- Ugalde, L. C. (2020, 17 de noviembre). La sorprendente alianza del partido verde con Morena [en línea]. *El Financiero*. Recuperado de <https://www.elfinanciero.com.mx/opinion/luis-carlos-ugalde/la-sorprendente-alianza-del-partido-verde-con-morena/>
- Un escándalo de corrupción en el Partido Verde sacude la precampaña electoral [en línea]. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/mexico/2021-02-12/un-escandalo-de-corrupcion-en-el-partido-verde-sacude-la-precampana-electoral.html>
- Una radiografía de los mirreyes: entre la impunidad y el desenfreno. *Forbes*. Recuperado de <https://www.forbes.com.mx/una-radiografia-de-los-mirreyes-entre-la-impunidad-y-el-desenfreno/>
- Ureste, M. (2023, 8 de febrero). Chiapas, el estado más «verde» 2 de cada 5 votaron por el PVEM. *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2015/06/chiapas-el-estado-mas-verde-4-de-cada-10-votaron-por-el-pvem>
- Urroz, E. (1994). *El Hombre del Tucán. Jorge González Torres y el PVEM*. México: Planeta.
- Urroz, E. (2000). Eloy Urroz: *El Águila, la serpiente y el tucán*. México: Colibrí.
- Urrutia, A. (2021, 22 de marzo). Las coaliciones han servido al PVEM para sobrevivir, PAN, PRI y ahora van con Morena. *La Jornada*. Recuperado de <https://www.iecm.mx/www/ut/ucs/INFORMA/marzo21m/INFOM220321/H1.pdf>
- Valdés, M. E. y J. A. Garrido (2004). Las coaliciones electorales del Partido Verde Ecologista de México en 2000 y 2003. *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, núm. 4. Recuperado de

http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cede/DescargasSOME/SOME%204/somee4%209-30.pdf

Valdés, M. E. y J. A. Garrido. (2004). Las coaliciones electorales del Partido Verde Ecologista de México en 2000 y 2003 [en línea]. *Revista Mexicana de Estudios Electorales*, núm. 4. Recuperado de [http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cede/DescargasSOME/SOME%204/somee4%209-](http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cede/DescargasSOME/SOME%204/somee4%209-30.pdf)

[30.pdf](http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cede/DescargasSOME/SOME%204/somee4%209-30.pdf)http://dcsh.izt.uam.mx/cen_doc/cede/DescargasSOME/SOME%204/somee4%209-30.pdf

Valdez, S. y M. Ley (2005, 12 de diciembre). Ante ese Partido Verde que no lo es, Bernardo de la Garza parecía hecho de otra cosa. De una madera más sólida, más fuerte, más empeñada en ser puente que pocilga. Y por eso sorprendió su efímera independencia. Su rápida conversión. Su ve [en línea]. *El Noroeste*. Recuperado de <https://www.noroeste.com.mx/opinion/malecon-mazatlan/ante-ese-partido-verde-que-no-lo-es-bernardo-de-la-garza-parecia-hecho-de-otra-cosa-de-una-madera-mas-solida-mas-fuerte-mas-empenada-en-ser-puente-qu-LSOP4782>

Vásquez, A. (2021, 14 de octubre). Las historias oscuras del mal llamado «Niño verde» [en línea]. *Cuestione*. Recuperado de <https://cuestione.com/nacional/nino-verde-jorge-emilio-gonzalez-martinez-historias-oscuras/>

Velasco, E. (2005, 29 de marzo). Bernardo de la Garza, precandidato verde [en línea]. *Proceso*. Recuperado de <https://www.jornada.com.mx/2005/03/29/index.php?section=politica&article=013n1pol>

Victor A. Elizondo, Rodrigo Vásquez, Paula M. García, *Partido Verde. Satélite o parásito*.

Video: Gobernador de Chiapas, Manuel Velasco, abofetea a su asistente. (2015, 20 de enero). *El Sol de Nayarit*. Recuperado de <http://www.elsoldenayarit.mx/politica/31732-video-gobernador-de-chiapas-manuel-velasco-abofetea-a-su-asistente>

Villamil, J. (2009, 20 de julio). PVEM: Una franquicia rentable [en línea]. *Proceso*. Recuperado de

<https://www.proceso.com.mx/reportajes/2009/7/20/pvem-una-franquicia-rentable-17222.html>

_____ (2018, 9 de septiembre). Manuel Velasco y la «pifia monumental» en el Senado [en línea]. *El Sur Acapulco*. Recuperado de <https://suracapulco.mx/manuel-velasco-y-la-pifia-monumental-en-el-senado/>

Woldenberg, J. (1995). *Violencia y política*. México: Cal y Arena.

Yañez, B. (2018, 8 de diciembre). 6 momentos por lo que recordaremos a Manuel Velasco [en línea]. *Expansión*. Recuperado de <https://politica.expansion.mx/estados/2018/12/08/6-momentos-por-los-que-recordaremos-a-manuel-velasco>

Zafra, G. (2018, 18 de octubre). La ruta de Manuel Velasco hacia Morena [en línea]. *El CEO*. Recuperado de <https://elceo.com/politica/la-ruta-de-manuel-velasco-hacia-morena/>

Zárate, A. (s.f.). La boda de Arturo Escobar [en línea]. *Código Zárate Vite*. Recuperado de <https://arturozarate.com/32-ine2/220-la-boda-de-arturo-escobar.html>

Zepeda, J. (2004, 29 de febrero). El Big Brother del Verde [en línea]. *El Siglo de Torreón*. Recuperado de <https://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/2004/el-big-brother-del-verde.html>

Zepeda, J. (2011). *Los intocables*. México: Planeta.

Zepeda, J. (2015, 25 de enero). Verde, el color de la pesadilla [en línea]. *El Sur de Acapulco*. Recuperado de <https://suracapulco.mx/archivoelsur/archivos/247467>

Zepeda, M. (2014, 23 de diciembre). Carta de Jorge Emilio González Torres, «El Niño Verde» sobre la muerte de joven búlgara [en línea]. *Animal Político*. Recuperado de <https://www.animalpolitico.com/2014/12/carta-de-jorge-emilio-gonzalez-el-nino-verde-sobre-la-muerte-de-joven-bulgara/>

Zerega, G. (2021, 1 de junio). Ricardo Gallardo Cardona: el candidato millonario que predica la igualdad [en línea]. *El País*. Recuperado de <https://elpais.com/mexico/elecciones-mexicanas/2021-06-01/ricardo-gallardo-cardona-el-candidato-millonario-que-predica->

la-igualdad.html

Zermeño, R. (2021, 8 de junio). Partido Verde Ecologista de México, el eterno lastre [en línea]. *Reporte Índigo*. Recuperado de <https://www.reporteindigo.com/reporte/partido-verde-ecologista-de-mexico-el-eterno-lastre/>

Acerca del autor

PAULA SOFÍA VÁSQUEZ SÁNCHEZ estudió Derecho en la UNAM, ha trabajado como asesora, funcionaria pública, investigadora y coordinadora de proyectos en materia de regulación, políticas públicas y derecho electoral desde hace 15 años. Participa como analista política en diversos programas de opinión y escribe de vez en cuando en diferentes medios de comunicación.

JUAN JESÚS GARZA ONOFRE es abogado y doctor en Filosofía del Derecho, ha trabajado como profesor en distintas universidades y actualmente es investigador de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Participa como analista en diversos programas de opinión y escribe en diferentes medios de comunicación.

© 2023, Paula Sofía Vásquez Sánchez
© 2023, Juan Jesús Garza Onofre

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Marilia Castillejos
Ilustración de portada: Andrés Mario Ramírez Cuevas
Diseño de interiores: Sandra Ferrer

Derechos reservados

© 2023, Ediciones Culturales Paidós, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial ARIEL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
www.paidos.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2023
ISBN: 978-607-569-425-2

Primera edición en formato epub: mayo de 2023
ISBN: 978-607-569-504-4

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva de los autores y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de

Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafia Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE